

Isaac Asimov

La formación de Francia

Historia universal
ASIMOV



Historia
Alianza Editorial



ESPA
PDF

La serie informalmente titulada Historia Universal Asimov reúne las obras dedicadas por el gran novelista y divulgador científico a la evolución política, cultural y material de la especie humana.

La Formación de Francia cubre el amplio y turbulento periodo que se extiende desde los últimos años del siglo IX —que vieron el final de la época carolingia y la llegada de una nueva dinastía personalizada en Hugo Capeto— hasta la conclusión de la Guerra de los Cien Años, a mediados del siglo XV.



Isaac Asimov

La formación de Francia

ePUB v1.0

Dermus 08.06.12

más libros en espaebook.com

Título original: *The Shaping of France*

©1972 by Isaac Asimov

Traducción: Néstor Miguez

Editor original: Dermus (v1.0)

ePub base v2.0

1. El nuevo linaje

El último carolingio

En el mes de mayo del año 987, un joven cayó de su caballo durante una animada partida de caza en lo que es hoy la Francia del noreste. Quedó seriamente lesionado, sangrando de la nariz y la garganta. El 21 de mayo murió.

El joven tenía escasa importancia en sí mismo. Su nombre era Luis y era rey, pero esto era todo lo que podía decirse

de él. Tenía veinte años de edad, había remado durante un año y su única preocupación verdadera era pasarlo bien. Entró en la historia con el nombre de Luis V, el Holgazán.

En un aspecto, sin embargo, su muerte tenía una melancólica significación. Era el descendiente en séptima generación de Carlomagno, el más poderoso monarca de la Edad Media. Esto hacía de él un «carolingio», y Luis el Holgazán fue el último carolingio que llevó el título de rey. Carlomagno, en 800, había gobernado firmemente un Imperio Franco, vasto para la época, un imperio que se

extendía por las naciones que ahora llamamos Francia, Holanda, Bélgica, Suiza, Austria, Alemania Occidental y la mitad norte de Italia^[1]. Después de su muerte, ocurrida en 814, el Imperio se desmembró.

La decadencia fue causada, en parte, por las querellas entre sus descendientes, en parte, por las destructivas correrías de los piratas nórdicos (los vikingos) en todas sus costas y, en parte, por la mera dificultad de mantener unido un dominio tan vasto en las primitivas condiciones del transporte y las comunicaciones en aquellos días. La capacidad, la fuerza y

la personalidad de Carlomagno le permitieron conseguirlo, apenas, pero ninguno de sus descendientes fue más que una sombra de él. Ellos no lo lograron.

En 911, la mitad oriental del Imperio vio morir a su último gobernante carolingio. Le sucedieron gobernantes de otras familias. La región ya no era franca, en el viejo sentido del término, y puede ser llamada más exactamente, en términos modernos, Alemania, aunque aún se consideraba un Imperio y veía a sus gobernantes como sucesores de Carlomagno, ya que no sus descendientes.

La mitad occidental del Reino de Carlomagno conservó gobernantes del linaje carolingio por tres cuartos de siglo más. Aún era franca, en este sentido, y podemos llamarla, con su nombre latinizado, «Francia». El nombre subsiste hasta hoy, porque de esa mitad occidental del Imperio de Carlomagno desciende la Francia moderna.

Pero todo el Imperio, fuese el rey carolingio o no, estaba fragmentado. Bajo el terrible ataque de los vikingos, cada uno debía velar por sí mismo. La gente se agrupaba para defenderse bajo el mando de cualquier jefe local fuerte

que estuviese dispuesto a combatir y prestase poca atención al rey distante, quien, de todos modos, era impotente. El rey carecía de un ejército central y no había manera alguna de que pudiese viajar rápidamente de un extremo al otro de las grandes regiones que se hallaban teóricamente bajo su gobierno.

Ciertamente, una de las razones de que Luis V fuese un «Holgazán» era que no había mucho que él pudiese hacer. Por la época en que murió el último carolingio, el título de rey no tenía ningún valor en sus dominios. El rey tenía prestigio social, la gente le hacía reverencias y se dirigía a él en términos

altisonantes, pero no tenía ningún poder, y cada noble dictaba sus propias leyes.

La prosperidad del Reino disminuyó junto con el poder del rey. Las transacciones y el comercio quedaron reducidos casi a la nada, y cada propiedad tuvo que bastarse a sí misma de manera escasa y miserable. Las ciudades quedaron reducidas a aldeas, la población fue mucho menor que en tiempos romanos, y sólo unos pocos sacerdotes podían aprender lo suficiente como para leer los pocos libros religiosos que quedaban.

Sin embargo, se logró un cambio decisivo. El ingenio del hombre no

había muerto. Se inventó un nuevo tipo de arado particularmente bien adaptado al suelo pesado y húmedo del norte de Europa. Entraron en uso las colleras y las herraduras, que facilitaron la utilización de la energía del caballo. La collera aumentó la eficacia de los arneses del cuello y permitió al caballo tirar con una fuerza cinco veces mayor de lo que permitían los antiguos arneses. Las herraduras clavadas en sus pezuñas las protegían y lo hacían menos vulnerable al daño físico. Cuando los caballos reemplazaron a los lentos y torpes bueyes como principal animal de trabajo en las granjas, la provisión de

alimentos empezó a aumentar. Esto, junto con el nuevo arado, hicieron de las regiones que bordean el Canal de La Mancha una importante zona agrícola, por primera vez.

Al aumentar la provisión de alimentos, empezó a aumentar también lentamente, por vez primera desde la caída del Imperio Romano, la población de la zona. Los hombres siguieron muriendo como moscas por las enfermedades, pero la mortandad por hambre, aunque en modo alguno fue suprimida, empezó a decrecer.

También empezó a difundirse el uso del molino de agua. Este era un sistema

por el cual la corriente de un curso de agua en movimiento rápido hacía girar una rueda que hacía mover una pesada muela. Esta podía ser usada para moler cereales o accionar herramientas simples, como sierras y martillos. Aumentó la disponibilidad de harina y madera.

El molino de agua fue una invención de tiempos romanos, en verdad, pero sólo por entonces, cuando se extinguió el linaje carolingio, alcanzó difusión. Allí donde había habido docenas de ellos en tiempos romanos, surgieron centenares y pronto millares.

Las agitadas corrientes del norte de

Europa eran más adecuadas a tal fin que los tranquilos y superficiales arroyos de la región mediterránea. Además la escasez general de mano de obra (que era peor en la Francia primitiva de las Edades Oscuras que en el próspero Imperio Romano de ocho siglos antes) acuciaba la búsqueda de una fuente no viva de energía.

El molino de agua fue la primera «fuerza motriz» (cualquier mecanismo para convertir energía natural en trabajo útil) importante distinta del músculo vivo, humano o animal. Aquellos que construían y mantenían los molinos (los «constructores de molinos») fueron los

primeros mecánicos modernos. El molino de agua, en efecto, no sería superado como fuerza motriz durante ocho siglos, hasta el advenimiento de la máquina de vapor.

Sin embargo, este viraje decisivo, esta gradual disipación de la oscuridad, aunque clara para nosotros, mil años después, cuando la contemplamos retrospectivamente, no podía ser visible para la gente de la época. No podían haber adivinado que lo peor ya había pasado, que ahora el progreso material, lentamente, llevaría de nuevo la Tierra, después de la larga decadencia, a una economía mejor, una mayor riqueza, una

población creciente y una intensificación del saber y la cultura.

¡Muy por el contrario! En 987, la gente miraba el futuro con pesimismo. El año mismo parecía amenazante.

En el místico libro bíblico del Apocalipsis, en el capítulo 20, se habla de un período de mil años después del cual habría un enfrentamiento final con las fuerzas del mal, un juicio final, y el fin de la vieja Tierra. Algunos creían que los mil años debían ser contados desde el nacimiento de Jesús, y en tal caso, ¿no señalaría el año 1000 el fin del mundo? ¿Y acaso no llegaría apenas trece años después?

Era posible argumentar que todas las calamidades que se habían abatido sobre la Tierra desde la caída del Imperio Romano eran parte del largo deslizamiento hacia tal fin. Y ahora, a pocos años del místico año 1000, llegó el fin del linaje de Carlomagno, el único gobernante bajo el cual pareció —sólo por un momento— que podrían revivir de algún modo las glorias de Roma. Sin duda, ése era el último signo.

No sabemos cuántas personas creían realmente en el juicio del año 1000; tal vez, sólo unos pocos místicos. Pero seguramente incluso quienes no creían realmente deben de haberse sentido

intranquilos y desalentados.

Pero, cualquiera que fuese la melancolía y la depresión, la vida (aunque sólo fuese por el momento) tenía que seguir. Alguien tenía que ser rey, y correspondía a los grandes nobles, a los señores del Reino, elegir a ese alguien.

Sin duda, aún existían carolingios. El difunto Luis XV tenía un tío, Carlos de Lorena. Pero ese tío reconoció al monarca alemán como soberano de sus propias tierras de Lorena. Los señores franceses no admitían tener como rey al subordinado de un extranjero y, además, Carlos era impopular por otras razones.

Los señores no querían saber nada de él.

Pero, si no era Carlos, ¿quién, entonces? Los señores alemanes habían sentado el precedente de elegir a uno de ellos como gobernante cuando murió su último rey carolingio, y parecía que los señores franceses no tenían más opción que imitarlos.

El primer Capeto

El más poderoso de los señores del norte de Francia era Hugo Capeto. «Capeto» no era un apellido, sino un apodo derivado de una capa particular que acostumbraba usar cuando

desempeñaba ciertas funciones como abad. Pero el apodo ganó carácter de apellido, y Hugo y sus descendientes son generalmente conocidos como los «Capetos».

Las tierras de Hugo Capeto se centraban alrededor de París, la ciudad más importante de Francia ya entonces, y se extendían por trece kilómetros al noreste, hasta Laon, y a ciento treinta kilómetros al sudoeste, hasta Orleáns. También poseía trozos dispersos de tierras fuera del conjunto principal de sus dominios. No era un ámbito compacto, pero incluía zonas que eran, para los patrones de la época, populosas

y ricas.

Era suficientemente poderoso como para haber podido arrebatarse el trono por la fuerza a cualquiera del último par de carolingios, y también lo había sido su padre antes que él. De hecho, su abuelo Roberto había hecho el intento y había gobernado con el nombre de Roberto I durante un año, aproximadamente, más de medio siglo antes. Pero este gobierno fue desafortunado y se había disipado enteramente en el intento, y el fracaso, de Roberto de obtener la aceptación de los otros señores.

Hugo y su padre juzgaron más conveniente ser los poderes que estaban

detrás del trono. Esta posición tenía menos *status* y quizá fuese desagradable ver a un carolingio incapaz llevar la corona, el manto real y tener el título de rey, pero también era más tranquilo.

Tampoco significaba la renuncia permanente a las ambiciones. Podía llegar el momento en que las condiciones hiciesen posible que un no carolingio accediese a la realeza, y cuando esto ocurriese, Hugo y su padre estarían preparados.



MAPA I

FRANCIA EN TIEMPOS DE HUGO CAPELO - 1000

El padre de Hugo murió antes de que llegase el momento, pero Hugo Capeto siguió esperando y haciendo planes. La jugada más astuta que hizo fue aliarse con Adalbero, arzobispo de Reims y el más alto prelado de Francia. Juntos, el más grande de los señores y el más grande de los obispos del Reino trabajaron calladamente para formar un partido favorable a ellos, y esperaron. Cuando murió Luis el Holgazán sin hijos y con sólo un tío impopular que llevaba el nombre de carolingio, se presentó la oportunidad.

Cuando el carolingio Carlos de Lorena proclamó que el trono era suyo

por derecho, como descendiente del gran Carlomagno, Adalbero sacudió su cabeza firmemente. Era Adalbero quien, como arzobispo de Reims, tenía la tarea de coronar al rey. Si se negaba a hacerlo, Carlos de Lorena no podía convertirse en rey, al menos no hasta que dispusiese de una fuerza suficientemente grande e intrépida como para imponer su voluntad a la Iglesia.

Carlos estaba dispuesto a hacer el intento, pero ello llevaba tiempo, y mientras el carolingio buscaba afanosamente los medios para apoderarse del trono, Adalbero declaró que los señores de Francia tenían

derecho a elegir a quien deseasen como rey, carolingio o no, y luego movió cielo y tierra para persuadirlos a que eligiesen a Hugo Capeto. En esto, recibió gran ayuda de su secretario, Gerberto, quien preparó los argumentos eruditos necesarios para demostrar que debía elegirse un rey y que éste debía ser Hugo Capeto.

En efecto, Hugo era el hombre adecuado. Los señores se reunieron a mediados del verano de 987 y se dispusieron a deliberar. No les llevó mucho tiempo. Gracias a los cuidadosos preparativos políticos de Hugo y a la mera falta de un candidato alternativo

sobre el cual pudieran ponerse de acuerdo, fue elegido unánimemente.

Hugo estaba un poco mejor materialmente que los carolingios que lo precedieron. Estos habían gobernado directamente sobre pocas tierras o ninguna, pero habían conservado el título de rey, junto con el prestigio social de ser considerados de rango superior al de otros nobles. Esto significaba que no tenían ingresos ni soldados, excepto los que les concediera algún señor que los tenía y que optase por ponerse del lado del rey para sus propios fines.

Hugo Capeto, en cambio, poseía

considerables tierras y, por tanto, podía disponer de soldados y dinero sin tener que pedírselos a nadie. Pero no era el único terrateniente del norte de Francia. Al oeste de sus dominios reales centrados en París, estaba el Condado de Blois, por ejemplo, y al noroeste el Ducado de Normandía. Al sur de Normandía, estaban el Condado de Maine y el Condado de Anjou, mientras al oeste de éstos se hallaba el Condado de Bretaña. Al este, estaban el Condado de Champaña y el Ducado de Borgoña. Al sudoeste estaba el Condado de Poitou, etc.

Estos condados y ducados eran un

importante escollo para Hugo. La desintegración del Reino desde la época de Carlomagno había dado origen a un sistema de mosaico en forma de pirámide, que regía la economía, el derecho y la política de Francia. Por él, el ámbito del rey se dividía en los gobiernos de varios grandes «vasallos» (de una vieja palabra céltica que significa «sirviente»), quienes debían fidelidad al rey como su «ligio». La tierra de cada vasallo era dividida entre vasallos menores, cada uno de los cuales dividían sus porciones entre vasallos aún menores, hasta llegar a la base de la pirámide, los campesinos sin

tierras.

En teoría, cada vasallo tenía un solo ligio a quien debía ciertas obligaciones claramente determinadas y de quien recibía ciertos privilegios específicos. Si este sistema «feudal» (de una vieja palabra teutónica que significa «propiedad», pues se basaba en la propiedad de la tierra) se hubiese ajustado a la teoría, podía haber funcionado bien, pero no fue así. Los deberes que un vasallo debía a su ligio habitualmente sólo eran prestados cuando el ligio poseía claramente una fuerza superior, cosa que a veces no sucedía. Debido a los accidentes del

nacimiento y la guerra, un vasallo podía poseer más tierra y tener más poder que su ligio; y podía tener varios ligios sobre las diversas partes de su territorio.

Como consecuencia de ello, los condes y duques luchaban incesantemente entre sí y con sus vasallos; y si llegaban a unirse, era sólo en una obstinada resistencia contra el rey.

Sin duda, los señores habían votado a Hugo para la realeza, pero esto era todo, en lo que a ellos concernía. No estaban particularmente interesados en dejarle algo más que el título. Por ello,

Hugo tuvo que mantenerse firme en su realeza, una vez que la obtuvo, sin mucha ayuda.

Por ejemplo, tuvo que combatir todavía con Carlos de Lorena. Carlos no había aceptado en modo alguno la decisión de Adalbero y los señores reunidos. Era un carolingio y pretendía ser rey. Reunió un ejército y logró apoderarse de las importantes ciudades de Laon y Reims, en la misma frontera de los territorios de Hugo. La gente tendió a adherirse a Carlos, por sus antepasados, y Hugo se halló en una posición delicada.

De acuerdo con la teoría feudal,

Hugo podía haber apelado a sus vasallos para que se uniesen a él contra Carlos, pero todos ellos tenían otros intereses. Por ello, Hugo recurrió al clero. Persuadió al arzobispo de Laon a que organizase una conspiración contra Carlos. El carolingio fue cogido en su lecho y entregado a Hugo. Sin un jefe, las fuerzas de Carlos pronto se esfumaron.

Hugo lo metió en prisión, y puesto que en aquellos días los prisioneros no vivían, por lo común, mucho tiempo (particularmente si su vida era un inconveniente para sus carceleros), Carlos murió en 992.

También, según la teoría feudal, Hugo tenía el derecho de ser juez en las disputas entre sus vasallos e impedir, de este modo, la guerra. De hecho, los poderosos señores de

Francia desdeñaron el juicio de Hugo y prefirieron dirimir sus cuestiones en el tribunal de la guerra. A veces, al tratar de mantener a raya a sus poderosos vasallos, Hugo no tuvo más remedio que ponerse del lado de uno de ellos contra el otro.

Así, Blois y Anjou estaban combatiendo constantemente, ambos igualmente equivocados e igualmente hostiles de Hugo. Pero Blois colindaba

directamente con el territorio de Hugo. Por ello, Blois era el peligro inmediato y Hugo combatió del lado de Anjou.

Ocasionalmente, exasperaba a Hugo el tener que luchar con sus propios vasallos, cuando éstos estaban, en teoría, sometidos a él. Se cuenta que, en cierta ocasión, le gritó al conde de Angulema, un territorio del sudoeste de Francia, que lo enfrentó en el campo de batalla: «¿Quién te hizo conde a ti?»

Según la teoría feudal, desde luego, los vasallos debían sus títulos al rey, pues era un rey quien (en teoría) se los había conferido. Pero ésta no era en absoluto la idea que el conde de

Angulema tenía de la cuestión. Y respondió altaneramente: «El mismo derecho que te hizo rey a ti.»

Y, por supuesto, éste era el punto débil de Hugo. Había sido elegido; no había heredado su título. No era él quien había hecho condes, a fin de cuentas, sino que todos los condes Juntos lo habían elegido rey a él.

En cuanto a él, esto no podía evitarse, pero estaba obligado a preocuparse por la sucesión, y empezó a hacerlo tan pronto como se convirtió en rey.

¿Sería rey su hijo, en su lugar? ¿O habría otra elección? El orgullo de

familia le hacía desear que el título real continuase en su familia y él mismo fuese el fundador de una nueva dinastía de reyes. Su preocupación por la nación le hacía desear lo mismo. Si la muerte de cada rey era seguida por una elección, los anales del país sólo estarían llenos de guerras civiles.

La solución que halló fue hacer coronar rey a su hijo Roberto mientras Hugo aún vivía. Medio año después de su ascenso al trono Hugo hizo coronar a Roberto por el arzobispo de Reims, consagrándolo en una cabal ceremonia religiosa en presencia de los señores del Reino, quienes, a la fuerza, juraron

fidelidad de la manera más solemne.

Esto convirtió a Roberto en rey, aunque en un papel subordinado, claro está. Luego, cuando llegase para Hugo el momento de la muerte, Francia ya tendría un rey, totalmente coronado y consagrado, y los señores no podrían hacer nada, pues ya habían jurado lealtad. Tampoco podían discutir su legalidad, pues había muchos precedentes de este género en la historia pasada. El mismo Carlomagno había hecho coronar a su hijo mientras aún vivía.

Los Capetos mantuvieron esta costumbre de coronar al hijo en vida del

padre durante dos siglos. En tiempo de Hugo Capeto, pocos habrían considerado probable, siquiera, que la nueva dinastía perdurase por largo tiempo, pero esta costumbre, sumada al hecho afortunado de que cada rey tuvo un hijo que pudo ser coronado y luego sobrevivió a su padre, mantuvo viva la dinastía.

Otros factores que ayudaron a los Capetos fueron que cada rey de la dinastía llevó una suave y no muy ostentosa lucha para aumentar sus posesiones y, de este modo, hacer más fuerte su posición. También todos ellos siguieron la cautelosa política de Hugo

Capeto de trabajar en colaboración con el clero. Siguieron dando una aureola profundamente religiosa a la coronación y fueron deferentes con los grandes arzobispos. En retribución, el clero ejerció su influencia, siempre poderosa, sobre la opinión pública. Hasta un señor hostil, indiferente a la Iglesia y a los eclesiásticos, debía ser cauteloso para atacar a alguien de quien se proclamaba que Dios estaba de su lado. Pues si el señor mismo era insensible a tales cosas, sus soldados podían no serlo.

Así ocurrió que Hugo Capeto, cuya posición en el trono fue durante toda su vida tan frágil como una tela de araña,

dio origen a una larga y renombrada dinastía de reyes. Durante ocho siglos, de 987 a 1792, Francia fue gobernada sin interrupción por ese linaje, que incluyó treinta y dos reyes en total. Otros tres Capetos reinaron de 1815 a 1848. Y bajo esos Capetos, Francia pasó por períodos en que fue el mayor poder militar de Europa y, lo que es más importante aún, estuvo culturalmente a la cabeza de Europa.

La corona y el clero

Hugo Capeto murió en 996 y su hijo se convirtió en rey con el nombre de

Roberto II. Fue un gobernante suave y culto, pues de joven fue educado por Gerberto, quien había sido tan útil a Hugo en su ascenso al trono.

Roberto también era piadoso; en verdad, pasó a la historia con el apelativo de «Roberto el Piadoso». Uno de sus placeres era componer y cantar himnos, y hasta donó un himno de su propia composición a un monasterio durante una peregrinación a Roma. (Se cuenta que lo dejó en un paquete sellado, y los monjes, que esperaban una generosa donación de dinero, se sintieron, muy humanamente, desengañados de hallar dentro nada más

que el elogio de Dios.)

La piedad de Roberto lo llevó a apoyar las reformas en el seno de la Iglesia.

Aparentemente, hay una suerte de ritmo en la historia del monaquismo. Se fundaban monasterios de acuerdo con reglas estrictas y virtuosas, pero, a medida que pasaban las generaciones, las costumbres se relajaban y aparecían abusos. Entonces surgía un movimiento reformista en el que se establecían nuevas reglas y se iniciaba otro período de rígida virtud, que, a su vez, gradualmente se relajaba y requería nuevas reformas.

En los oscuros días del siglo IX, cuando las correrías vikingas redujeron a Francia al caos, también los monasterios cayeron en la decadencia y la corrupción. Pero, en 911, en Cluny (ciudad del Ducado de Borgoña, a unos 320 kilómetros al sudeste de París) se estableció un monasterio reformista. Bajo una serie de abades capaces, floreció, a la par que se difundía su reputación. En tiempo de Roberto II, estaba a su frente el tercer abad, Odilón, y bajo su conducción y con ayuda de Roberto se crearon otros monasterios que seguían las mismas reglas. Estos monasterios «cluniacenses» se

difundieron por toda Francia y Alemania, dando nueva vida al movimiento monástico.

Roberto y la Iglesia también sumaron sus fuerzas en apoyo de otra reforma, apasionadamente deseada por el primero y la segunda.

La mejora de las condiciones económicas permitieron a los señores mantener más hombres y caballos que los que necesitaban para la producción de alimentos. También pudieron obtener más y mejores armaduras. En esa época de escasez cultural, cuando pocos hombres fuera de la Iglesia sabían leer y escribir, había poco que un señor

podiera hacer para divertirse excepto cazar, animales si tenía que hacerlo, pero también hombres, si podía. Con más hombres, caballos y armaduras a su disposición, los señores se hicieron más sensibles a los desaires y más belicosos en sus respuestas.

Las interminables guerras privadas, que se hicieron peores a medida que los tiempos mejoraban, ponían a la Iglesia en un constante peligro. En teoría, los eclesiásticos creían en la paz, pero en la práctica también, pues la furia de las batallas no perdonaban a iglesias y monasterios, y los clérigos podían ser heridos y aun matados.

En 990, varias reuniones de obispos en el sur de Francia trataron de establecer la «Tregua de Dios», una sujeción de la guerra a ciertas reglas. La principal regla era convertir a todas las propiedades y personas eclesiásticas en una especie de territorio neutral que no podía ser tocado. Con el tiempo, se extendió hasta la total prohibición de la guerra desde el miércoles al atardecer hasta el lunes por la mañana de cada semana, y lo mismo durante muchos días de ayuno y de fiesta. Finalmente, se pusieron límites a las luchas durante las tres cuartas partes del año.

Naturalmente, el poder de la Iglesia

era insuficiente para aplicar de manera cabal la Tregua de Dios, pero siempre había señores que se sentían inhibidos para hacer algo que estaba solemnemente prohibido por los sacerdotes, de modo que la Tregua hizo algún bien.

Impedir luchar a sus señores redundaba en beneficio del rey, de modo que Hugo primero y Roberto el Piadoso luego apoyaron firmemente la Tregua de Dios. Esto hizo más deseable para el clero la formación de un gobierno central fuerte que redujera al orden a los señores pendencieros. El peligro común de los ejércitos alborotadores mantuvo

unidos a la corona y al clero, y también esto contribuyó a reforzar la dinastía capeta.

La piedad de Roberto no le impidió tener algunos problemas personales con la Iglesia (lo cual, sin embargo, no afectó, afortunadamente para él y su linaje, a la alianza general de la corona y el clero).

Se había casado por amor con la viuda de un señor vecino de Blois, pero ella era su prima. Esta, en realidad, era una situación bastante común, ya que los señores sólo podían casarse con alguien de su misma clase social; y puesto que todas las familias nobles de Francia

estaban relacionadas unas con otras, era difícil casarse con alguien que no fuese un primo.

Ahora bien, en teoría tales casamientos estaban prohibidos por la Iglesia, y se necesitaban dispensas especiales para que pudieran efectuarse. En general, estas dispensas no eran difíciles de obtener. Pero a veces había interferencias políticas. Si un matrimonio particular originaba la incorporación de un territorio a otro y al fortalecimiento del novio, un señor rival podía tratar de influir en la Iglesia para que no otorgase la dispensa. También, la Iglesia optaba a veces por negar la

dispensa, como recurso para someter a un enemigo perturbador o simple mente para demostrar su poder sobre los gobernantes seculares. En el caso de Roberto, la Iglesia objetó.

A menudo, los gobernantes se resistían, especialmente cuando sentían gran afecto por sus prometidas, como hizo en este caso Roberto. Resistió por cuatro o cinco años, soportando hasta la excomunión (por la cual se le prohibía tomar parte en ritos religiosos, una condena terrible para un rey piadoso). Finalmente, se dio por vencido y terminó con su esposa en septiembre de 1001.

Por entonces, su viejo maestro, Gerberto, era papa, con el nombre de Silvestre II, y no podemos por menos de preguntarnos si Roberto no habría sido escuchado con simpatía por el papa. Mas por entonces su amada esposa no le había dado hijos, y esto era aún más serio que la excomuni3n. Un rey tiene que tener un heredero.

Roberto se cas3 nuevamente, con un suspiro, y descubri3 que su segunda esposa, Constanca de Tolosa, era una temible arpía. Se ocult3 de ella cuando pudo, pero en los intervalos en que no lo hizo, se las arregl3 para engendrar cuatro hijos y una hija.

El mayor enemigo de Roberto era Eudes de Blois. Eudes gobernaba Blois, contiguo, al oeste, del territorio real, y sobre Champaña, contiguo también, al este. Roberto tuvo la humillación de ver su tierra rodeada por un hombre que nominalmente era su vasallo, pero que en realidad era un gobernante más poderoso que él.

Roberto tenía que buscar aliados, y halló uno poderoso en Normandía. Este ducado había sido creado en 912 por Rollón el Caminante, un vikingo que había obligado al débil rey carolingio que por entonces ocupaba el trono a cederle el rico territorio de la

desembocadura del Sena [2]. Sus descendientes se asimilaron totalmente a la lengua y las costumbres francesas y habían creado un fuerte gobierno centralizado. Los duques normandos lograron mantener a raya a sus propios vasallos.

Los enemigos peligrosos de los duques normandos eran los señores de las tierras adyacentes del sur, el Condado de Anjou y el de Blois. Puesto que Blois era el enemigo común de Normandía y del rey, estos últimos se unieron. Con ayuda normanda, Roberto pudo rechazar a Blois.

Roberto tuvo suerte en el plano

territorial. El duque de Borgoña murió en 1002 sin dejar herederos. En tales circunstancias, el rey automáticamente heredaba la tierra, si podía conservarla. (Esta era una de las ventajas de ser rey.) Pero, naturalmente, había un pretendiente, que logró adueñarse del ducado. Roberto tuvo que luchar contra él durante doce años antes de hacer valer, finalmente, su propia pretensión, pero lo consiguió.

Cuando murió el hijo mayor de Roberto, Hugo, el rey no perdió tiempo e hizo coronar a su segundo hijo, Enrique. Así, cuando Roberto murió, en 1031, después de un reinado de treinta y

cinco años durante el cual conservó el poder real con perseverancia, si no con brillo, y durante el cual también pasó el místico año 1000, aún había un rey en Francia: Enrique I.

O debía haberlo. Su madre, la temible arpía, Constanca de Tolosa, favorecía a un hijo menor, Roberto. (Las madres tienen sus favoritos, después de todo.) Podía haber triunfado, pero, en la guerra civil que estalló, Enrique tuvo la ayuda del duque de Normandía.

Por entonces, la alianza entre el duque normando y el rey francés era casi una tradición. Además, el duque normando de ese momento era Roberto

el Diablo (así llamado por su torva crueldad y su disposición a la cólera), y éste necesitaba un favor.

Roberto el Diablo no tenía hijos legítimos, pero tenía un hijo ilegítimo de una muchacha de bajo nacimiento, y era su propósito que este niño (que sólo tenía cuatro años cuando murió el rey Roberto II) le sucediese. El apoyo real haría mucho para que tal sucesión fuese legal. Estaba en el interés de Roberto el Diablo, pues, hallar algún modo de que el rey Enrique estuviese en deuda con él.

Por ello, el duque acudió enérgicamente en ayuda de Enrique, y en 1032 Enrique se afirmó en el trono. El

hermano menor de Enrique, Roberto, recibió un premio de consolación en la forma del Ducado de Borgoña, y este ducado permaneció en la familia de ese hermano durante más de tres siglos.

Este es otro ejemplo de las dificultades de la época. Aunque un señor lograra ampliar sus dominios, era fácil desmembrarlos nuevamente por razones familiares: para mantener tranquilo a un hermano o recompensar a un hijo menor. Esto hizo que el mapa de Europa Occidental fuese un complicado tablero de ajedrez de tierras durante toda la Edad Media.

Rey y duque

Roberto el Diablo hizo bien en contar con la buena voluntad del rey Enrique. Roberto se marchó para hacer una peregrinación a Tierra Santa y murió en 1035 en el viaje de vuelta, dejando a su hijo ilegítimo Guillermo como único heredero de Normandía.

Sin duda, antes de partir en peregrinación, Roberto hizo que todos sus vasallos jurasen fidelidad a Guillermo, de la manera habitual, sobre reliquias sagradas. Romper tal juramento implicaba la condenación, pero un sorprendente número de señores

estaban dispuestos a correr tal riesgo cuando existía la perspectiva de obtener más poder y más acres de tierra. A fin de cuentas, siempre podían hacer penitencia después.

Durante años, pues, el joven Guillermo fue mantenido prácticamente escondido, para evitar que alguno de los señores rebeldes lo capturase y lo quitase de en medio. Si el rey Enrique no hubiera hecho todo lo posible para apoyar al muchacho, los señores podían haber tenido éxito.

Afortunadamente para él, Guillermo tenía una personalidad vigorosa y considerables aptitudes militares. Por la

época en que estaba en la mitad de la adolescencia, entró en campaña contra los señores revoltosos, y en esto siguió teniendo la fiel ayuda del rey Enrique.

Por el 1047, Guillermo estaba firmemente instalado como duque y se dispuso a reforzar aún más su ducado. Aunque sus señores le juraron fidelidad, Guillermo sabía lo que ésta valía por dura experiencia y siguió tras ellos duramente, castigando la menor infracción con la pronta réplica del fuego y la muerte. Normandía llegó rápidamente al apogeo de su poder bajo el duque Guillermo el Bastardo (como era llamado comúnmente, aunque

probablemente no en su rostro).

A medida que pasaron los años, el rey Enrique lamentó haber ayudado a Guillermo, pues una Normandía demasiado fuerte era un vecino demasiado cercano. La capital del rey, París, y la capital del duque, Rúan, estaban ambas a orillas del río Sena, y Rúan se hallaba a unos ciento treinta kilómetros aguas abajo de París.

Enrique, aunque fuese rey, era mucho más débil que el duque, militar y económicamente. Sólo de manera indirecta podía oponerse a Normandía, y un modo de hacerlo era aliándose con Anjou, vecino meridional de Normandía

y su eterno enemigo.

Como su primera mujer no le dio hijos, Enrique hizo un segundo e interesante matrimonio. Recordando los problemas de su padre, estaba decidido a no correr ningún riesgo casándose con una prima o cualquier tipo de pariente. Por ello, se volvió hacia el otro extremo de Europa en busca de una mujer que no tuviese ningún parentesco con él, por remoto que fuera. A la sazón, las vastas llanuras de Rusia meridional estaban gobernadas por un poderoso príncipe, Yaroslav I, cuya capital era Kiev. Tenía una hija llamada Ana y con ella casó Enrique.

Enrique tuvo de ella tres hijos. Puesto que todos los reyes posteriores de Francia descendían del matrimonio de Enrique y Ana, se sigue que todos ellos tienen una lejana ascendencia rusa. Enrique I apoyó, naturalmente, la Tregua de Dios, pero fue más bien frío con respecto a la reforma cluniacense. Esta se había difundido y hecho poderosa; sus concepciones idealistas, aunque estaban muy bien cuando ponían obstáculos a la conducta inescrupulosa de los señores y vasallos de Francia, se hizo fastidiosa cuando fue dirigida contra el rey.

Pero era demasiado tarde para

impedirlo. La reforma cluniacense, como el duque de Normandía, había sido apoyada por el rey cuando era débil, y luego se había vuelto peligrosa tan rápidamente que no había tiempo para detenerla antes de que se hiciese demasiado fuerte para ello. La reforma se había convertido ahora en una fuerza internacional, y el gran poder del papado estaba sólidamente detrás de ella.

El verdadero poder que estaba detrás de la nueva actitud papal era un brillante y enérgico monje llamado Hildebrando, quien prefirió permanecer en la oscuridad pero dominó a todos los

papas durante un período de casi treinta años. Cuando el papa León IX fue elegido en 1049, Hildebrando le hizo convocar solemnes concilios en tres diferentes lugares, uno en Alemania, otro en Francia y otro en Italia, para dar impulso a la reforma.

Había razones para esto. Durante el siglo X, el papado había llegado a un punto muy bajo. Se había convertido en la presa de la pequeña nobleza romana y los papas eran, en algunos casos, hombres de ningún valor, y, en otros casos, hasta niños. El papado había logrado emerger del pantano, pero necesitaba restablecer su prestigio, ¿y

qué mejor modo de hacerlo que asumiendo el liderazgo del movimiento de la reforma monástica y haciendo oír su atronadora voz en defensa de la virtud?

El rey Enrique, por su parte, se contentaba con ocuparse de su propio clero y no deseaba un papado fuerte, pues éste sería una fuerza externa que le disputaría el control de la Iglesia francesa. Hizo lo que pudo para anular el concilio que se reunió en Reims, en su propio territorio. Pero fracasó, y esto fue un signo notable de la rapidez con que el papado estaba recuperando su fuerza.

Aunque Enrique se dejó aventajar por Normandía y por el papado, su mayor fracaso no fue realmente culpa suya. Murió demasiado pronto. Su muerte se produjo en 1060, cuando había reinado veintinueve años, pero esa muerte creó un problema en la sucesión.

Un año antes, siguió la costumbre capeta de hacer coronar a su hijo mayor, Felipe, de modo que le sucediese con el nombre de Felipe I, pero Enrique no vivió lo suficiente para permitir a Felipe llegar a la edad adulta. Por primera vez en la historia de los Capetos, la corona recayó sobre un niño, pues Felipe I sólo tenía ocho años cuando sucedió a su

padre.

Naturalmente, un niño de ocho años no puede gobernar realmente, de modo que, aunque lleve el título de rey, algún adulto debe tomar por él las decisiones necesarias, es decir, debe hacer las veces de un «regente». En este caso, el regente fue el conde Balduino V de Flandes.

Aunque un regente capaz puede evitar que un país caiga en la anarquía, raramente puede hacer tanto como un rey capaz. El regente carece del título real y del prestigio asociado a él. Su mandato es limitado, pues pronto el rey llegará a la edad adulta, y los señores intrigarán

contra él, retrasando las acciones, esperando que llegue ese día.

Así, los primeros Capetos tuvieron poco poder, pero Felipe I y su regente tuvieron aún menos. Este fue un duro golpe para Francia, pues este período de poder inferior al normal llegó en un momento en que el duque Guillermo de Normandía estaba haciendo planes de alto vuelo, y no había nadie que se opusiese o interfiriese en su acción.

El duque Guillermo aspiraba nada menos que a la conquista de Inglaterra, por entonces bajo el cetro de Eduardo el Confesor, que era débil y pronormando. (Su madre era normanda y él había sido

criado en Normandía.) Más aún, el país estaba convulsionado por las enconadas rivalidades de sus señores. Aun así, la tarea era difícil para Guillermo y podía haber, sido frenado bastante fácilmente si un rey francés siquiera tan vigoroso como el difunto Enrique se le hubiera opuesto resueltamente. Pero en 1066, cuando se estaba preparando la invasión, el rey francés tenía solamente catorce años, y en cuanto al regente, era nada menos que el suegro de Guillermo. En realidad, acompañó a Guillermo en la invasión, dejando que el joven Felipe se hiciera cargo de los deberes reales.

Por la época en que Felipe pudo

realmente afirmarse en el trono, Guillermo había logrado ganar una dramática batalla en Hastings, sobre la costa meridional de Inglaterra, y conquistar todo el país, con lo que su nombre de Guillermo el Bastardo se cambió por el nombre con que se lo conoce en la historia: Guillermo el Conquistador.

Guillermo había continuado la política ducal de mantener a sus vasallos bajo control, de modo que Normandía, con su nueva colonia inglesa, era con mucho la parte más eficientemente gobernada, aunque más duramente también, de Europa

Occidental. Los normandos, además, hicieron avanzar el arte de la guerra — en el cual se destacaban— mediante el desarrollo del castillo.

Los castillos surgieron durante el período de las incursiones vikingas. Los gobernantes de territorios vulnerables fortificaban sus hogares de modo que, en caso de necesidad, pudieran retirarse allí hasta que pasase la furia vikinga. Los normandos ahora ampliaron y mejoraron su esquema.

Ubicaban el castillo en una altura que fuese difícil de escalar por los atacantes, y lo rodeaban de una empalizada y una zanja o foso lleno de

agua. El foso sólo podía ser atravesado por un puente levadizo, que podía ser alzado cuando se quería negar el acceso al castillo. También tenía una fortaleza central, que pudiese servir como defensa de último recurso, almacén de armas y alimentos y lugar de refugio para animales y campesinos.

Fue mediante castillos estratégicamente ubicados y con guarniciones leales como un pequeño grupo de normandos pudo establecer un firme control sobre el vasto territorio inglés. Y fue mediante castillos estratégicamente ubicados en la misma Normandía como Guillermo se hizo

invulnerable a los ataques. Finalmente, Guillermo no tuvo nada que temer de Francia; en verdad, fue Francia la que, durante siglos, sería puesta en peligro por Guillermo y sus sucesores.

Felipe I se percató del peligro, por supuesto, e hizo todo lo que pudo para contrarrestar la potencia de Normandía. Aunque engordó con los años, tenía la tenacidad de los Capetos. Desarrolló la técnica de estimular a sus vasallos a luchar unos contra otros, mientras dejaban que el rey recogiera los pedazos. Cuando dos hermanos, pretendientes ambos al señorío de Anjou, llegaron a los golpes, Felipe no

hizo nada para detenerlos. Mantuvo una estricta neutralidad, y como recompensa terminó adueñándose de un trozo del territorio de Anjou que rodeaba a sus propios dominios.

Análogamente, alentó al hijo mayor de Guillermo, Roberto Curthose («Pantalones Cortos», así llamado por sus piernas cortas), a rebelarse contra su padre, y luego lo apoyó cuando lo hizo. Guillermo derrotó a su hijo, pero la guerra lo mantuvo ocupado y disminuyó sus posibilidades de luchar contra el rey.

Como su padre, Felipe apoyó la Tregua de Dios pero se opuso a la

reforma de la Iglesia. En verdad, la creciente fuerza del papado empezó a hacer peligrar su bienestar económico. Las escasas tierras del rey no podían dar apoyo adecuado a los gastos de su política y su posición, y tuvo que obtener dinero donde pudo. Cuando un nuevo obispo accedía a su cargo, era necesario que el rey aprobase la elección, hecha en teoría por el papa. Por supuesto, el rey cobraba una buena suma por su aprobación.

Esto suponía un constante flujo de dinero de la Iglesia al Estado, y el papado, cuando era fuerte, se oponía enérgicamente a esta práctica. En

verdad, bajo Hildebrando y sus sucesores, el papado inició un movimiento contra esa costumbre que iba a llenar de dramatismo el siglo XII, no solo en Francia, sino también en Inglaterra y Alemania, cuando los gobernantes seculares y los religiosos lucharían por el control de la investidura de los obispos.

La persistencia de Felipe en hacer dinero con las investiduras contribuyó a hacerlo impopular entre el clero, y esta impopularidad, en aquellos días, era un asunto serio. En una época religiosa, cuando los sacerdotes son escuchados por el pueblo, ellos desempeñan algunas

de las funciones de los periódicos de nuestro tiempo. Si los sacerdotes dicen que un rey es malvado, la gente está dispuesta a creerlo, y el rey recibe el equivalente de una «mala prensa».

De hecho, la mala prensa continúa después de la muerte, pues las crónicas medievales eran llevadas por sacerdotes, y si ellos desaprobaban a alguien, lo decían y describían con detalle su maldad (o supuesta maldad). A menudo ésta es la única información detallada que tenemos de la vida privada de un rey, y puede ser exagerada.

Por ello, podemos preguntarnos

hasta qué punto debemos confiar en el relato de la más notoria acción privada de Felipe. Ese relato dice que, en 1092, Felipe se enamoró de la esposa del conde Fulco IV de Anjou. Felipe estaba casado desde hacía veinte años. Tenía dos hijos de ese matrimonio y uno de ellos era su hijo Luis, a quien había hecho coronar y que era su heredero.

Pero Felipe no tenía intención de mantener su nuevo amor en un plano puramente platónico. Raptó a la esposa del conde y pudo hallar algunos obispos que convinieron en otorgarle los dos anulamientos de sus respectivos cónyuges con algún pretexto, dejándoles

en libertad de casarse.

Pero esto era un adulterio para la mayoría de la gente, adulterio en flagrante desprecio de las leyes de Dios y del hombre; y el papa Urbano II excomulgó a Felipe en 1094.

Esta, pues, era la situación de Francia al llegar a su fin el siglo XI. Los cuatro reyes de la dinastía capeta habían gobernado a Francia durante un poco más de un siglo y habían logrado mantenerse. Esto no era enteramente satisfactorio; los señores aún hacían lo que querían, esencialmente incontrolados, y la Iglesia era independiente. Francia seguía siendo un

ente irregular y desordenado, sin ningún verdadero poder central en ninguna parte.

Sin embargo, los Capetos se habían mantenido. No se habían debilitado, al menos, y habían conservado el poder real en existencia durante un tiempo suficientemente largo como para que su linaje recibiera la sanción de la tradición. Y eran ahora suficientemente fuertes como para mantener unida a Francia en un momento en que iba a ser conmovida profundamente por noticias llegadas del Este; de ese oscuro Este del que no sabía prácticamente nada, excepto lo que había aprendido, hasta

cierto punto, de la Biblia.

Pasemos, entonces, al Este y veamos qué estaba ocurriendo allí.

2. Guerra en el lejano este

La Primera Cruzada

La potencia cristiana más fuerte de Europa Oriental, por la época de los primeros Capetos, eran los restos aún en pie del viejo Imperio Romano, con su capital en Constantinopla. A esos restos de los dominios romanos los llamamos el «Imperio Bizantino», de Bizancio, el antiguo nombre de Constantinopla. Los europeos occidentales de la época, sin

embargo, llamaban al Imperio sencillamente «los griegos». Esto era bastante correcto, en cierto modo, ya que la lengua de su pueblo era realmente el griego.

Por la época en que Hugo Capeto obtuvo el trono francés, en 987, y asumió el gobierno de una heterogénea región bárbara cuyos señores podían desafiarlo con impunidad, el Imperio Bizantino era una monarquía centralizada con quince siglos de civilización ininterrumpida tras de sí [3].

La distancia entre Francia y los límites más occidentales del Imperio Bizantino era sólo de unos 1.000

kilómetros, aproximadamente; no muy grande según patrones modernos, astronómica para el siglo XI.

Para los franceses, y para los cristianos occidentales en general, los «griegos» no sólo eran un pueblo muy lejano sino también un pueblo malvado. Se negaban a aceptar la supremacía del papa romano e insistían en mantener la del patriarca de Constantinopla, en cambio. Peor aún, diferían en diversos puntos doctrinarios en aspectos que consideraban importantes los teólogos de la época y que sirvieron para avivar un amargo odio ideológico entre los cristianos del Oeste y los del Este. En

1054, en los últimos años de Enrique I de Francia, se produjo el cisma, o ruptura, final entre las dos mitades del mundo cristiano, cisma que ha perdurado hasta hoy.

Por entonces, el Imperio Bizantino se halló frente a un nuevo y peligroso enemigo en el Este, los turcos selúcidas. El Imperio fue debilitado por conmociones políticas internas y, en 1071, cuando bizantinos y turcos se enfrentaron en una batalla a gran escala en Manzikert, en el Asia Menor oriental, el ejército turco obtuvo una aplastante victoria.

Los turcos barrieron el interior de

Asia Menor y, simultáneamente, ejércitos occidentales provenientes de Italia (conducidos por aventureros normandos del norte de Francia) invadieron los dominios bizantinos del Oeste. Parecía que el Imperio Bizantino iba a ser barrido del mapa y, en verdad, así habría ocurrido de no ser por los esfuerzos de un capacitado general bizantino, Alejo Comneno, quien se adueñó del trono y empezó a gobernar como Alejo I en 1081.

Durante una década, Alejo combatió tenaz e incansablemente a los enemigos del Imperio en todas las fronteras y en el interior. Siempre estaba en necesidad de

más soldados, y se le ocurrió que podría reclutar una banda de mercenarios del Oeste proponiendo una acción contra el común enemigo musulmán y esgrimiendo la posibilidad de superar la escisión entre la cristiandad oriental y la occidental.

A los cristianos occidentales, desde luego, les importaba un ardite del Imperio Bizantino y hubiesen contemplado alegremente su destrucción. Pero estaban preocupados por el hecho de que los turcos selúcidas se habían apoderado de Jerusalén. Con el entusiasmo religioso de conversos relativamente recientes, los turcos

limitaron tajantemente las peregrinaciones cristianas a la tierra donde nació Jesús, y pronto circularon por el Oeste relatos horribles sobre las atrocidades turcas contra humildes peregrinos cristianos.

Más aún, el papa Urbano II tenía razones propias para prestar oídos a los alegatos del emperador Alejo. A la sazón, el papado estaba empeñado en una lucha por el poder con el emperador alemán Enrique IV, quien apoyaba a un «antipapa» (un papa que no fue reconocido como legítimo por la posterior doctrina apostólica). En realidad, era el antipapa el que

gobernaba en Roma, mientras Urbano II se había visto obligado a permanecer en las regiones no controladas por los ejércitos del emperador.

En 1095, un año después de que Urbano mostrase su fuerza excomulgando a Felipe I de Francia, convocó un concilio en la ciudad italiana septentrional de Piacenza, a sesenta y cinco kilómetros al sur de Milán. Allí puso en la agenda el pedido de mercenarios de Alejo.

Como papa enérgico que era y como ardiente defensor de la reforma cluniacense, sentía sinceros deseos de reforzar a la cristiandad derrotando a

los turcos y recuperando Tierra Santa. Y si al hacerlo podía lograrse que los cristianos orientales volviesen al redil y aceptasen la supremacía papal, tanto mejor. Además, la empresa brindaría a los barones enzarzados en interminables rapiñas un enemigo común al cual combatir y se promovería la paz interior al enviarlos lejos.

El concilio de Piacenza, sin embargo, no llegó a ninguna conclusión sobre el pedido de Alejo. Los problemas con el emperador alemán ocuparon en demasía su mente colectiva. Por ello, Urbano convocó un segundo concilio en noviembre del mismo año,

1095, en Clermont, en la Francia central meridional. Allí, más lejos del emperador Enrique, el problema del emperador Alejo podía ser contemplado en una perspectiva más clara.

En Clermont, Urbano tuvo un público hecho a la medida para él. A fin de cuentas, él era un francés, y el clero francés había estado de su parte en la lucha contra el emperador y su antipapa. Los caballeros mejores y más beligerantes, a quienes esperaba apelar, también eran franceses.

Urbano empezó exaltando la reforma, renovando la Tregua de Dios y predicando la paz entre la nobleza.

Luego pasó al verdadero propósito de la reunión.

Urbano se levantó para dirigirse a las enormes multitudes de fieles que habían acudido a oírlo. Era un hábil orador y, en términos conmovedores y llenos de emotividad, describió la ciudad de Jerusalén, encadenada desde largo tiempo atrás por sus gobernantes infieles. Describió los sufrimientos de los peregrinos. Urgió a los caballeros de Europa a tomar las armas contra el infiel, a descargar sus golpes, en nombre de los cristianos piadosos, para recuperar la tierra de Jesús.

La atmósfera era la de una reunión

evangelista. Los oyentes fueron llevados a un frenesí casi enloquecido. «¡Dios lo quiere!», gritaban una y otra vez. «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!»

Muchos se comprometieron a marchar al Este para combatir y en signo de esta promesa prendieron una cruz de su ropa, desgarrando alguna prenda, si era necesario, a fin de obtener el material para ello. La guerra iba a librarse en homenaje a la Cruz, y ésta sería el emblema de sus guerreros. Por ello, el movimiento fue llamado «Cruzada», de la palabra latina para «cruz».

Urbano inició en Clermont una lucha

que continuaría por doscientos años, y más aún, y el flujo de caballeros hacia el Este sería permanente, más o menos, durante todo ese tiempo. Pero hubo flujos particularmente densos conducidos por jefes eminentes, de tanto en tanto; hubo ocho de ellos, según los cálculos más comunes. Por esta razón los historiadores habitualmente hablan de las Cruzadas, en plural, y la que iba a iniciarse después del concilio de Clermont fue la «Primera Cruzada».

La Primera Cruzada no fue un movimiento de monarcas y, en verdad, Urbano no deseaba que lo fuese. Los dos monarcas más importantes de Europa,

Enrique IV de Alemania y Felipe I de Francia, eran hostiles a él y, de hecho, ambos fueron excomulgados. Urbano quería que el movimiento estuviese bajo su conducción, y fue a los nobles menores y al pueblo a los que apeló, no a quienes podían disputarle su liderazgo.

Los ejércitos marcharon hacia el Este, sin saber nada de las tierras por las que pasarían y a las que llegarían, sin saber nada de sus aliados bizantinos ni de sus enemigos musulmanes, destilando fanatismo y anhelantes de sangre y botín. Aunque sufrieron grandes pérdidas, también ganaron asombrosas victorias y, el 15 de julio de 1099,

lograron tomar Jerusalén.

Es tentador seguir en detalle esta historia casi increíble, pero en este libro debemos centrar nuestra atención en Francia. ¿Qué ocurría en Francia mientras los caballeros franceses se llenaban de gloria en Tierra Santa?

Para Felipe I, la Primera Cruzada fue beneficiosa. Se libró de muchos de sus turbulentos súbditos y tuvo menos que temer en su permanente lucha contra el papa. (Felipe, como verá el lector, no pudo resignarse a renunciar a su matrimonio adúltero; así, se le levantaba la excomunión cuando prometía ser bueno, y se le volvía a imponer cuando

reincidía, y así varias veces.)

Guillermo el Conquistador había muerto en 1087 y su hijo Roberto Curthose, que le sucedió en Normandía, era mucho menos capaz que su padre; además, se marchó a la Cruzada. El hermano menor de Roberto gobernaba Inglaterra con el nombre de Guillermo II y, aunque controlaba Normandía mientras Roberto Curthose estaba en la Cruzada, en Francia no intentó más que aventuras limitadas.

Roberto retornó en 1100, pero por entonces Guillermo II había sido asesinado y Roberto se lanzó a combatir por Inglaterra contra otro hermano,

Enrique.

Podría parecer que, con las Cruzadas y los problemas de los hijos normandos de Guillermo el Conquistador, era un buen momento para que Francia reforzase su unidad, pero esta unión era muy difícil de lograr.

En la actualidad, cuando contemplamos retrospectivamente la Francia de los primeros Capetos, la concebimos como «Francia», pero tal sentimiento no existía entre la gente de la época. Cada provincia tenía su propio dialecto, distintivo y diferente, a veces hasta muy diferente; y para cada grupo provinciano, los hombres que hablaban

otros dialectos eran extranjeros que debían ser despreciados, temidos u odiados, o todo a la vez.

Sin duda, el dialecto de la región parisina, llamado «franciano», tenía cierto prestigio porque era el lenguaje de la corte, mas por el 1100 esto se hallaba lejos de bastar para darle el rango de una lengua común.

Sin embargo, estaba por producirse un cambio. El espíritu y el ánimo de la era de las Cruzadas dio origen a un sentimiento nuevo, más nacional, entre la gente. Por diferentes que las personas de una u otra provincia se sintieran, todos eran cristianos y todos luchaban

con los distantes musulmanes.

La Primera Cruzada también dio origen a la primera gran creación literaria que tuvo gran popularidad en todas las provincias, atrajo a todos como una herencia común y dio a todos un orgullo común.

Era la *Chanson de Roland* (El Cantar de Roldan), que recibió su forma final alrededor del 1100. Su trama aprovechaba el sentimiento antimusulmán que despertó en los franceses la Primera Cruzada. Su base histórica era un incidente que había ocurrido más de tres siglos antes, cuando un monarca al que los franceses

consideraban el más grande de su historia, Carlomagno, había luchado gloriosamente contra los musulmanes en España. Durante esa campaña, la retaguardia de uno de los ejércitos de Carlomagno, bajo el mando de Roldan, fue destrozada por vascos cristianos en los desfiladeros de los Pirineos.

Pero el poema no contiene nada del suceso real. Mientras que Carlomagno, en realidad, sólo conquistó la franja de España que está inmediatamente al sur de los Pirineos, es pintado en el poema como habiendo conquistado toda España excepto una ciudad. La retaguardia es descrita como habiendo sido atacada

por un gran ejército musulmán, en vez de las guerrillas cristianas, y todo el cuadro está pintado con los fantásticos colores heroicos de la caballería medieval. Cada cristiano combate con mil musulmanes, excepto Roldan, que combate con diez mil. Hasta la derrota final de Roldan es tan gloriosa como una victoria.

Ningún francés pudo evitar sentirse orgulloso de ser francés, cualquiera que fuese su provincia, cuando leía este poema épico, que no sólo fue el primero, sino también el más grande de su tipo en la literatura medieval.

La *Chanson de Roland* dio origen a

una gran literatura imitativa de «cantares de gesta» (o «cantares de hazañas caballerescas»), de los cuales unos ochenta han sobrevivido hasta hoy. La mayoría son fantasías concernientes a los caballeros legendarios de la corte de Carlomagno. Uno de ellos, *Huon de Bordeaux*, presenta a Oberón, rey de las hadas, y Shakespeare, cuatro siglos más tarde, lo introdujo como personaje en su obra *Sueño de Una Noche de Verano*.

Los cantares de gesta, en general, junto con la Primera Cruzada, dieron el primer gran ímpetu hacia el nacionalismo francés.

«*Luis el Listo*»

Felipe I había seguido la habitual costumbre capeta de asegurar la sucesión haciendo coronar a su hijo Luis y asociándolo a él en su gobierno. Cuando en 1108 Felipe murió, su hijo le sucedió pacíficamente con el nombre de Luis VI.

Luis fue el primer Capeto que llevó un nombre asociado al viejo linaje carolingio (Luis V fue el último carolingio). Una medida del éxito de los Capelos es que ya no tenían invocar la memoria de Carlomagno.

Luis VI, como su padre, era gordo.

En verdad su exceso de peso ha pasado a la historia, pues es llamado «Luis el Gordo». Era gordo pero no era tonto. De hecho, fue el primero de los Capetos que hizo algo más que meramente tratar de mantenerse y que enfiló audazmente en dirección a la centralización.

Se dio cuenta de que eran los señores revoltosos los que constituían el mayor peligro, y que su fuerza provenía de la paz y la prosperidad de las tierras reales que rodeaban a París. En verdad, otro de sus nombres, y éste mucho más adecuado, es «Luis el Listo».

Eludiendo las guerras distantes en la medida en que pudo, se dedicó a la poco

atractiva pero enormemente importante tarea de acabar con los orgullosos hidalgüelos que tenían sus fortalezas a la vista de París y saqueaban a comerciantes y campesinos cuando se les antojaba. Pasó un cuarto de siglo dedicado a esa tarea, pero cuando Luis terminó, la amenaza de los barones ladrones desapareció de los dominios que él gobernaba directamente.

Como resultado de ello, sus súbditos lo amaban; fue el primer Capeto realmente popular. En cuanto a aquellos que estaban gobernados por señores que estaban fuera del alcance de Luis, deseaban ansiosamente la victoria del

rey sobre sus propios señores feudales. Así inició Luis el proceso de centralización de la monarquía y la nación que continuaría durante cinco siglos después. La marcha hacia la centralización tiene tendencia a realimentarse a sí misma. Por ejemplo, cuanto mayor es el poder real y más extensos los dominios reales, tanto mayor es el prestigio del dialecto de la corte, el franciano, y tanto más se acercaba Francia a un lenguaje nacional que, a su vez, podía inspirar sentimientos nacionalistas.

Luis no promovió la centralización mediante hechos de armas solamente. De

manera deliberada, apoyó a las clases sociales con las que podía contar para actuar contra los señores. Mantuvo el hábito Capeto de apoyar al clero, por ejemplo, y abandonó la política de su padre y su abuelo volviendo a un programa de apoyo a la reforma. Pensó, con razón, que a la larga se ganaría más con ello.

También usó la influencia real para crear ciudades en las tierras de sus vasallos turbulentos (no en las suyas) y les otorgó privilegios especiales que, sabía, serían inconvenientes para los señores. Los habitantes de las ciudades, naturalmente, considerarían enemigos a

los señores de las tierras circundantes y buscarían protección para ellos y sus privilegios en el rey. A medida que aumentaron la prosperidad y la riqueza de las ciudades, se convirtieron en una fuente de dinero (necesario para pagar soldados y comprar armas) que siempre estaría disponible para que el rey la usase contra los nobles.

Luis fue suficientemente perspicaz como para evitar poner a sus vasallos más importantes en la administración, pues comprendió que serían difíciles de controlar y que podían fácilmente usar contra él el poder que les concediera. Eligió sus consejeros entre la nobleza

inferior, el clero y los habitantes de las ciudades. Estos consejeros, al no tener gran poder propio, dependían solamente del rey para su bienestar y podía confiarse en que, por puro interés personal, serían leales a él.

El más importante de los consejeros de Luis fue el abad Suger, un eclesiástico proveniente de las clases inferiores. Suger tenía aproximadamente la misma edad que Luis y había sido el preceptor real cuando ambos tenían veintitantos años. Suger estimuló vigorosamente a su monarca en su política ilustrada contra los señores, y su influencia se extendería más allá de

la vida de Luis. Suger vivió hasta los setenta años y fue consejero del hijo y sucesor de Luis. Y no sólo esto, sino que fue también el mejor historiador de su tiempo y dejó escritos sumamente favorables a ambos reyes.

Suger fue también responsable de un importante avance en la arquitectura.

Por carecer de materiales modernos, a los arquitectos romanos les fue imposible construir grandes estructuras sin gruesos muros. Cuando se usó la piedra para el techo, el peso fue aún mayor y los muros se hicieron enormemente anchos. Las ventanas debían ser escasas y pequeñas, para no

introducir una fatal debilidad en los edificios. El resultado de ello fue que en las iglesias «románicas» de la temprana Edad Media predominaba una atmósfera de densa penumbra, sólo atenuada por interiores alumbrados con velas e imágenes coloreadas.

Pero en el siglo XI surgió la idea de diseñar grandes construcciones concentrando el peso del techo en ciertas partes donde podían construirse contrafuertes externos de albañilería. Para aumentar la resistencia, los contrafuertes, bien separados del edificio, podían ser unidos a los puntos fundamentales que necesitaban sostén

mediante construcciones diagonales. Estas eran los «arbotantes».

Puesto que los contrafuertes soportaban el peso, las partes del muro que no participaban directamente en la función de sostén podían hacerse delgadas y abrir en ellas muchas ventanas. Estas ventanas eran cubiertas con vidrieras, de modo que el interior del edificio quedaba bañado por luz de diferentes colores que le daban un bello e impresionante aspecto. Más aún, era posible construir catedrales hasta alturas sin precedentes, alturas que no fueron superadas, en verdad, hasta el siglo XIX, cuando surgió la edad del acero.

El nuevo estilo apareció discretamente de manera dispersa, y en 1137 Suger inició la renovación de la abadía de Saint-Denis, no lejos de París, al norte, de la cual Suger era abad. Este usó el nuevo estilo de una manera audaz y al por mayor, con lo que contribuyó a su popularidad. Para los hombres de regiones más meridionales, particularmente Italia, donde el estilo románico y su evocación de los viejos días romanos tenían el prestigio de la antigüedad, la nueva arquitectura fue considerada bárbara en su exaltación de la altura y el tamaño, y en el desbordante vigor de sus contrafuertes y

su ornamentación. Fue llamado, burlescamente, «gótico».

El nombre quedó, pero sin su matiz insultante. Ese estilo se hizo cada vez más popular y se construyeron catedrales góticas por toda Europa durante los siglos siguientes, y con complejidad cada vez mayor. La arquitectura gótica se convirtió en una de las glorias artísticas de la Edad Media.

Los hijos del Conquistador

El problema externo que más complicó el reinado de Luis fue la

cuestión de Normandía. Tuvo que hacer frente a los hijos de Guillermo el Conquistador. Uno de los hijos sobrevivientes, Enrique I de Inglaterra, había derrotado a Roberto Curthose y ahora gobernaba también sobre Normandía.

A Luis no le preocupaba mucho quién gobernase Inglaterra, pero Normandía, por supuesto, era otra cuestión. Ocupaba los tramos inferiores del río Sena y su frontera estaba a sólo unos cien kilómetros aguas abajo de París. Que perteneciese a Inglaterra permitía al rey inglés ser tan importante en Francia como lo era el rey francés, y

Luis trató de que, en el peor de los casos, si Normandía no podía ser dominada por él, al menos no fuese dominada por Inglaterra.

Por ello, había apoyado a Roberto Curthose, que era ahora prisionero de su hermano; y luego apoyó al hijo de Roberto, Guillermo Clito, quien estaba aún en libertad. Así comenzó un duelo entre Francia e Inglaterra, por Normandía, que no iba a decidirse antes de tres siglos.

En 1119, Luis, acompañado por Guillermo Clito, condujo un contingente de hombres armados río abajo por el Sena. Probablemente no tenían más

intención que la de hacer un reconocimiento y obtener una victoria psicológica sobre Enrique. Pero éste, quien se hallaba en Normandía a la sazón, conducía una tropa río arriba por el Sena, con el mismo propósito. Los dos ejércitos se encontraron inesperadamente cerca de Les Andelys, ciudad de la frontera normanda.

No pudo evitarse la batalla y las dos huestes de jinetes chocaron con gran bullicio y clamoreo. Por entonces, la armadura había llegado a cubrir todo el cuerpo del hombre y buena parte del caballo también, de modo que los caballeros eran como tanques vivientes.

La armadura debe de haber sido muy pesada de llevar y endiabladamente caliente en verano (la batalla se libró el 20 de agosto); seguramente impedía limpiarse el sudor de los ojos o rascarse donde picaban las pulgas; pero protegía de los golpes de espadas y garrotes.

De los novecientos caballeros que participaron en la batalla, de ambas partes, sólo tres fueron muertos, y ello probablemente por accidente. Aun cuando se lograra derribar de su caballo a un caballero y capturarlo, generalmente se lo conservaba vivo para pedir un rescate por él, que era mucho más provechoso que matarlo.

Todo se reducía, pues, a cuál de las partes se cansaba primero del ruido y el calor y decidía ceder. Entonces, volvían sus caballos y se alejaban, mientras la otra parte trotaba tras ellos sin entusiasmo y profiriendo insultos. Fueron los franceses los que se volvieron en este caso y Enrique obtuvo una clara victoria, aunque no sangrienta.

Esta batalla de Les Andelys, dicho sea de paso, era típica de los primeros tiempos medievales. Generalmente eran tediosos empates y tenía poco sentido librarlas. En cambio, cuando los castillos normandos se difundieron a regiones fuera de Normandía, los

asedios se hicieron característicos del arte de la guerra de esa época. Como resultado de ello, se construyeron castillos prestando cada vez mayor atención a su resistencia. Después de 1100, los castillos, que hasta entonces eran hechos de madera, empezaron a ser contruidos con piedra.

Un año después de Les Andelys, un golpe de fortuna favoreció a Luis y le brindó infinitamente más de lo que había perdido en la batalla. El rey inglés retornó a Inglaterra y su único hijo, Guillermo, que navegaba en otro barco, se ahogó en el Canal de La Mancha. Sólo quedaba una hija, Matilde, como

heredera de la corona anglonormanda. Luis el Listo no halló dificultades para darse cuenta de que habría problemas en Inglaterra cuando Enrique muriese. Desde ese momento, se dedicó a hacer todo lo posible para asegurarse de que tales problemas efectivamente surgirían.

La muerte del príncipe también fue una oportunidad para Enrique V, el emperador alemán e hijo del viejo enemigo del papado Enrique IV.

En 1114, Enrique V se casó con Matilde de Inglaterra, y pensó ahora que tenía buenas probabilidades de heredar el gobierno de Inglaterra y Normandía por intermedio de su mujer. No pudo

resistir la tentación de apresurar y asegurar la llegada de ese día invadiendo Francia en 1124 y realizando alguna hazaña contra el enemigo francés que le diera popularidad entre sus futuros súbditos.

El creciente sentido de nacionalidad y la popularidad personal de Luis demostraron ahora ser un firme apoyo para el rey. Los grandes señores y el pueblo por igual se unieron alrededor de Luis, y el emperador, después de descubrir que se había metido en un avispero, decidió que tenía otras cosas que hacer y volvió a Alemania.

Enrique V murió en 1125, dejando

viuda a Matilde. Enrique I, en agonía, trató de asegurar la sucesión obligando a los señores ingleses y normandos a jurar lealtad a su hija. También buscó la manera de arreglar un segundo matrimonio que proporcionase a su hija un marido capaz de defenderla.

Su elección cayó en Anjou, cuyos condes dominaban una región de Francia tan extensa como Normandía. Había habido una permanente enemistad entre Normandía y Anjou (su vecino meridional) durante más de medio siglo, pero ahora las circunstancias habían cambiado. El conde de Anjou, Fulco V, estaba a punto de marcharse al Este para

encabezar las fuerzas cristianas que aún combatían en Tierra Santa, e iba a dejar su hijo Godofredo como su sucesor.

Godofredo era joven, pues estaba en su primera adolescencia, y era de apariencia suficientemente buena como para ser llamado «Godofredo el Hermoso». También adquirió un apodo derivado de un ramito de retama («planta genét») que llevaba en su yelmo, por lo que era llamado Godofredo Plantagenet.

Si se le podía inducir a casarse con Matilde, sería un joven y vigoroso marido que, según el cálculo de Enrique, defendería la corona de su hija llegado

el momento. Finalmente, pasaría a su hijo el gobierno, no sólo de Inglaterra y Normandía, sino también de Anjou, y fundaría una «dinastía angevina» (el adjetivo derivado de Anjou) que sería más poderosa que la dinastía normanda, de la que Enrique I parecía condenado a ser el último representante masculino.

En 1128, el matrimonio tuvo lugar y al año siguiente Fulco V partió hacia el Este. Godofredo fue conde de Anjou y esposo de la heredera del trono de Inglaterra y Normandía.

Luis VI no pudo hacer nada para detener este complicado plan con vista al futuro (excepto esperar que

fracasase), pero preparó un complejo plan propio que podía servir como factor neutralizador. Al noroeste de los dominios reales estaba Flandes, una región que ahora está incluida en su mayor parte en Bélgica occidental, y allí dirigió su mirada Luis.

Flandes tenía una posición muy ventajosa, inmediatamente del otro lado del Canal con respecto a Inglaterra sudoriental, y estaba a mitad de camino entre Alemania y Francia. Las tierras bajas eran cenagosas y, cuando las marismas fueron desecadas, las tierras no eran adecuadas para la agricultura. En cambio, se criaron ovejas, pues hubo

allí buenos pastos. El pueblo flamenco usaba la lana para hacer ropas, que exportaba al Sur, a cambio de los objetos de lujo del Mediterráneo. No es sorprendente, pues, que las ciudades que surgieron en Flandes fueran las más prósperas, fuera de las de Italia.

En 1127, cuando el conde de Flandes fue asesinado, Luis VI intervino rápidamente y, por mera presión, obligó a los flamencos a aceptar a Guillermo Clito como su conde. La intención era clara. Guillermo Clito, sobrino de Enrique I e hijo del hermano mayor de Enrique, tenía legítimos derechos al trono inglés. Luis pensó que podía

abrigar la seguridad de que estallaría una guerra civil en Inglaterra, en algún momento conveniente, guerra en la que tendría tras de sí la riqueza de Flandes.

El plan de Luis no tuvo éxito. Guillermo Clito era inaceptable para el pueblo flamenco. Estaba constantemente en discordia con él y, en 1128, murió en una batalla, de modo que la influencia de Luis en esa dirección se desvaneció.

Luis VI, rechinando los dientes, se vio obligado a hacer la paz definitivamente con Enrique I en 1129, y a esperar. En 1134 murió Roberto Curthose a la edad de ochenta años, con lo que quedó eliminada otra posible

fuente de problemas dinásticos, y luego, en 1135, murió Enrique I. ¿Qué ocurriría ahora?

Luis VI no tuvo que esperar mucho para verlo. Matilde trató de que la aceptasen como reina, pero todos los señores anglonormandos que habían jurado aceptarla se negaron luego a admitir un gobierno de faldas y se retractaron, pasando a apoyar a un encantador primo de ella, Esteban de Blois. Siguieron veinte años de anarquía y guerras civiles, durante los cuales Inglaterra permaneció bajo el gobierno de Esteban y Normandía bajo el de Matilde, para beneficio de Francia.

Pero Luis VI no podía descansar. Estaba en los cincuenta y tantos años, que era una edad avanzada para ese período de la historia, y tenía que arreglar su propia sucesión. A la manera capeta, había hecho coronar a su hijo, otro Luis, en 1131, y ambos gobernaron Juntos. Pero Luis quería hacer más. Deseaba lograr un matrimonio ventajoso para su hijo, a fin de contrarrestar el ventajoso matrimonio de Matilde.

Afortunadamente, se le presentó la oportunidad. Casi todo lo que es ahora el sudoeste de Francia estaba bajo la dominación de los duques de Aquitania. Aquitania era una tierra bella y fértil,

con un clima suave y una cultura más gentil y avanzada que la del norte de Francia, pues estaba más cerca de Italia, donde aún latía el recuerdo de Roma, y de España, donde la cultura musulmana era mucho más avanzada que toda la de la Europa cristiana.

Aquitania, en efecto, era casi un país extranjero. Aunque feudalmente reconocía al gobernante de París como su soberano, prácticamente no había lazos de simpatía entre el Norte y el Sur. Hasta las lenguas eran diferentes. Aquitania hablaba el «provenzal», una lengua más estrechamente emparentada con algunos de los dialectos españoles

que con el franciano.

Pero Luis tuvo una oportunidad. En 1137, Guillermo X, duque de Aquitania, murió sin dejar herederos varones. Su único vástago era una hija joven, Leonor de Aquitania, que tenía sólo quince años en el momento de la muerte de su padre. Era la más rica heredera de Europa y necesitaba un marido que protegiera sus tierras. ¿Qué mejor marido podía tener que el próximo rey de Francia, de sólo dieciséis años? Sus herederos gobernarían directamente toda la Francia oriental y meridional, rodeando a las posesiones normandas del noroeste con un gran semicírculo. Entonces,

aunque la guerra civil anglonormanda llegase a su fin, Francia estaría en una posición favorable para reanudar la lucha.

El casamiento se llevó a cabo en julio de 1137, y luego luís, después de haber hecho todo lo que pudo, se despidió cansadamente de la vida; murió el 1° de agosto.

La Segunda Cruzada

El nuevo rey le sucedió con el título de Luis VII, y fue llamado en la época «Luis el Joven», pues era todavía un adolescente.

El nuevo reinado, por influencia de Leonor, llevó al norte la cultura del sur, y lo hizo poderoso. El sur de Francia era el hogar de los «trovadores» o, como eran llamados en el sur, «trouvères» (de una palabra local que significaba «poeta»), que escribían en provenzal.

Los trovadores cantaban sobre el amor, algo que en la mayor parte de Europa era desconocido. Los matrimonios se concertaban por razones económicas o políticas, sin ninguna consideración a los gustos o sentimientos personales. En cuanto a la relación sexual, ésta habitualmente tenía poco que ver con nada que no fuera el

sexo.

Los trovadores, en cambio, concebían el amor como algo diferente del sexo o del matrimonio; y la sujeción del amante a su amado casi a la manera de un vasallo con su señor. Podía hacerse remontar los orígenes de esta concepción a los escritos romanos del poeta Ovidio y a ideas musulmanas provenientes de España.

Guillermo IX de Aquitania, abuelo de Leonor, fue el primero de los trovadores importantes, y Leonor los protegió generosamente. Surgió la moda del «amor cortesano», según el cual se suponía que los hombres suspiraban por

mujeres que no podían obtener (generalmente, porque estaban casadas con algún otro).

La moda se ajustaba a un estilo convencional y era trivial, pero contribuyó a mejorar el *status* de la mujer algo muy necesario por aquel entonces. Las mujeres, en general, eran denigradas por los sacerdotes célibes y recibían escasa consideración como seres humanos antes de los trovadores. Eran consideradas principalmente como máquinas de hacer bebés, a menudo las casaban a una edad tan temprana como los doce años^[4] y, en promedio, tenían trece veces más hijos que las mujeres

europas y americanas de hoy. Pero el índice de mortalidad de los niños pequeños era elevado, lo que impedía que la población aumentase rápidamente, y pocas mujeres escapaban a la muerte en un parto, tarde o temprano. A causa de esto, la esperanza de vida de las mujeres era considerablemente menor que la de los hombres (esta situación no cambió hasta el siglo pasado, cuando se logró reducir mucho los peligros del parto).

Leonor presidía un tribunal para trovadores y poetas, y disertaba sobre los esotéricos problemas del amor cortesano. Emitía veredictos en tales

materias, después de oír los alegatos de ambas partes, como hacía su marido en cuestiones más serias. Leonor decidió, por ejemplo, que el amor y el matrimonio eran incompatibles, algo que probablemente había descubierto en su propio caso por experiencia personal, aunque dio sumisamente a su marido dos hijas.

(Podría creerse que el movimiento de los trovadores favorecía la infidelidad y la inmoralidad entre mujeres de alto rango, pero en realidad la mayoría de esas disquisiciones eran pura palabrería. Las condiciones de vida en las grandes casas eran tales que

estaban llenas de gente; había tantos criados y sirvientes que las damas apenas podían hallar la intimidad necesaria para hacer el amor con sus maridos, y mucho menos con otros hombres.)

Mientras Leonor abordaba los problemas del amor cortesano, Luis tenía que enfrentarse con otros más prosaicos. Por ejemplo, estaba la cuestión de Inglaterra y Normandía. Esteban y Matilde disputaban y combatían por la corona unida de Inglaterra y Normandía (ahora con el añadido de Anjou), y Luis tuvo que vigilarlos atentamente e intervenir para

impedir que ganase cualquiera de las partes. Esto fue precisamente lo que ocurrió. Ni Esteban ni Matilde eran verdaderamente capaces y ambos desperdiciaron varias oportunidades de ganar.

Matilde, después de una breve estancia en Londres, en 1141, fue expulsada y obligada a retirarse a Francia definitivamente. Esteban, aunque gobernó a Inglaterra de manera bastante ineficiente, no pudo afirmarse en el Continente. Aquí, Godofredo Plantagenet logró poner a Normandía del lado de Matilde y fue reconocido como duque de Normandía (además de

su título heredado de conde Anjou) en 1144.

Luis VII, naturalmente, estaba encantado con este arreglo, pues no sólo la peligrosa herencia de Guillermo el Conquistador quedaba dividida en dos, sino también porque para cada una de las partes la otra sería el principal enemigo, permitiendo a la corona francesa ganar a expensas de ambas y, tal vez (¿quién sabe?), engullir todo.

Si Luis VII hubiera sido tan prudente y previsor como su padre, podía haber avanzado lejos en esa dirección. Desgraciadamente para él, tuvo serios contratiempos que surgieron de

problemas religiosos. Para empezar, cometió el error de presionar sobre la designación de uno de sus capellanes para un arzobispado, en contra de los deseos de los funcionarios de la Iglesia.

Luis VII consideró esto como su derecho feudal, pero la Iglesia no lo juzgó así y endureció su posición frente a él. Por entonces, el poder del papado estaba creciendo constantemente, y se hallaba cada vez menos dispuesto a permitir que los reyes interfirieran indebidamente en los nombramientos eclesiásticos. El papa Inocencio II hasta amenazó con un «interdicto» (una suspensión completa de todas las

funciones eclesiásticas) en los dominios reales, y lo habría hecho si no hubiese muerto poco después, en 1143.

El rey defendía enérgicamente lo que creía que eran sus derechos, pero era suficientemente piadoso como para sentirse afectado por hallarse en conflicto con la Iglesia. Peor aún, en 1142, cuando combatía con el conde de Champaña, las tropas de Luis VII tomaron por asalto un castillo situado a unos ciento cuarenta kilómetros al este de París y lo incendiaron. Las llamas se extendieron a una iglesia vecina, en la que habían buscado refugio 1.300 personas. Todos murieron. Esta

atrocidad no fue intencional; fue un concomitante accidental de la suprema atrocidad de la guerra; pero la conciencia de Luis quedó aterrada por la horrenda visión de los cuerpos quemados.

Todo esto sirvió de fondo para las noticias que llegaron del Este. Había pasado medio siglo desde que los cruzados tomaron Jerusalén. Un «Reino Latino», bajo la dominación de los franceses, había sido creado a lo largo de toda la costa oriental del Mediterráneo.

Pero eso había ocurrido cuando el mundo musulmán estaba profundamente

dividido, y esa división había sido el principal factor que permitió el éxito de los cristianos. Ahora los musulmanes se estaban recuperando. Aparecieron jefes vigorosos y, en 1144, uno de ellos retomó la ciudad de Edesa, el bastión situado más al noreste del reino de los cruzados. Cuando la noticia del resurgimiento musulmán y la pérdida de Edesa llegó al Oeste, se inició una resurrección del fervor cruzado.

No había ningún papa fuerte, ningún Urbano II, que estimulase ese fervor, pero había otro allí para hacerlo. Era un simple abad, pero más grande que la mayoría de los papas: era Bernardo de

Claraval.

Bernardo había nacido en 1090 en el seno de una familia acomodada, cerca de Dijon, en Borgoña, a unos doscientos kilómetros al sudeste de París. Claramente no tenía vocación militar, de modo que se le ofreció la única alternativa que había para un Joven de la clase superior en aquellos tiempos: una educación que lo destinaba a la vida clerical. Vivió bastante alegremente hasta que, como resultado de un largo proceso de conversión, decidió repentinamente, en 1112, entrar en un monasterio relativamente nuevo en Cîteaux, a unos veinticinco kilómetros al

sur de Dijon.

Este monasterio representaba un nuevo movimiento reformista, pues el viejo movimiento cluniacense se había suavizado por entonces. Este nuevo movimiento es llamado «cisterciense», voz derivada del nombre latino de la ciudad de Cîteaux. Los cirtercienses daban gran importancia al trabajo en los campos. Transformaban tierras yermas en pastizales y luego criaban ovejas y desarrollaban la producción de una lana de elevada calidad. Pero el monasterio tenía problemas al principio y no funcionaba muy bien, hasta que llegó Bernardo, con unos treinta amigos y

parientes, a quienes persuadió a que se le unieran.

Pasó tres años de vida austera y luego fue enviado, en 1115, a fundar un monasterio similar en un lugar situado a unos cien kilómetros al norte de Dijon. Llamó al lugar Claraval («valle brillante»).

Gracias a la furiosa energía de sus escritos y enseñanzas, la reforma cisterciense tuvo una expansión casi explosiva. Antes de su muerte, treinta y ocho años después de su llegada a Claraval, había 338 monasterios cistercienses esparcidos por toda Europa Occidental.

Su fama creció año tras año, y lo mismo la influencia de sus místicas concepciones religiosas. Fue devoto de la Virgen María, por ejemplo, y él más que nadie fue responsable de la importancia que le concedió la Iglesia posteriormente. Sin moverse de su oscuro lugar de Claraval, Bernardo se convirtió en el papa sin tiara, cuya influencia era mucho mayor que la de quienes ocupaban el trono pontificio romano en su tiempo. Sermoneó a reyes y amonestó a delegados pontificios. Fue su influencia, por ejemplo, lo que hizo posible que Inocencio II fuera papa, contra las pretensiones de otros.

Bernardo podía haber sido papa si hubiera querido, pero prefería su abadía.

Después de la muerte de Inocencio II hubo dos papas que ocuparon el cargo por breve tiempo y luego, en 1145, un monje cisterciense discípulo de Bernardo fue elegido papa con el nombre de Eugenio III (y Bernardo siguió dominándolo como si Eugenio, por muy papa que fuese, siguiera siendo su discípulo). Las noticias de la caída de Edesa llegaron a Europa inmediatamente después de la elección de Eugenio III, y tanto éste como Bernardo quedaron atónitos.

Bernardo pensaba que sólo un movimiento conducido por los grandes monarcas podía restablecer el equilibrio, y los tiempos estaban maduros para él. La elección obvia parecía ser Luis VII de Francia. Bernardo había intervenido en la querrela del rey con la Iglesia y había negociado un compromiso. La gratitud de Luis y sus remordimientos de conciencia le predisponían a escuchar a Bernardo. (Y Bernardo era un hombre peleón, pendenciero, autoritario y de una áspera elocuencia, a quien era difícil no escuchar, de todos modos.)

El Domingo de Resurrección de

1146, Bernardo arengó a la corte francesa y, en un arranque de entusiasmo, el joven rey (sólo tenía alrededor de veinticinco años) tomó la cruz de la propia mano del abad. Acudieron los señores y los caballeros, jurando marchar a Tierra Santa, y nuevamente hubo en Francia un gran alboroto.

El movimiento cruzado nunca se había detenido totalmente, pero este nuevo empuje atrajo la atención de todo el mundo. Los sucesos que siguieron — una expedición al Este conducida por el mismo Rey— han sido llamados la «Segunda Cruzada».

Una persona permaneció inmutable, el abad Suger (quien, como todo el mundo, había sido sermoneado en su momento por Bernardo y no había gozado de la experiencia). Suger había guiado a Luis VI; había aconsejado el matrimonio de Luis VII con Leonor de Aquitania; y ahora era también consejero de Luis VII. No le impresionaban los encantos de Oriente y veía la Cruzada sólo como una fuente de perturbaciones. A causa de ella, el Rey estaría ausente y los problemas reales, los domésticos, se harían más amenazadores. Sin duda, el poder anglonormando había sido neutralizado

por la guerra civil, pero, ¿cuánto duraría eso? Y, sin duda, en ausencia del Rey, los vasallos se agitarían y se harían más fuertes.

Pero la esposa de Luis VII, Leonor, estaba encantada ante la perspectiva de una cruzada. La veía como una larga sucesión de torneos caballerescos, con bravos y gallardos caballeros que realizarían prodigiosas hazañas de valor, por amor a sus bellas damas cuyos guantes llevarían en sus yelmos. No solamente ella urgió a Luis a marchar al Este, sino que insistió en ir ella misma con toda su corte.

Luis no podía resistir el clamor de

Bernardo, los ruegos de Leonor y las punzadas de su propia conciencia doliente. Puso a Suger al frente del Reino durante su ausencia y se dispuso a partir.

La prédica de Bernardo, de hecho, no sólo persuadió a Luis a marchar al Este, sino también a otro monarca, de rango aún más elevado. Era Conrado III, a la sazón emperador de Alemania. Siguiendo rutas separadas (para evitar querellas), los dos ejércitos, conducidos por los más poderosos monarcas de la cristiandad occidental, se dirigieron al Este en 1147 para castigar a los musulmanes, mientras toda Europa

contenía el aliento.

Ambos ejércitos llegaron a Constantinopla y sus jefes fueron agasajados por el emperador bizantino Manuel, quien se consideraba emperador romano y a sus visitantes como meros reyes bárbaros. Las humillaciones que los monarcas occidentales tuvieron que sufrir en sus negociaciones con Manuel quitaron algo de su brillo novelesco a la cruzada.

El ejército alemán fue transportado por barco a Asia Menor por los bizantinos, quienes gustosamente los condujeron al interior para librarse de ellos, ya porque se marchasen a Tierra

Santa, ya porque fuesen barridos. No les importaba cuál de esas alternativas se produjese, y resultó ser la segunda. Pocos de los cruzados alemanes escaparon a las cimitarras de los turcos, pero Conrado III estuvo entre esos pocos.

Luis VII fue más cauteloso. Marchó a lo largo de la costa de Asia Menor para permanecer en territorio bizantino todo lo posible. Cuando finalmente se vio obligado a enfrentarse con los turcos, dejó que destrozaran su infantería y se dirigió por mar, con sus caballeros, a Tierra Santa. Llegó a Antioquia, cerca del límite septentrional

del Reino Latino. Doscientos cincuenta kilómetros al noreste se hallaba Edesa, ahora en poder de los musulmanes. Quinientos kilómetros al sur se hallaba Jerusalén, todavía en manos cristianas.

Los jefes de Antioquia, temiendo por su propia seguridad si no se frenaba el avance musulmán, urgieron a Luis VII a avanzar sobre Edesa sin dilación. Lo mismo Leonor, que aún ansiaba románticas batallas caballerescas. Pero Luis ya estaba harto. La marcha por Asia Menor había sido muy poco romántica y, en cambio, había tenido mucho de sufrimiento sin romanticismo. Decidió que no combatiría, y no lo hizo. En

cambio, condujo a su ejército por territorio seguro, controlado por occidentales, y llegó a Jerusalén. Leonor, con horror y repugnancia, amenazó a Luis con el divorcio, pero Luis siguió su camino y ella tuvo que seguirle.

En Jerusalén, el ejército francés trató de hallar consuelo espiritual visitando los lugares sagrados y orando en ellos. Hasta puso un breve y poco entusiasta sitio a Damasco, a unos 220 kilómetros al noreste de Jerusalén, pero no combatió realmente, y más tarde se volvió a Francia.

Fue un monumental y humillante

fracaso para la cristiandad, para Francia, para Bernardo y, sobre todo, para Luis. En 1149, dos años después de su partida, los sobrevivientes (incluidos los dos monarcas) retornaron sin haber conseguido nada, con batallas perdidas y, peor aún, batallas evitadas, como únicos resultados que mostrar de su esfuerzo.

3. Duelo con los Angevinos

Divorcio y nuevo casamiento

La Segunda Cruzada tuvo un resultado que fue desastroso para Francia, pues llevó a la separación final a Luis VII y la reina Leonor. Esta siempre había juzgado a su marido poco heroico y lo opuesto al ideal trovadoresco. Estaba profundamente disgustada del miserable espectáculo

ofrecido en el Este y pidió el divorcio.

Suger, que había gobernado bien a Francia durante la ausencia de Luis y a quien se concedió el título de «Padre del País» al retorno del Rey, estaba muy contento de la vuelta de Luis pero se horrorizaba ante la posibilidad del divorcio. Si Leonor no hubiera sido más que una esposa y una mujer, podía marcharse en buena hora, pero ella poseía Aquitania, un dominio que ocupaba una superficie tan grande como (y más culto que) el que Luis gobernaba en su propio nombre.

Pero Luis prestó oídos hostiles y malhumorados a los argumentos de

Suger. Se sentía tan humillado por el fracaso en el Este como Leonor, si no más, y le era fácil persuadirse a sí mismo que había sido culpa de Leonor. Ella había insistido en ir, llenándole la cabeza de absurdas ideas románticas; si ello no lo hubiese incitado, se habría ahorrado todo el follón. Además, si ella no hubiese insistido en ir, cargándolo con el peso de toda una corte y con el constante acoso de sus consejos, él podía haber actuado mejor, no tan mal como lo hizo a la vista de su despreciativa mujer.

Por añadidura, estaba la cuestión más terrenal de que ella le había dado

sólo dos hijas, y ningún hijo, en doce años de matrimonio. Esta era una cuestión seria porque ponía en peligro la sucesión, ¿y de qué valía Aquitania si no había ningún hijo que la heredase? En el caso de Inglaterra y Normandía, Luis tenía una clara lección de lo que podía ocurrirle a un reino fuerte si, tras la muerte de un rey, sólo quedaban hijas.

Suger no tenía ninguna posibilidad de hacer cambiar de opinión a Luis. Con más de setenta años y agotado por toda una vida laboriosa, murió en enero de 1151. Desaparecido Suger y ansiosos de divorciarse tanto Leonor como Luis, fue bastante fácil hallar una razón suficiente

para que el papa Eugenio III concediese el divorcio. Lo hizo en marzo de 1152.

Pero el divorcio tuvo consecuencias que superaron con creces los peores temores de Suger, pues inmediatamente después de la muerte de éste la situación empeoró de la siguiente manera.

Mientras Luis estuvo en el Este, la situación anglo-normanda no cambió. Esteban aún gobernaba una Inglaterra que había caído prácticamente en la anarquía. Godofredo Plantagenet gobernaba Anjou y una Normandía cada vez más inquieta, cuyos señores se resentían de tener que rendir homenaje a un odiado angevino.

Como resultado de ello, Godofredo, que no se sentía muy bien de todos modos, decidió en 1150 (poco después del retorno de la cruzada de Luis) transferir el ducado de Normandía al hijo suyo y de Matilde, Enrique. Este, que por entonces tenía diecisiete años, presentaba la ventaja, en lo concerniente a los señores normandos, de ser el bisnieto (por parte materna) de Guillermo el Conquistador.

Ahora el ámbito anglonormando quedó dividido en tres partes: Inglaterra, Normandía y Anjou; las cosas parecían haber mejorado para Francia. Pero no fue así; en el lapso de los cuatro años

siguientes, se produjeron una serie de sucesos cada uno de los cuales acarreó un nuevo desastre para Luis.

Primero, murió Suger y Luis se quedó sin su astuto guía. Luego, ocho meses más tarde, en septiembre de 1151, Godofredo Plantagenet murió y el joven Enrique se convirtió en conde de Anjou tanto como duque de Normandía.

Podría parecer que éste fue un suceso sin importancia. Ahora se dividían el ámbito anglo-normando Esteban y Enrique, en vez de Esteban y Godofredo. Pero Godofredo tenía escasa capacidad y poca energía. Enrique, en cambio, era joven, vigoroso,

inteligente y enormemente ambicioso. Y, sobre todo, no estaba casado.

Quizá Suger, de haber estado vivo, podía haber sondeado las profundidades de la maldad de Leonor, pero Luis no podía. Anhelante de librarse de su insoportable esposa, siguió con el divorcio, convencido ahora de que lo más importante de todo era tener hijos. En marzo de 1152 se produjo el tercer suceso, pues el divorcio fue consumado.

Entonces Leonor dio el paso siguiente, que puede haber sido dictado sólo por el deseo de hacer a Luis todo el daño que podía. Ella tenía treinta años y Enrique de Normandía sólo diecinueve,

pero todavía era una hermosa mujer y suficientemente joven como para tener hijos. Y lo más importante de todo era que todavía Aquitania era suya y podía otorgarla a quienquiera que fuese su marido, y ella eligió a Enrique. Enrique podía haber resistido a una mujer con edad casi suficiente para ser su madre, pero no podía resistir el atractivo de Aquitania, de modo que, en mayo de 1152, menos de dos meses después del divorcio de Leonor, se casaron. Leonor no puede haberse sentido muy atraída por su nuevo marido adolescente, y ciertamente llegó a odiarlo con el tiempo (odio que fue vigorosamente

retribuido), pero si pretendía dañar a Luis, lo consiguió. El ámbito que le pertenecía inmediatamente cayó bajo la dominación de Normandía. Ello significó que toda la Francia occidental estuvo unida bajo el gobierno de Enrique; hasta Bretaña, que en teoría permaneció independiente, de hecho fue un títere normando. Luis VII se encontró frente a un vasallo que dominaba en Francia tierras mucho más extensas, más cultas y más ricas que los dominios reales, y no pudo hacer nada para evitarlo.

La situación empeoró rápidamente. Un año más tarde, murió el hijo de

Esteban, Eustacio. El mismo Esteban tenía una salud precaria y su otro hijo era claramente incapaz de gobernar. Por ello, sacó el mejor partido que pudo de la situación ofreciendo a Enrique hacerlo su heredero si éste permitía a Esteban conservar el trono por el resto de sus días. Enrique aceptó, totalmente seguro de que no tendría que esperar mucho.

Esteban murió servicialmente, en octubre de 1154, y antes de que terminase el año Enrique de Normandía fue coronado como Rey Enrique II de Inglaterra.

Ahora existía un «Imperio

Angevino», así llamado porque Enrique II, por parte de su padre (que era lo que contaba dinásticamente), era de la Casa de Anjou.

Luis VII pudo entonces ver claramente lo que había ocurrido. A causa de su querrela con la Iglesia, que lo había conducido a su loco deseo de aventuras en el Este, en la Segunda Cruzada, y a causa del fracaso de esta cruzada, que había originado su divorcio de Leonor, todo el laborioso trabajo de su padre y de Suger quedó deshecho. El Reino Anglonormando había sido reunificado, con el agregado de Anjou y Aquitania.

Para cualquiera que observase estos acontecimientos, pensaría que sólo era cuestión de tiempo para que toda Francia fuese engullida por los descendientes del temido normando Guillermo el Conquistador. Pero, de algún modo, ante lo espantoso de la crisis, Luis VII volvió en sí. Había cometido su último error; desde ese momento en adelante, fue un Capeto astuto y paciente, a la espera, agazapado como un gato, de cualquier error del enemigo.



MAPA III

El Imperio Angevino—1180

Imperio Angevino - - - - -

Inflexiblemente, se aferró a lo que tenía y se fortaleció cuanto pudo. Se casó de nuevo, pero su segunda mujer murió después de dar un solo descendiente, una tercera hija. Luego se casó por tercera vez, y su nueva mujer, Alicia de Champaña, le dio primero una hija y después, en 1165, un hijo, por fin, a quien Luis llamó Felipe.

(Por entonces, Leonor de Aquitania había dado a su nuevo marido, Enrique II, cuatro hijos y tres hijas. Un quinto hijo llegaría en 1167, de modo que engendró en total diez hijos, en una época en que cada parto era tan peligroso como una batalla campal, sin

perder nunca su vigor. Era una mujer notable en muchos aspectos.)

Luis VII no podía combatir a Enrique II directamente; no era suficientemente poderoso; pero tampoco carecía de armas. Entre otras cosas, la teoría feudal estaba de su parte. Enrique, por poderoso que fuese, era vasallo de Luis y le debía obediencia. Enrique no podía burlarse de esto a la ligera, pues él tenía vasallos a su vez y no le convenía enseñarles que se podía desafiar con impunidad a un soberano. Así, cuando en 1159 Luis ocupó una parte de la costa mediterránea que Leonor reclamaba como parte de su

herencia, Enrique voluntariamente la cedió antes que luchar con su señor feudal.

Además, había conflictos dentro de los dominios de Enrique, y Luis VII, que no podía librar batallas, era un maestro consumado en aprovechar los desórdenes en el campo enemigo. Así, entre 1164 y 1170, Enrique estuvo absorbido en una lucha homérica contra Tomás Becket, el arzobispo de Canterbury, y durante todo ese período Luis VII apoyó firmemente a Becket. Cuanto más durase la querrela y más ocupase las pasiones y las energías de Enrique, tanto mejor para Francia.

Después del asesinato de Becket, en 1170, los hijos de Enrique habían llegado a una edad suficiente (en demasía, para el bien del ámbito angevino) como para disputar entre sí y con su padre. Luis VII hizo en todo momento lo que pudo para alentar tales querellas, y lo hizo con gran habilidad.

Así ocurrió que Enrique II, aunque parecía tener todos los triunfos en su mano, no pudo hacer ningún progreso contra su astuto y paciente adversario, quien había parecido tan ineficaz cuando se trataba de batallas en vez de lucha política.

El progreso y París

Mientras tanto, cuando las querellas dinásticas seguían interminablemente, Francia, tanto de la parte de Luis como de la parte de Enrique, progresaba constantemente en riqueza material y prosperidad.

Por ejemplo, durante el reinado de Luis VII se construyeron en Francia molinos de viento, que habían llegado al Oeste del mundo árabe, más avanzado técnicamente que Europa en aquellos días, y de donde los cruzados llevaron toda clase de ideas. (El fermento intelectual causado por las Cruzadas fue

mucho más importante, a la larga, que las batallas, ganadas o perdidas.)

El molino de viento hace lo mismo que el molino de agua, pero más al azar, pues el viento no sopla tan constantemente como fluye el agua, ni sopla siempre en la misma dirección. Por eso, el molino de viento requería una ingeniería más compleja que la del molino de agua. En compensación, el viento sopla en todas partes, y los molinos de viento permiten conducir energía útil para moler cereales y otros usos en regiones distantes de los cursos de agua.

Gracias al número creciente de

hombres con habilidad mecánica por su labor en la maquinaria de los molinos, se creó el reloj mecánico en algún momento del siglo XII. Antes, el paso del tiempo se registraba por el tañido periódico de una campana («cloche» en francés, de donde deriva la palabra inglesa «clock», «reloj») por un vigilante que observaba un reloj de arena. Este fue reemplazado por manecillas de reloj que se movían automáticamente, bajo el impulso de un peso que caía gradualmente.

Juzgado por patrones modernos, el reloj movido por un peso era un pobre mecanismo, que no servía para saber la

hora con mayor exactitud que una fracción grande de una hora, pero fue un gran avance con respecto a todo lo precedente. Hizo, en general, a los hombres más conscientes del tiempo, al observar las manecillas en lento movimiento en el campanario de la iglesia o del ayuntamiento, y fue el comienzo de la parte ligada al tiempo de la cultura occidental. Al dar a los hombres conciencia de la constancia del tiempo, contribuyó a poner los cimientos para el posterior desarrollo de la ciencia experimental.

Otros avances llegados del Este mejoraron la navegación occidental. El

uso creciente de la vela latina triangular permitió aprovechar los vientos ligeros; el timón de codaste hizo más fácil gobernar las naves. Sobre todo, el advenimiento de la brújula magnética facilitó el mantener una dirección fija cuando se estaba lejos de la vista de tierra. Gradualmente, se hizo posible navegar con confianza en mar abierto, y se inició el cambio que más adelante permitiría enviar marineros europeos occidentales a todas las aguas de la Tierra.

Los avances en la navegación estimularon el comercio y crearon una economía más rica. Como resultado de

dos siglos de gobierno Capeto (además del eficiente gobierno normando en su parte de Francia), la nación, que había sido casi totalmente agrícola hasta alrededor de 1150, comenzó a desarrollar la industria y el comercio.

Esto significó un crecimiento acelerado de las ciudades, que eran centros manufactureros y comerciales. Esas ciudades estaban fuera de la teoría feudal, que se basaba enteramente en la tierra y la agricultura.

Los hombres de las ciudades se unieron para protegerse contra los desastres militares y económicos. Su unión fue llamada una «guilda» (de una

palabra relacionada con «gold», oro, y que aludía a las cuotas que debían pagar sus miembros). La guilda se dividió poco a poco por oficios; cada tipo de trabajo diferente tenía su propia «guilda artesanal». La guilda regulaba los patrones y reglas del trabajo, lo que permitía a sus miembros protegerse contra una dura rivalidad, el paro, etcétera.

Los habitantes de las ciudades más ricos, los «burgueses» (de una palabra que significa «castillo», la ciudadela central de una ciudad), tuvieron una posición social superior a la del campesinado e inferior a la de la

aristocracia terrateniente. Eran una «clase media». El liderazgo militar quedó reservado para la aristocracia, de modo que la clase media capitalizó la educación (necesaria para los negocios y el comercio), empezando a reemplazar al clero en el servicio del Estado, como abogados y administradores.

París fue un caso especial. Como sede del rey y de la corte, tenía un prestigio que no dependía de su comercio o industria, aunque los tuvo en creciente cantidad. Era un centro de la aristocracia y el clero. En el siglo XII comenzó a ser un centro del saber.

Maestros y estudiantes afluían a

París, y allí se exponía y escuchaba el saber de la época (principalmente, los aspectos relacionados con la filosofía de la religión). Como los libros eran escasos y costosos, la enseñanza consistía en que un profesor leía un libro a la muchedumbre reunida de los estudiantes y luego lo comentaba. A veces, dos profesores se enzarzaban en una «discusión», en la que cada uno exponía sus propias teorías ante auditorios de estudiantes deleitados (una especie de partido de tenis intelectual).

El más famoso de los primeros maestros fue Pedro Abelardo, nacido en 1079 en una familia de la aristocracia

menor. Durante el reinado de Luis VI, Abelardo fue un conferenciante enormemente popular. Los estudiantes afluían a él ávidamente, pues no sólo era un fascinante orador, sino también «moderno». Argumentaba, en la medida de lo posible, de manera razonada, en lugar de citar solamente a autoridades.

En verdad, en su libro *Sic et Non* (Sí y No) abordó 158 cuestiones teológicas sobre las cuales citaba a autoridades. En todos los casos, citaba a autoridades antiguas de las credenciales más impecablemente piadosas de cada lado, y dejaba la cuestión sin resolver y hasta sin discutirla él mismo. Sin proferir una

palabra, por así decir, demostraba ampliamente la absoluta bancarrota intelectual que genera el citar, meramente, a autoridades.

Pese a toda su brillantez, o a causa de ella, era un individuo desagradable, intelectualmente arrogante y sin consideraciones para los sentimientos de otros. En las discusiones, Abelardo se deleitaba en derrotar a otros, inclusive sus propios maestros, con despreciativa facilidad, mediante una brillantez dialéctica que hacía que los estudiantes lo aclamasen y se riesen de sus adversarios. Fue apodado el «Rinoceronte Indomable», que muestra

cuál debe de haber sido su efecto sobre los que se le oponían.

Naturalmente, se hizo de muchos enconados enemigos entre aquellos de quienes se mofaba, entre los que eran menos populares y entre aquellos cuyas creencias sacudía. Peor aún, Abelardo dio a sus enemigos la oportunidad que ansiaba cuando, a la edad de cuarenta años, se enamoró de Eloísa, una muchacha que tenía la mitad de edad que él y de quien era preceptor.

Era hermosa e intelectualmente brillante, y tanto ella como Abelardo se comportaron con el género de romanticismo insensato que celebraban

los trovadores. (Se piensa habitualmente que Pedro sedujo a Eloísa, pero, ¿cómo puede ser así cuando ella estaba deseosa de ser amada y, por su conducta y correspondencia posteriores, cabe razonablemente sospechar que ella lo sedujo a él?)

Sea como fuere, el tío de Eloísa, furioso por esta relación amorosa (de la que nació un niño), se vengó alquilando a unos rufianes para que capturasen a Abelardo y lo castrasen. En lo sucesivo, Abelardo fue un hombre acabado, que deambulaba de monasterio en monasterio, acosado por sus enemigos, el principal de los cuales fue Bernardo

de Claraval.

Las concepciones místicas de Bernardo eran diametralmente opuestas a la confianza de Abelardo en la razón, y Bernardo era tan disputador y arrogante como Abelardo, y mucho más poderoso y peligroso. Finalmente, Bernardo triunfó e hizo que las obras de Abelardo fueran declaradas heréticas. Habría hecho juzgar formalmente a Abelardo por herejía y quizá habría logrado hacerlo ejecutar, pero Abelardo murió en 1142, antes de que se efectuase el juicio.

Antes de morir, Abelardo escribió una autobiografía, *La Historia de mis*

Desventuras, la primera obra importante de este género desde la autobiografía de San Agustín, escrita siete siglos antes, Después de la muerte de Abelardo, Eloísa, que nunca dejó de amarlo, lo hizo enterrar, y cuando ella murió. en 1164, fue enterrada junto a él.

Pero las ideas de Abelardo siguieron siendo influyentes, y la regla de la razón que él trató de establecer fue establecida finalmente, pese a la oposición de Bernardo de Claraval. La concepción racionalista ha reinado en la vida intelectual de Occidente desde entonces, aunque nunca sin la oposición de los místicos.

Uno de los discípulos de Abelardo, un italiano llamado Pedro Lombardo, escribió un *Libro de Sentencias* alrededor de 1150, en el que también citaba a autoridades. Pero no apeló al espíritu burlón de Abelardo, sino que seleccionó cuidadosamente a aquellas autoridades que defendían una concepción moderada y tomaban debidamente en cuenta el papel de la razón. Encontró alguna oposición, pero fue un texto clásico durante generaciones. El destino de Pedro Lombardo fue muy diferente del de Abelardo, pues llegó a ser obispo de París el último año de su vida.

Otro de los discípulos de Abelardo fue un joven inglés, Juan de Salisbury, cuya influencia fue política tanto como teológica. Estuvo del lado de la Iglesia contra el Estado y apoyó a Tomás Becket contra Enrique II. En verdad, quizá fue la influencia decisiva que actuó sobre las ideas y acciones de Becket, y estaba presente cuando éste fue asesinado en la catedral de Canterbury. Posteriormente, juzgó prudente retirarse a los dominios de Luis, fuera del alcance de Enrique II. Fue hecho obispo de Chames, a ochenta kilómetros al sudoeste de París, en sus últimos años.

Abelardo, Pedro Lombardo y Juan de Salisbury fueron todos teólogos, poco interesados por el mundo de la naturaleza. Pero también apuntaron los comienzos de la «filosofía natural» (el estudio de la naturaleza, más tarde llamado «ciencia»), gracias a la traducción de comentarios árabes de las obras del antiguo filósofo griego Aristóteles.

Entre los que se destacaron en este campo se contaba Thierry de Chartres, por ejemplo, quien quizá fue también uno de los maestros de Juan de Salisbury. Thierry fue el primero en promover el aristotelismo, a principios

del siglo XII. Trató de reconciliar las descripciones que hacen las Escrituras del Universo con las de Aristóteles.

Alrededor de Abelardo y sus discípulos se reunió un grupo permanente de estudiantes, que formaron el núcleo de lo que sería la Universidad de París, cuya existencia era ya clara en 1160. Esta no fue la primera de las universidades de la Edad Media, pero estaba destinada a ser la más famosa. Su vigor intelectual contribuiría a dar fama a París en toda Europa como centro de cultura, posición que iba a mantener hasta la actualidad.

En literatura secular, había, por

supuesto, las baladas de los trovadores, que llegaron al norte de Francia por la influencia de Leonor de Aquitania. Esa corriente llegó a su apogeo en la obra de Chrétien de Troyes.

Chrétien de Troyes parece haber sido nativo de Champaña, de la que Troyes (a ciento cuarenta kilómetros al sudeste de París) era la capital. Fue protegido por Marie, la hija mayor de Luis VII y Leonor, que se casó con Enrique, conde de Champaña, en 1164^[5].

Por entonces, los relatos sobre el Rey Arturo, un legendario rey británico que luchó contra los sajones invasores

en el siglo VI, eran muy populares. Se los halla por primera vez en los escritos de Godofredo de Monmouth, una generación antes, como parte de su historia ficticia de Gran Bretaña. Godofredo escribía en latín, pero un escritor más joven, Wace, los adoptó, alrededor de 1155, y los puso en francés normando, en cuya forma se hicieron sumamente populares en Francia.

Chrétien, usando la leyenda arturiana como fondo, procedió a crear cuentos de amor cortesano que sedujeron a sus contemporáneos y nunca perdieron su atractivo hasta el día de hoy. Es en la versión de Chrétien, por ejemplo, donde

hallamos por primera vez la búsqueda mística del Santo Grial. Allí también apareció Lanzarote, caballero que se convirtió en la personificación del ideal caballeresco y que, en el sentir popular, supera al mismo Rey Arturo^[6].

Los romances arturianos inspirados por los trovadores (además de otras obras de ficción sobre sucesos históricos como la Guerra de Troya y las conquistas de Alejandro) reemplazaron en popularidad a los cantares de gesta. Presentaron caballeros que eran más gentiles y corteses. Exaltaban la belleza y la valía de las mujeres, y contribuyeron a elevar su *status* en el

mundo real.

Su universal popularidad también popularizó los diversos dialectos franceses fuera de Francia y se inició el proceso por el cual el francés reemplazaría al latín como lengua de cultura, posición que iba a mantener hasta el siglo XIX.

En el siglo XII había tres dialectos franceses que superaban a todos los restantes. Estaba el francés normando del Imperio Angevino, destinado a tener una importante influencia sobre el desarrollo de la lengua inglesa. Luego estaba el provenzal del sur, lengua de los trovadores. Y, por último, el

franciano de la corte y la Universidad de París. Fue el papel de la Universidad lo que dio al franciano primera importancia en el mundo intelectual.

La Tercera Cruzada

Los últimos años de Luis VII fueron ajetreados, pues continuó instilando perturbaciones dentro de la odiada familia de Enrique II^[7]. Mantuvo la agitación y hasta logró sacar ventaja de la existencia de un enemigo poderoso. Los señores vasallos de Luis, temerosos de Enrique II, se acercaron al trono francés. La reputación que alcanzó Luis

en la vejez de hombre moderado y justo alentó a los señores a llevar sus disputas ante él para que diera su juicio, lo cual reforzó el poder real.

Cuando Luis VII murió, en 1180, dejó un reino fuerte a su hijo, a quien había hecho coronar un año antes.

El nuevo y joven rey, Felipe II, de sólo quince años en el momento de su ascenso al trono, heredó la peligrosa situación de tener un vasallo más fuerte que él. Pero era un verdadero Capeto e hizo frente a la situación con un vigor que contrastaba con su edad.

Al principio, fue llamado «Felipe el Don de Dios», porque su padre había

pasado por tres esposas y esperado un cuarto de siglo a que naciera (se decía que había nacido en respuesta a las ardientes plegarias de Luis). Pero más tarde fue llamado Felipe Augusto, porque aumentó (esto es, amplió) el Reino.

Quizás no habrían sido muchos los que predijesen que se haría acreedor a tal apodo, cuando Felipe accedió al trono. Físicamente, era de apariencia poco llamativa y había tenido poco tiempo para obtener instrucción; llegó al trono sin ningún conocimiento del latín. Además, la juventud y la inexperiencia de Felipe alentaban esperanzas de poder

en el corazón de algunos de los señores franceses.

En particular, Enrique, conde de Champaña y tío del nuevo rey, pensó que tenía la oportunidad de dominar el Reino y se levantó en armas. De inmediato, Felipe demostró que sólo era joven en años. Hizo un matrimonio de inspiración política, que le ganó amigos contra Enrique de Champaña, y luego logró persuadir a Enrique II, el Angevino, a que también lo apoyase.

Quizás habría redundado en beneficio de Enrique II apoyar a Enrique de Champaña, pero no tenía razón alguna para suponer que el joven rey

sería peligroso, o que el conde de Champaña no era el más peligroso de los dos. Además, Enrique pensaba que no debía permitirse a los vasallos que se rebelasen contra su rey. Con ambos reyes contra él, Enrique de Champaña se vio obligado a ceder.

Pero Felipe II, seguro ahora en su trono, no tenía intención de devolver el favor. Siguió apoyando a los hijos de Enrique. Cuando el mayor de ellos murió, el segundo, Ricardo, se convirtió en heredero del trono y se rebeló contra su padre. Felipe rápidamente se unió a Ricardo, y ambos se hicieron buenos compañeros.

Pero mientras continuaba esta guerra unida contra el viejo Enrique II, llegaron nuevamente horribles noticias del Este.

Desde la infortunada Segunda Cruzada de Luis VII, cuarenta años antes, la situación en Tierra Santa había seguido empeorando para los cristianos. El mayor héroe musulmán de la época era Saladino, quien unió todo Egipto y Siria bajo su gobierno y acosó al Reino Latino. En 1187, Saladino tomó la misma Jerusalén.

Un estremecimiento de horror barrió el Oeste ante la noticia, pero Ricardo halló un motivo de contento en ello. Era digno hijo de su madre, un romántico

criado en la tradición trovadoresca. Hasta escribió versos él mismo, y los cantaba dulcemente. En verdad, era el perfecto exponente del amor cortesano, en el que siempre se suspira por la hermosa doncella pero nunca se llega a ella, porque Ricardo era homosexual.

Como su madre, Ricardo ansiaba marchar a una cruzada y ganar fama en batallas caballerescas en Tierra Santa. La captura de Jerusalén por Saladino era la excusa perfecta e hizo voto de llevar un ejército al Este tan pronto como se hallase firmemente establecido en su trono.

Felipe II, en cambio, no era ningún

romántico, sino un político sumamente práctico y poco emotivo. Conocía muy bien los resultados de la cruzada de su padre y lo que menos deseaba era vagar por el extremo del mundo, mientras su Reino tenía tanta necesidad de él. No sólo estaba afanosamente dedicado a eliminar el gran peligro del Imperio Angevino (inclusive al mismo Ricardo, cuando llegase el momento), sino que también se esforzaba por proseguir la consolidación del Reino, en el cauto estilo de su padre y su abuelo (y su fiel consejero Suger).

Felipe II creó una nueva clase de administradores reales, estrictamente

responsables ante él, para gobernar los distintos sectores del Reino, administrar la justicia del rey y mantener firmemente a los señores bajo la férula real. Siguió estimulando el crecimiento de las ciudades y eligió a sus administradores entre los burgueses. También reforzó el ejército y lo convirtió en semipermanente, para reducir la necesidad de buscar hombres apresuradamente en momentos de crisis, o depender demasiado del equipo privado de los señores.

Sobre todo, dedicó mucha atención a su ciudad capital, París. Hizo construir murallas a su alrededor, pavimentó sus

calles, comenzó el edificio que sería luego el Louvre y prosiguió la construcción de la gran catedral de Notre Dame, cuya piedra angular había sido puesta en tiempo de su padre. Bajo Felipe II comenzó el proceso que terminaría por hacer de París la ciudad que todo el mundo occidental consideraría la más encantadora del mundo.

Y mientras rumiaba todos estos planes en su mente —algunos en vías de realización, otros en preparación—, ese gran loco de Ricardo andaba con ganas de pelear y sólo pensaba en entregarse a torneos de libros de cuentos en el Este.

Ricardo exigió que Felipe se le uniera en la promesa de marchar a la cruzada, y Felipe tuvo que hacerlo. Entre otras razones, porque Ricardo y él eran aliados, y Felipe no deseaba hacer nada que pudiera ofenderlo en ese momento. Además, la opinión pública era muy favorable a la Cruzada por entonces y habría sido mal visto que Felipe se negase a combatir al infiel por Cristo.

Siendo como era, Felipe aprovechó la situación para sacar una ventaja de ella. Utilizando el temor público hacia Saladino, el que había conquistado Jerusalén, puso un nuevo impuesto a su

pueblo llamado el «diezmo de Saladino». Se lo destinaba a recaudar el dinero para la aventura de la Cruzada, y seguramente ningún buen cristiano se habría negado a pagarlo. El diezmo de Saladino fue el comienzo de una nueva política financiera que fue la precursora primitiva de los modernos procedimientos fiscales.

En general, Felipe no se sintió demasiado preocupado. Se sentía razonablemente seguro de que, cuando Ricardo se convirtiese en rey, las responsabilidades regias apartarían de su mente toda idea de cruzada. En esto, al menos, se equivocó. En 1189, Enrique

II finalmente fue acosado hasta la muerte por sus hijos, Ricardo subió al trono y, para horror de Felipe, inmediatamente empezó los preparativos de la Cruzada.

E instó a Felipe a hacer lo mismo. Felipe quería desesperadamente negarse y empezó a dar las habituales explicaciones corteses y a hablar de dificultades, pero la opinión pública era abrumadora. Felipe tenía que ir, e inclinándose ante la necesidad, convino en participar en la que fue llamada la «Tercera Cruzada». En 1190, partieron. (Felipe no tenía a ningún Suger a quien dejar al frente del Reino. Designó, en cambio, a un Consejo de Regencia, en el

que había no menos de seis burgueses.)

Nuevamente, como cuarenta años antes, el emperador alemán convino en ir, y los tres grandes reyes de la cristiandad marcharon a la guerra.

Esta vez, las cosas parecían presentarse favorablemente. El emperador alemán era Federico I (habitualmente llamado «Federico Barbarroja»). Era un monarca de mucha mayor talla de lo que había sido Conrado III. Estaba ahora cerca de los setenta, pero había demostrado ser un vigoroso guerrero y no había signos de que la edad lo hubiese suavizado. Felipe II, aunque la guerra no era su

especialidad, al menos marchaba a la Cruzada sin una reina frívola que lo acompañase. Finalmente, también acudía a la guerra el corpulento y rubio caballero Ricardo I. Sin duda, la Cruzada no podía fracasar.

Y, en verdad, la Tercera Cruzada fue la única que rivalizó con la Primera en la leyenda y el éxito.

Sin embargo, su éxito fue limitado. Federico Barbarroja, que condujo sus tropas por tierra, llegó a Asia Menor y se ahogó accidentalmente cuando se bañaba en una pequeña corriente. Desaparecido él, su ejército se disolvió y no desempeñó ningún papel en la

lucha.

Quedaban los dos reyes, que viajaron por mar separadamente. Se encontraron en Sicilia y riñeron interminablemente. Era claro que cada uno desconfiaba del otro más de lo que odiaba a Saladino. En lo concerniente a cada rey, los musulmanes nunca serían derrotados si tal derrota acarrearase alguna ventaja para el otro.

No obstante, ambos debían seguir avanzando hacia el Este. Felipe II, que estaba ansioso por dar fin a todo el asunto, se retrasó menos que Ricardo y llegó a Tierra Santa el 20 de abril de 1191. Allí encontró a los cruzados

tratando desesperadamente de conservar algún trozo de la costa. Estaban asediando a la ciudad costera de San Juan de Acre, a ciento treinta kilómetros al norte de Jerusalén. Pronto, llegó también Ricardo. San Juan de Acre había sido asediada durante dos años, antes de que los reyes llegasen, con escasos resultados. En esa época, la posición defensiva llevaba mucha ventaja, y los puestos fuertemente amurallados y con defensores resueltos sólo podían ser tomados por traición, hambre o enfermedades. De éstas, las enfermedades al menos podían hacer estragos tanto entre los sitiadores como

en los sitiados, en aquellos días en que se desconocía la higiene. Ambas partes habían sufrido grandes pérdidas en el curso del asedio y ambas estaban dispuestas a ceder. Pero la llegada de los reyes estimuló a los sitiadores y redujo a los sitiados a la desesperación. En julio de 1191, la ciudad fue tomada. Habían muerto 100.000 hombres, de ambas partes.

Para Felipe II, la captura de San Juan de Acre le dio escasos motivos de alegría. Era un hombre mucho más capaz que Ricardo... en todo menos en el combate. En cambio, en San Juan de Acre Ricardo se hallaba en su elemento.

Dirigía, vociferaba, exhortaba y luchaba, y dejó a Felipe enteramente en la sombra; era como si el rey francés no estuviese allí.

Ambos reyes padecieron de la enfermedad general que afectaba al ejército y ambos se recuperaron. Pero Felipe no quedó muy bien, aun después de su recuperación, y además estaba harto. San Juan de Acre había sido tomada; podía señalar esto como un logro, y era suficiente para tal fin. Dejó su ejército pero él retornó a Francia antes de finales de 1191.

Ricardo proclamó sonoramente que eso era una deserción y en lo sucesivo

asumió solo el liderato de la Cruzada, lo cual era muy adecuado para él de todos modos.

De vuelta en Francia, Felipe II se volvió contra el verdadero enemigo, que, en lo concerniente a él, era el Imperio Angevino. Hablando estrictamente, los dominios de un gobernante cruzado eran considerados inviolables mientras el gobernante combatía a los enemigos de Cristo, pero Felipe no necesitaba atacar directamente al Reino Angevino.

Ricardo había dejado a su hermano menor, Juan, como regente, y éste era en todo tan desleal como Ricardo.

Felipe inició una astuta campaña para no dejar duda a Juan de que podía disponer del apoyo francés si el regente optaba por llevar a cabo una pequeña usurpación.

Ricardo, aún en Tierra Santa, oyó las nuevas y se intranquilizó. Había luchado gallardamente y obtenido victorias, pero, aunque llegó al alcance de la vista de Jerusalén, aún no había conseguido tomarla. ¿Seguiría en el Este mientras perdía su reino o abandonaría a Jerusalén? Era una dura elección, pero finalmente decidió volver, y abandonó Tierra Santa en 1192.

Pero en el viaje de vuelta fue hecho

prisionero en Alemania, y se pidió un rescate por él. Felipe II, cuando le llegaron las noticias, casi no podía creer en su buena suerte. Hizo todo esfuerzo posible para lograr que le entregasen a Ricardo o, al menos, para que lo retuvieran en prisión. El príncipe Juan simpatizaba con esta posición, pero la opinión pública a favor del gran héroe cruzado era demasiado fuerte para ser resistida. El rescate fue recaudado en los dominios angevinos y, en 1194, Ricardo volvió al Reino.

Pero no volvió de muy buen humor. Estaba furioso contra Felipe II, naturalmente, e inició una guerra

implacable contra él.

El arte de la guerra había progresado, como otros aspectos de la sociedad occidental, gracias al nuevo conocimiento llevado de vuelta por los cruzados. Los estribos de metal suspendidos de la silla se habían difundido en Occidente por primera vez, y habían servido para aumentar el predominio del caballero con armadura. Le brindaron un asiento seguro y le permitieron poner todo su peso y el de su caballo tras la arremetida de su lanza.

También el diseño de los castillos se hizo más sutil y eficiente. Por ejemplo, se evitaron los lugares vulnerables.

Ricardo había aprendido bien a diseñar castillos y en 1198 inició la construcción del Château Gaillard («Castillo Imponente») sobre un empinado risco, a cien metros por encima del río Sena y a ochenta kilómetros aguas abajo de París. Construido con murallas dentro de murallas y fortalezas dentro de fortalezas, se lo destinaba a servir como barrera inexpugnable que impidiera a Felipe penetrar en el corazón de los dominios angevinos y, también, como base para realizar incursiones por los dominios reales.

Prestó admirables servicios, y si

bien Felipe rechazó a su enconado enemigo lo mejor que pudo, perdió todas las batallas. Muy mal podían haber marchado las cosas para Francia por entonces, de no haber sido por el incurable espíritu de caballero errante de Ricardo. Combatía por pequeñas causas tan ardientemente como por las grandes, y, en 1199, en una batalla librada por un castillo sin importancia y por una causa trivial, recibió una herida de flecha que se le infectó y le causó la muerte.

¡Felipe Augusto!

Sucedió a Ricardo el mucho menos belicoso Juan, y Felipe se salvó.

La sucesión no fue enteramente pacífica. En verdad, en ocasión de toda transferencia de la realeza en la historia anglonormanda después de la muerte de Guillermo el Conquistador hubo problemas acerca de quién iba a gobernar. Esta vez no constituyó ninguna excepción.

Ricardo había tenido un hermano, Godofredo, que era mayor que Juan. Si Godofredo hubiera vivido, habría sido el heredero, pero murió antes que Ricardo. Pero su esposa estaba embarazada en el momento de su muerte,

y algunos meses después dio a luz un hijo a quien llamó Arturo. Este tenía doce años en el momento de la muerte de Ricardo.

Se planteaba la cuestión de si un hermano menor podía tener precedencia sobre el hijo de un hermano mayor en la herencia de la corona. De acuerdo con las posteriores ideas sobre la «legitimidad», había un estricto orden de herencia, y Arturo habría sido el «verdadero rey», no Juan. Pero en 1199 la cuestión de la legitimidad no estaba en modo alguno bien establecida y había, en cambio, que considerar otras cuestiones.

El Reino Anglonormando estaba en una lucha a muerte con Francia; ¿era momento para que un niño se convirtiese en su gobernante? Además, Arturo había sido educado en la corte del rey Felipe y era más francés que normando. ¿Podía confiarse en que no fuese el títere de Felipe?

Ricardo, que sabía que no tendría hijos, intentó primero hacer de Arturo su heredero. Pero odiaba a Felipe más que a nada en el mundo y, desconfiando de la educación francesa del niño, en 1197 decidió que Juan fuese su heredero. Leonor de Aquitania (todavía viva) también apoyó a Juan antes que a un

nieto a quien apenas conocía, y lo mismo los señores antifranceses de Inglaterra y Normandía.

Así, Juan subió al trono, pero en modo alguno con el consentimiento unánime de sus vasallos. Había señores en el dominio angevino, fuera de Inglaterra y Normandía, que apoyaban a Arturo, y Felipe lo sabía.

Los Capetos habían apoyado siempre a los pretendientes al trono anglonormando en toda ocasión. Francia había apoyado a Roberto Curthose contra Guillermo II, a Guillermo Clito contra Enrique I, a Matilde contra Esteban, y a los hijos de Enrique contra

Enrique II. Era la mejor manera de mantener el desequilibrio entre los anglonormandos. El mismo Felipe había apoyado a Ricardo contra Enrique II, y a Juan contra Ricardo. Y ahora estaba dispuesto a apoyar a Arturo contra Juan.

Para impedir que esto ocurriese, Juan tenía que llegar rápidamente a un acuerdo con Felipe, con desventajas considerables para él. Felipe aceptó los términos del acuerdo, pero mantuvo en reserva a Arturo para su uso futuro y esperó una oportunidad para renovar las hostilidades en alguna ocasión favorable para él. No tuvo que esperar mucho tiempo.

En 1200, menos de un año después de la muerte de Ricardo, Juan se casó, con bastante premura, con una joven (en verdad, sólo tenía trece años) llamada Isabel, que poseía considerables tierras en el sur de Francia. Por supuesto, lo que principalmente deseaba eran las tierras. Juan se divorció de su primera esposa, y fue coronado con Isabel.

Desafortunadamente para Juan, Isabel, por la época de su apresurado casamiento, estaba comprometida con un miembro de una poderosa familia feudal francesa que también anhelaba esas tierras. La familia se sintió agraviada y apeló a Felipe II.

Felipe escuchó gravemente. Juan, en lo concerniente a sus tierras francesas, era vasallo de Felipe, y éste tenía el deber de juzgar las disputas entre sus vasallos. En 1202, pues, emplazó a Juan a que compareciese ante él para responder a las acusaciones.

Juan, por supuesto, no compareció. Su dignidad de Rey de Inglaterra le impedía hacerlo, y Felipe lo sabía. Cuando Juan faltó a la cita, se puso en la ilegalidad, y Felipe podía, nuevamente de acuerdo con la letra del derecho feudal, despojar a Juan de las tierras que poseía como vasallo.

Naturalmente, esto no significaba

nada a menos que Felipe estuviese preparado para apoderarse de ellas por la fuerza, pero esto era exactamente lo que planeaba hacer, y entró en campaña con sonoras proclamas de que el derecho estaba de su lado. Juan tuvo que luchar.

En los cambiantes avatares de la guerra, Juan, en 1203, tuvo que acudir en socorro de un castillo donde Leonor de Aquitania estaba asediada. Entre los jefes del ejército sitiador estaba Arturo. Juan no sólo rescató a su madre, sino que también capturó a Arturo.

Arturo fue puesto en prisión y nunca se lo volvió a ver. Nadie sabe qué

ocurrió exactamente, pero la opinión general es que Juan lo hizo ejecutar calladamente. Esto dio a Juan el dominio indiscutido del trono, pero fue una enorme derrota propagandística para él. Felipe lo había puesto hábilmente en el banquillo de los acusados desde el punto de vista de la teoría feudal, y ahora el rey francés hizo todo lo posible para difundir la idea de que Juan había asesinado a su sobrino, el rey legítimo. Muchos de los vasallos franceses abandonaron al real asesino y pasaron al bando de Felipe, resplandeciente en su consciente rectitud. Inmediatamente, los dominios anglonormandos empezaron a

desvanecerse.

Tampoco era sólo cuestión de propaganda. Aunque el veneno de la prisión de Arturo y su presumible ejecución estaba haciendo su efecto, Felipe estaba dispuesto a llevar a cabo una asombrosa hazaña bélica. Era una época de castillos y Felipe se preparó para asediar al mayor de todos los castillos, el *Château Guillard* de Ricardo, totalmente moderno y considerado por lo común como inexpugnable.

En el verano de 3203, Felipe lo rodeó y empezó el asedio. Para mantener a su ejército ocupado, lo hizo

trabajar en el castillo de diversas maneras. Usó catapultas para arrojar grandes piedras por encima de las murallas y arietes para derribarlas. También trató de socavarlas, es decir, hizo cavar el suelo debajo de ellas en algunos lugares, a la par que las apuntalaban con vigas; luego hizo quemar las vigas. Hasta envió soldados por un tubo de desagüe con la esperanza de que pudieran entrar en el interior del castillo.

Pero lo que realmente esperaba era que el hambre hiciera su labor. Cuando llegó el tiempo frío, las punzadas del hambre se hicieron sentir dentro del

castillo. Los defensores tenían que resistir a toda costa, pues quizás podían aparecer enfermedades entre los sitiadores, o podían estallar disensiones entre ellos o podía llegar un ejército en socorro de los asediados. Por ello, para evitar el hambre extremada, los defensores hicieron salir del castillo a unas cuatrocientas personas, mujeres, niños y ancianos.

El ejército francés no los dejó pasar, pero tampoco los mató. Los mantuvo en una tierra de nadie, con la esperanza de que los defensores, por piedad, los recibiesen de vuelta y todos muriesen de hambre más pronto. Ninguna de las

partes cedía en esta competencia de inhumanidad; ambas partes observaban a los pobres parias, reducidos al canibalismo, morir de hambre y de frío en pleno invierno.

Finalmente, el hambre hizo su labor y en marzo de 1204 el Château Gaillard se rindió. Felipe obtuvo una asombrosa victoria que quebró totalmente la moral angevina.

En junio, las fuerzas de Felipe avanzaron sobre Rúan, la capital normanda, y en 1205 dominaba prácticamente todo el norte de Francia. Era, en verdad, Felipe Augusto.

Leonor de Aquitania murió en 1204,

unas pocas semanas después de la rendición de Château Gaillard. Tenía más de ochenta años. Había sido esposa de dos reyes y madre de dos reyes. Había estado prisionera y había triunfado. Había sido humillada por el fracaso de su primer marido en una cruzada. Su corazón se había llenado de alegría por las grandes hazañas de su hijo en otra cruzada. Había sido el motivo de la creación del Imperio Angevino y vivido lo suficiente para verlo desmembrarse.

Pero partes de su herencia subsistían. La costa suboccidental de Francia, con su gran puerto marino de

Burdeos, seguía leal a Juan. Inglaterra siguió poseyendo la Aquitania costera, habitualmente llamada Guienne, durante dos siglos y medio más.

4. El ascenso

La ortodoxia de Felipe

Después del fin del Imperio Angevino, Francia tuvo la posibilidad de expandirse sin el efecto constrictor del poder rival que la había tenido asida por la garganta durante medio siglo. Y se expandió. Durante el siglo que siguió, su riqueza y su influencia aumentaron.

El mismo Felipe II llevó a término las primeras etapas del ascenso de Francia. Lo hizo, no sólo mediante su

triumfal guerra contra los angevinos, sino también guerreando contra la división religiosa dentro de las vastas zonas nominalmente sometidas a él.

Un grupo del cual era relativamente fácil dar cuenta lo constituían los judíos.

Los judíos habían vivido en Europa Occidental desde tiempos romanos, sobreviviendo a ocasionales períodos de hostilidad, pero, en general, no tratados muy mal. No podían poseer tierras en el sistema feudal, pues no podían prestar los juramentos de inspiración cristiana requeridos, pero, en una sociedad agrícola, su inclinación por las transacciones y el comercio era

útil, y desempeñaron el papel de una clase media.

Los judíos occidentales hasta lograron desarrollar una vida intelectual propia, basada en el Antiguo Testamento y en los voluminosos comentarios (el «Talmud») elaborados a lo largo de siglos en Judea y Babilonia. Alrededor del 1000, Gershom ben Judá dirigía una academia rabínica en la región del Rin y fue el primero que llevó a Europa Occidental el saber talmúdico del Este.

Hacia finales del siglo XI, el principal sabio judío era Rabí Salomón ben Isaac, nacido en la ciudad francesa de Troyes en 1040. Conocido

habitualmente como Rashi, por las iniciales hebreas de su nombre, escribió comentarios muy valorados sobre todos los aspectos de la ley judía tradicional.

Luego llegó la fiebre de las Cruzadas. Las muchedumbres ignorantes, instigadas al fiero celo antimusulmán por los vientos de la propaganda, buscaron a todos los enemigos de Cristo que pudieron hallar. Los musulmanes estaban lejos y eran peligrosos, pero los judíos estaban cerca e inermes. Las multitudes destruyeron a las comunidades judías en muchas ciudades, y Europa Occidental experimentó la primera oleada de lo que

en siglos posteriores serían llamados «pogroms».

Peor que los salvajes estallidos de antisemitismo, que finalmente pasaban, fue el permanente cambio económico. El surgimiento de una clase media nativa en Francia, por ejemplo, hizo menos necesarios a los judíos desde el punto de vista económico. Los burgueses franceses ocuparon su lugar. Por ello, Felipe II pudo hacer alarde de su ortodoxia cristiana sin riesgos económicos. Casi al comienzo de su reinado, empezó a expulsar a los judíos de Francia.

El deterioro de la situación de los

judíos en el siglo XII dio origen a su emigración hacia el Este, a tierras menos avanzadas, que aún dieron la bienvenida a una clase media ya formada. Así ocurrió que en siglos posteriores fue en Europa Oriental donde hubo una mayor concentración de judíos (y donde, con el tiempo, sufrirían nuevas persecuciones).

Pero el cristiano ortodoxo pudo hallar el pecado más cerca de él. No todos los cristianos creían en la doctrina oficial administrada por la jerarquía eclesiástica. Había «heréticos» que tenían sus propias concepciones, aunque todos aceptasen a Jesús.

En Bulgaria, poco antes del 1000, apareció una secta puritana que creía que el mundo y su contenido material eran creación del Diablo. Por tanto, rechazaban el Antiguo Testamento, según el cual Dios creó el mundo y lo halló bueno. Para asegurarse la salvación, era necesario, creían, abstenerse en lo posible de toda conexión con el mundo. La nueva secta rechazaba el matrimonio, el sexo y el comer y beber más allá de lo estrictamente esencial. La muerte era un bien categórico, y si todos los hombres muriesen y se liberasen de sus cuerpos materiales, tanto mejor.

Esas creencias se difundieron por el

Oeste y echaron raíces en la Francia meridional. La actitud puritana ganó popularidad, como reacción, en parte, contra la mundana corrupción de buena parte de los sacerdotes católicos, y la herejía floreció.

Los hombres de la nueva secta se llamaban a sí mismos «cataros», de una palabra griega que significa «puro». Una figura destacada de esos puritanos era Pedro Valdo, un rico comerciante de Lyon, que está ahora en el sudeste de Francia, pero era por entonces, pese a su cultura francesa, parte del Imperio Alemán. En 1170, Valdo, siguiendo literalmente el consejo de Jesús, vendió

sus bienes, los dio a los pobres y comenzó a reunir hombres a su alrededor («los pobres de Lyon» o «valdenses») que predicaban la pobreza voluntaria.

La ciudad de Albi, a cerca de 360 kilómetros al sudoeste de Lyon, era otro centro fuerte de los cataros. En tiempos romanos había sido la capital de una tribu gala cuyos miembros eran llamados los albigenses. De resultas de esto, la secta fue llamada también de los albigenses, y este nombre se usó a veces para designar a todos los heréticos del sur de Francia y el norte de Italia.

La Iglesia aprobaba los sentimientos

favorables a la pobreza y el puritanismo dentro de ciertos límites, pero quería que fueran guiados por la jerarquía. No podía simpatizar con el deseo de los cataros de liberarse de la estructura administrativa eclesiástica. Valdo, por ejemplo, hizo traducir el Nuevo Testamento al provenzal, para que cada persona pudiese leerlo e interpretarlo por sí misma. Los cataros no juzgaban necesario obedecer a los sacerdotes y los obispos contra los dictados de su propia conciencia.

En verdad, los cataros, en sus diversas formas, fueron casi como ciertas sectas protestantes que surgieron

tres siglos más tarde.

La Iglesia podía fácilmente haber aplastado a esos heréticos, pero los cataros hallaron simpatizantes entre muchos de los señores meridionales. Estos señores quizá se hayan sentido atraídos por la doctrina, pero también puede ser que viesen una oportunidad para expropiar tierras y riquezas eclesiásticas si los heréticos ganaban.

El más fuerte defensor de los cataros fue Raimundo VI, conde de Tolosa (que estaba a unos setenta kilómetros al sudoeste de Albi). Heredó el título en 1194 y resistió a los halagos papales para que cambiase de actitud.

Pero en 1198 subió a la silla pontificia Inocencio III y, bajo su conducción, el papado medieval llegó al pináculo de su poder político. El prestigio del papado se había fortalecido mucho con el movimiento cruzado y ahora, bajo la dirección de un hombre firme y resuelto, hasta podía someter a reyes fuertes. Inocencio era tal hombre.

Envió un legado a Raimundo para urgirlo a que tomase medidas para poner fin a la herejía, pero Raimundo se negó a ello. Inocencio se hizo más firme en su insistencia y Raimundo en su negativa, hasta que, en 1208, el legado fue muerto.

Pronto circuló el cuento de que el asesino había llevado a cabo su acción por orden de Raimundo, y el papa Inocencio, lleno de ira, declaró la cruzada contra los heréticos. Se hizo tan legal y encomiable (a ojos de la Iglesia) matar herejes como matar musulmanes.

Inocencio había esperado que Felipe II se pusiese al frente de la cruzada, pero Felipe no veía ninguna razón para hacerlo. Era suficiente dejar que sus señores hiciesen la tarea, permanecer en su casa y cosechar las recompensas de su ortodoxia y de los esfuerzos de ellos. En cuanto a los señores, ansiosos de obtener todos los beneficios religiosos

que les brindaría marchar a una cruzada, y de botín también, acudieron en masa a ofrecerse para la tarea.

El más eminente de ellos era Simón de Montfort, quien había combatido en Tierra Santa contra los musulmanes y sabía exactamente cómo debía luchar un cruzado. En 1209, los cruzados norteños tomaron la ciudad de Béziers, cerca de la costa mediterránea, a ciento sesenta kilómetros de Tolosa. La ciudad fue saqueada, pero surgió la cuestión de saber cuáles de los habitantes de la ciudad eran unos condenados heréticos y cuáles eran buenos católicos. Simón de Monfort (o quizá un legado del papa)

halló una solución fácil.

«Matadlos a todos —dijo—, pues ya el Señor sabrá.» Así fueron muertos varias decenas de miles de hombres, mujeres y niños.

Raimundo VI, temiendo no poder resistir a los arrolladores barones del norte sin ayuda, se dirigió a Pedro II de Aragón, reino español que estaba inmediatamente al sur de los Pirineos. La cultura y la lengua aragonesas eran afines a las provenzales y, además, Pedro era cuñado de Raimundo, de modo que respondió al llamado.

La batalla decisiva se produjo el 12 de septiembre de 1213, en Muret, ciudad

situada a unos veinte kilómetros al sur de Tolosa. Las fuerzas de Raimundo y Pedro, que estaban poniendo sitio a la ciudad, eran superiores en número a las de Monfort, pero los aliados cooperaron imperfectamente. Monfort, en una audaz maniobra, hizo una salida de la ciudad con sus caballeros como si tratasen de escapar y luego retrocedieron para caer sobre las tropas de Pedro en un ataque de sorpresa, mientras Raimundo permanecía inactivo. Pedro II fue muerto en la acción, y cuando sus fuerzas se dispersaron, las de Raimundo se desmoralizaron y fueron rápidamente barridas también. Fue una completa

victoria para los nortehos.

Los herejes resistieron tenazmente, pero sus fortalezas fueron barridas una por una. El mismo Monfort murió en la lucha, en 1218, frente a las murallas de Tolosa, y sólo en 1226 la herejía fue sofocada en sangre y con toda crueldad. (En verdad, restos de los valdenses sobrevivieron a todas las dificultades y permanecieron en aislados valles alpinos hasta el siglo XX.)

Con los cataros, la floreciente cultura provenzal quedó destruida y se abrió el camino para la expansión del poder Capeto hasta el Mediterráneo. Como ejemplo de esto, el provenzal

perdió su rango como lengua distinta y lentamente cedió terreno ante el franciano.

Pero al morir, la cultura provenzal independiente tuvo influencia sobre el mundo más rudo del Norte. Por ejemplo, el derecho romano (tal como había sido sistematizado por el emperador bizantino Justiniano, en el siglo VI) fue redescubierto en Italia poco después del 1100. El derecho romano fue enseñado primero en la Universidad de Bolonia y de allí pasó a la Universidad provenzal de Tolosa. Realizada la asimilación del Sur, el derecho romano, con sus principios más humanitarios y metódicos

que los basados en la doctrina teutónica, llegó a París.

Pero la «Cruzada Albigense» dejó un mal legado en la forma de un temor a la herejía casi paranoico por parte de muchos.

Mientras los enemigos de la Iglesia fuesen judíos y musulmanes, podían ser reconocidos fácilmente. Los herejes, en cambio, que creían en Jesús y reverenciaban sus enseñanzas, habitualmente eran más difíciles de identificar. Muy a menudo, sólo parecían cristianos excepcionalmente virtuosos (hasta el punto, de hecho, de que la virtud misma daba pábulo a las

sospechas de herejía.) Si los herejes hubiesen sido un peligro menor, podían ser combatidos localmente. Pero los cataros habían hecho necesaria toda una guerra antes de ser destruidos, por lo que se pusieron en práctica métodos más drásticos para hacer frente a la herejía.

Un organismo judicial llamado la «Inquisición» fue creado en 1233. Examinaba las sospechas de herejía, investigaba la cuestión (usando la tortura si era necesario, lo cual era un procedimiento judicial común por la época) y luego, si la sospecha se confirmaba, se entregaba el hereje a la autoridad secular para que le diese

muerte.

La Inquisición sirvió para suprimir las disidencias de todo género, y en los distritos donde fue más activa, tuvo un mortal efecto sobre la actividad intelectual y el fermento cultural. Donde tuvo más éxito en establecer la unidad de la opinión, lo hizo creando un desierto intelectual.

El último destello angevino

Pese a la ortodoxia oficial de Felipe y sus duras acciones contra aquellos que no se ajustaban a la rígida estructura católica, no vaciló en oponerse a la

Iglesia en cuestiones personales.

En 1193, por ejemplo, Felipe tenía veintiocho años y era viudo. Tenía ya un hijo y heredero de seis años, pero su condición de soltero ofrecía al rey una oportunidad para dar un golpe político. Por ello, Felipe convino en casarse con Ingeborg, la hermana de Canuto VI de Dinamarca, a fin de poder hacer uso de la flota danesa contra los angevinos (el formidable Ricardo estaba en guerra con él por entonces).

Llegó Ingeborg. Lo que pasó durante la noche de bodas nadie lo sabe, pero, fuese lo que fuese, no fue del agrado de Felipe. A la mañana siguiente la

repudió, con flota o sin ella, y dispuso que una asamblea de obispos anulase el matrimonio. Cuando la humillada Ingeborg se negó a volver a Dinamarca, Felipe la puso en un convento y tres años después tomó otra esposa.

El rey danés, furioso por el insulto a su hermana, llevó la cuestión al papa, que era por entonces Celestino III.

Celestino ordenó a Felipe que abandonase a su nueva mujer y restableciese a Ingeborg, pero Felipe no le prestó la menor atención. Luego fue hecho papa Inocencio III.

En 1200, Inocencio III perdió la paciencia con Felipe y puso a Francia

bajo el interdicto. Felipe podía haber resistido aún así, pero era el momento de su duelo con Juan y no quería complicaciones: no quería señores que alegasen no poder luchar por él a causa de la condena del papa. Con la mayor renuencia, cedió y convino en hacer volver a Ingeborg. En realidad, no lo hizo, sino que la mantuvo en el convento, pero tuvo que otorgarle el título de reina.

Luego, después de tomar Chateau Gaillard e invadir Normandía, Felipe tuvo el torvo placer de ver a Juan de Inglaterra enfrentarse a su turno con el autoritario papa Inocencio. Juan resistió

más tenazmente que Felipe, pues el rey inglés estaba empeñado en una difícil disputa de principios sobre el control de los obispos y el dinero de la Iglesia, no sobre una dificultad marital particular. La disputa duró años.

El rey francés esperó pacientemente a que el papa Inocencio concretase una amenaza de deposición de Juan. En tal caso, Felipe podía, si lo deseaba, invadir Guienne o hasta la misma Inglaterra, con el argumento de que no hacía más que cumplir las órdenes de la Madre Iglesia, y algunos señores ingleses que aceptasen el argumento podían pasarse al bando francés.

Juan sabía perfectamente que Felipe estaba listo para efectuar tal invasión en un caso semejante. También sabía que sus propios vasallos, algunos disgustados por los fracasos de Juan en la guerra, otros por el enfrentamiento con la Iglesia y todos por la dura política fiscal de Juan, necesaria por la pérdida de rentas francesas, estaban inquietos.

Por ello, finalmente Juan se vio obligado a someterse humildemente al papa en 1213. Esto, para gran decepción de Felipe, puso fin a las dificultades de Inglaterra en esa dirección. Entonces, Juan se dispuso a invertir la situación y

a invadir Francia. No había perdido las esperanzas de restablecer el Imperio Angevino.

A tal fin, hizo una alianza con el emperador alemán Otón IV, cuya madre había sido una hermana mayor de Juan. Juntos, tío y sobrino planearon un movimiento de tenazas contra Felipe. Juan iba a llevar un ejército a Guienne y a atacar a Felipe desde el sudoeste. Otón, en alianza con el conde de Flandes, simultáneamente invadiría a Francia desde el noreste.

Desgraciadamente para los aliados, no actuaron sincronizadamente. Si Otón y Juan hubiesen actuado juntos, Felipe

habría tenido que dividir sus fuerzas y posiblemente habría sido derrotado. Pero Otón se retrasó, y Juan atacó solo desde Guienne. Allí, fue derrotado.

Cuando Otón finalmente se movió, junto con los contingentes flamencos e ingleses que se habían incorporado a su ejército, tuvo que librar una guerra de un solo frente y Felipe pudo trasladar todas su fuerzas al noreste.

La caballería con armadura, que llevaba el peso principal del combate, era aproximadamente igual en ambas partes, pero Felipe logró obligar a Otón a combatir en un terreno donde las fuerzas francesas llevaban ventaja. Los

dos ejércitos se enfrentaron el 27 de julio de 1214 en Bouvines, una aldea situada a dieciséis kilómetros al sudeste de Lila; fue una de las pocas batallas cámpales decisivas en esa época de guerras de asedio.

Pero fue otra de esas batallas en las que cada caballero se enfrentaba con otro caballero con mucho ruido y poco daño. (Sólo los infantes sin armadura debían temer la matanza.) En un momento, en verdad, el mismo Felipe fue capturado y derribado de su caballo. Los soldados enemigos trataron de hallar algún resquicio de su armadura por donde clavarle una lanza, pero

fracasaron. Antes de que pudieran abrir el caparazón metálico, Felipe fue rescatado.

Finalmente, el resultado del mutuo vapuleo fue que Otón huyó y sus fuerzas fueron rechazadas. La victoria de Felipe fue completa y la esperanza de Inglaterra de recuperar sus dominios franceses fue anulada por más de un siglo.

El fracaso de Juan hizo su posición aún más precaria en Inglaterra, donde los señores pasaron a una rebelión abierta. En 1215 impusieron a Juan concesiones, compendiadas en lo que se llamaría la «Carta Magna», con lo que se inició un proceso que fijó

limitaciones al poder real en Inglaterra e impidió que llegase a ser tan absoluto como en el Continente.

No todos los señores se contentaron siquiera con eso. Algunos convinieron en ofrecer la corona a Luis, el hijo mayor de Felipe II, como manera de chantajear a Juan para arrancarle aún más concesiones. Luis aceptó la oferta y condujo un ejército a Inglaterra en mayo de 1216.

Esta fue la única invasión de Inglaterra por un ejército extranjero que hubo después de la conquista normanda, y tuvo algunos éxitos. El príncipe Luis hasta ocupó Londres por un tiempo. Pero

Juan murió en octubre, y los señores ingleses empezaron a dar su apoyo al hijo de nueve años de Juan, quien le sucedió con el nombre de Enrique III. Luis fue derrotado en 1217 y abandonó Inglaterra (aunque no antes de aceptar un soborno de diez mil marcos para hacerlo).

El 14 de julio de 1223, pues, cuando Felipe murió en Mantés, a cincuenta kilómetros al oeste de París, pudo contemplar en perspectiva su reinado de cuarenta y tres años, llenos de realizaciones y hazañas mucho más importantes que la ostentación de su gran adversario, Ricardo. Felipe dejó un

ámbito real que era el doble, en tamaño, que el que había heredado. Había destruido el Imperio Angevino, que, cuando subió al trono, era más fuerte que su reino. Había extendido aún más el poder del gobierno central sobre los señores feudales, había incrementado constantemente la prosperidad del país^[8] y dejado un sustancial excedente en el tesoro.

Fue también en su reinado cuando se produjo un importante avance literario. Un noble francés, Geoffroi de Villehardouin, tomó parte en la «Cuarta Cruzada». Esta fue apartada de su objetivo inicial y, en 1204, capturó y

saqueó la gran capital bizantina, Constantinopla, que nunca se recuperó totalmente.

Cuando Villehardouin retornó, publicó una crónica: *La Conquista de Constantinopla*. Esta no sólo fue un libro bien escrito y una obra histórica muy valiosa, sino también la primera obra de prosa histórica de la Edad Media no escrita en latín. Estaba escrita en franciano. Si sumamos esto a la destrucción de la cultura provenzal, podemos, de ahora en adelante, referirnos al dialecto parisino como el francés, y considerarlo como prácticamente una lengua nacional. Esto

significó que, por primera vez, pudo existir un nacionalismo francés que trascendiera de los límites provinciales y listo para su explotación por aquellos reyes suficientemente inteligentes como para saber aprovecharlo.

Sin embargo, quizá el signo más impresionante de la mayor fortaleza de la dinastía Capeta sea uno en apariencia secundario. Desde 987, siete reyes Capetos habían gobernado en París. Cada uno de los seis primeros, para asegurarse la sucesión, había hecho coronar a su hijo en su presencia, ligando así a los señores de antemano al nuevo rey. Felipe II, el séptimo del

linaje, no sintió necesidad alguna de hacer esto. Había impuesto la monarquía Capeta en el corazón de los franceses de tal modo que estaba totalmente seguro de que nadie soñaría con disputar la sucesión. Además, su hijo Luis era un hombre maduro, de treinta y seis años, por la época de la muerte de Felipe y se había ganado sus laureles en la invasión de Inglaterra. Y así ocurrió. El hijo de Felipe subió al trono sin problemas y reinó como Luis VIII. A veces se lo llama Luis Corazón de León, una obvia referencia al gran adversario de su padre, Ricardo, y por ende una bofetada a los ingleses cuyo territorio había

invadido.

Pero no tuvo tanto éxito como podría indicar el apodo. Continuó la política de Felipe, pero sin brillo. Trató de expulsar a los ingleses de Guienne, pero fracasó. Continuó con mayor éxito la tarea de extirpar la herejía albigense en el Sur.

Estableció un pernicioso precedente que, en años futuros, iba a ser fatal para Francia, a saber la política de ser demasiado bueno con los hijos menores.

Los primeros reyes Capetos tuvieron que trabajar demasiado duramente por arrancar de los señores el control de las tierras reales para ceder mucho de ellas. Luego, cuando las tierras y el poder

aumentaron, se dio el hecho afortunado de que Felipe II era único hijo y recibió la herencia en su totalidad. Felipe, a su vez, tuvo dos hijos, pero, juiciosamente, contentó al más joven con un título secundario y, nuevamente, legó todo a su sucesor.

Luis VII, en cambio, tuvo cuatro hijos, y si bien el mayor heredaría el Reino, el amor paterno lo indujo a hacer a cada uno de los hijos menores señor de una provincia de considerables dimensiones. Esto era llamado en francés un «apanage» [«infantazgo», en español], de una expresión latina que significa «proporcionar sustento», pues

las rentas permitían mantenerse a los hijos menores de un modo digno de un vástago de la familia real.

Sin duda, las provincias fueron elegidas entre las conquistadas recientemente a los angevinos o del Sur, sin tocar el dominio real originario. También, en teoría, los infantazgos estaban totalmente sujetos a la autoridad real y podían ser quitados. Pero había siempre la posibilidad de que, si el rey era débil o negligente, un infantazgo pudiera heredarse de padre a hijo, hasta que una larga costumbre y una relación distante hiciese parecer que no era francés y que su gobernante era un

soberano independiente.

Lo que hizo Luis VIII, pues, fue iniciar una costumbre que creara una nueva clase de señores, más poderosos y peligrosos que los viejos, aunque sólo fuese porque los nuevos eran Capetos y podían aspirar al trono. Llegaría un tiempo en que la existencia de infantazgos estaría a punto de destruir el Reino.

Luego, ocurrió otra cosa sin precedentes en la historia de los Capetos. Los seis primeros sucesores de Hugo Capeto reinaron todos durante largo tiempo, ninguno menos de veintinueve años y en promedio treinta y

ocho. Este fue uno de los muchos sucesos afortunados para la dinastía, pues un largo reinado habitualmente fija la figura particular de un rey en la mente de los súbditos y hace que la sucesión por un hijo adulto parezca natural.

Pero en 1226, después de haber gobernado sólo tres años, Luis VIII murió durante una campaña por el Sur. Su hijo mayor le sucedió con el nombre de Luis IX, pero sólo tenía doce años y era hijo de un rey que sólo había reinado tres años.

El rey santo

Hubo problemas, por supuesto. El ascenso al trono de un rey niño siempre alentó a la aristocracia a tratar de aumentar su poder. De hecho, ésa fue una oportunidad que se les ofrecía a los señores de invertir el constante proceso de centralización llevado a cabo por los reyes Capetos; y resultó ser la última oportunidad realmente buena.

Pero el nuevo rey fue afortunado en tener la madre que tenía, una mujer capaz de enfrentarse a todos los hombres que ahora acudían como lobos para arrancar ventajas egoístas a costa de Francia. Era Blanca de Castilla, una hija menor de Alfonso VIII, rey de

Castilla, y, por su madre, sobrina de los reyes ingleses Ricardo y Juan. Fue casada con el príncipe que posteriormente sería Luis VIII cuando sólo tenía doce años, como parte del acuerdo de paz temporal entre Juan y Felipe, en 1200.

Pese a su herencia angevina, era completamente francesa. Cuando su marido invadió Inglaterra, apoyó con toda su alma el proyecto. Después de la muerte de Juan, cuando Luis fue rechazado, ella se encargó personalmente de enviar suministros al otro lado del Canal.

Quando murió su marido,

inmediatamente asumió la regencia, gobernando el Reino en nombre de su hijo con mano fuerte. Mantuvo las prerrogativas reales, disipó la amenaza de una liga de señores y derrotó una poco animosa invasión inglesa de Bretaña.

Durante su regencia, Raimundo VII de Tolosa, hijo del desafortunado Raimundo VI, fue finalmente derrotado y la herejía albigense barrida. Blanca hizo que la heredera de Raimundo se casase con uno de sus hijos menores. A Luis IX, Blanca le hizo casarse con Margarita, heredera de Provenza, la parte de la costa mediterránea situada al este del

río Ródano. Mediante estos matrimonios, el poder real fue llevado al sur, hasta el Mediterráneo. La visión de Suger de un siglo antes, en conexión con el infortunado casamiento de Luis VII y Leonor de Aquitania, fue ahora realizada por Blanca, y en forma permanente.

Más aún, Blanca se encargó de la educación de su hijo, y lo crió en la tradición estricta de la piedad y la virtud cristiana. Siempre fue, en cierta medida, un hombre muy suave y delicado, no obstante lo cual fue un rey fuerte. Las enseñanzas de ella hicieron de él un hombre suficientemente suave y amable

en su vida privada como para ganarse el corazón de su pueblo y la admiración de la mayoría de los historiadores.

Sus virtudes cristianas quedan ejemplificadas por el hecho de que fue fiel a su esposa (quien le dio once hijos), que no era una costumbre regia por aquellos días, ni en días posteriores. Usaba un cilicio sobre su piel, el cual, por supuesto, le escocía, irritaba y le provocaba perturbaciones en la piel. Esto estaba de acuerdo con la teoría de aquellos tiempos de que el maltrato del cuerpo ayudaba a mantener la mente ocupada en cosas superiores. Como gesto de humildad, Luis besaba a los

leprosos y llevaba a gente pobre a cenar con él. Persistía en ayudar a la hez de la sociedad, de modo que a veces eran llevados a palacio mendigos que olían tan apestosamente que los soldados de la guardia (los cuales, sin duda, tampoco olían a flores) protestaron.

Luis IX también mejoró la justicia aboliendo la prueba por combate (en la cual el combatiente más hábil o el que podía contratar al combatiente más hábil estaba seguro de ganar el juicio) e impuso el uso de elementos de Juicio concretos para juzgar lo justo y lo injusto de un asunto.

Solo en unos pocos aspectos su

piEDAD lo condujo a la crueldad. Promulgó rígidAs leyes contra la blasfemia, el Juego y la prostitución, y siguió aplicando el más bárbaro tratamiento a los judíos y heréticos.

No es de extrañar que un cuarto de siglo después de su muerte fuese canonizado por la Iglesia (no muchos reyes lo han sido y menos aún lo han merecido tan claramente como Luis). Por esta razón, Luis IX es llamado habitualmente San Luis.

Luis tenía veinte años en 1234, cuando empezó a gobernar por sí mismo, asumiendo el mando del Reino, que su madre le entregó intacto y más fuerte que

nunca. Luis demostró inmediatamente que, bajo su dominio directo, las cosas no iban a empeorar. Cuando Enrique III de Inglaterra trató de estimular rebeliones feudales en el Sur y de apoyarlas con una invasión inglesa, Luis reaccionó enérgica y rápidamente, y restableció el orden.

Era una época en que Inglaterra estaba debilitada por las constantes riñas entre el rey y los señores, y el Imperio Alemán estaba prácticamente en la anarquía. Francia era el único poder fuerte en Europa Occidental, y Luis la mantuvo fuerte manteniendo inquebrantablemente las prerrogativas

reales en todo aspecto, como había hecho su madre, aun (pese a su piedad) contra la Iglesia.

Aumentó aún más la eficiencia de la administración, combatiendo duramente el soborno y la corrupción. Promulgó leyes que regían en todo el Reino, para aumentar

así su sentimiento de unidad. Estableció una acuñación uniforme para el Reino, prohibió las guerras locales, la tenencia privada de armas y corrigió otros aspectos de los caracteres más anárquicos del feudalismo. También incrementó el control real sobre las ciudades para debilitar a las grandes

familias mercantiles que, en los casos peores, se habían convertido casi en señores de clase media por su independencia y su insensible tratamiento de las clases inferiores.

En todo esto, Luis fue ayudado por el creciente prestigio del derecho romano como base de su gobierno. En lugar de la descentralización tribal teutónica, el derecho romano apoyaba a un poder ejecutivo central fuerte. Luis usó sus principios para aumentar su propio poder a expensas de los señores, los burgueses y los sacerdotes.

Bajo su gobierno, Francia siguió avanzando culturalmente. La

Universidad de París fue ahora una institución definida y ya renombrada. Roberto de Sorbon, que era capellán y confesor de Luis IX, hizo una donación para estudiantes pobres de teología, de donde surgió el gran colegio que aún lleva su nombre, la Sorbona.

De toda Europa afluyeron sabios a París para estudiar y enseñar. Entre las grandes figuras que hallamos en los anales de la Universidad en este período se cuentan Roger Bacon de Inglaterra, Alberto Magno de Alemania y Tomás de Aquino de Italia.

La influencia de la filosofía de Aristóteles aumentó a medida que fue

posible disponer de sus libros por traducciones del árabe, y Tomás de Aquino, quien llegó a París en 1256, completó lo que había empezado Abelardo. Con santo Tomás, la victoria del racionalismo en la teología fue definitiva, pues logró crear una síntesis completa de la filosofía aristotélica y la doctrina cristiana. Sus enseñanzas siguen siendo la base fundamental del sistema de la teología católica hasta hoy.

Alberto Magno fue un gran alquimista a quien se atribuye el descubrimiento del elemento químico llamado arsénico. Fue el primer individuo en la historia a quien puede

atribuirse el descubrimiento de un elemento químico determinado. Roger Bacon hizo resaltar la importancia del experimento y la observación sobre la autoridad y la deducción, y por ende es uno de los precursores de la ciencia moderna. Describió las gafas y la pólvora en sus escritos, y ambos empezaron a usarse en el siglo siguiente.

Un verdadero experimentador científico, cuya obra es valiosa aun por patrones modernos, fue Pedro Peregrino, ingeniero del ejército de Luis IX. En 1269, mientras tomaba parte en el lento y pesado asedio de una ciudad italiana. Peregrino escribió una carta a un amigo

en la que describe sus investigaciones sobre los imanes. Su obra contribuyó a hacer de la brújula magnética un instrumento seguro y delicado para su uso en los barcos, pues mostró cómo podía hacerse girar una aguja imantada y cómo se la podía rodear de una escala circular graduada.

La rueca fue inventada en el siglo XIII. En lugar de la torsión a mano que lentamente convierte una hilaza desigual en un hilo compacto y fuerte, se usó una gran rueda fácilmente activada por un pedal. Esto hizo el hilado más fácil y más rápido. Es también el primer ejemplo de transmisión de energía

mediante una correa sin fin, algo muy común, en una escala enormemente mayor, en la industria moderna.

La ficción romántica siguió creciendo en popularidad después de que Chrétien de Troyes mostrase el camino. Teobaldo IV, conde de Champaña, fue un autor de poemas líricos en la tradición trovadoresca de mucho éxito. Nació en Troyes en 1201 y fue criado en la corte de Felipe II. Se cree que algunos de sus primeros versos estaban dirigidos a Blanca de Castilla, y de hecho se puso de su parte contra los otros señores durante su regencia. Esto le ganó enemigos y fue acusado de haber

envenenado al esposo de Blanca, Enrique VIII, aunque esto es sumamente improbable.

Una obra de literatura romántica más larga es la pieza de ficción del siglo XIII *Aucassin y Nicolette*. Trata de dos jóvenes amantes que se separan y luego se vuelven

a unir; y el relato está lleno de lamentos de amantes, suspense de escapadas por los pelos y un final feliz. Es el tipo de trama de «el muchacho que se encuentra con la chica, luego la pierde y por último la recupera» que es popular todavía hoy y quizá lo será siempre.

Una creación más elaborada y ambiciosa es el *Roman de la Rose*. Trata del galanteo alegórico de un capullo (que simboliza a una joven doncella) que crece en un jardín, símbolo de la sociedad aristocrática. Todo género de cualidades abstractas son personificadas de tal manera que permiten mordaces comentarios sobre la vida de la época. La primera parte fue escrita en 1240 por un poeta francés, Guillaume de Lorris, y fue completada en 1280 por otro poeta francés, Jean de Meung.

El mismo Luis IX reunió manuscritos y alentó a la literatura. Más aún, fue

objeto de la primera gran biografía escrita en lengua vernácula. Jean de Joinville, quien sirvió y admiró a Luis, escribió su biografía después de la muerte del rey santo. (El mismo Joinville es notable porque, en medio de la gente de corta vida de tiempos medievales, logró vivir hasta la avanzada edad de noventa y tres años.)

Pero el estímulo que brindó Luis IX a la literatura no se extendió a las formas más populares. Estas le disgustaban por su carácter licencioso.

Los alegres estudiantes de las universidades en crecimiento aliviaban sus horas de estudio serio; por ejemplo,

escribiendo versos festivos, satíricos y a menudo libidinosos, en los que elogiaban el vino y a las mujeres y se burlaban del clero. Eran llamados «goliardos», aparentemente una deformación de «Goliat», por un mítico obispo que era el tema de algunas de las canciones. La Iglesia no hallaba en modo alguno divertidos los versos de los goliardos, pero sí gustaban a muchas otras personas, y esas cosas eran difíciles de controlar, aun por el más severo clérigo o hasta por el rey.

Había también «fabliaux» (similares a los que hoy llamaríamos «anécdotas cómicas» o «cuentos»), generalmente

destinados a hacer reír. El más conocido de los autores de *fabliaux* escribió bajo el seudónimo de Rutebeuf, y no vaciló en sus escritos en burlarse del papa y hasta del mismo Luis IX.

El más famoso de los *fabliaux* es una serie conexas de versos populares elaborados en el curso del siglo XIII y llamados *Le Román de Renart* (La Historia del Zorro). Es un cuento alegórico sobre animales que representan claramente a equivalentes humanos. El cuento relata la manera como *Renart* (el zorro), mediante una inescrupulosa astucia, derrota y humilla a los otros animales, hasta a los más

poderosos, como el lobo, el oso y el león.

Evidentemente, los *fabliaux* eran literatura de la clase media. El clero y la aristocracia eran los villanos, y *Renart*, en particular, personificaba al astuto hombre del pueblo, quien, con el poder en contra suyo, debía arreglárselas con su ingenio.

El creciente vigor de la lengua francesa fue tal que ya por entonces desbordó las fronteras de Francia. Un sabio italiano, Brunetto Latini, escribió una enciclopedia del conocimiento entre 1262 y 1266, mientras se hallaba en el exilio en Francia. Lo natural por

entonces habría sido que la escribiese en latín. En cambio, prefirió escribirla en francés.

Las últimas cruzadas

Quizá el aspecto más notable, y el más inútil, del reinado de Luis IX, pero que se adecuaba a su piedad, fue su solitaria resurrección del fervor cruzado.

Desde la época de la Tercera Cruzada, de medio siglo antes, toda la idea de cruzada había perdido su idealismo y se había convertido en una cruda cuestión de política de poder, de

caza de herejes o de algo peor. La Cuarta Cruzada casi había destruido a la gran ciudad cristiana de Constantinopla, y la terrible y sangrienta guerra del sur de Francia había sido dignificada con el nombre de «cruzada». Peor aún, en 1212, una especie de locura se apoderó de los adolescentes de Francia y Alemania. Se difundió la idea de que los chicos tendrían éxito allí donde habrían fracasado los soldados. A causa de su inocencia, los chicos serían guiados a Tierra Santa y la victoria por Dios. Marcharon hacia el Sur, al Mediterráneo, que, estaban convencidos, separaría sus aguas ante ellos. Muchos

perecieron en el camino. Los que llegaron al mar y esperaron vanamente la separación de las aguas fueron abordados por marinos que les ofrecieron llevarlos. Lo hicieron, más para venderlos como esclavos.

También hubo más cruzadas del tipo común. Algunas de ellas han recibido números. La «Quinta Cruzada», que tuvo lugar entre 1218 y 1221, fue un completo fracaso. La «Sexta Cruzada», 1228-1229, fue un éxito, en cierto modo. Fue conducida por el emperador alemán Federico II, muy contra su voluntad. Logró recuperar Jerusalén en 1229, pero mediante negociaciones, no mediante la

guerra. Jerusalén fue nuevamente cristiana durante quince años, antes de ser retomada por segunda vez por los musulmanes, en 1244.

Por entonces, también, un peligro aún mayor que los turcos amenazó a Europa. Las tribus mongólicas de Asia Central se unieron bajo el notable liderazgo de Temujin, luego llamado Gengis Kan, o «Rey Muy Poderoso». Y lo era, pues antes de morir, en 1227, inmediatamente después del ascenso al trono de Luis IX, Gengis Kan había conquistado toda China y gran parte del resto de Asia; sólo quedaron libres India e Indochina, protegidas por la barrera

del Himalaya.

Bajo el hijo y sucesor de Gengis Kan, Ogadai Kan, los mongoles se lanzaron sobre Europa y se apoderaron de toda Rusia. En 1240, avanzaron aún más hacia el Oeste. Derrotaron hábilmente a polacos, húngaros y alemanes, y la única fuerza que parecía interponerse en su llegada al Atlántico era el ejército de Luis IX.

Parece dudoso que ese ejército, o cualquier ejército europeo de la época, hubiese podido resistir a los ágiles jinetes mongoles bajo el mando de su notable general Subotai, pero nunca se produjo el ensayo. En 1241, Ogadai Kan

murió, y los ejércitos mongoles de Europa retornaron para tomar parte en la elección del sucesor. Nunca volvieron a Europa Occidental, aunque Rusia permaneció bajo su dominación durante siglos.

Pero Luis IX ignoraba que se había salvado por los pelos; sus ojos permanecían fijos en Tierra Santa y en la amenaza, mucho menos seria, de los turcos.

Por entonces, Constantinopla aún estaba en manos de franceses, gracias a los hombres de la Cuarta Cruzada que tomaron y casi destruyeron la ciudad. Pero su dominación era endeble, y el

«emperador latino» Balduino II, también de ascendencia Capeta, hizo repetidas visitas a Francia en 1236, para pedir ayuda. Esto afectó fuertemente a Luis. Luego, a fines de 1244, padeció una enfermedad en el curso de la cual pensó que podía morir, pero no fue así y, mientras se recuperaba, llegaron las noticias de que Jerusalén había caído nuevamente en manos de los musulmanes. Luis pensó que había sido salvado de la muerte con una finalidad determinada, y pronto hizo un voto formal de realizar una cruzada.

Le llevó algún tiempo desembarazarse de los asuntos

domésticos, y la madre de Luis, Blanca de Castilla, le rogó que no se marchase. Luis tal vez habría escuchado a su reverenciada madre, pero en 1245 Balduino estuvo nuevamente en París, llevando consigo algo, decía, que era la corona de espinas que Jesús había tenido en la Cruz. Luis no dudó ni un instante de que tenía en sus manos el verdadero objeto que había desempeñado un papel en la Crucifixión, doce siglos antes. Hizo construir para albergarla una encantadora iglesia, la «Saint-Chapelle», y luego intensificó sus preparativos.

En 1248 zarpó con su ejército,

iniciando la llamada «Séptima Cruzada» y dejando a su madre como regente en su ausencia. Fue el tercer rey francés que marchó a una cruzada.

El plan de Luis era no atacar directamente a Tierra Santa. Esto concordaba con la mayor complejidad del movimiento cruzado. Por entonces era evidente que tener

Tierra Santa era como sujetar a un león de la cola dejando libres su cabeza y sus garras. Era necesario golpear en la cabeza, en el centro principal del poder musulmán, y luego la cola caería sola. El centro principal, en aquella época, estaba en Egipto, y hacia allí condujo

Luis IX su ejército.

En particular, Luis examinó los sucesos de la Quinta Cruzada, de una generación antes. En 1218, los cruzados habían atacado a Egipto y puesto sitio a Damietta, ciudad de la parte oriental de la desembocadura del Nilo. El asedio duró dieciocho meses y la ciudad fue tomada. El sultán egipcio ofreció entonces entregar todas las posesiones musulmanas en Tierra Santa, si los cruzados abandonaban sus conquistas en Egipto. Desgraciadamente, el éxito había encendido el entusiasmo del emisario apostólico, y éste rechazó la oferta, ordenando a los cruzados

conquistar todo Egipto, aunque el Nilo estaba desbordado y era imposible avanzar. Naturalmente, los cruzados sufrieron una completa derrota.

Luis razonó que Damietta era tan importante para el sultán egipcio ahora como antes. Si la tomaba, podía cambiarla por Jerusalén. Así, hizo desembarcar su ejército en la desembocadura del Nilo y en junio de 1249, con mucha mayor facilidad que la Quinta Cruzada, tomó Damietta.

Exactamente como había ocurrido treinta años antes, el sultán egipcio ofreció el mismo intercambio: Jerusalén para los cruzados si entregaban

Damietta. Increíblemente, Luis IX, pese a la lección de la Quinta Cruzada, cometió el mismo error. Alentado por la victoria inicial, rechazó Jerusalén y decidió, en cambio, capturar la ciudad egipcia de El Cairo, situada a más de ciento sesenta kilómetros aguas arriba.

Luis IX había aprendido lo suficiente de la Quinta Cruzada como para esperar a que el desbordamiento del Nilo cesara. Se abrió camino hasta Mansura, a unos sesenta y cinco kilómetros río arriba, y allí finalmente halló la oposición de los musulmanes. Luis actuó bien. El 8 de febrero de 1250 lanzó un ataque por sorpresa que tuvo

gran éxito, pero Roberto de Artois, hermano del rey, ensoberbecido por el éxito, se lanzó a una persecución con sus columnas, en vez de esperar para cooperar con el resto del ejército. Su ansiedad de gloria personal terminó en la destrucción de sus hombres.

Los musulmanes pudieron, entonces, contraatacar eficazmente a las debilitadas y desalentadas fuerzas de Luis. Este tuvo que retirarse, mientras las enfermedades aumentaban los estragos. Los musulmanes los persiguieron y el 6 de abril los rodearon, aniquilando prácticamente al ejército y tomando prisioneros a sus

Jefes, incluido el mismo Luis.

Luis pudo liberarse pagando un rescate de 800.000 libras de oro y entregando Damietta. Luego marchó, con lo que sobrevivía de su ejército, a Tierra Santa. Allí permaneció cuatro años, esperando obtener la ayuda de enemigos no cristianos de los musulmanes, inclusive los mongoles y una violenta secta musulmana llamada de los «Asesinos», que consumían a su antojo el hachís (de aquí su nombre) y practicaban el asesinato político para conseguir sus fines.

Mientras tanto, en Francia, Blanca, capaz hasta el fin, mantuvo la paz en

ausencia de Luis y reunió hombres y dinero para él, incluido el dinero necesario para su rescate. Ella murió en 1252; fue, en total, probablemente la mujer más notable (excepto una) de la historia francesa.

Cuando le llegaron a Luis las noticias de la muerte de su madre, comprendió que debía retornar. En 1254 estuvo de vuelta en Francia; toda la aventura había sido un fracaso. El hecho de que la cruzada de Luis terminase tan ignominiosamente, aunque él era un modelo de piedad, contribuyó mucho a desacreditar todo el movimiento de las Cruzadas.

El mismo Luis IX sintió la ignominia. Habiendo fracasado con los musulmanes, no quiso más guerras con cristianos y dedicó los mayores esfuerzos a lograr un acuerdo final con Inglaterra y dar fin a las guerras crónicas que duraban desde la época de Guillermo el Conquistador.

En 1258 firmó en París un tratado con los representantes de Enrique III de Inglaterra. Ese tratado no estaba escrito en latín, como era la costumbre, sino en francés; y tampoco en francés normando, que era todavía la lengua oficial de la corte inglesa, sino en franciano. Este tratado fue el primer paso del proceso

que hizo del francés la lengua diplomática general entre las potencias europeas, posición que conservaría por seis siglos.

Según los términos del tratado, Inglaterra finalmente aceptaba la pérdida de Normandía y Anjou, junto con otras provincias de las que Felipe II se había adueñado medio siglo antes. A cambio, Luis reconocía la posesión por Enrique de Guienne y su derecho al título de duque de Aquitania (heredado de su abuela Leonor). Por la ansiedad de mantener la paz y por un sentimiento de justicia feudal, hasta entregó a Inglaterra partes del sudoeste que habían estado

bajo la dominación de Francia.

Esto último se hizo contra los expresos deseos de los habitantes de las regiones entregadas (signo de un creciente nacionalismo entre los franceses). Y lo hizo, también, pese a la sombría aflicción de los consejeros de Luis, quienes señalaron que Enrique obtenía lo que no poseía, mientras Luis entregaba lo que poseía.

Luis siguió adelante de todos modos, con la esperanza de alcanzar un acuerdo permanente y una paz definitiva. (Cuando esas medidas fracasaron, un siglo después, en condiciones que Luis no podía haber previsto, las concesiones

de éste pusieron a Francia en una posición innecesariamente desventajosa.)

Luis hizo un tratado similar con Jaime I de Aragón, permitiéndole conservar la provincia del Rosellón, inmediatamente al norte de los Pirineos, sobre la costa mediterránea, siempre que renunciara a toda pretensión sobre otros dominios.

Habiéndose librado de sus enemigos, tanto ingleses como aragoneses, en el sudoeste, Luis inició inadvertidamente un innecesario embrollo en Italia que tendría enredada a Francia durante siglos, generalmente

para su perjuicio. Ocurrió del siguiente modo.

Durante la primera parte del reinado el emperador alemán era Federico II, quien pasó la mayor parte de su reinado en una violenta lucha contra el papado. Murió en 1250, mientras Luis estaba prisionero en Egipto, y la disputa por la sucesión empezó inmediatamente. Esa disputa se centró en Sicilia e Italia meridional, donde Federico II había preferido vivir y desde donde había gobernado a su Imperio.

El papado temía que un hijo de Federico II continuase la lucha contra el poder pontificio, y removi6 cielo y

tierra para eliminar a la odiada dinastía. El hijo de Federico, Conrado IV, logró apoderarse de Nápoles, pero murió en 1254.

Pero Federico tenía un hijo ilegítimo, Manfredo, quien ahora reanudó la lucha con éxito considerable. Condujo por toda Italia a las fuerzas antipapales, y los papas sucesivos se vieron obligados a buscar en el exterior a algún príncipe que combatiese contra Manfredo, lo derrotase y luego gobernase en el sur de Italia y en Sicilia como real amigo y aliado del papa.

Los reinos más fuertes, fuera del Imperio Alemán, eran Inglaterra y

Francia. En 1255, el papa Alejandro IV trató de que Edmundo, hijo de Enrique III de Inglaterra, reanudase la lucha contra Manfredo. Esto fracasó.

Diez años más tarde, otro papa, Urbano IV, ofreció lo mismo a Carlos de Anjou, el hermano menor de Luis IX, y esta vez las cosas fueron diferentes.

No debían haberlo sido. El evitar aventuras extranjeras había formado parte de la política Capeta. Con excepción de las Cruzadas y la breve invasión de Inglaterra de 1216, todas las guerras Capetas se habían librado en suelo francés, con el único fin de la unificación interna, nunca de conquistas

extranjeras. Esta era una política inteligente que conservó el vigor de Francia y había hecho de ella lo que era, en agudo contraste con la política opuesta del Imperio Alemán y que lo arruinó, con penosos resultados que se han hecho sentir hasta hoy.

Pero Carlos de Anjou se sintió tentado. El Este lo atraía. Había combatido en Egipto con su real hermano y había estado prisionero allí con él.

Tampoco eran Egipto y Tierra Santa lo que le fascinaba; era algo más maravilloso; nada menos que la ciudad de Constantinopla, que por mil años

había dominado el Este y que aún tenía la aureola de la gloria romana, aunque, en verdad, estaba semidestruida y en decadencia.

El emperador latino, Balduino II, que tanto había contribuido a que Luis se lanzara a la Séptima Cruzada, era también un Capeto, pues el padre de su padre había sido hermano de Luis VII. Sin duda, en 1261 Balduino había sido expulsado de su débil trono, y los bizantinos nativos recuperaron nuevamente la sombra de su imperio bajo el emperador Miguel VIII; pero esto se podía invertir. Después de todo, Carlos de Anjou había casado a su hija

con el hijo de Balduino II, de modo que podía alegar un vínculo. ¿Por qué no podía otro Capeto reinar como Emperador Romano en Constantinopla? ¿Y acaso Sicilia y el sur de Italia —y la ayuda del papa— no eran una base perfecta para tal salto al Este?

Carlos no podía hacer nada de esto sin permiso de Luis, desde luego, y se dispuso a obtenerlo. Carlos, nacido pocos meses después de la muerte de Luis VIII, era el bebé de la familia, y una de las virtudes de Luis IX era su amor a la familia. No podía resistirse, probablemente sin un juicio reflexivo, a enviar a Carlos de aventuras al exterior,

y así enredar a Francia con Italia.

En junio de 1265, Carlos logró abrirse camino hasta Roma, eludiendo la flota de Manfredo. Allí fue coronado rey de Nápoles y Sicilia, reunió un ejército y marchó al sur, hacia Nápoles. El 26 de febrero de 1266 se libró una batalla cerca de Benevento, a cincuenta kilómetros al noreste de Nápoles. Allí Manfredo, que manejó sin habilidad su ejército, fue derrotado y muerto. El hijo de Conrado IV, Conradino, nieto de Federico II, reanudó la lucha contra el papado. El 25 de agosto de 1268 sus fuerzas se encontraron con las de Carlos de Tagliacozzo. Carlos mantuvo parte de

sus fuerzas ocultas y en reserva. Cuando Conradino derrotó al resto y se dispersó en la persecución, apareció la reserva de Carlos, que derrotó por partes a los fatigados contingentes de Conradino.

Conradino huyó, pero fue capturado y llevado a Nápoles, donde Carlos lo hizo ahorcar. De este modo, el linaje de Federico II fue extirpado totalmente y Carlos de Anjou se sintió seguro en el trono, que ocupó como Carlos I de Nápoles y Sicilia.

Mientras sucedía todo esto, un nuevo sultán llegaba al poder en Egipto. Era Baybars, un esclavo que logró apoderarse del trono después de haber

sido nombrado jefe de la guardia de corps del sultán anterior. En 1260, fue el primero en infringir una derrota a los mongoles que lo conquistaban todo y en medio siglo no habían perdido una sola batalla. Bajo su gobierno, Egipto se hizo más poderoso que nunca, y casi todas las posesiones que aún tenían en las manos los occidentales cayeron en las suyas.

Luis IX, inquieto por estos nuevos desastres de los cruzados y recordando el humillante fracaso de sus propios esfuerzos, ansiaba hacer un nuevo intento y empezó a pensar en atacar a Egipto una vez más.

Pero Carlos de Anjou, desde su nueva posición eminente, tenía otras ideas. Carlos aún pensaba en Constantinopla y, para él, los bizantinos eran los enemigos. En verdad, consideraba a Baybars de Egipto como un amigo y aliado potencial. Carlos no deseaba que Luis atacase a Egipto, pero argüía en cambio que debía atacar a Túnez, que a fin de cuentas también era musulmán.

Túnez estaba mucho más cerca de Francia; estaba a sólo ciento cuarenta y cinco kilómetros al oeste del extremo más occidental de Sicilia. Una fuerza unida franco-siciliana seguramente

lograría establecer allí una fuerte base que pondría firmemente el control del Mediterráneo central en manos capetas. Luego sería posible avanzar hacia el Este vigorosamente y con libertad. (Carlos veía este empuje hacia el Este como dirigido contra Constantinopla, pero presumiblemente no se molestó en explicar este detalle a su idealista hermano.)

En 1267, Luis IX, que ahora tenía cincuenta y tres años y sentía todo el peso de su edad, anunció su plan de marchar a Túnez e inició los preparativos. Sus consejeros estaban horrorizados. Su viejo amigo Joinville,

que lo había acompañado en su anterior cruzada, le dijo rotundamente que era un tonto y se negó a acompañarlo por segunda vez. Pero Luis abandonó Francia el 1° de julio de 1270, para marchar a la «Octava Cruzada», y desembarcó en el emplazamiento de la antigua Cartago.

Casi inmediatamente, el ejército fue atacado por una peste, y el mismo Luis, el único monarca que estuvo al frente de dos cruzadas, cogió la enfermedad y murió el 25 de agosto.

Así terminó, sin gloria, la aventura de Luis, casi tan pronto como había comenzado. Esto puso fin para siempre a

los sueños de gloria asociados a las cruzadas. El movimiento cruzado continuó esporádicamente, pero nunca llegaría a haber una «Novena Cruzada».

5. El apogeo

Cuchillos sicilianos y picas flamencas

En Cartago, estaba con Luis su hijo mayor, Felipe. Inmediatamente después de la muerte de su padre, concertó una tregua con los musulmanes y retornó a Francia, donde fue coronado como Felipe III (a veces llamado «Felipe el Atrevido»). Este es otro signo de la firmeza con que la dinastía capeta se había impuesto. Aunque el heredero de

la corona estaba fuera del Reino en el momento de la muerte del rey, nadie se levantó contra él. Felipe sucedió a su padre como cosa natural y sin problemas.

Felipe continuó reforzando la dominación real sobre el sur de Francia, pero su remado fue más bien incoloro. En esa época, el atractivo de los Capetos estaba en Carlos de Anjou, el tío del rey, que aún gobernaba Nápoles y Sicilia y cuyas ambiciones no se desinflaron por el fracaso de Túnez.

Carlos decidió atacar directamente al Imperio Bizantino y atravesó el Adriático meridional para desembarcar

un ejército en los Balcanes. En 1277, se había establecido firmemente sobre una parte considerable de los dominios bizantinos y hasta había logrado hacerse proclamar Rey de Jerusalén. No fue por conquista, desde luego, pues nunca estuvo cerca de Jerusalén. Era meramente un título vacío heredado por una serie de hombres después de la caída de Jerusalén y que sólo daba prestigio social. Carlos dio dinero al poseedor en ese momento del título para poder asignárselo él.

Pero el punto débil de Carlos estaba en los dominios italianos que había gobernado. Había cedido señoríos a los

nobles franceses que lo habían acompañado y abrumó de impuestos a la población siciliana para financiar sus ambiciosos planes. Los sicilianos, que recordaban los grandes días de Federico II, permanecieron firmemente adeptos de su linaje. Aunque el último descendiente masculino de Federico, Conradino, había muerto, Manfredo había dejado una hija que estaba casada con Pedro III de Aragón.

Por ello, los sicilianos se dirigieron a Pedro, quien estaba deseoso de asumir la carga. Hizo una alianza con Miguel VIII de Constantinopla, quien libraba una lucha de vida o muerte con Carlos.

Pero no fue Pedro ni Miguel ni ambos juntos quienes descargaron los golpes decisivos contra Carlos. Fueron los mismos sicilianos, desesperados y llenos de odio contra sus arrogantes amos franceses.

El 31 de marzo de 1282, en el momento de las vísperas (la plegaria vespertina), los sicilianos se sublevaron. En qué medida fue espontánea y en qué medida fue estimulada por los emisarios del astuto Miguel VIII, no lo sabemos, pero los resultados fueron sangrientos y definitivos. Todo francés que los sicilianos pudieron atrapar fue muerto,

todo aquel cuyo acento lo traicionase (aunque no fuese otra cosa). Miles murieron en ese día llamado de las «Vísperas Sicilianas», y al mes los rebeldes estaban en posesión de toda la isla.

Carlos volvió rugiendo de los Balcanes, debiendo posponer toda idea de conquistas bizantinas. Podía haber retomado la isla, pero ahora Pedro de Aragón estaba en Sicilia y sus fuerzas la dominaban.

Pedro invadió el —sur de Italia, derrotó a la flota de Carlos cerca de Nápoles y capturó al hijo de Carlos. Felipe III de Francia acudió en ayuda de

su tío Carlos lanzando una invasión al reino originario de Pedro, Aragón (lo cual muestra cómo una alocada aventura extranjera conduce a otra), y fue rotundamente derrotado.

Carlos de Anjou murió en 1285, después de quedar en la nada todas sus ambiciones, y Felipe murió un mes más tarde.

Y mientras proseguía la guerra entre cristianos, los musulmanes se apoderaban metódicamente de las pocas ciudades y castillos que los cruzados todavía poseían en Tierra Santa. Su última fortaleza, San Juan de Acre, tomada un siglo antes por Ricardo

Corazón de León, cayó en 1291, y pasarían más de cinco siglos antes de que un ejército cristiano estuviera nuevamente en Tierra Santa.

Felipe III de Francia fue rápidamente sucedido por su hijo mayor, Felipe IV, a menudo llamado «Felipe el Hermoso».

Felipe IV fue un rey enérgico, que continuó la política de Luis VI y Felipe II de extender el control real directo en todas las direcciones y por todos los medios. Por entonces, el continuo incremento de los dominios reales había hecho que la mitad de Francia estuviese bajo el gobierno del rey o de otros

miembros de la familia Capeta. Y el rey ya no era solamente el más importante de los señores. Era un ser de otra clase muy diferente. Era el poder supremo del país, el elegido de Dios, y todos eran sus súbditos por igual, el señor tanto como el campesino.

La única parte de Francia gobernada por un igual era, desde luego, Guienne, que estaba bajo el poder del rey inglés. Felipe invadió los dominios ingleses, con bastante éxito, pues el rey inglés, Eduardo I (hijo de Enrique III, y un gobernante mucho más enérgico y capaz que éste), estaba ajetreado en Escocia, que ocupaba la parte septentrional de la

isla de Gran Bretaña. Para asegurarse de que Eduardo I seguiría ocupado allí, Felipe hizo una alianza con los escoceses en 1295, iniciando una política que los franceses mantendrían durante tres siglos.

Pero si los franceses tenían un aliado natural en las fronteras de Inglaterra, lo mismo les sucedía a los ingleses. En el borde nororiental de los dominios franceses estaban las ciudades de Flandes. Habían florecido bajo la protección capeta, cuando la política de los Capetos era favorecer a las ciudades como contrapeso contra los señores. Pero en tiempo de Felipe IV los señores

estaban tranquilos y no presentaban ningún problema. Eran las ciudades las que reclamaban ávidamente más privilegios. La política Capeta se volvió antiburguesa y las ricas ciudades de Flandes tenían ahora (y, en verdad, desde un tiempo antes) en Francia a su principal enemigo.

Esto significaba que los ingleses eran sus aliados naturales. Y no sólo se trataba de tener un enemigo común, sino que también era cuestión de ventajas económicas comunes. Flandes descubrió que las ovejas inglesas (en respuesta al clima generalmente deplorable de Inglaterra) producían una lana más larga

y gruesa que las ovejas flamencas. Por ello, los tejedores flamencos compraban lana inglesa y exportaban telas flamencas, y ambas naciones se beneficiaban. Además, los flamencos no debían temer una agresión inglesa, pues una franja de mar separaba a los dos países. No era una barrera infranqueable, por supuesto, pero era mejor que sólo la tierra llana que separaba a Flandes del resto de Francia.

En 1297, pues, Eduardo I pudo montar una invasión del norte de Francia gracias a la ayuda del conde de Flandes. No fue la primera vez que las dos regiones se habían unido en una alianza

militar concreta. Había habido contingentes flamencos aliados con Juan en la campaña que terminó con la batalla de Bouvines. Frente a esta invasión, Felipe se vio obligado a interrumpir su propia guerra en el sudoeste. Pero luego Eduardo I tuvo que retornar a Inglaterra para hacer frente a los escoceses nuevamente, y el vengativo Felipe IV quedó libre para ajustar cuentas con los flamencos. Marchó sobre Flandes, derrotó a su conde y, en 1300, lo obligó a admitir la dominación francesa sobre la región.

Su derrota por Felipe era un mal considerable para los flamencos, pero

su situación empeoró por el hecho de que Flandes estaba sufriendo un período de recesión. Estaban surgiendo fábricas textiles en Italia, y la competencia estaba reduciendo los beneficios flamencos. Además, hubo una serie de malas cosechas y los suministros alimenticios eran escasos. Los flamencos, exasperados por los infortunios económicos, hallaron insoportable la dominación francesa y reaccionaron como habían hecho los sicilianos veinte años antes.

El 18 de mayo de 1302, en el momento de los maitines (la plegaria matutina), se produjo un alzamiento

popular en la ciudad de Brujas, cerca de la costa marítima, a 270 kilómetros al norte de París, y fueron muertos unos tres mil franceses.

Pero no tenían a un Pedro de Aragón a cuya protección apelar, y las ciudades flamencas se aprestaron a enfrentarse solas con el encolerizado Felipe IV. El hecho de que pudiesen siquiera pensar en hacerlo fue el resultado de ciertos cambios lentos en el arte de la guerra que habían surgido gradualmente.

Durante siglos, el caballero con armadura había tenido la supremacía en los campos de batalla, y se había producido una carrera entre facciones

rivales para hacer a sus caballeros cada vez más fuertes y formidables. A fines del siglo XIII, el caballero se había convertido en una especie de tanque de un hombre solo que montaba un enorme caballo con armadura. Era un combatiente pesado, formidable y lento.

La armadura, hecha ahora de sólidas láminas de metal, en vez de la anterior cota de malla, era mucho menos vulnerable, pero también era más pesada y se había hecho tan costosa que era casi ruinoso tratar de mantener muchos caballeros. En verdad, éste fue uno de los factores que provocaron la decadencia de la aristocracia feudal. Se

creó una situación tal que sólo el rey podía mantener un gran ejército de caballeros adecuadamente equipados.

A lo largo del siglo XIII, pues, se buscaron nuevas armas que acabase con el punto muerto del combate de caballero contra caballero, y que fuesen baratas.

Una de tales armas fue la ballesta. En su forma más avanzada, ésta era un arco de acero que arrojaba flechas de acero o «saetas». Era tan dura que era menester tensarla lentamente con una manivela. Por consiguiente, las saetas eran lanzadas con mucha mayor fuerza que las flechas comunes y, a corta

distancia, ¡podían atravesar la armadura!

La gran desventaja de la ballesta era que llevaba mucho tiempo cargarla. Un grupo de ballesteros podía avanzar con sus armas montadas. Lanzaban sus saetas contra los ejércitos enemigos y éstas hacían considerable daño. Pero luego los arqueros tenían que retirarse apresuradamente. Habían «lanzado su saeta» y para el momento en que pudiesen cargarla nuevamente, los jinetes enemigos (o, a veces, los orgullosos caballeros de su propio bando) los habrían barrido.

Las ballestas aparecieron ya en

1066, cuando Guillermo el Conquistador las usó en la conquista de Inglaterra, pero no recibieron su pleno desarrollo hasta después de 1200. Parecían un arma horrible, porque permitían a un arquero de humilde cuna matar a un caballero de vez en cuando, y hasta la Iglesia trató de prohibirlas (excepto contra los infieles, por supuesto), pero realmente no fue necesario. Tan importante era la desventaja de la lentitud para cargarla que la ballesta nunca fue realmente decisiva en ninguna de las grandes batallas de la Edad Media.

Muy diferente era otra arma mucho más simple, la pica. Era una larga lanza

de madera con punta de metal y, a veces, con un gancho junto a la punta de modo que con ella se pudiera tirar tanto como punzar. Las lanzas se contaban entre las más antiguas de las armas, pero la pica era una variedad particularmente larga y resistente destinada a alcanzar al caballo y al jinete antes que la espada o lanza de éste (necesariamente corta para poder manejarla a caballo) pudiese alcanzar al soldado de infantería.

Un solo hombre con una pica, desde luego, no era rival para un jinete, pero un grupo apretado de piqueros podía presentar una multitud de puntas metálicas que, si se las mantenía

firmemente frente a una carga de caballería, podía hacer retroceder a los caballos.

Piqueros flamencos habían tomado parte en la batalla de Bouvines, pero no fueron usados contra los jinetes franceses. Derrotaron a la infantería francesa, pero como la batalla fue decidida por el choque de caballero contra caballero, el valor de la pica fue pasado por alto.

Lo más importante era que la ballesta y la pica eran suficientemente baratas como para estar al alcance casi de cualquiera. Los de humilde origen empezaron a hacer un uso de las armas

que les permitía enfrentarse con los aristócratas de alto rango.

Pero nada de esto estaba en la mente de los franceses que se disponían a castigar a los flamencos. Roberto de Artois (nieta de Luis VIII e hijo de ese hermano de Luis IX que había arruinado la posibilidad de éxito en Egipto) tomó el mando del ejército francés, con lo que asociaría su nombre al desastre por la segunda generación. Se reunieron a su alrededor cincuenta mil hombres, incluyendo un gran contingente de caballeros con buenas armaduras.

Frente a ellos sólo había veinte mil piqueros flamencos.

Los dos ejércitos se enfrentaron el 11 de julio de 1302 en Courtrai, a cuarenta kilómetros al sur de Brujas. Los flamencos eligieron bien el terreno. Estaban en una tierra entrecruzada por canales, y un canal corría inmediatamente delante de su línea de batalla y la tierra ascendía hacia ellos del otro lado. En una parte, era terreno cenagoso.

Allí, fila tras fila, con sus picas que presentaban un frente semejante a un puerco espín, los flamencos esperaron.

Roberto de Artois hizo avanzar a sus soldados de infantería y les ordenó descargar una andanada de saetas con

sus ballestas. Pero los infantes quedaron encenagados en el suelo blando y las saetas no hicieron suficiente daño, de modo que los caballeros se dispusieron a dar fin a la batalla con una carga.

Los cuentos de caballeros y amor cortés habían exaltado las glorias de la caballería, y los relatos sobre las Cruzadas les daban apoyo, pues hasta las derrotas cristianas en esa tierra distante eran adornadas y deformadas para convertirlas en cuentos sobre hazañas de valor caballeresco. Los caballeros franceses, pues, no tenían motivo alguno para pensar que debían hacer otra cosa que atacar. Frente a ellos

no había más que una muchedumbre de hombres de humilde origen, y habría sido juzgado impropio de la dignidad caballeresca apelar a algo así como una táctica ingeniosa. Todo lo que debían hacer era espolear a sus caballos y arrollar a la multitud.

Intentaron hacerlo sin artificio de ninguna clase y en varias oleadas. Cabalgaron sobre sus propios ballesteros que chapoteaban en el canal, atascados en el fango, y subieron por la pendiente, mientras los ciudadanos flamencos, con las picas en ristre, esperaban calmadamente.

Inmediatamente, la línea francesa

cayó en un total desorden. Algunos caballeros fueron arrojados de sus caballos por la presión de quienes los seguían. Algunos cayeron al canal o las ciénagas, y su pesada armadura les impedía levantarse nuevamente. Y luego los flamencos cayeron sobre ellos.

Ahora bien, los caballeros luchaban entre ellos descargando y recibiendo algunos golpes hasta que uno de ellos daba el grito de rendición. El caballero derrotado era luego tratado con una gran cortesía ceremoniosa y era retenido para pedir un rescate por él. Esto es admirado por gente de corto alcance, que olvida que esa gentil consideración

sólo era para los caballeros. Los soldados de infantería de humilde origen que se veían obligados a acompañar a un ejército no tenían caballos en los cuales escapar ni armaduras para protegerse, y habitualmente eran objeto de una implacable matanza, sin la posibilidad de rendirse. Después de todo, no tenían con qué pagar un rescate.

Por consiguiente, cuando los hombres de las ciudades de humilde origen tuvieron a su merced a los caballeros, no siguieron en modo alguno las reglas de la caballería. Esas reglas eran sólo para caballeros. Las largas picas se elevaron y cayeron

metódicamente y, sin el menor remordimiento, los caballeros enfangados fueron muertos. El mismo Roberto de Artois fue muerto, y otros setecientos caballeros nobles de alto rango hallaron allí la muerte.

Se conoce el número porque los flamencos recogieron setecientos pares de espuelas de oro, por lo que la batalla de Courtrai es mucho mejor conocida como la «Batalla de las Espuelas».

Felipe IV no aceptó la derrota de Courtrai como definitiva, claro está, y condujo nuevos ejércitos a Flandes. Ganó victorias suficientes como para restablecer su orgullo, pero las ciudades

flamencas conservaron, en lo esencial, su independencia, y Felipe no consideró juicioso llevar las cosas demasiado lejos.

La batalla de Courtrai enseñó una valiosa lección. La guerra era algo más que un conjunto de combates singulares entre caballeros que combatían como si estuvieran en un torneo o viviesen en una especie de cuento de hadas arturiano surgido de la mente de un trovador. Soldados de a pie bien disciplinados y adecuadamente armados podían hacer frente a una muchedumbre desorganizada de jinetes y hacer estragos entre ellos.

La lección podía ser aprendida, pero

la nobleza francesa prefirió no aprenderla. Renuente a renunciar a su mundo trovadoresco y su mitología de cruzada, culparon de su derrota en Courtrai a su mala elección del terreno. (Pocos años más tarde, piqueros suizos derrotaron a caballeros alemanes de manera igualmente implacable, y esta vez el resultado fue atribuido a las montañas, y no a la existencia de firmes y resueltos guerreros de humilde origen.) La aristocracia francesa pasó más de un siglo sufriendo periódicas derrotas tan desastrosas como la de Courtrai, o peores, antes de aprender finalmente que la caballería se había

convertido en algo apropiado para los libros de cuentos solamente.

El Papa se doblega

Aunque las derrotas militares en Sicilia y Flandes fueron espectaculares, a fin de cuentas sólo fueron alfilerazos. Bajo la mano firme y algo implacable de Felipe IV, el proceso de centralización prosiguió y Francia se hizo cada vez más fuerte. Tres siglos de gobierno Capeto habían unificado el país hasta el punto de que, en el siglo XIV, sólo quedaban cuatro regiones bajo la soberanía nominal del rey francés

suficientemente fuertes como para emprender acciones independientes si lo deseaban. Todas estaban en la periferia del Reino.

Estaba Guienne en el sudoeste, que era gobernada, desde luego, por el rey inglés, y Flandes en el noreste, que se aliaba, tan a menudo como se atrevía, a Inglaterra. En el este se hallaba Borgoña, gobernada por un duque de remota ascendencia Capeta y que habitualmente colaboraba con el gobierno real. Y en el noroeste estaba Bretaña, que era un caso especial. En los siglos VI y VII había recibido una constante afluencia de refugiados

britanos en huida de los ejércitos sajones que invadieron Britania. Por ello, esa región adquirió un distintivo matiz céltico, y hasta se hablaba allí una lengua céltica, el bretón. Sus habitantes se sentían menos franceses que los de cualquier otra provincia, pero no llevaron una política activamente anticapeta. Más bien hicieron lo posible por permanecer neutrales y apartados. Cuando se vieron obligados a tomar partido, lo hicieron lo más suavemente posible.

Pero la centralización territorial no bastaba. Francia necesitaba también la centralización económica, para que el

gobierno pudiera ser fuerte. El sistema feudal quizá estaba prácticamente muerto desde el punto de vista militar y político, pero existía financieramente. Felipe IV se halló atado por un sistema feudal para recaudar dinero que era sumamente ineficiente y se basaba en las intrincadas interrelaciones legales de diversos vasallos. Los ingresos reales nunca llegaban a los costos de recaudación, y Felipe IV, que gobernó un ámbito más vasto e inevitablemente más costoso que el de los reyes precedentes, tuvo que obtener dinero de todas las maneras posibles.

Más aún, la corte, atascada en el

pegamento de la tradición feudal, tuvo que experimentar la frustración de ver enriquecerse a algunos súbditos mientras la nación seguía siendo pobre.

Los burgueses florecían. Alrededor del 1200, el matemático italiano Leonardo Fibonacci había introducido un nuevo sistema de números en Europa que había tomado de los árabes, por lo que se los llamaba «números arábigos». Estos, mucho más fáciles de manejar que los números romanos tradicionales, fueron gradualmente adoptados por los comerciantes. Además, alrededor del 1300, se inventó en Italia la contabilidad de doble entrada. Ambos avances

servieron para aumentar la eficiencia y tomar decisiones más rápidas y más seguras (que tuvieron el mismo efecto sobre los negocios del siglo XIV que las computadoras sobre los negocios del siglo XX), y los burgueses prosperaron.

No cabe extrañarse de que un monarca como Felipe IV no vacilase en adoptar métodos discutibles para mantener a su gobierno en la prosperidad. Por ejemplo, degradó la acuñación, poniendo en ella menos oro y plata y guardándose la diferencia. Esquilmó implacablemente a aquellos sectores de la población por los que la gente, en general, no sentía simpatía.

Obligó a entregar grandes sumas a los judíos y a los prestamistas italianos. Cuando no pudo sacar más dinero a los judíos, los expulsó del Reino. Vendió títulos de caballero a los burgueses ricos por grandes sumas. (Esto les daba prestigio social y exención de impuestos, de modo que era una pérdida a largo plazo a cambio de una ganancia a corto plazo.) Felipe IV también ofreció la libertad a los siervos (campesinos que no eran exactamente esclavos pero que no podían abandonar la tierra que cultivaban para sus señores), no por humanidad, sino por dinero, si podían obtenerlo.

Una fuente de dinero que siempre brillaba tentadoramente ante los monarcas de la Edad Media eran las bien provistas arcas de la Iglesia. Muchos reyes medievales no habían podido resistirse a incautarse de parte de ese dinero, pero la Iglesia siempre se oponía y, casi siempre, ganaba. El rey Juan de Inglaterra lo había intentado y el papa Inocencio III le había obligado a someterse.

Pero los tiempos estaban cambiando, y la Iglesia medieval ya no estaba en el apogeo de su poder. Los últimos en reconocer esto eran los mismos papas.

El 24 de diciembre de 1294 fue

elegido un papa que adoptó el nombre de Bonifacio VIII. Era un hombre colérico y arrogante que contemplaba el poder papal como si fuera lo que había sido en tiempos de Inocencio III, y era tan impulsivamente precipitado como para decirlo.

Se consideraba el árbitro de las disputas regias. Dio su aprobación oficial a la dominación de Aragón sobre Sicilia, que era un hecho, aun sin su aprobación, desde las Vísperas Sicilianas. También trató de imponer la paz entre Felipe IV y Eduardo I en la guerra que se estaba librando en el momento de subir Bonifacio a la silla

pontificia.

Quería la paz, naturalmente, porque, bajo la presión de la guerra, ambos reyes cobraban impuestos al clero sin permiso del papa. La guerra continuó y los impuestos se mantuvieron, y el irascible temperamento del papa explotó.

En 1296, Bonifacio VIII promulgó un anuncio oficial, o bula^[9], llamada *Clericis laicos*, que amenazaba con la excomunión automática a quienquiera que pusiese impuestos al clero sin permiso del papa.

El gobierno inglés se sintió intimidado por la bula, pero no Felipe

IV. Su necesidad de dinero era superior a todo, y se dispuso a romper con una tradición fundamental de la política Capeta. Hasta entonces, los Capetos se habían querellado con el papa por problemas personales, pero nunca por principios básicos. Inglaterra y el Imperio Alemán habían derrochado energía y esfuerzos en batallas con la Iglesia por los intentos de controlar al clero y obtener dinero de las arcas clericales, pero Francia había hecho muy pocas tentativas de este género. En verdad, cuando el papa debía huir de ejércitos alemanes, siempre podía contar con que hallaría la seguridad en

dominios franceses.

Pero ahora Felipe entró en una enemistad abierta con el papa. Empezó prohibiendo totalmente la exportación de oro o plata del Reino. Esto suprimía una parte sustancial de las rentas pontificias y se produjo en un mal momento para Bonifacio, pues tenía problemas con los nobles romanos locales. Muy contra su voluntad, se vio obligado a volverse atrás, y hasta a hacer un gesto conciliador en 1297 santificando a Luis IX, el abuelo de Felipe. Pero más importante fue que permitió las imposiciones fiscales al clero francés para sufragar las guerras

de Felipe en Flandes.

Pero luego, en 1300, Bonifacio VIII proclamó un jubileo, o Año Santo, para celebrar el décimo tercer centenario del nacimiento de Jesús. Multitud de peregrinos acudieron a Roma y cantidades increíbles de dinero afluyeron al tesoro pontificio por las ofrendas piadosas. Bonifacio estaba lleno de alegría ante esta prueba del poder del papado y su capacidad para inspirar veneración en la gente. Entre eso y el respaldo financiero que le dio el Jubileo, estaba dispuesto a luchar nuevamente con Felipe.

La ocasión se presentó en noviembre

de 1301, cuando un obispo francés fue juzgado por varios delitos en un tribunal real. Esto chocaba frontalmente con la teoría apostólica, de acuerdo con la cual los eclesiásticos sólo podían ser juzgados por tribunales eclesiásticos. Inmediatamente se produjo un intercambio de palabras violentas entre el rey y el papa. Bonifacio apeló a las habituales amenazas papales, pero Felipe IV puso a prueba una nueva arma, de la que no disponían reyes anteriores: el creciente sentimiento de orgullo nacional entre los franceses.

Para el papa, aún había una sola «cristiandad», dentro de la cual podían

distinguirse diferentes reyes y diferentes lenguas, pero que estaba unida por la herencia única del Imperio Romano, la lengua latina única, el único emperador y, sobre todo, la única Iglesia conducida por el único papa.

Felipe estaba mejor informado. El fortalecimiento y extensión de los dominios reales, los cuentos heroicos sobre las Cruzadas —franceses en su mayoría—, la literatura popular en lengua vernácula, todo contribuía a hacer que los franceses se sintiesen primero franceses, y sólo en segundo lugar miembros de la cristiandad.

Felipe empezó audazmente a hacer

propaganda contra Bonifacio, acusándole de una variedad de delitos en un lenguaje que le hacía aparecer como un sacerdote italiano, un extranjero, un no francés, antes que un papa.

Felipe también convocó una asamblea de miembros representativos de los tres «estados» —la nobleza, el clero y los burgueses—, para poder consultarlos, obtener su acuerdo con su línea de acción y dar a la nación el sentimiento de estar participando en sus decisiones. Esto se había hecho a escala local o provincial en tiempos anteriores, pero ésta fue la primera vez que se

reunió a toda Francia. Por ello, esa reunión nacional fue llamada los «Estados Generales». (Felipe obtuvo beneficios de esa reunión en otro aspecto. Cuando los Estados Generales autorizaban un nuevo impuesto, la decisión se tomaba por la voluntad de la nación no por una arbitraria tiranía real, y el impuesto se recaudaba con mucha menor oposición.)

Hasta para el clero fue difícil olvidar que sus miembros eran franceses, cuando participaron de este modo en lo que era, visiblemente, una deliberación del pueblo francés.

Bonifacio podía haber retrocedido

frente a la clara intención de Felipe de tomar medidas extremas, si era necesario, pero justo en ese momento se libró la batalla de Courtrai, y Bonifacio pensó que Felipe tendría que retroceder. En noviembre de 1302, cuatro meses después de la batalla, promulgó triunfalmente la bula *Unam sanctam*. En esta bula, Bonifacio declaraba clara y explícitamente que el papa no era sólo un gobernante en el sentido espiritual, sino también en el sentido temporal, que todos los reyes del mundo debían lealtad al papa; y que quienes la negasen eran heréticos. Ningún papa anterior a Bonifacio había jamás osado hacer una

declaración tan tajante y omnímoda.

Felipe no se dejó amilanar por la derrota de Courtrai ni por las pretensiones papales. En cambio, en mayo de 1303, convocó una conferencia en París a la que asistieron hasta eclesiásticos franceses, e hizo que sus abogados redactasen una lista de acusaciones detalladas contra Bonifacio. Este fue acusado de delitos religiosos: de herejía, de hechicería, de colocar imágenes suyas en las iglesias y de hacerlas adorar, de haber obligado a renunciar a su predecesor y de hacerlo asesinar. Más eficaces, quizá, fueron las acusaciones de ataques contra el

sentimiento nacional francés: de llamar herejes a los franceses y amenazar con destruirlos, de decir que prefería ser un perro antes que un francés, etc.

La única réplica que podía dar Bonifacio era excomulgar a Felipe, declararlo incapacitado para gobernar y liberar a todos sus vasallos de cualquier Juramento de lealtad hacia él.

Era posible que algunos de los vasallos de Felipe se sintieran tentados a aprovechar la situación alegando piedad religiosa, por lo que Felipe actuó rápidamente. La bula de excomunión iba a entrar en vigencia el 8 de septiembre de 1303, y para este día Felipe tuvo en

Roma un contingente dispuesto a entrar en acción. Estaban bajo el mando del abogado Guillaume de Nogaret, quien se había destacado entre quienes habían hecho la lista de acusaciones contra el papa. Aprovechando las querellas entre los romanos y aliándose con la familia Colonna, que odiaba a muerte al papa, Nogaret sorprendió a éste en su residencia de verano en Anagni, a cincuenta kilómetros al este de Roma.

El papa fue puesto bajo custodia y maltratado. Los Colonna querían matarlo allí mismo, pero Nogaret lo impidió, pues sabía bien que si se llevaba demasiado lejos la cuestión, podía tener

resultados adversos.

Bonifacio pronto fue liberado y retornó a Roma, pero la bula de excomunión nunca fue promulgada y el papa, de casi setenta años de edad y quebrantado por la humillación que había sufrido poco después de proclamarse el señor de la Tierra, murió a las pocas semanas.

Fue sucedido en el solio apostólico por Benedicto XI. El nuevo papa era partidario de Bonifacio, pero hizo lo que había que hacer. Cedió ante Felipe IV y no hizo ningún intento de continuar la lucha. Se contentó con excomulgar a Nogaret.

Lo que había ocurrido era muy claro. Los papas anteriores habían combatido con éxito contra los monarcas utilizando principios feudales. Siempre habían tenido la capacidad de volver a los señores contra el rey y privar a la nación de los servicios eclesiásticos. Pero ahora los papas ya no podían hacerlo. De acuerdo con el nuevo espíritu nacionalista, era más difícil impulsar a los señores a rebelarse y más fácil hacer que el clero sirviese al pueblo, aun contra la voluntad del papa. Mientras que antes se elegía al papa antes que al rey, ahora se elegía al rey antes que al papa. El papado mantuvo su

influencia, poderosa en algunos lugares, hasta el día de hoy. Pero después del «Terrible Día de Anagni», el papado nunca pudo nuevamente dominar a los reyes. Como «gran poder» político fue destruido en un solo día, y en el momento en que parecía estar en el apogeo de su poder.

Pero Felipe IV no estaba satisfecho. Quería más. No le bastaba que el papa cediese ante él. Quería un papa que fuese directamente un títere suyo.

Por ello, cuando Benedicto XI murió, en 1304, después de un pontificado de sólo un año, Felipe usó de toda su influencia en la elección del

nuevo papa. El candidato de Felipe era el arzobispo francés de Burdeos, quien fue elegido el 5 de junio de 1305 y adoptó el nombre de Clemente V.

Hombre enfermo y personalidad débil, Clemente V estuvo desde el principio bajo la dura influencia del rey francés. Felipe lo obligó a convenir (probablemente antes de la elección y como precio por su apoyo) en trasladar su sede de Roma a la posesión pontificia de Aviñón, a orillas del río Ródano y a 650 kilómetros al noroeste de Roma. Aviñón era francesa, y ahora era una muchedumbre francesa, no italiana, la que podía amenazar al papa.

Clemente fue forzado a nombrar suficientes cardenales franceses como para asegurar que se seguiría eligiendo a papas franceses. (De hecho, siete papas sucesivos, empezando por Clemente V, residieron en Aviñón, durante un período de sesenta y ocho años. Este hecho, a causa de su semejanza con los setenta años durante los cuales los judíos estuvieron exiliados en Babilonia, es llamado a veces «el cautiverio babilónico del papado». Aún posteriormente, cuando los papas retornaron a Roma, hubo otro período de cuarenta años durante los cuales hubo pretendientes al pontificado en Aviñón.)

Clemente fue obligado también a anular las bulas *Clericis laicos* y *Unam sanctam*, abandonando, así, en teoría, lo que el papado había perdido de hecho. Hasta tuvo que levantar la sentencia de excomunión contra Nogaret. Finalmente, inclinó la cabeza y admitió no intervenir en lo que Felipe pensaba hacer con respecto a los templarios.

Muerte de los Templarios

La organización de los Templarios nació en Tierra Santa después de la Primera Cruzada. En 1119, cierto caballero hizo voto de proteger a los

peregrinos que acudían a Jerusalén. Se le unieron otros, y pronto se formó un grupo de combatientes que hacían voto de pobreza y de total devoción a Jesús. Estos monjes guerreros recibieron, como primer cuartel general, un sector del palacio de Jerusalén que estaba junto al sitio donde se creía que había estado el Templo de Salomón. Por eso, se llamaron los «Caballeros Pobres de Cristo y del Templo de Salomón». Este nombre fue abreviado en el de «Caballeros Templarios», o sólo «Templarios».

Los monjes guerreros combatieron heroicamente durante las Cruzadas, pero

también recibieron ricas donaciones de quienes se sentían culpables, quizá, por no combatir ellos mismos en Tierra Santa. Los «Caballeros Pobres» pronto ya no fueron pobres, sino que se convirtieron en una gran orden disciplinada con ramas en toda Europa, y que acumuló riquezas rápidamente. En Francia era más fuerte que en cualquier otra parte, naturalmente, pues fue la nobleza francesa la que llevó el peso principal de las Cruzadas.

Aún después del ocaso de las Cruzadas y cuando la posición de los cruzados en Tierra Santa se hizo desesperada, los templarios siguieron

fortaleciéndose. Su poder, su riqueza y su inatacable posición como piadosos y castos guerreros de Cristo los convirtieron en un Estado dentro del Estado y una Iglesia dentro de la Iglesia. No podían ser controlados por los obispos ni por los reyes, y se comportaban y eran tratados como si fuesen un poder soberano.

Con la riqueza que poseían, se convirtieron en los prestamistas de Europa, cobrando intereses igual que los judíos, pero de una manera indirecta que les permitía sostener que seguían principios cristianos y que no eran intereses. Además, podían acumular

riquezas más eficientemente que los Judíos, pues tenían mucho más poder y eran mucho menos vulnerables a ser asesinados por muchedumbres que actuasen como defensoras de la fe.

A finales del reinado de Luis VII, los templarios recibieron una franja de tierra en las afueras de París. Allí construyeron un cuartel general llamado «el Temple», que fue el primer centro de la orden. En la época de Felipe IV, el Temple, bajo el gran maestro de los templarios Jacques de Molay, era el centro financiero de Europa Occidental, una especie de «Wall Street» medieval.

Pero no hay nada más implacable y

peligroso que un deudor poderoso. A medida que los templarios se hicieron cada vez más arrogantes y confiados, inevitablemente tenía que llegar un momento en que prestasen dinero (y exigiesen el pago, ésta era la cuestión) a alguien suficientemente poderoso e inescrupuloso como para devolverles el golpe.

Ese «alguien» fue Felipe IV. Estaba en deuda con el Temple, y pese a sus exacciones a los prestamistas judíos e italianos (a quienes podía saquear a su antojo sin pensar en el pago), pese al aumento de los impuestos, sabía que nunca podría devolver el dinero al

Temple o satisfacer a los caballeros de dura mirada que lo constituían. La única alternativa era disolver el Temple, destruir a los templarios y apropiarse de su riqueza.

Para eso necesitaba la cooperación del papa. Clemente V, se supone, prometió tal cooperación como parte del precio por ser papa. Tampoco podía retractarse, pues Felipe IV lo chantajeaba continuamente con la amenaza de montar un juicio contra el difunto Bonifacio y ennegrecer irreparablemente la reputación del papado. Y quizás a Clemente no le disgustaba del todo la posibilidad de

aplastar a los templarios; después de todo, eran ricos, poderosos y no se sometían a la autoridad clerical.

¿Qué pasaba con la gente? A muchos les disgustaba la arrogancia de los templarios, pero también inspiraban un temor supersticioso. Eso sí, los templarios tenían una debilidad: su organización era secreta, y la gente siempre está dispuesta a creer lo peor con respecto a ritos secretos. Era sencillo sostener que los templarios cometían, en secreto, toda suerte de abominaciones sexuales y religiosas, negando a Cristo, adorando ídolos y practicando la homosexualidad. Los

templarios hasta podían admitir todo esto, si eran sometidos a tortura, y en ese siglo (como en otros, inclusive en el nuestro) la gente estaba dispuesta a creer las confesiones arrancadas de este modo.

Mas para que eso diese resultado, no debía haber fuera del alcance nadie suficientemente poderoso como para iniciar una contrapropaganda. Jacques de Molay estaba seguro en Chipre, de modo que Felipe y el papa lo hicieron retornar a Francia para discutir, supuestamente, una nueva cruzada. Sin sospechar nada, de Molay volvió.

Hasta el último minuto, Felipe

mantuvo la actitud más amistosa y más lisonjera hacia los templarios; y luego actuó. El 13 de octubre de 1307, los funcionarios del rey arrestaron a todos los templarios que encontraron, incluyendo a de Molay. No hubo resistencia ni huidas. El golpe dado por sorpresa tuvo éxito.

Tampoco hubo dilaciones. Los templarios prisioneros fueron interrogados inmediatamente, mediante la tortura, claro está. La tortura continuó hasta que confesaron, y mientras se les torturaba se les decía que ya otros habían confesado. La única alternativa a la confesión era la muerte por tortura, y

solamente en París treinta y seis templarios murieron antes que confesar. Pero de Molay no se contaba entre ellos. Fue quebrantado, y esto empeoró la situación para los otros. Los templarios confesaron todas las abominaciones que se les exigía que confesaran. Felipe IV cuidó luego de que la noticia de la confesión se difundiera por toda la nación, usando la opinión pública contra los templarios como antes había hecho contra el papa Bonifacio.

Aquellos templarios que confesaron no se salvaron. Les infligieron castigos humillantes, y finalmente fueron quemados en la hoguera por orden del

implacable Felipe. El mismo Jacques de Molay fue el gran instrumento para la demostración. Fue obligado a confesar una y otra vez y pasó años de humillación y desdicha, aunque era un viejo de cerca de setenta años. Finalmente, fue quemado vivo el 19 de marzo de 1314 delante de Notre Dame, y en el último momento aprovechó la ocasión para negar todo lo que le habían obligado a confesar.

Así, los templarios fueron ahogados en su propia sangre; las deudas de Felipe quedaron suprimidas, y la Iglesia y el Estado se repartieron las posesiones del Temple.

Todo este procedimiento tuvo consecuencias terribles. Estimuló la creencia en la brujería y dio la mejor consagración al uso de la tortura y de los más crueles tratos para cualquiera que fuese acusado de herejía. Lo que hizo Felipe por fría necesidad de dinero originó cinco siglos de horror en Europa en nombre de la religión.

Hay un relato según el cual de Molay, en la hoguera, citó al rey y al papa a comparecer con él ante el tribunal del Cielo antes de terminar el año. Si fue así, el llamado fue respondido. El papa Clemente murió el 20 de abril de 1314, un mes después de

que las llamas consumiesen a de Molay, y el rey Felipe murió el 20 de octubre de ese año.

En el momento de la muerte de Felipe, Francia estaba en el apogeo de su poder medieval y era claramente la potencia principal de la Europa cristiana. Este, tradicionalmente, había sido el papel de los dos Imperios, el Alemán y el Bizantino. Pero en tiempo de Felipe el Imperio Bizantino estaba reducido a la ciudad de Constantinopla, aparte de algunas parcelas dispersas de tierras, y el Imperio Alemán estaba prácticamente sumido en la anarquía desde la muerte del emperador Federico

II.

Alrededor de 1306, un abogado francés, Pierre Dubois, que había figurado como representante en dos de los Estados Generales de Felipe, publicó un folleto que aparentemente trataba de una cruzada para recuperar Tierra Santa. Pero, principalmente, urgía a Felipe a formar una liga europea de naciones bajo la conducción de Francia, en la que todas las disputas serían resueltas por arbitraje, y no por guerras, en la que se impartiría educación universal y donde la propiedad de la Iglesia sería secularizada. Ha habido pocos hombres tan adelantados a su

tiempo como Dubois.

Otro signo del éxito Capeto fue que miembros de la familia ocupaban tronos fuera de Francia. Aunque Carlos de Anjou había perdido Sicilia como resultado de las Vísperas Sicilianas, su hijo, Carlos II, que sobrevivió a su prisión por los aragoneses, logró, con ayuda papal, retener el sur de Italia. Gobernó como rey de Nápoles hasta 1309, cuando fue sucedido por un hijo menor, Roberto I, quien gobernó hasta su muerte, en 1343.

El hijo de Carlos II fue elegido rey de Hungría con el nombre de Carlos I, y bajo su hijo Luis I (llamado «Luis el

Grande») ese país alcanzó el pináculo de su prosperidad. Luis gobernó Hungría de 1342 a 1382, y también Polonia desde 1370 en adelante.

Sin embargo, el reinado de Felipe IV no fue un éxito en todo. De hecho, tuvo tres notables fracasos.

Primero, pese a sus grandes esfuerzos, tanto honrados como sucios, Felipe no resolvió los problemas financieros del gobierno. Sus ingresos eran diez veces mayores que los de Luis IX, pero ni siquiera así estaban a la par de los gastos. Peor aún, a causa de los impuestos no equitativos y los métodos primitivos de recaudación, el pueblo

francés estaba abrumado por las exacciones financieras, pero el gobierno no tenía dinero.

Segundo, los Estados Generales no lograron su propósito. En Inglaterra, una organización similar dio origen al Parlamento, que brindó al país un gobierno de incomparable eficiencia e ilustración. Pero esto ocurrió porque en Inglaterra la nobleza inferior y la clase media se unieron contra el absolutismo de los monarcas y la anarquía de los grandes nobles. En Francia, desgraciadamente, la división entre la nobleza y los burgueses era infranqueable, y los Estados Generales

nunca llegaron a ser un arma efectiva del gobierno.

Tercero, y a corto plazo lo más importante, Felipe IV, tan sagaz en general, no aprendió la lección de la batalla de Courtrai. Ni tampoco los militares franceses en general. E iban a pagar pesadamente por ello.

Los tres hijos

El hijo mayor de Felipe IV le sucedió con el nombre de Luis X. Es llamado en las historias «Louis le Hutin», donde esta última palabra puede traducirse por «Obstinado». Esta quizá

describa sus características como hombre, pero como rey el Joven (tenía veinticinco años cuando subió al trono) no mostró ningún vigor. Su tío Carlos, hijo de Felipe III y hermano menor de Felipe IV, dominó fácilmente al nuevo rey y fue el verdadero gobernante.

Felipe III había dado a su hijo menor Carlos el condado de Valois, un territorio situado a unos cincuenta y cinco kilómetros al noreste de París, como infantado. Por esta razón, el tío de Luis X es llamado Carlos de Valois.

Bajo Luis X y Carlos de Valois, hubo una reacción contra la política de Felipe IV. Los nobles y el clero

recuperaron parte del poder que les había arrancado el duro Felipe. El intento de proseguir la política exterior de Felipe invadiendo Flandes quedó anegado en torrenciales lluvias, impropias de la estación, en el verano de 1315.

Luego, el 5 de Junio de 1316, el rey murió de una pleuresía que cogió, se dice, por beber vino en exceso, después de haberse acalorado mucho jugando a la pelota. Tenía veintisiete años en el momento de su muerte.

No fue un rey muy competente, pero su muerte dejó a Francia en una situación peculiarmente delicada. A lo

largo de un período de tres siglos y cuarto, Francia había sido gobernada por doce reyes Capetos. Algunos fueron mejores o más fuertes que otros, pero los once primeros tuvieron algo en común: todos transmitieron la corona a un hijo. Nunca hubo una sucesión disputada, y esto explica en buena medida el constante aumento de poder y prosperidad de Francia durante ese período. (Inglaterra tuvo muchos más problemas a este respecto, y pasó por un momento de anarquía cuando Enrique I murió sin dejar un heredero.)

Ahora, el décimo segundo rey Capeto había muerto sin dejar un hijo.

Pero tenía una hija de cuatro años, Jeanne (o Juana), y ¿no podría ella subir al trono? Aun admitiendo que la costumbre general en la realeza era dar a un hijo la precedencia sobre una hija, aunque la hija fuera mayor, sin duda, si no había hijos, una hija podía heredar. Las hijas heredaron tierras y títulos en muchos casos. Leonor había sido titular del enorme ducado de Aquitania, y Matilde estuvo cerca de hacerse aceptar como reina de Inglaterra.

Sin embargo, los gobernantes femeninos no tenían más remedio que casarse, y entonces era el marido quien realmente gobernaba, como el marido de

Leonor, Enrique II, había gobernado Aquitania. Esto hacía que una reina fuese una incógnita. ¿Quién podía saber con quién se casaría? Tal vez con alguien a quien la nación rechazaba totalmente. Y una reina niña era peor aún, por supuesto.

Además, en este caso particular, también había otro problema. Juana era hija de Margarita de Borgoña, la primera esposa de Luis X. En los últimos años de Felipe IV fue juzgada por adulterio y condenada. Fue puesta en prisión de por vida, pero murió poco después del ascenso de su marido al trono. (Según algunos rumores, Luis la

hizo matar para poder casarse nuevamente.) En estas condiciones, ¿quién podía estar seguro de que Juana era realmente hija del rey?

Finalmente, la segunda esposa de Luis X, Constanca de Hungría, contra cuya fidelidad no corría el menor murmullo, anunció que en el momento de la muerte de su esposo estaba embarazada y, por supuesto, el vástago en camino podía ser un niño.

Carlos de Valois habría deseado que Juana fuese reina de Francia, pues con cualquier monarca que fuese un niño podía mantener su ascendencia. Pero la opinión pública estaba a favor de

esperar el resultado del embarazo, y tuvo que armarse de paciencia.

Había otra persona, un hombre apuesto y anhelante, que era Felipe, el hermano menor de Luis X. Si Juana era excluida de la sucesión y si el vástago esperado era también una niña, sin duda él sería el sucesor lógico. Estaba en las provincias cuando murió Luis X, pero se apresuró a volver y se proclamó sonoramente regente en nombre de su posible sobrino aún no nacido.

El 12 de noviembre, cinco meses después de la muerte del rey, nació la criatura y era un niño. Fue llamado Juan y ha pasado a la historia como el rey

Juan I de Francia. Pero la alegría de su nacimiento se convirtió en pesadumbre cuando el niño murió a la semana. El décimo tercer rey Capeto en línea directa había desaparecido.

Esto hizo retroceder el problema al punto de partida, excepto que ahora no había esperanza de nuevos hijos.

El regente, Felipe, resolvió el problema actuando rápidamente; se proclamó rey con el nombre de Felipe V y fijó la fecha de la coronación para el 9 de enero de 1317. El único que podía haber pensado en disputarle la sucesión era Carlos de Valois, pero si tal idea pasó por su mente, la rechazó.

Inmediatamente después de su ascenso al trono, Felipe V convocó una reunión de los nobles y el clero, para hacer su posición más firme y segura. Hizo que esa asamblea proclamase que en Francia la regla era que ninguna mujer podía heredar el trono. Esto estableció un precedente que persistiría durante toda la historia francesa. No se dio ninguna razón de esa regla; sencillamente se proclamó, pues de lo contrario Felipe V no podía ser rey. En tiempos posteriores, surgió la teoría de que había una llamada «Ley Sálica», que se remontaba a los francos salios, quienes habían iniciado la conquista de

la Galia Romana en el siglo V, y según la cual el trono no podía ser heredado por mujeres, pero se trataba de un precedente muy dudoso. Parecía correcto sólo porque en toda la historia de Francia, y del Reino Franco que la precedió, nunca habían faltado los candidatos lógicos masculinos y ninguna mujer había tenido ocasión de poner a prueba la regla.

Felipe V (también llamado «Felipe el Largo») trató de recobrar el terreno perdido ante los señores y el clero bajo Luis X a fin de fortalecer a los burgueses, les otorgó el derecho a portar armas, en ciertas condiciones. También

trató de unificar la acuñación y las medidas en la nación, pero halló la oposición de quienes se beneficiaban con los antiguos usos o sencillamente estaban acostumbrados a ellos. Convocó numerosas asambleas de los Estados Generales para discutir problemas monetarios, no siempre con éxito.

Siempre es útil para un rey tener algún sector impopular de la población al cual poder acosar y usar como pararrayos para canalizar las insatisfacciones de sus súbditos. Pero los templarios habían desaparecido, los herejes del sur habían suprimido y ni siquiera quedaban muchos judíos. Pero

Felipe halló una nueva minoría, particularmente inerme, a la cual destruir: los leprosos. Fueron acusados de conspirar contra el gobierno y muchos recibieron la muerte; un particular estado de cosas, sin duda, en que una enfermedad de la piel se convertía en un crimen capital.

Felipe V murió el 2 de enero de 1322, después de reinar cinco años y alcanzar los veintiocho años de edad. Felipe había tenido un hijo, pero había muerto en 1317, cuando todavía era un niño. Sólo le sobrevivió una hija que, nuevamente, era una esposa embarazada. Otra vez la nación esperó, más esta vez

la criatura era una niña. Por el precedente que el mismo Felipe había establecido, tampoco podía sucederle, y la corona pasó claramente al tercero y el menor de los hijos de Felipe IV.

Reinó con el nombre de Carlos IV y también es llamado «Carlos el Hermoso».

Bajo su gobierno, se inició una pequeña guerra en el sudoeste contra las posesiones de Inglaterra. Los ingleses, que aún estaban allí, se hallaban bajo el gobierno de Eduardo II, un rey débil que fue también cuñado de Carlos IV. La hermana mayor de Carlos, Isabel (una hija de Felipe IV), se había casado con

Eduardo en 1308, cuando ella tenía dieciocho años y él veinticuatro. Fue un matrimonio desdichado, como era de esperar, porque Eduardo era un homosexual que se dedicó a sus varones favoritos y trató con desdén a su mujer. Naturalmente, Isabel tuvo amantes.

En 1326, ella y su amante, Roger de Mortimer, se rebelaron contra el rey, le obligaron a abdicar y en 1327 lo hicieron matar brutalmente. Carlos IV, naturalmente, la apoyó, en parte porque era su hermana, pero principalmente porque toda guerra civil en Inglaterra era útil para Francia. Como resultado de los infortunios de Eduardo II, la guerra

en el sudoeste terminó con algunas ganancias para Francia, pues Isabel necesitaba la paz a cualquier precio razonable para consolidar su posición en Inglaterra.

El rápido cambio de reyes en Francia desde la muerte de Felipe IV podía haber sido desastroso para el Reino, si no hubiese coincidido, afortunadamente, con el reinado de Eduardo II en Inglaterra. Quizás tampoco Francia parecía tener mucho que temer de Inglaterra, de todos modos. Francia ya no era una nación dividida frente a un Reino Anglonormando centralizado.

En cambio, Francia tenía una población homogénea de 15 millones de personas bajo un gobierno centralizado. Si algunos franceses estaban bajo el gobierno inglés en Guienne, estaban lejos de la misma Inglaterra, que tenía una población de menos de cuatro millones. Ninguna ciudad inglesa, tampoco, podía compararse con la metrópoli francesa, París, con su población de 200.000 habitantes.

Pero en enero de 1328, Carlos IV cayó enfermo y murió; fue el tercer (y último) hijo de Felipe que murió después de un reinado relativamente breve. Si la muerte de sus hermanos

mayores había planteado un problema sucesorio, éste no fue nada comparado con lo que sucedió ahora.

6. La catástrofe

Tío contra sobrino

Por tercera vez en una docena de años, un rey francés moría dejando sólo una hija y una viuda embarazada. En esa docena de años, habían muerto tres hijos de Felipe IV y dos nietos pequeños también. La línea masculina de Felipe IV se había extinguido, a menos que, por supuesto, la esposa de Carlos IV, a quien le faltaban dos meses para dar a luz, tuviese un niño.

Pues bien, ¿qué hacer ahora? Esperar el parto de la reina, ciertamente, pero, ¿y si daba a luz una niña? No había un cuarto hermano de los últimos tres reyes. Sin duda, aún había una hija sobreviviente de Felipe IV, Isabel, quien ahora gobernaba Inglaterra Junto con Mortimer. Pero, según el precedente sentado en 1317, no podía ser reina, como ninguna de las nietas de Felipe IV.

Sin embargo, la reina Isabel de Inglaterra introdujo una complicación. Tenía un fornido hijo de dieciséis años, un joven corpulento y promisorio, que era Eduardo III de Inglaterra (el cual aún gobernaba bajo la sombra de

su madre). El precedente de 1317 simplemente decía que las mujeres no podían heredar el trono francés, pero no decía que no pudiesen transmitir la herencia.

Para los ingleses, la herencia, ciertamente, podía ser transmitida. Aunque los ingleses no habían aceptado a Matilde como reina, dos siglos antes, y habían preferido un varón de parentesco más lejano, luego aceptaron al hijo de Matilde, quien gobernó gloriosamente como Enrique II. Más aún, Enrique asumió la realeza aunque su madre aún estaba viva en el momento de la coronación. Por este precedente, los

ingleses podían argüir que Eduardo III, sobrino de los últimos tres reyes de Francia y nieto de Felipe IV, no sólo era rey de Inglaterra, sino también legítimamente rey de Francia.

Mas para los franceses, esto, correcto o erróneo, lógico o no, era absolutamente intolerable. El nuevo nacionalismo que Felipe IV había cultivado hacía impensable que la monarquía francesa estuviese en manos de un inglés. Debía hallarse alguna alternativa y establecerse alguna regla que hiciese posible tal alternativa.

Felipe III había tenido dos hijos. El mayor había reinado con el nombre de

Felipe IV, y el más joven era Carlos de Valois, quien había gobernado realmente detrás de la figura de Luis X. La línea masculina de Felipe IV se había extinguido, de modo que lo natural era pasar a la línea masculina de Carlos de Valois. El mismo Carlos había muerto en 1325, pero había dejado un hijo. Felipe de Valois, quien, por lo tanto, era primo carnal de los últimos reyes de Francia y sobrino de Felipe IV. Su parentesco era un poco más distante que el de Eduardo, pero era a través de su padre, mientras que el de Eduardo era por línea materna.

Los Estados Generales se reunieron y decidieron que si una mujer no tenía

derecho a heredar el trono, tampoco podía transmitir este derecho. Se seguía de esto que sólo podían gobernar a Francia quienes pudiesen hacer remontar su ascendencia, *a través de hombres solamente*, a algún rey anterior de Francia. Esto fue agregado a lo que posteriormente se llamó la Ley Sállica, aunque no hay ninguna mención de este término preciso en la época. La Ley Sállica (para darle ese nombre) no sólo excluía a Eduardo III, sino también a todos los hijos de las nietas de Felipe IV. Entonces, siempre que la viuda de Carlos IV no tuviese un hijo, Felipe de Valois era el único varón cualificado

para el trono y, si se aceptaba la regla, no tenía por qué haber disputa por la sucesión.

Cuando finalmente la viuda de Carlos IV dio a luz, el 1° de abril de 1328, y la criatura resultó ser otra hija, Felipe de Valois inmediatamente reclamó el trono y se convirtió en Felipe VI de Francia.

Felipe VI, por supuesto, era tan Capeto como cualquiera de los reyes anteriores, puesto que descendía, por una sucesión ininterrumpida de varones (de los cuales sólo uno, su padre, no fue rey) de Hugo Capeto. Pero, por primera vez desde Hugo Capeto, reinó un rey

cuyo padre no había sido rey, sino sólo un conde de Valois. Por ello, es habitual considerar a Felipe VI y a sus descendientes como pertenecientes a la Casa de Valois.

Durante un tiempo todo pareció marchar bien. El Joven Eduardo III protestó un poco, pero aceptó la decisión francesa y no hizo ningún intento inmediato de reclamar la corona. Formalmente, cumplió con los ritos de reconocer a Felipe como su señor feudal, en 1329. En 1330, tomó el gobierno de manos de su madre, y luego, en 1331, como gobernante cabal de las tierras, efectuó nuevamente los ritos.

Pero luego hubo problemas; problemas que surgieron en Flandes.

Desde la batalla de Courtrai, las ciudades de Flandes habían mantenido una considerable independencia, no sólo con respecto a la monarquía francesa, sino también a sus propios condes. Siguieron apuntalando esta independencia, orientando sus simpatías hacia Inglaterra. Los ingleses, a su turno, estaban siempre deseosos de estimular a las ciudades flamencas a conservar la mayor independencia posible, ya que esto era una espina clavada en un costado de Francia y contribuía a aliviar la

presión sobre las posesiones inglesas del sudoeste. Las simpatías de Eduardo III hacia Flandes también tenían un aspecto personal, pues en 1328 se casó con Felipa de Henao, un distrito del este de Flandes.

A los franceses les interesaba mantener a Flandes bajo un estricto control; la aristocracia francesa, además, seguía ansiosa de vengarse por la batalla de Courtrai y borrar la vergüenza de esa derrota.

Cuando las ciudades se rebelaron contra su conde, Luis de Nevers, Felipe VI condujo inmediatamente un ejército contra los insolentes burgueses

flamencos.

Nuevamente, los piqueros flamencos esperaron impasiblemente el ataque de los caballeros franceses. Esta vez, los piqueros, que luchaban en Cassel, a cincuenta kilómetros al oeste de Courtrai, no eligieron tan bien el terreno como sus predecesores. Y los caballeros franceses, cuando cargaron, el 23 de agosto de 1328, tampoco lo hicieron tan imprudentemente. El ejército francés era suficientemente grande como para rodear a los infantes flamencos, que no tenían apoyo. Fue difícil abrir una brecha entre las picas y los flamencos lucharon fieramente, pero, poco a poco,

los caballeros se abrieron paso y, cuando la muralla de picas se derrumbó, cargaron y mataron a los flamencos prácticamente hasta el último hombre.

La batalla confirmó a los caballeros franceses en la fe puesta en su táctica de caballería y en su juicio de la batalla de Courtrai como una rareza militar. En consecuencia, el hecho mismo de que la batalla de Cassel fuese una victoria aceleró la inminente catástrofe de Francia.

La victoria de Felipe en Flandes, al someter aún más a los hoscos flamencos por el momento, elevó el valor del gobierno de ese territorio. La parte más

occidental de Flandes (donde se había librado la batalla de Cassel) fue llamada Artois, y durante muchos años un tal Roberto pretendió ser su conde y se hizo llamar Roberto de Artois, pero no se le debe confundir con el Roberto de Artois que murió en la batalla de Courtrai. El condado estaba ahora en manos de Eudes IV, duque de Borgoña, en virtud de las pretensiones de su esposa, Juana, que era la hija mayor de Felipe V. El argumento de Roberto afirmaba que él, si bien era un pariente más lejano que Juana, era un varón y heredaba por vía masculina, por lo cual debía tener precedencia sobre una mujer. Años antes

de la batalla de Cassel, Felipe V había decidido a favor de su yerno, y Roberto, enfurecido, llegó a tomar las armas contra el rey. Pero fue forzado a capitular en 1319.

Luego decidió aprovechar la muerte de los hijos de Felipe sin dejar herederos masculinos y se alió con Carlos de Valois, casándose con una hija de éste. Defendió ardientemente las pretensiones de Felipe de Valois al trono y contribuyó de manera importante a la aceptación de Felipe como rey.

Roberto razonó que ahora era él, no el duque de Borgoña, quien estaba estrechamente emparentado con el rey

por matrimonio. Más aún, Felipe VI había obtenido el título poniendo la herencia masculina por encima de la femenina y estaba obligado a aferrarse a este precedente. Sin duda, Roberto ahora sería confirmado en su título. Después de la victoria de Felipe VI en Cassel, cuando Artois quedó completamente pacificado, Roberto planteó la cuestión.

Felipe examinó el problema, pero, independientemente de cuáles hayan sido sus sentimientos personales, Eudes de Borgoña era aún mucho más fuerte que Roberto de Artois, y era más político confirmar al primero en su

posesión. Roberto, estupefacto y amargado, decidió que si no podía tener su condado, al menos tendría su venganza y, en 1334, acudió a Inglaterra con este pensamiento.

Eduardo III de Inglaterra fue como un retroceso a Ricardo I Corazón de León. Eduardo era un caballero que soñaba con realizar grandes hazañas. Fue él quien hizo de San Jorge el santo patrono de Inglaterra, porque en la leyenda San Jorge era descrito como un caballero con una armadura completa que mataba a un dragón. Además, se hizo llamar Plantagenet, porque era chozno de Enrique II, el hijo de

Godofredo Plantagenet. Era un transparente intento de volver a los grandes días del Imperio Angevino de siglo y medio antes.

Naturalmente, un monarca semejante era propenso a prestar oídos a las insidiosas tentaciones de Roberto de Artois, lleno de odio. Roberto señaló que Felipe VI, al negar a Roberto su condado de Artois, estaba proclamando el derecho de la herencia femenina sobre un varón más distante. En tal caso, ¿no admitía el mismo Felipe que el derecho de Eduardo III por vía femenina (su madre) era superior al del varón más distante, Felipe?

El argumento, en realidad, era malo, pues la asamblea que había elegido a Felipe VI rey de Francia aplicó la regla de la no herencia y la no transmisión por línea femenina a la realeza solamente. No existía el menor indicio de que se quisiera convertir en una regla general para toda propiedad territorial.

No obstante, malo o no, el argumento era atractivo para un rey sediento de gloria, y podía ser usado (y lo fue) con gran éxito para despertar a la opinión pública de Inglaterra y convencer a, los ingleses de que la justicia estaba de su parte en cualquier guerra con Francia.

Desastre marítimo

Inglaterra y Francia empezaron a acercarse cada vez más a la guerra, y ambas redoblaron sus esfuerzos para mantener ocupado al enemigo en otras partes. Francia subvencionó a los escoceses y los alentó a realizar incursiones e invadir la frontera septentrional inglesa, mientras los ingleses trabajaron para mantener viva la resistencia de las ciudades flamencas.

Empezó lo que hoy llamaríamos una «guerra fría» en Flandes. Los franceses arrestaron allí a los comerciantes ingleses, mientras Eduardo III prohibió

las exportaciones de lana. Pero no estallaron hostilidades concretas. Una de las razones era que Eduardo no podía hacer mucho, y Francia podía permitirse esperar y dejar a Eduardo que se metiera en líos. En caso de necesidad, los franceses podían atacar Guienne a su gusto y mantener a Inglaterra ocupada allí. En cuanto a la Isla misma, Felipe no tenía interés en ella; los escoceses podían hacer allí su labor por él.

Para Eduardo, esperar equivalía a echarse atrás, pero no sabía qué otra cosa hacer. Eduardo iba a demostrar que era un maestro en el arte de librar batallas (esto es, era un gran táctico).

Pero en el arte de la guerra en general, que es mucho más que librar batallas solamente, no era muy hábil; era un pobre «estratega». Por eso, estaba nervioso.

Pero en las ciudades flamencas aumentó la inquietud. La guerra fría perjudicaba a su economía y deseaban hallar una solución. Un rico mercader de Gante, Jacob Van Artevelde, tomó la batuta y empezó a urgir la formación de una liga de ciudades flamencas que presentase un frente unido contra Felipe VI y contra Luis de Nevers, el conde de Flandes. Para que tal unión tuviese éxito, debía contar con el apoyo de

Inglaterra, y se enviaron emisarios flamencos para que agregasen sus voces a la de Roberto de Artois e instar a Eduardo a que se proclamase rey de Francia.

Felipe, confiando en la incapacidad para moverse de Eduardo, dio alas al conflicto declarando a Guienne confiscada en beneficio de la corona francesa, en mayo de 1337, y empezó su ocupación. Eduardo se vio obligado a actuar. Debía hacer algo o capitular. En octubre de 1337, Eduardo III se proclamó formalmente legítimo rey de Francia.

Esto es considerado como el

comienzo de lo que habitualmente recibe el nombre de «la Guerra de los Cien Años», porque los ingleses trataron de mantener su pretensión por la fuerza de las armas durante aproximadamente ese lapso, aunque en realidad se acerca más a los ciento veinte años. Pero es un nombre inadecuado, porque durante el siglo siguiente no se luchó en forma continua, sino que hubo largos períodos de paz.

Pero el declararse rey de Francia no hizo más fácil para Eduardo decidir cómo llevar adelante la guerra. Probablemente, tenía que invadir Francia y, para tal fin, necesitaba

aliados continentales. Para empezar, estaban las ciudades flamencas, ahora más o menos unidas bajo el gobierno fuerte y nada insensato de Van Artevelde, quien era entusiasta proinglés. Eduardo también obtuvo la alianza del emperador alemán, que era por entonces Luis IV.

Resuelto todo esto, Eduardo reunió las escasas fuerzas que pudo reclutar y navegó hacia Amberes, para estar seguro en territorio flamenco. Allí trató de persuadir a los flamencos a que emprendiesen una enérgica acción ofensiva e intentó también inducir al Imperio (dividido y débil, como de

costumbre) a que suministrase hombres.

Si bien todos deseaban estimular a Eduardo a combatir, nadie se sentía demasiado ansioso de unirse a él. Todos preferían permanecer a la defensiva. Dos veces Eduardo condujo un ejército a la vista de las armas francesas, pero en ninguna de las dos veces pasó nada. Felipe no necesitaba luchar; sólo tenía que dejar a Eduardo agitarse inútilmente, y todo iría bien para Francia.

Así, por dos años y medio, la guerra consistió en pequeñas acciones en Guienne, donde lentamente los franceses iban ocupando territorio inglés, y otras

pequeñas acciones en el norte, donde Eduardo III trataba de ampliar una franja de territorio ocupado por los ingleses sobre la costa del Canal de la Mancha, en el noreste de Francia. Todo lo que Inglaterra ganó con esta guerra lenta fue llegar prácticamente a la bancarrota.

Finalmente, Felipe no pudo resistirse al impulso de apresurar la segura derrota de Inglaterra. Pensó que sólo se necesitaba una única acción; alguna jugada que destruyera la moral inglesa, como sencillamente desembarcar algunos soldados franceses en Inglaterra. Entonces seguramente Eduardo III admitiría la paz en términos

dictados por los franceses.

Para llevar a cabo esa jugada, Felipe empezó a reunir barcos y hombres en Sluis, sobre la costa flamenca^[10]. Eduardo III se dio cuenta fácilmente de lo que Felipe planeaba, y juzgó que la única respuesta segura era atacar esos barcos y tratar de abortar la invasión antes de que empezase.

Por ello, navegó hacia Sluis con una flota de 150 barcos bajo su mando personal, para atacar a los 190 barcos reunidos por los franceses. La batalla se libró el 24 de junio de 1340.

La flota francesa esperó el ataque a la manera medieval de lucha a la

defensiva. Mantuvieron sus barcos en el puerto, atados, e hicieron lo posible por convertirlos en una extensión de la tierra firme. Del lado francés luchaban algunos mercenarios conducidos por un corsario genovés, Barbavera, quien urgió a los franceses a levar anclas para poder maniobrar y separarse si era necesario. Los almirantes franceses, llenos de ignorancia caballeresca consideraron la sugerencia como una típica cobardía de gente de bajo nacimiento y permanecieron donde estaban, a la espera de los ingleses.

Los ingleses no se molestaron en llegar hasta allí. Permanecieron a cierta

distancia, maniobrando cómodamente de modo de tener el viento y el sol a sus espaldas. Luego, todavía a distancia, descargaron oleadas de flechas sobre los soldados franceses concentrados en masa y a la espera, a bordo de sus barcos inmovilizados, inclusive flechas especiales destinadas a dañar velas y Jarcias. Los barcos ingleses, al maniobrar libremente, pudieron concentrarse en los barcos más afectados y abordar aquellos cuyo abordaje parecía más efectivo. Fue como si hombres con puños libres combatiesen contra hombres atados de pies y manos. La flota francesa fue

destruida casi totalmente (sólo Barbavera y algunos de sus barcos lograron escapar, cuando los genoveses cortaron desesperadamente las amarras que los ataban al resto de la flota). Los marineros sufrieron una matanza implacable.

La batalla de Sluis inició un período de supremacía inglesa sobre los franceses en el mar que duraría, con pequeñas excepciones, seis siglos. Su consecuencia inmediata fue poner el Canal de la Mancha firmemente bajo control inglés. Desde entonces, los ingleses siempre pudieron embarcar libremente hombres y armas para

Francia; y casi nunca fue posible para los franceses hacer lo inverso.

Pero aunque Sluis fue una gran victoria naval inglesa y aunque el Canal fue un camino despejado para Inglaterra, Eduardo III aún no podía hacer nada. Ni entonces ni más tarde supo explotar las victorias en batalla que era capaz de obtener. Como estaba prácticamente en la bancarrota, se vio obligado a concertar una tregua de seis meses, el 25 de septiembre de 1340, tregua que dejaba sin dirimir las cuestiones en disputa.

Pero la tregua no condujo a la paz. Como tampoco otras treguas acordadas

más tarde. Siempre hubo una guerra dispersa constante aquí o allí, hubiese o no tregua. En Bretaña, por ejemplo, hubo una disputa por la sucesión al trono ducal en la que Felipe VI apoyó a un candidato y Eduardo III al otro. En definitiva, la victoria se inclinó de parte del candidato de Felipe.

También se siguió luchando en Guienne, donde Felipe trató de convertir la confiscación de la región de teórica en práctica. También allí, en general, los franceses llevaron la mejor parte.

Hasta la amistad flamenca con Inglaterra quedó afectada, en julio de 1345. Van Artevelde, quien era ahora

prácticamente el dictador de Flandes, propuso que el conde de Flandes fuese depuesto formalmente y que se otorgase el título al hijo mayor de Eduardo III. Este hijo, Eduardo, Príncipe de Gales, tenía quince años por entonces^[11].

La propuesta de Artevelde tenía cierto mérito. El Príncipe de Gales, también llamado el Príncipe Negro, era semi-flamenco. Pero los flamencos no querían un gobernante extranjero. Su amistad con Inglaterra era puramente política y nada más. Hubo revueltas y, el 24 de julio de 1345, Van Artevelde fue capturado por una multitud y muerto.

Así, pese a la victoria naval de

Sluis, Eduardo III, después de casi una década de guerra, estaba perdiendo en tres frentes: Bretaña, Guienne y Flandes.

Todo lo que mantenía viva su causa era que también Francia estaba pasando por dificultades. Toda la lucha se libraba en suelo francés, y ello costaba dinero a Felipe. Tuvo que recaudar impuestos. En 1341, por ejemplo, por primera vez estableció un impuesto sobre la sal; era un impuesto particularmente ineludible y, por tanto, oneroso, pues la sal es una necesidad básica para la vida.

La insatisfacción empezó a brotar por todas partes, y algunos de los nobles

aprovecharon esto para encabezar revueltas en Normandía y Bretaña. Felipe tuvo que enfrentarlas firmemente y cortó algunas cabezas. Luego convocó reuniones de los Estados Generales para permitir que se presentasen peticiones de enmiendas y tratar de conciliarse a los gruñones burgueses haciendo economías en la administración.

Eduardo decidió ahora, en su desesperación, intentar el tipo de golpe que Felipe había planeado antes de la batalla de Sluis. El Canal de la Mancha era inglés; ¿por qué no desembarcar un ejército en Francia? Este era un juego peligroso, pues si el ejército era

derrotado, Inglaterra, con seguridad, tendría que ceder. Por otro lado, quizá ni siquiera tuviese que luchar. El cansancio de los franceses por la guerra tal vez los llevase a hacer concesiones, si el ejército inglés hacía algún progreso, por pequeño que fuese.

Desastre por tierra

El 12 de julio de 1346 Eduardo desembarcó su ejército en Saint-Hogue, Normandía, allí donde la costa francesa avanza hacia el norte, en el Canal, a unos 320 kilómetros de París. Fue la primera vez que hubo fuerzas inglesas en

Normandía desde la época de Juan, siglo y medio antes. Por alguna razón desconocida, los barcos de Eduardo luego se alejaron, dejando al ejército inglés aislado en Francia.

Rápidamente, Eduardo marchó hacia el sudeste, apoderándose de la ciudad de Caen el 27 de julio. Continuó avanzando en dirección a París, en general. Su intención era hacer que fuesen retiradas tropas francesas de Guienne y Bretaña, desafiar al rey francés pasando cerca de París y, de este modo, ganar una enorme victoria propagandística. Si podía librar una batalla en situación ventajosa para él,

tanto mejor.

Pero cuando llegó al río Sena, halló los puentes destruidos. Esto era desconcertante, pues no quería ser atrapado contra un río. Se abalanzó aguas arriba y halló un puente que se podía reparar, a sólo veinticinco kilómetros de París; lo reparó y cruzó el río el 16 de agosto. Luego se dirigió hacia el norte, a Ponthieu, un distrito costero situado a unos ciento cuarenta kilómetros al norte de París. Ponthieu, con su capital, Abbeville, pertenecía a Inglaterra; había sido una posesión de la familia real inglesa adquirida por matrimonio desde el tiempo de Eduardo

I, el abuelo de Eduardo III. Inmediatamente al norte de Ponthieu, estaban Artois y Flandes, donde el ejército podía ser reforzado por los flamencos, si era necesario, y adonde Felipe probablemente no se atrevería a seguirlo.

La marcha inglesa desde Normandía, pasando por París y hacia Flandes logró su propósito de ganar una victoria propagandística, pero no había sido llevada a cabo sin pérdidas. El ejército de Eduardo había disminuido. La mejor actitud, para Felipe, habría sido llevar un acoso constante del ejército inglés pero evitando una batalla campal.

Habría infligido pérdidas a un riesgo mínimo y Eduardo habría vuelto a Inglaterra casi sin un hombre que lo siguiera. ¿De qué le hubiese valido su victoria propagandística, entonces? Y los problemas financieros de Eduardo probablemente le habrían impedido repetir la hazaña por años, y hasta quizá le obligasen a firmar la paz.

Desgraciadamente para Francia, esta estrategia de sangre fría era imposible. Tener un ejército inglés marchando a su antojo por el país y luego permitirle que se marchase sin ser aplastado claramente en una gran batalla iba contra todas las virtudes caballerescas. Felipe

VI tenía que atrapar al ejército inglés y destruirlo.

Cogido de sorpresa por la invasión, Felipe tardó en reunir su ejército, y ni siquiera había empezado a hacerlo después de que Eduardo cruzase el Sena. Así, los franceses perdieron su mejor campo de batalla, pero aún quedaba un río importante entre Eduardo y una línea de retirada segura. Era el Somme, que pasaba por Abbeville.

Eduardo se apresuró a llegar al Somme. Lo alcanzó cerca de Abbeville y nuevamente halló todos los puentes destruidos o bien custodiados. El ejército francés estaba a cincuenta

kilómetros aguas arriba y estaría sobre él al día siguiente. Estaba deseoso de combatir, pero prefería hacerlo al norte del río, del lado que daba hacia Flandes. Tenía que hallar un vado y ofreció una gran recompensa a quien le mostrase uno. Un francés del lugar llegó dispuesto a hacerse con el dinero y le señaló por dónde se podía cruzar el río, pero sólo con la marea baja. Eduardo esperó la marea baja y luego envió a su ejército por el río, el 24 de agosto de 1346. Terminó la tarea justamente cuando estaban apareciendo los franceses.

Luego Eduardo se dirigió a la ciudad de Crécy, a dieciséis kilómetros al norte

del río, y allí encontró un terreno que consideró adecuado para una batalla. En la mañana del 26 de agosto, el día en que sabía que los franceses se lanzarían contra él, dispuso cuidadosamente sus fuerzas.

El ejército de Eduardo era excepcional en varios aspectos. En primer lugar, era un conjunto disciplinado de profesionales bien y regularmente pagados (en comparación con el ejército feudal francés, indisciplinado y con contingentes de caballeros que despreciaban a todos los demás).

En segundo lugar, Eduardo tenía una

novedad consistente en armas que hacían uso de la pólvora. Hacía casi un siglo desde que Roger Bacon había hablado de la pólvora; y era conocida por los chinos hacía siglos. La pólvora no era ningún secreto; ni siquiera una novedad.

Pero, ¿cómo utilizar la pólvora para la guerra? Su fuerza explosiva podía ser usada para arrojar proyectiles pesados con más potencia que todo lo usado por ejércitos anteriores, pero, ¿cómo contener esa fuerza? Se podía imaginar un tubo abierto en un extremo. En el extremo cerrado, se podía apisonar pólvora, con una bola de piedra o metal contra ella bien apretada. Si se hacía

explotar la pólvora, la bola saldría arrojada a lo largo del tubo y por el extremo abierto.

Lo que se necesitaba era un tubo de metal suficientemente fuerte como para no estallar cuando la pólvora explotase; tenía que ser recto y de alma uniforme, de modo que la bola pudiese salir fácilmente, con una pérdida mínima de energía; y la bola tenía que estar bien ajustada en todos los puntos, para que la fuerza explosiva no pasase por su alrededor con pérdida de energía.

En resumen, la cuestión no estaba en el descubrimiento de la pólvora ni en la idea de su uso. Residía en el problema

puramente técnico de idear un cañón apropiado. La primera mención de tal cañón aparece en 1324, en relación con el uso hecho de él por ciudadanos de la ciudad de Gante, en Flandes. Esos cañones habían mejorado en el medio siglo siguiente, y ahora Eduardo recibió el arma de sus aliados flamencos. Aún entonces, los cañones no eran de mucho valor, pues eran demasiado pequeños y de puntería incierta para hacer mucho daño directo, pero cabía esperar que el ruido asustase a los caballos del enemigo. La batalla de Crécy fue la primera de importancia en la que se usaron cañones, y por esta razón es

notable en la historia de la guerra. Pero pasaría casi un siglo antes de que esa «artillería» se tornase decisiva.

En tercer lugar, el ejército inglés estaba formado casi en su totalidad por soldados de infantería. Había sido bastante difícil transportar hombres a través del Canal; y habría sido imposible transportar caballos. Pero esto a Eduardo no le preocupaba. No había intentado adquirir caballos en Francia, por ejemplo, y los que tenía los ocultó en un bosque cercano. No planeaba usarlos.

Eduardo había comprendido que el caballero con armadura era anticuado.

Durante mil años, el jinete había sido el rey del campo de batalla y el desenlace era un resultado del simple choque de caballo contra caballo, mientras que los soldados de infantería eran considerados como de ninguna importancia. Empero, si los infantes podían hallar de algún modo las armas adecuadas para enfrentarse con los jinetes, era obvio que sería el fin de la caballería. Hay muchos más soldados de infantería que jinetes, y los primeros pueden ser entrenados mucho más fácilmente. El infante, individualmente, es más prescindible y fácil de reemplazar. De hecho, si el infante tiene

las armas necesarias, el jinete se convierte en un blanco facilísimo, aunque sólo sea porque el caballo es tan grande y vulnerable.

La pica, adecuadamente manejada por masas de infantes impasibles, era tal arma, como demostró la batalla de Courtrai, pero Eduardo tenía algo aún mejor y que era la cuarta cosa sorprendente de su ejército. Se trataba del arco largo.



Al parecer, el arco largo fue inventado por los galeses. Medía más de un metro ochenta y arrojaba flechas de noventa centímetros. Un arquero hábil podía arrojar una flecha con precisión a lo largo de 230 metros, y hasta llegar a los 320 metros. Su alcance era el doble del de la ballesta media, pero lo más importante era la velocidad con que podía ser montado. Mientras el ballestero montaba su arma, el arquero de arco largo, sacando las flechas del carcaj que llevaba en sus espaldas, podía arrojar cinco o seis flechas. Si se enfrentaban números iguales de arqueros de arco largo y ballesteros, éstos eran

acribillados, si estaban al alcance de los primeros. El arco largo fue lo más semejante a un arma de fuego anterior a la pólvora que se haya conocido.

El arco largo, por supuesto, era un arma de largo alcance, y si el enemigo podía arrojárselas para acercarse mucho, aquél no era tan útil como la pica. Pero acercarse mucho a miles de entrenados arqueros de arco largo era algo mucho más fácil de decir que de hacer.

Los ingleses habían tomado el arco largo durante la campaña en Gales de Eduardo I, y habían perfeccionado su uso en la lucha contra los escoceses,

cuando les permitió ganar varias batallas en una escala enormemente desigual. También había sido usado en la batalla de Sluis y en una o dos escaramuzas menores. Pero fue en Crécy donde los franceses (y los europeos occidentales, en general) llegarían a conocer bien sus virtudes.

Sin embargo, nunca fue aceptado en el Continente. La causa de esto fue que también tenía sus defectos. Los mejores arcos estaban hechos de madera de tejo, y los árboles de esta madera eran cultivados especialmente en Inglaterra para ese fin. No eran comunes en otras partes. Además, su uso apropiado exigía

hombres altos, de gran fuerza y resistencia, pues era necesario ejercer una tracción de cuarenta y cinco kilos para tensar la cuerda hacia atrás hasta la oreja. (Los arqueros de arcos largos tenían que llevar el cabello corto para asegurarse de que la cuerda del arco no se enredaría con el pelo al ser tensada. Esto inició la tradición militar del cabello corto.) Además, efectuar esa tracción suavemente, mientras se sostenía el arco con firmeza, se apuntaba con precisión y se sacaba otra flecha inmediatamente después de disparar, llevaba años de entrenamiento.

La dificultad de hacer buenos arcos

largos y la dificultad aún mayor de hallar hombres suficientemente grandes y fuertes, y de entrenarlos durante largo tiempo hizo que las fuerzas militares continentales se aferrasen a la ballesta. Esta, al menos, podía ser manejada por cualquiera después de una preparación mínima. Así, el arco largo siguió siendo un monopolio inglés e hizo que, durante décadas, los ejércitos ingleses tuviesen los hombres más grandes de Europa, y quizá del mundo.

Pero volvamos a Eduardo y a Crécy. Eduardo dispuso sus hombres de a pie a lo largo de una loma, con el flanco derecho instalado en un arroyo. Sólo

eran 4.000 y estaban muy esparcidos a lo largo de la línea, pero Eduardo no les asignó ningún papel excepto como elementos de limpieza o para contraatacar si era necesario. En cada flanco y en el centro, distribuyó sus 8.000 arqueros de arcos largos. Se cavaron pozos delante de las líneas para el caso de que algunos caballeros llegasen hasta allí.

Eduardo luego instaló su propia posición en un molino de viento, desde el cual podía observar toda la batalla, y esperó. El total de sus fuerzas de combate ascendía a 20.000 hombres.

Cuando Felipe VI llegó a Crécy a la

cabeza de su ejército, el día estaba avanzado. Tenía bajo su mando unos 60.000 hombres en total, el triple que el ejército inglés. Entre ellos, había 12.000 caballeros con armadura y 6.000 hábiles ballesteros genoveses.

Las condiciones estaban lejos de ser buenas para los franceses desde el comienzo. Eduardo había dispuesto deliberadamente su línea de batalla de modo que los franceses, al llegar, tuvieran que hacer un cerrado giro a la izquierda, que ciertamente provocaría el desorden entre sus disciplinadas huestes. Luego, también, una breve tormenta dejó el suelo embarrado e hizo

precario el equilibrio en él. Finalmente, los franceses tenían que cargar contra los ingleses moviéndose hacia el oeste, con el sol del atardecer en sus ojos.

Lo mejor que podían haber hecho los franceses era detenerse, reconocer cuidadosamente el terreno y esperar a la mañana. Los hombres se habrían recuperado de la fatiga de la persecución, el suelo estaría más duro y el sol de la mañana estaría en los ojos de los ingleses. Felipe trató de tomar estas medidas, pero los indisciplinados caballeros no quisieron saber nada. Esperar no era de caballeros. El ejército francés se enfrentaba con soldados de a

pie que sólo eran la tercera parte de aquél, y querían entrar en batalla inmediatamente.

Felipe, pues, ordenó a sus cuerpos de ballesteros mercenarios que avanzasen y atacasen. Los ballesteros estaban cansados, pues habían marchado a pie con todo su equipo, y su jefe sugirió esperar. Pero los caballeros (que tenían caballos) consideraron esto una cobardía y les ordenaron que avanzaran.

Los ballesteros, pues, avanzaron a los gritos, levantaron sus armas y dispararon. Los ingleses mantuvieron firme y disciplinadamente su línea y esperaron a que los genoveses montasen

laboriosamente sus armas y estuviesen más cerca. Cuando los genoveses estuvieron suficientemente cerca, se dio la señal de disparar y, desde tres puntos de la línea inglesa, se lanzaron miles de flechas sobre los infelices ballesteros. El efecto fue el de una tormenta de granizo con puntas duras, y los ballesteros que no fueron traspasados se retiraron apresuradamente.

Mas para entonces los caballeros franceses ya no podían esperar más. En vez de esperar una señal para cargar al unísono, cada uno avanzaba inquietamente solo, tratando de ser el primero en ganar gloria caballeresca. El

resultado fue una infinita confusión, y, cuando los genoveses en retirada no se hicieron a un lado con suficiente rapidez, los caballeros gritaron: «Arrollemos a esos bribones. Nos impiden avanzar.»

Los caballeros se lanzaron hacia adelante y muchos de los ballesteros fueron, en efecto, atropellados, pero esto sólo sirvió para aumentar el desorden en las filas francesas. Los ingleses se hallaron, no frente a un ejército, sino frente a una multitud; pero aún, una multitud que nunca se acercó.

Una y otra vez, grupos de caballeros cargaron en dieciséis oleadas separadas.

Una y otra vez, los arqueros los barrieron incansablemente. Cuando los franceses se retiraron, después de caer la noche, unos 1.550 caballeros yacían muertos en el campo, además de una cantidad suficiente de muertos de otros contingentes como para igualar a la totalidad del ejército inglés. Las pérdidas inglesas fueron prácticamente nulas. Fue una repetición de la batalla de Courtrai, sólo que el desastre para los franceses fue diez veces mayor.

Más tarde surgieron entre los ingleses leyendas sobre la batalla. La más famosa concierne al joven Príncipe de Gales, Eduardo el Príncipe Negro,

quien estaba en la batalla y en el combate aunque sólo tenía dieciséis años. La leyenda dice que el contingente que se hallaba nominalmente al mando del Príncipe Negro lo estaba pasando mal y fue enviado un mensajero al rey Eduardo para pedir apoyo de tropas.

Pero cuando Eduardo se enteró de que su hijo no estaba herido y aún combatía, envió de vuelta al mensajero con la noticia de que no habría ayuda. «Que el muchacho se gane sus espuelas» (esto es, su condición de caballero), dijo. El príncipe Eduardo obtuvo la victoria y, en efecto, fue hecho caballero por su padre en el campo de batalla.

Pero no es en modo alguno probable que haya algo de verdad en esta historia, pues de hecho hubo escasos combates caballerescos en la batalla y los hombres de armas ingleses tuvieron poco trabajo.

Del lado francés, se hallaba combatiendo Juan, rey de Bohemia, cuyo placer era la guerra y que no sólo luchaba por sí mismo, sino también como mercenario al servicio de otros. El rey francés Carlos IV se había casado con la hermana de Juan, y el hijo de Felipe VI se había casado con la hija de Juan. Había, pues, un vínculo matrimonial con el anterior rey de

Francia y con el siguiente, por lo que no cabe sorprenderse de que Juan de Bohemia luchase del lado francés.

Pero lo sorprendente era que combatiese activamente pese a que tenía cincuenta años y estaba ciego desde hacía diez. Insistió en que sus seguidores lo llevasen a lo más recio de la batalla para participar en ella. Descargó golpes con su espada al azar, hasta que fue muerto. Surgió la leyenda de que el mismo Príncipe Negro había dado muerte al viejo ciego y se había apoderado del penacho de Juan (tres plumas de avestruz) y de su lema caballeresco: «Ich dien» («sirvo»).

Toda esta historia es dudosa. ¿En lo más recio de qué combate? El ciego Juan probablemente fue derribado por una flecha, y el príncipe Eduardo seguramente nunca estuvo cerca de él. (Y en todo caso, ¿qué mérito había en matar a un ciego?) La madre del Príncipe de Gales tenía entre otros títulos el de condesa de Ostrevant («pluma de avestruz»), y hay una expresión galesa que es «Eich dyn», que significa «Contempla al hombre». Estas, más que el rey ciego, son las fuentes posibles del penacho y el lema.

La Batalla de Crécy fue una de las batallas decisivas de la historia del

mundo. Hizo de Inglaterra (no de Inglaterra sólo como parte del Imperio Angevino) una gran potencia militar, posición que mantuvo durante largo tiempo, aunque a veces penosamente. Señaló el comienzo del fin del ejército feudal medieval y demostró que el caballero con armadura era ya inútil en la batalla, gracias al desarrollo de nuevas armas para los soldados de infantería.

Esto no significa que los jinetes no fuesen de ninguna utilidad. Aún tenían la ventaja de la movilidad. No podían luchar apropiadamente contra infantes armados, pero si dos grupos de éstos

estaban trabados en combate, un escuadrón de Jinetes que cargase contra el flanco o la retaguardia del enemigo podía hacer un daño decisivo. Ello significaba, pues, que las batallas debían ser libradas por combinaciones de diferentes clases de combatientes y que un buen general tenía que saber cómo y cuándo hacer uso de cada clase. Eduardo lo sabía, y éste era su gran talento innato. Los franceses no iban a aprenderlo en casi un siglo.

Precisamente porque los franceses no comprendieron lo que había ocurrido desde el punto de vista de la teoría militar, el efecto inmediato de la batalla

de Crécy fue destruir la moral de los combatientes franceses. La victoria de los ingleses era incomprensible para ellos. ¿Cómo unos pocos infantes de bajo nacimiento podían haber ganado una victoria tan aplastante sobre la flor y nata de la caballería francesa? Los ingleses parecían tener algo sobrehumano, y los franceses se acobardaron ante ellos. Casi no se libró ninguna batalla importante durante cerca de un siglo en la que los franceses no estuviesen ya semiderrotados aun antes de que se arrojase una flecha.

Los exultantes ingleses, por su lado, tampoco comprendieron siempre los

hechos militares de la cuestión. Prefirieron aceptar la halagüeña suposición de que un inglés valía tanto como diez franceses y en adelante libraron sus guerras con ese supuesto. Mientras los franceses creyeron también esto, las cosas marcharon bien para los ingleses, pero los franceses se liberaron antes que los ingleses de ese error. Con el tiempo, fueron los franceses quienes aprendieron a hacer uso del siguiente nuevo avance en la técnica militar, y esto fue fatal para las esperanzas imperiales inglesas.

La peste negra

Pese a la abrumadora victoria de Crécy, Eduardo no estaba en condiciones de pensar siquiera en conquistar Francia y convertirse en su rey por la fuerza. Francia era demasiado grande y su ejército demasiado pequeño. En verdad, su principal preocupación era llevar de vuelta sano y salvo a Inglaterra a su ejército, y dejar alguna base mejor en las cercanas regiones costeras de Francia, para usarla en futuras invasiones.

Por ello, marchó a esa parte de

Francia que es la más cercana a Inglaterra, donde está el puerto francés de Calais. En septiembre de 1346, al mes de la gran victoria, Calais fue puesta bajo sitio.

Ahora apareció uno de los beneficios de la batalla de Crécy. El rey de Francia, paralizado por lo que le había ocurrido y con su caballería muerta, no fue capaz de intentar ninguna acción para ayudar a los acosados ciudadanos de Calais. Los ingleses dominaban la región y todas las tierras cercanas de la ciudad. Sin nada que temer de los franceses, se asentaron sin prisa en el país enemigo y esperaron la

rendición.

Sólo después de diez meses de asedio Felipe pareció dispuesto a hacer algo. Reunió como pudo otro ejército y marchó hacia Calais. más para entonces los ingleses se habían fortalecido, las costas estaban dominadas por los barcos ingleses y a los soldados franceses no les llenaba de júbilo tener que enfrentarse con el temido Eduardo. El ejército francés se alejó nuevamente y abandonó Calais a su destino.

Calais se rindió en agosto de 1347. Eduardo, colérico por la larga resistencia de la ciudad, pensó en hacer una matanza indiscriminada con sus

habitantes. Pero sus oficiales pusieron objeciones. Le dijeron que si lo hacía, los mismos ingleses vacilarían en ofrecer una firme resistencia contra posibles sitiadores franceses en el futuro, por temor a ser tratados de acuerdo con ese precedente. La reina Felipa agregó sus ruegos en defensa de los ciudadanos de Calais, y fueron perdonados.

Pero Eduardo expulsó a la mayoría de la población y la reemplazó por ingleses, convirtiendo a Calais en una ciudad que, durante dos siglos, iba a servir como base inglesa en Francia.

Pero el ejército de Eduardo estaba

agotado y ya no podía más. La invasión de Francia había costado a Eduardo 400.000 libras, una suma enorme para aquellos días, y, con gloria o sin ella, los ingleses querían tener paz. Eduardo, pues, acordó una tregua con Felipe y retiró su ejército de Francia. Retornó a Inglaterra, que estaba ebria de júbilo, mientras Felipe, en una insoportable humillación, trataba de hacer frente al descontento de sus súbditos.

Pero una vez que llegan los desastres, llegan en legión. Francia había sufrido un desastre marítimo en la batalla de Sluis y un desastre mucho peor en tierra, en la Batalla de Crécy.

Ahora llegó un desastre peor que cualquiera de éstos, peor que ambos juntos, peor que cualquier daño que pudiesen infligir los ejércitos medievales; algo que puso no sólo a Francia, sino también a Inglaterra y a toda Europa bajo un terror mucho mayor que el que pudiera originar cualquier ejército. Era la peste.

La peste es esencialmente una enfermedad de roedores y se difunde de un roedor a otro por medio de las pulgas. Pero de tanto en tanto, cuando las pulgas difunden la enfermedad a roedores tales como las ratas domésticas, que viven muy cerca de los

seres humanos, la enfermedad también se propaga entre los hombres. A veces afecta a los nódulos linfáticos, particularmente de la ingle y las axilas, hinchándolas hasta convertirlos en dolorosos «bubones», de donde el nombre de «peste bubónica». A veces son atacados los pulmones («peste neumónica»), y esto es aún peor, pues entonces el contagio se produce de una persona a otra por el aire, sin la necesidad de la intervención de ratas ni pulgas.

En algún momento de la década de 1330, una nueva cepa del bacilo de la peste hizo su aparición en alguna parte

de Asia central, cepa a la que los seres humanos eran particularmente vulnerables. Los hombres empezaron a morir, y mientras Eduardo y Felipe libraban su trivial batalla sobre quién gobernaría Francia, el burlón espectro de la muerte se acercó velozmente a Europa. Por la época de la caída de Calais, la peste había llegado al mar Negro.

En Crimea, la península que penetra en el mar Negro central septentrional, había un puerto llamado Kaffa, donde los genoveses habían establecido un puesto comercial. En octubre de 1347, una flota de doce barcos genoveses

logró volver a Génova desde Kaffa. Los pocos hombres de a bordo que no estaban ya muertos se hallaban moribundos, y así entró la peste en Europa Occidental. A principios de 1348, estaba en Francia, y a mediados de 1348 había llegado a Inglaterra,

A veces se cogía una forma suave de la enfermedad, pero muy a menudo atacaba virulentamente. En este último caso, el enfermo casi siempre moría de uno a tres días después de aparecer los primeros síntomas. Como las fases extremas de la enfermedad se caracterizaban por manchas hemorrágicas que se volvían oscuras, la

enfermedad fue llamada la «peste negra».

En un mundo que desconocía la higiene, la peste negra se propagó inconteniblemente. Se cree que mató a 25 millones de personas en Europa antes de desaparecer (más porque todas las personas vulnerables habían muerto que porque se hiciese algo para detenerla), y muchas más aún en África y Asia. Alrededor de un tercio de la población de Europa murió, y quizá más, y pasó siglo y medio antes de que la procreación natural restaurase la población europea al nivel que tenía por la época de la batalla de Crécy. Fue el

mayor desastre que golpeó a la humanidad en la historia de que se tiene registro.

Sus efectos a corto plazo se señalaron por el abyecto terror que inspiró al populacho. Parecía que el mundo estaba llegando a su fin, y todos estaban sobrecogidos de temor. Un repentino escalofrío o vértigo, un sencillo dolor de cabeza, podía significar que la muerte se cernía sobre uno y sólo tenía veinticuatro horas de vida.

Ciudades enteras quedaron despobladas; los primeros en morir quedaron insepultos, mientras los

sobrevivientes iniciales huían, difundiendo la enfermedad allí adonde llegaban. Las granjas quedaron sin atender; los animales domésticos (que también murieron por millones) deambularon sin nadie que cuidase de ellos. Naciones enteras (Aragón, por ejemplo) quedaron tan afectadas que nunca se recuperaron realmente. Las bebidas destiladas (bebidas alcohólicas producidas destilando el vino y elaborando, así, una solución alcohólica más fuerte que la creada por la fermentación natural) habían aparecido en Italia alrededor del 1100. Ahora, dos siglos más tarde, se hicieron populares.

Surgió la teoría de que beber mucho actuaba como una medida preventiva contra el contagio. No era cierto, pero disminuía la preocupación del bebedor, lo cual ya era algo. La peste del alcoholismo se instaló en Europa en competencia con la peste negra, y subsistió después que desapareció ésta.

Todo el mundo sufrió, y más, claro está, quienes vivían en barrios populosos. Las ciudades sufrieron más que el campo y, en verdad, la gradual urbanización de Occidente recibió un frenazo del que no se recuperó en un siglo. Las comunidades monásticas también fueron particularmente

golpeadas, y en algunos aspectos, la calidad de la vida monástica nunca se recobró.

Hasta los más encumbrados eran vulnerables a la enfermedad. En 1348 y 1349, tres arzobispos de Canterbury murieron de la peste. En la capital pontificia de Aviñón, murieron cinco cardenales y cien obispos. Una hija de Eduardo III, Juana, que estaba en camino hacia Castilla para casarse con el hijo del rey Alfonso XI, murió de la peste en Burdeos, antes de llegar a su destino. Y, en Castilla, murió el rey Alfonso. En Francia, murió la esposa de Felipe, Juana de Borgoña.

El populacho aterrorizado tenía que entrar en acción, No sabiendo nada de la teoría de los gérmenes ni del peligro de las pulgas, incapaz de mantenerse limpio en una cultura más bien recelosa de la limpieza por considerarla mundana, no podía hacer nada útil. Pero podía hallar un chivo expiatorio, y para eso siempre estaban disponibles los judíos.

Surgió la teoría de que los judíos habían envenenado deliberadamente las fuentes para destruir a los cristianos. El hecho de que los judíos muriesen de la peste al igual que los cristianos no fue tenido en cuenta para nada, y se hizo con ellos una implacable matanza. Por

supuesto, ello no contribuyó en nada a disminuir el flagelo.

Contemplada desde una perspectiva más amplia, la peste negra (que reapareció a intervalos —aunque nunca tan desastrosamente— después de que la primera epidemia se extinguiera en 1351) destruyó el optimismo medieval del siglo XIII. Puso una especie de penumbra en el mundo y alimentó el crecimiento de un misticismo fatalista que tardaría en disiparse.

También contribuyó a destruir la estructura económica del feudalismo. Nunca había habido un excedente de mano de obra en los campos ni en las

ciudades, pero con la devastación causada por la peste (que fue más violenta entre los humildes que entre la aristocracia), se produjo una repentina y aguda escasez. Los gobiernos promulgaron leyes salvajes para impedir que los siervos y los artesanos aprovecharan el súbito aumento del valor de sus músculos y habilidades, pero ninguna ley podía contrarrestar los hechos económicos de la vida.

Los siervos que se percataban de las gran necesidad que había de sus servicios regateaban un mejor tratamiento y mayores privilegios, y a menudo los obtenían. Los artesanos

cobraban mayores precios. Precios y salarios aumentaron y a las dificultades producidas por la guerra y la peste se sumaron las de los trastornos y la inflación económicos.

Bajo el doble golpe de la batalla de Crécy y de la peste negra, la base misma del feudalismo, tanto militar como económica, fue destruida. En Europa Occidental, tenía que morir. Llevó todavía un tiempo, pero no podía sobrevivir a la crisis de mediados del siglo XIV; sólo quedaba la cuestión de cuánto tiempo tardarían los seres humanos en darse cuenta de que había muerto.

7. La decadencia

La captura del Rey

Felipe VI murió el 2 de agosto de 1350, pero no de la peste. A veces se lo llama en la historia «Felipe el Afortunado», nombre que se le da porque no habría sido rey de no ser el hecho afortunado (para él) de que tres hermanos murieron sucesivamente sin dejar vástagos varones. Pero es un apodo notablemente inapropiado, pues su reinado fue marcado por infortunios

sin par. Sin embargo, en un aspecto amplió a Francia. Una parte del territorio situado sobre la orilla oriental del río Ródano, con capital en Vienne, estaba gobernada por Humberto II. Era llamado el Delfin porque, se decía, un delfin había figurado en el escudo de armas de un antepasado suyo del siglo XII. La región que gobernaba era llamada el «Delfinado».

Humberto II gastó tanto dinero en guerras y otras extravagancias que se vio reducido a la bancarrota, y, en 1349, vendió su título y su tierra a Francia. El rey Felipe cedió el título y la tierra a su hijo mayor, Juan, y cuando Juan se

convirtió en rey, a su vez transfirió el título y la tierra a su hijo mayor. Esto se convirtió en una duradera costumbre y, en los cuatro siglos y medio siguientes, el hijo mayor (o el nieto mayor, si los hijos habían muerto) de un monarca reinante de Francia fue llamado «el Delfín».

Cuando Juan II subió al trono, halló a Francia en la confusión. La peste había pasado y dejado a Francia en ruinas, pero ahora que los hombres habían dejado de morir, reapareció el problema de la guerra con Inglaterra (prácticamente suspendida durante la peste negra).

Nunca desde la época de Hugo Capeto el prestigio de la dinastía Capeta había caído tan bajo. El mero hecho de que Eduardo III pretendiera durante años ser el rey de Francia y de que esta pretensión no fuese sofocada hacía concebible que otros pretendiesen también tener derecho al trono.

Por ejemplo, si se hubiese permitido a las mujeres transmitir la herencia real, entonces, tal derecho nunca habría llegado a Isabel, la madre de Eduardo III. En cambio, cuando Luis X y su hijo de corta vida Juan I murieron, el trono habría pasado, por su hija Juana, al hijo de ésta, Carlos.

De hecho, Juana fue reina de Navarra, un pequeño reino del norte de España, a horcajadas sobre el extremo occidental de los Pirineos, cuyo extremo septentrional estaba en lo que es ahora el extremo suroccidental de Francia. Su historia primitiva comienza con la de otros pequeños reinos de la España medieval, pero, en 1235, un noble francés subió a su trono y desde entonces se había convertido en un infantazgo francés.

El hijo de Juana, Carlos II de Navarra, tenía dieciocho años de edad cuando Juan II se convirtió en rey de Francia. Carlos era un joven

inescrupuloso que intrigaba, se aliaba con cualquiera y hacía todo lo posible por promover sus ambiciones. Es conocido en la historia como «Carlos el Malo», apodo que se le dio cuando sofocó una revuelta en sus territorios con innecesaria crueldad.

Carlos, como nieto de Luis X y bisnieto de Felipe IV, tenía clara conciencia de que si Eduardo III podía realmente imponer su alegación de que las mujeres estaban capacitadas para transmitir la realeza a Francia, entonces él, Carlos el Malo, era el legítimo rey de Francia.

Juan II, tan consciente de esto como

el mismo Carlos, trató de mantener tranquilo al joven otorgándole la mano de su hija en matrimonio. Pero esto no sirvió para nada. Con el rey como suegro, Carlos no hizo más que proclamar sus derechos con mayor sonoridad aún, y empezó por reclamar ciertas tierras que habían pertenecido a su madre. Juan había otorgado esas tierras a un nuevo condestable (como era llamado el comandante en jefe del ejército francés) que había designado. Por ello, Carlos el Malo hizo asesinar al condestable y empezó a negociar con el inglés.

Juan trató primero de contrarrestar

esto sobornando a Carlos con tierras en Normandía. Cuando se vio que esto no servía para nada y Carlos siguió conspirando con los ingleses (con miras más elevadas), Juan tuvo que arriesgarse a tomar medidas ante el creciente número de nobles franceses que se pasaban al bando de Carlos y arrestó al perturbador, en abril de 1356. El hermano menor de Carlos, Felipe, defendió los intereses de Navarra y siguió alineándose con Inglaterra contra Francia.

Fue la primera vez, en el curso de la disputa por la sucesión, que los ingleses tenían la oportunidad de aprovechar el

descontento entre los mismos Capetos, poniendo a unos contra otros. La alianza anglo-navarra, aunque ya bastante peligrosa para Francia, era sólo un oscuro presagio de las cosas que ocurrirían.

Mientras tanto, Juan II trató de apaciguar al pueblo. Los Estados Generales se reunieron en 1355 y hubo una furiosa oposición a los impuestos en constante aumento. Por una vez, surgió una enérgica figura no perteneciente a la aristocracia que condujo la lucha por la reforma fiscal. Era Etienne Marcel, un comerciante en paños que era el hombre más rico de París y representante

reconocido de la clase media. No sólo exigió que los impuestos fuesen establecidos por los Estados Generales, y no por el rey, sino también que se permitiese a los Estados Generales supervisar su recaudación. Creó una gorra roja y azul para que llevasen sus adeptos y habló de la «voluntad del pueblo». Fue un revolucionario francés nacido cuatro siglos antes de tiempo.

Lo que hacía más seria a esta revuelta de la clase media era que Carlos el Malo había ganado apoyo en ella por una ostentosa actitud contra los impuestos, de modo que, cuando fue arrestado, muchos estaban convencidos

de que era a causa de sus simpatías por el pueblo.

Si Marcel hubiese podido imponer sus exigencias, si los Estados Generales realmente hubiesen asumido el control del poder de crear impuestos, entonces Francia habría seguido el mismo camino hacia el gobierno representativo que Inglaterra.

Desgraciadamente, la clase media sólo era realmente poderosa en París. En las provincias, el conservadurismo seguía siendo fuerte, y había hostilidad hacia París como semillero de radicalismo. Por ello, Marcel nunca pudo contar con un amplio apoyo

nacional. Además, el caos del país y la constante amenaza de los ingleses favorecían el autoritarismo. No podían ignorarse las necesidades de la guerra, y la presión tendiente a las reformas debía ser suprimida.

El centro de la amenaza inglesa estaba ahora en el sudoeste. Allí, el Príncipe Negro, que ya no era un muchacho sino un ardoroso guerrero de veinticinco años, había desembarcado en septiembre de 1355 y efectuado audaces incursiones tierra adentro con fuerzas relativamente pequeñas. No estaba interesado en las batallas, realmente, sino sólo en el botín.

Más tarde, Juan II (que había pasado el tiempo tratando de recuperar el control sobre los castillos normandos que poseían Carlos el Malo y su partido) decidió enfrentarse con el Príncipe Negro directamente.

Quizá deseaba librar una batalla, pues Juan II era un hombre quijotescaamente caballeresco. Aunque era casi tan deshonesto y confabulador como Carlos el Malo en cuanto concernía a la política y al trato de sus súbditos, tenía una elevada opinión de cómo debía comportarse con los caballeros. Pese a las lecciones de Courtrai y Crécy, aún creía en la teoría

de la guerra que la consideraba como una serie de torneos. Por eso, era llamado «Juan el Bueno», donde «bueno» no significaba particularmente «virtuoso», sino solamente un hombre que vivía de acuerdo con las reglas de la caballería.

Juan el Bueno era mucho peor para Francia en ese momento que Carlos el Malo.

Juan condujo hacia el sudoeste a su gran ejército feudal, que ascendía a 40.000 hombres, para cortar el camino a las partidas considerablemente menores (quizá 12.000, en total) que hacían correrías, conducidas por el Príncipe

Negro. El ejército de éste, formado en su mayoría por franceses de Guienne, pero que incluía de tres a cuatro mil arqueros ingleses de arcos largos, estaba cargado de botín y hubiera preferido volver seguramente y sin combatir.

Pero eso no podía ser. El ejército de Juan, avanzando rápidamente, alcanzó a la que parecía ser su presa el 17 de septiembre de 1356, exactamente diez años después de la batalla de Crécy.

El encuentro tuvo lugar en la Francia central meridional, a unos once kilómetros al sudeste de la ciudad de Poitiers y a unos 280 kilómetros al

sudoeste de París. Los ingleses se alinearon en una colina con suficiente vegetación para ocultarlos y protegerlos. Los temidos arqueros de largos arcos fueron distribuidos de modo de custodiar todos los accesos.

Juan II se aproximó a la colina a la cabeza de su muchedumbre feudal. Lo que hubiese hecho cualquiera que tuviese un poco de inteligencia habría sido rodear la colina y esperar. Un par de días después, los ingleses habrían tenido que bajar y luchar en desventaja o permanecer allí y verse obligados a rendirse por hambre. Pero esto no cuadraba al caballeresco Juan, para

quien la única manera decente de luchar era cargar directamente al son de las trompetas. Tampoco había aprendido la lección de Crécy de que no era posible sencillamente atacar a miles de arqueros de arcos largos a menos que se pudiese neutralizarlos o abrumarlos de algún modo. En cambio, tenía la borrosa idea de que la batalla de Crécy había demostrado que era mejor combatir a pie que a caballo, de modo que hizo desmontar a sus caballeros y los lanzó hacia adelante.

Un caballero con su armadura completa que trata de avanzar a pie es torpe y desmañado, pues sacrifica la

limitada movilidad que le da el caballo, con la única ventaja de ser un blanco menor que el hombre y el caballo juntos. Los caballeros avanzaron penosamente y fueron un buen blanco para los arqueros. Fue una repetición de Crécy, pero algunos de los caballeros lograron llegar hasta la línea del Príncipe Negro.

Pese a la matanza, los franceses finalmente podían haber vencido a las fuerzas del Príncipe Negro, a las que superaban enormemente en número, si hubiesen lanzado otro ataque. Pero en el momento más crítico las fuerzas francesas se retiraron presas del pánico, y el Príncipe Negro hizo contraatacar a

sus hombres.

Para ser justos con Juan, hay que decir que combatió como un demonio. A su lado estaba Felipe, el menor de sus cuatro hijos, de sólo catorce años en ese momento. Mientras su padre blandía su hacha de armas, Felipe actuó como guardia contra el enemigo, que ahora se apiñaba a su alrededor, gritando: «Mira a la derecha, padre; ahora a la izquierda.» Como resultado de esto, el muchacho fue llamado «Felipe el Audaz» por el resto de su vida.

Finalmente, 2.500 caballeros franceses cayeron muertos y otros 2.500 fueron capturados, peor que en Crécy.

También para los ingleses fue peor, pues las pérdidas del Príncipe Negro ascendieron a 2.000, entre muertos y heridos.

Esta nueva batalla confirmó la creencia, por ambas partes, en el carácter invencible de los ingleses. Lo peor, en lo concerniente al prestigio y el orgullo franceses, fue el destino del rey Juan. Si Juan hubiese sido muerto, habría sido mejor, en realidad, pues el Delfín, Carlos, que era mucho más capaz que su padre, sencillamente habría sido el nuevo rey. Pero Juan fue hecho prisionero (y su hijo Felipe con él).

Para el mismo rey Juan, esto no fue

una calamidad. El Príncipe Negro se tomó la molestia de tratarlo como a un rey, aunque según la posición oficial inglesa era sencillamente Juan de Valois y un usurpador. El Príncipe Negro hizo esto por dos razones. Por un lado, era mucho más mérito para él haber capturado a un rey de Francia que a un conde de Valois. Por otro lado, tener al rey en cautiverio socavaría la moral francesa, de modo que era importante hacer ver a los franceses, de todos los modos posibles, que Juan era realmente un rey cautivo.

Por ello, Juan fue tratado con consideraciones regias. Fue llevado

primero a Burdeos y luego a Inglaterra, donde llevó una vida fácil y despreocupada. Los otros miembros de la aristocracia francesa que fueron capturados recibieron un trato análogamente cortés y «caballeresco». ¿Qué era para ellos una batalla perdida?

El Príncipe Negro se portó en este aspecto como modelo de figura caballeresca, pero sólo con los caballeros. Las órdenes inferiores y el campesinado, que no habían provocado la guerra y habían luchado sólo porque habían sido obligados por sus amos, fueron tratados con la mayor barbarie. El Príncipe Negro, que se arrodillaba

ante su real cautivo, también ordenó la matanza de prisioneros desarmados, siempre que no fuesen nobles.

Sin duda, los caballeros cautivos tuvieron que pagar enormes rescates por su libertad, pero esos rescates eran arrancados a los campesinos y los habitantes urbanos a los que dominaban.

Naturalmente, el mayor rescate fue exigido a Juan, y el Reino de Francia, gimiendo bajo sus caóticas conmociones, tuvo que desangrarse para pagar el rescate de su despreocupado rey, que vivía lujosamente en Inglaterra después de una batalla perdida por su estupidez.

El juicioso Delfín

Francia se caía a pedazos. Al Delfín de dieciocho años, que ahora gobernaba como regente en lugar de su padre cautivo, nada parecía salirle bien. Había estado en la batalla de Poitiers, pero, junto con dos de sus hermanos, había huido del campo de batalla (probablemente por orden de su padre, quien no quería que fuese capturada toda la familia real). Esto le ganó reputación de cobarde y desertor, y su figura menuda y su constitución enfermiza no le daban, por cierto, apariencia de

guerrero.

Peor aún, volvió a París, que ya estaba harto de su inepta nobleza. Los Estados Generales, que habían tratado de imponer la reforma fiscal a Juan II el año anterior y habían sido doblegados por las necesidades de la guerra, no estaban dispuestos a esperar más. Nada podía ser peor que las desastrosas batallas libradas por la estúpida nobleza.

Así, París se halló prácticamente en manos de la clase media, y Etienne Marcel, el líder de los comerciantes, tenía mucho más poder —al menos en París— que el Delfín. Marcel fortificó y

armó a la capital y la puso en condiciones de resistir un asedio. Presionó vigorosamente al Delfín para que introdujese reformas, despidiese a los viejos concejales que habían traído el desastre, diese nuevos poderes a las clase media y estableciese nuevos sistemas de impuestos.

El Delfín, que era un joven astuto, comprendió lo deseable de la reforma, pero tampoco quería ponerse en las manos del autoritario Marcel. Hizo todo lo que pudo para contemporar, mientras desde su lejano cautiverio en Inglaterra el rey Juan robaba tiempo a su alegre vida social para enviar

proclamas prohibiendo reunirse a los Estados Generales y declarando sin valor todo lo que decidieran.

Ciertamente, las declaraciones reales tenían poco peso por entonces. Peor aún, Carlos el Malo escapó de la prisión e hizo una alianza con Marcel. (No es que Carlos estuviese interesado en el pueblo o la reforma, sino que se unía a cualquiera, si ello favorecía a sus ambiciones.)

El Delfín tuvo que ceder. En marzo de 1357, aceptó un programa de reformas de largo alcance que limitaba considerablemente sus propios poderes. Pero ceder no era renunciar.

El Delfín apeló a su buen juicio. En verdad, era todo lo contrario de su padre; tenía el cerebro en la cabeza, y no en los bíceps. (Mas tarde, se le llamó «Carlos el Sabio».) Era un excelente orador, y no se avergonzaba de dirigirse al pueblo de París. En una serie de discursos, empezó a ganarse su adhesión, aprovechando las sospechas que muchos abrigaban sobre los motivos de las acciones de Carlos el Malo. Muchos parisienses no dejaron de observar que Carlos el Malo había llevado a París sus tropas, y que éstas incluían a mercenarios ingleses.

Pero entonces, en 1358, un nuevo

desastre cayó sobre Francia.

Su caballería había sido diezmada por sucesivas batallas, y la peste negra había hecho una matanza entre su pueblo; pero eran los campesinos quienes habían llevado la peor parte. Los campesinos no tenían jefes, ni educación, ni armas, ni poder. Todos los despreciaban, los saqueaban, les robaban y los mataban. La nobleza les ponía impuestos y les decía que su deber era pagar; el clero les cobraba el diezmo y les decía que la voluntad de Dios era que sufrieran; los comerciantes se mantenían alejados; y para los soldados eran una presa fácil.

Y ahora eran aplastados y torturados para recaudar los rescates que necesitaban los nobles capturados en la batalla de Poitiers y que esperaban cómodamente instalados en su cautiverio. Para la masa de los campesinos, sencillamente se habían pasado los límites de lo posible.

En 1358, bandas de ellos se apoderaron de garrotes y guadañas, y empezaron a atacar las casas de la nobleza, al grito de «¡Muerte a los caballeros!». Si capturaban a alguien que no tenía callos en las manos, esto era suficiente para que le dieran muerte. Como el nombre común dado al

campesino en Francia era *Jacques Bonhomme* (Santiago Buen Hombre), esa rebelión fue llamada una *Jacquerie*.

A lo largo de toda la historia ha habido rebeliones campesinas que han seguido siempre el mismo curso. Los campesinos saquean y destruyen ciegamente, y, cuando caen en sus manos miembros de las «clases superiores», los matan implacable y cruelmente, pues nunca en su vida los que están en el poder les enseñan bondad y piedad.

Pero luego el poder organizado del Estado es dirigido contra los campesinos, y entonces los rebeldes, por supuesto, son derrotados. Sobre ellos

cae toda la venganza de las encolerizadas clases superiores. Por cada uno de ellos que ha caído, pagan docenas de campesinos con horrores que igualan y superan a todo lo hecho por los campesinos.

La *Jacquerie* provocó una reacción a favor de la nobleza, y la alianza entre Carlos el Malo y Etienne Marcel se derrumbó. Carlos el Malo, que gozaba matando campesinos, condujo la lucha contra la *Jacquerie*, mientras Marcel, viendo en ellos posibles partidarios de su lucha por el gobierno de la clase media, intentó llegar a un acuerdo con ellos.

Entre la conmoción de la *Jacquerie*, el descontento por la alianza con Carlos el Malo y las suaves palabras persuasivas del Delfín, este intento de Marcel de tratar con los campesinos en rebelión le hizo perder apoyo. El 31 de julio de 1358, este comerciante que intentaba crear un gobierno del siglo XIX (con todo un parlamento representativo y una política fiscal eficaz) en la Francia del siglo XIV fue derribado y muerto en el curso de un disturbio.

Y aunque Francia parecía abrumada por los infortunios, lo peor de todo era aún el rey Juan. En Inglaterra, Juan firmó

un tratado que entregaba prácticamente todo el norte de Francia a los ingleses a cambio de su libertad. Convino en que las costas meridionales del Canal de la Mancha serían inglesas.

Ese acuerdo representaba una rendición tan total que, cuando sus términos fueron presentados en París, el Delfín Carlos dejó a un lado su lealtad hacia su padre y se negó a firmarlo. El 19 de mayo de 1359 los Estados Generales lo apoyaron. Si ese tratado era el único modo en que el rey Juan podía librarse de su cautiverio, entonces podía pudrirse en Inglaterra (aunque los Estados Generales se cuidaron de

expresarlo con estas palabras).

El rey Eduardo decidió, pues, que era tiempo de enseñar a los franceses otra lección, ya que las batallas de Crécy y de Poitiers no habían instalado suficiente sensatez en sus mentes. El 28 de octubre de 1359, desembarcó un orgulloso y brillante ejército en Calais y se dirigió a Reims, en cuya catedral eran coronados tradicionalmente los reyes de Francia. Eduardo intentaba hacerse coronar allí rey de Francia.

Pero ahora dos circunstancias se volvieron contra él. Una de ellas fue el clima. Llovió casi constantemente, y el ejército que finalmente apareció ante

Reims el 30 de noviembre estaba cubierto por el barro. En segundo lugar, por primera vez, Eduardo luchaba contra un enemigo inteligente. El Delfín Carlos no tenía ninguna intención de obligar a Eduardo a presentar una batalla campal. Cuidó de que Reims estuviese bien aprovisionada y en buena forma, y luego dejó que el ejército inglés se sentara ante sus murallas hasta congelarse.

Eduardo se instaló ante Reims durante semanas, y el tiempo era cada vez peor. Los ciudadanos de Reims se cruzaron de brazos, y no había ningún ejército francés en el horizonte para ofrecer batalla y con el que hacer

estragos. Finalmente, con pena y decepción, Eduardo tuvo que marcharse con sus hombres. Pasó el invierno haciendo correrías y saqueando los campos, mientras perdían hombres por las enfermedades y se hallaba cada vez más acosado por un populacho hostil. Y aún no había ninguna gran victoria de la cual jactarse. Ahora los ingleses sintieron las desventajas de ganar grandes victorias. El marchar a Francia y no ganar ninguna gran victoria era por sí solo una terrible derrota para ellos.

Cuando el invierno llegó a su fin, Eduardo se dirigió a París, el 30 de marzo de 1360, y se dispuso a asediarlo.

Seguramente, esto obligaría al Delfín a concederle la batalla que necesitaba desesperadamente. Eduardo hizo todo lo que pudo para forzar esa batalla. Hizo ostentación ante las murallas, envió a hombres a caballo para desafiar a cualquier francés a combate singular de la manera más insultante posible.

Los caballeros franceses podían sentirse irritados, pero el Delfín Carlos se cruzó de brazos. Hasta que los franceses no aprendiesen a combatir a la manera inglesa, no movería un dedo. Podía ser poco caballeresco; podía ser considerado una cobardía; pero prefería soportar la vergüenza a destruir la

nación. Se negó a permitir que un solo hombre saliera de las murallas de París. Que los ingleses siguieran allí sentados.

Carlos sabía lo que estaba haciendo. El ejército inglés había quedado reducido como resultado de la anterior campaña invernal y, además, carecía de provisiones. No estaba equipado para resistir una racha de mal tiempo, y lo único que los ingleses podían esperar era que los franceses luchasen, sin una verdadera esperanza de vencer, o que se rindiesen, y Carlos no haría ni una cosa ni otra.

Más tarde, el 14 de abril de 1360, un día después del Domingo de

Resurrección (un largo día que sería recordado por los ingleses como el «Lunes Negro»), una tremenda granizada cayó sobre el campamento inglés. El viento arrollador, el frío impropio de la estación, el granizo y la oscuridad no sólo arruinaron al ejército sitiador, sino que lo llenaron del supersticioso temor de que Dios se hubiese vuelto contra ellos.

El asedio fue levantado, pues la voluntad de Eduardo III se había quebrantado. Estaba harto y quería volver a su país. Aunque en ese momento no lo sabía, nunca volvería a combatir.

Dos semanas después del Lunes Negro, las negociaciones de paz entre Inglaterra y Francia se iniciaron en Bretigny, a veinticinco kilómetros al sur de París. Eduardo III no reclamó la corona y el Reino, ni siquiera reclamó todo el Imperio Angevino; se contentó con pedir la devolución de Aquitania solamente, más una pequeña ampliación de las posesiones inglesas en la región de Caláis.

Si Francia hubiese estado en condiciones de resistir, Eduardo habría tenido que transigir por menos, pero Francia se hallaba mortalmente agotada. La derrota, la peste y la insurrección

hicieron necesario para ella aceptar la paz a cualquier precio, excepto el de la muerte nacional. Por ello, el Delfín cedió y entregó Aquitania a los ingleses, aunque sin la menor intención de considerar esa cesión como definitiva.

Además, el tratado del Delfín no era tan malo como el del rey Juan. De todos modos, Inglaterra poseía considerables tierras en el sudoeste, y Aquitania estaba relativamente lejos de su base principal, era relativamente difícil de defender y relativamente difícil de usar como trampolín contra el resto de Francia. En comparación, haber cedido grandes extensiones del norte de Francia

inmediatamente del otro lado del Canal de la Mancha con respecto a Inglaterra habría dado a los ingleses una base que podía permitirles acabar con Francia.

Es notable que los representantes de las provincias cedidas protestasen vigorosamente contra la medida. Los sentimientos nacionales seguían fortaleciéndose.

Un astuto general

Por los términos del Tratado de Bretigny, Francia convenía en pagar un enorme rescate por el rey Juan (aunque nos sentimos tentados a sugerir que

habría sido mejor pagar el rescate para mantener al incapaz rey fuera de Francia). Contra el pago de una parte del rescate, el rey Juan fue embarcado para Francia, donde su gobierno restaurado sólo se señaló por un aumento de los impuestos sin ninguna finalidad.

Tras de sí, como rehén por el pago del resto del rescate, Juan había dejado a su segundo hijo, Luis de Anjou. Este hijo escapó de Inglaterra en 1362, y el rey Juan, en un ataque de dignidad caballeresca, declaró que su honor estaba en juego y retornó voluntariamente a su lujosa prisión de

Inglaterra, donde estaba más cómodo que en el trono, de todos modos. Allí murió en 1364, a la edad de cuarenta y cuatro años, más por excesos en la comida que por otra causa, después de un reinado de catorce años durante el cual se mostró más inconsciente de las responsabilidades de su posición que cualquier otro rey francés hasta su época.

En verdad, durante su breve retorno a Francia, hizo algo que, con el tiempo, resultaría más perjudicial para Francia que cualquier otro hecho de todo su incapaz reinado.

A fines de 1361, Felipe, duque de

Borgoña (un nieto de Eudes IV, cuya querrela con Roberto de Artois había contribuido a dar comienzo a la ruinosa Guerra de los Cien Años), murió sin dejar descendientes directos. El infame Carlos el Malo inmediatamente reclamó el ducado, pero las tierras sin herederos normalmente pasaban al rey, y Juan se apresuró a incorporar Borgoña a los dominios reales. En sí misma, esta medida era excelente, pues esas tierras de Francia central oriental eran fértiles y prósperas. Puestas firmemente bajo el gobierno directo de la corona, habrían compensado en gran parte la pérdida de Aquitania.

Pero el rey Juan, después de obtener el ducado, pronto lo entregó como infantazgo a su hijo menor, Felipe el Audaz, el que había luchado a su lado en la batalla de Poitiers y había compartido la prisión con él en Inglaterra. Como resultado de ello, Borgoña iba a entrar en un período de gloria cultural y militar, pero Francia iba a ser herida casi mortalmente.

Cuando el rey Juan murió, lo sucedió el Delfín, con el nombre de Carlos V «el Sabio». Necesitaba usar toda su sabiduría, y la usó. Abandonó la caballería; renunció al costoso lujo de las fiestas y los torneos, y todo boato

inútil y absurdo que sólo podía ser mantenido sobre los cuerpos postrados y hambrientos de los campesinos franceses.

Por criterios modernos, en efecto, Carlos V había sido más merecedor de la santificación que su antepasado Luis IX. Carlos era tan amable, casto y devoto como Luis, y sin embargo también hallaba cabida para la tolerancia. Se esforzó por disminuir el poder de la Inquisición y hasta intervino a veces para impedir que los judíos fuesen innecesariamente maltratados (una actitud inaudita).

Pero pese a su actitud ilustrada, se

cuidó de enemistarse con el clero, cuyo apoyo necesitaba mucho. Reforzó aún más el clima religioso de la coronación, y se hizo ungir con óleo supuestamente enviado por el Cielo en la época de la conversión de Clodoveo, el fundador del Reino Franco, ocho siglos antes.

A cambio, esperaba que el clero lo absolviera del juramento por el cual se comprometió a observar el Tratado de Bretigny, pues tenía intención de romper ese juramento.

Como convenía a su apodo de «el Sabio», estaba interesado en el saber y protegió a filósofos y científicos. Reunió más de 900 libros (un número enorme

para esa época anterior a la imprenta) y creó la primera biblioteca real en Francia.

En particular, protegió a Nicolás de Oresme, un eclesiástico de Rúan. Hizo que Oresme tradujese varios libros de Aristóteles del latín al francés, lo cual contribuyó a fijar el franciano como lengua nacional. Oresme también escribió un libro sobre teoría económica en el cual defendió vigorosamente la absoluta inviolabilidad de la acuñación como la mejor manera de estimular el comercio y la prosperidad. Carlos V adhirió a las teorías de Oresme y evitó la alteración de la acuñación, que había

sido un desastroso hábito de su padre.

Pero en todo lo que hizo tuvo siempre en cuenta la continua amenaza inglesa. Necesitaba fortalecerse. Además de reorganizar la estructura financiera del Reino, reconstruyó la flota francesa, restauró y reforzó el ejército y fortificó a París (y también embelleció sus edificios públicos). Asimismo, se esforzó para mantener en la impotencia a los Estados Generales; no porque no viese lo aconsejable de las reformas urgidas por la clase media, sino porque vio en ellos una fuente de división y partidismo que, pensaba, la nación no podía permitirse frente a la

amenaza externa.

Y lo más importante es que descubrió a un ayudante de gran valía en la persona de Bertrand Du Guesclin, un miembro de la nobleza inferior de Bretaña. Du Guesclin era un hombre combativo, tosco, feo, inculto y astuto. Había demostrado su temple en las batallas de la guerra civil de Bretaña entre dos aspirantes al trono ducal y se había desenvuelto bien contra los ingleses, con quienes luchó con admirable habilidad y reciedumbre. Era ya de mediana edad, pues tenía cuarenta años cuando Carlos V subió al trono.

Uno de los primeros actos de Carlos

como rey fue consolidar su poder en Normandía y someter aquellas partes de ésta que se hallaban aún bajo la dominación de Carlos el Malo de Navarra. Este dependía aún del apoyo inglés y estaba maquinando impedir la coronación, pues seguía soñando con la corona.

Las fuerzas reales fueron puestas bajo el mando de Du Guesclin, quien, a unos cien kilómetros al oeste de París, infligió una señalada derrota a las fuerzas de Carlos el Malo y destruyó su poder. Las noticias llegaron a Reims dos días más tarde, el 18 de mayo de 1364, justamente mientras Carlos V estaba

llevando a cabo las ceremonias de la coronación, y ello fue considerado como un buen augurio.

Después de la batalla, Du Guesclin volvió a Bretaña para luchar por su duque contra los ingleses. Allí su fortuna cambió. El duque fue muerto y Du Guesclin capturado. Carlos V, quien sabía que no podía prescindir del rudo bretón, rápidamente ofreció por él un rescate de 40.000 francos de oro.

Carlos V tenía reservada a Du Guesclin otra tarea. Carlos el Malo, incapaz de mantenerse en el norte de Francia, había vuelto a sus tierras navarras y allí se puso a buscar nuevos

aliados. En particular, hizo propuestas al Reino de Castilla, que estaba al oeste de Navarra y hoy forma parte del país que llamamos España. Estaba por entonces gobernado por Pedro, llamado por los historiadores (y por su propio pueblo) «Pedro el Cruel».

Carlos esperaba obtener buenos resultados en esta empresa porque Pedro estaba en conflicto con Francia. Esta, al parecer, antes había intentado formar una alianza con Castilla para obligar a los ingleses del sudoeste de Francia a luchar a ambos lados de los Pirineos y, de este modo, enfrentarse con una guerra en dos frentes. Para sellar esta alianza,

se concertó un matrimonio, en 1353, entre Pedro el Cruel y Blanca de Borbón, una princesa de la casa real Capeta.

Pero el joven rey castellano estaba desesperadamente enamorado de una beldad local, María de Padilla, y, después de pasar por el formalismo del matrimonio, pensó que eso era suficiente. Abandonó a su esposa al día siguiente, la puso en prisión y cuando, ocho años más tarde, ella murió, inmediatamente circuló el rumor de que había sido envenenada por orden de su marido.

Pero Pedro tenía un medio hermano

mayor, Enrique de Trastámara, quien no podía realmente aspirar al trono porque era un hijo legítimo. Pero Enrique aspiró al trono de todos modos y, después de varios intentos sin éxito en esa dirección, se marchó a Francia en 1356, con la esperanza de encontrar aliados allí. El maltrato por Pedro de una princesa francesa había enemistado con él a la nobleza francesa y creado entre ésta una fuerte simpatía por las aspiraciones de Enrique. Sólo los problemas con Inglaterra impidieron que Francia emprendiese una acción enérgica.

Pero entonces, en 1366, con la

situación estabilizada en el norte, Carlos V decidió que la vieja querrela con Pedro, sumada a la sospecha de que ahora Pedro se aliaría con Carlos el Malo, hacía necesario enviar a Du Guesclin al sur. La expedición serviría a dos propósitos. Si tenía éxito y Enrique de Trastámara era colocado en el trono de Castilla, su ayuda contra los ingleses de Aquitania sería segura y podía ser enormemente útil. Por otro lado, ganase o perdiese, la expedición serviría para quitarse de encima a las bandas de soldados-bandidos (las llamadas «Compañías Libres»), que estaban dispuestos a combatir por cualquiera

que les pagase y que, entre las batallas, se dedicaban a saquear y torturar campesinos.

Du Guesclin reunió a 30.000 de esos bandidos y, con Enrique de Trastámara a cuestas, marchó hacia el sur, haciendo un rodeo por Aviñón. Pese a todos los problemas de Francia desde la subida al trono de Felipe VI, se mantenía la victoria francesa sobre el papado. Du Guesclin pidió respetuosamente al papa una gran suma de dinero, y éste, al observar que 30.000 bandidos de la peor calaña estaban rodeando la ciudad, no consideró juicioso negarla. Luego, Du Guesclin siguió hasta los Pirineos y

los cruzó.

Pedro el Cruel, al verse en serias dificultades, hizo lo inevitable. Llamó en su ayuda a Eduardo, el Príncipe Negro, a quien su padre había hecho gobernante de Aquitania. El Príncipe Negro, cuyo gobierno era incompetente y que hallaba mayores goces en las simplicidades de la batalla que en las complejidades de la paz, respondió jubilosamente al llamado.

Así se reanudó la guerra entre Inglaterra y Francia, de manera no oficial, en suelo español. Los dos ejércitos, con contingentes castellanos en ambas partes, se encontraron en

Nájera, a 300 kilómetros al norte de Toledo, la capital castellana, el 2 de abril de 1367. Nuevamente, los arqueros de arcos largos ingleses actuaron vigorosamente y fueron especialmente eficaces contra los castellanos, que nunca se los habían encontrado antes. Los caballeros franceses, con armadura más pesada que nunca, no fueron afectados, relativamente, por las flechas y lucharon valientemente y con eficiencia, pero la derrota castellana fue decisiva.

Fue una derrota francesa; Du Guesclin fue hecho prisionero y tuvo que ser rescatado una vez más a buen precio.

Sin embargo, las Compañías Libres fueron prácticamente barridas, algo no muy desafortunado para Francia; Enrique de Trastámara escapó del escenario de la batalla, para tratar de volver algún día.

La victoria también fue costosa para el Príncipe Negro. Había gastado una gran cantidad de dinero que había tenido que arrancar por extorsión a sus ya desafectos súbditos aquitanos. A modo de gratitud recibió muy poco de Pedro el Cruel, con quien pronto riñó y a quien abandonó. Además, su salud quedó arruinada. El Príncipe Negro cayó enfermo en España y nunca se recuperó

realmente.

Hasta como hecho militar la victoria fue inútil, pues Enrique pronto volvió, con nueva ayuda de Francia y nuevos refuerzos conducidos por Du Guesclin. En una nueva batalla librada el 14 de marzo de 1369 en Montiel, a 160 kilómetros al sudeste de Toledo, en la cual no intervino el Príncipe Negro, el resultado se invirtió. Enrique de Trastámara obtuvo la victoria y Pedro fue tomado prisionero. Los hermanos lucharon en combate singular y Pedro fue muerto.

Enrique de Trastámara reinó con el nombre de Enrique II durante los diez

años siguientes y siguió siendo un firme y leal aliado de Francia. Todos los futuros gobernantes de España de los siguientes cinco siglos y medio descenderían de él.

Carlos V, establecida la alianza con Castilla, estaba dispuesto a reiniciar la guerra en la misma Francia. La nobleza aquitana, cada vez más agitada por las exacciones inglesas, apeló a Carlos como su soberano. En la teoría feudal, el Príncipe Negro era vasallo del rey de Francia y podía ser llamado a rendir cuentas. Carlos ordenó al Príncipe Negro que compareciese ante él. El Príncipe se negó, por supuesto,

amenazando acudir, si lo hacía, con un ejército tras de sí.

Pero no podía hacerlo fácilmente, y Carlos lo sabía bien, pues como secuela de la enfermedad que cogió en España el Príncipe Negro no podía montar a caballo.

La negativa del Príncipe Negro fue usada por Carlos V para argüir que el Tratado de Bretigny había sido violado por los ingleses, y se reanudó la guerra.

Eduardo III sostuvo, como es de suponer, que fueron los franceses quienes habían violado el Tratado y se proclamó otra vez rey de Francia, y nuevamente un ejército inglés

desembarcó en Calais. Pero ahora Eduardo III había estado en el trono desde hacía cuarenta años y estaba cayendo rápidamente en la senilidad. No condujo el ejército en persona, sino que puso al frente de éste a su cuarto hijo, Juan. Juan había nacido en Gante, Flandes, en 1340, poco antes de la batalla de Sluis, y era llamado a veces Juan de Gante, por consiguiente.

Así, hubo una invasión de Francia en dos frentes, en 1369, por dos de los hijos del rey inglés. Juan de Gante se lanzó al sudoeste desde Calais, y el Príncipe Negro hacia el noreste desde Burdeos. En el curso de esta ofensiva, el

Príncipe Negro llevó a cabo su última hazaña militar.

Limoges, a 175 kilómetros al noreste de Burdeos, era una ciudad aquitana nominalmente bajo dominación inglesa. Pero declaró abiertamente su fidelidad a Francia. Furioso, el Príncipe Negro hizo que sus hombres tomaran la ciudad en 1370, mientras él contemplaba la lucha desde una litera, pues estaba demasiado enfermo para trasladarse de otra manera. Después de tomada la ciudad, el Príncipe Negro ordenó vengativamente que sus habitantes fuesen pasados a cuchillo. Y como habitualmente ocurre con el terrorismo, tuvo el efecto de

volver a la población aún más enconadamente contra los terroristas.

El Príncipe Negro no pudo hacer más. Se quedó en Burdeos unos pocos días más y luego retornó a Inglaterra; su enfermedad no cedía. Sus hazañas y las de su padre fueron inmortalizadas por un poeta francés, Jean Froissart, nacido en Flandes alrededor de 1337. Creció mientras Flandes estaba aliada con Inglaterra, durante las primeras décadas de la Guerra de los Cien Años, y siguió siendo pro inglés toda su vida.

Hacia el final de su vida, escribió una historia de su época, las *Crónicas de Francia, Inglaterra, Escocia y*

España, en la que trata de los sucesos ocurridos entre 1325 y 1400, en particular de la Guerra de los Cien Años. Es considerada la mayor obra histórica de la Edad Media, pero da mucha importancia al espíritu de la caballería. Glorifica e idealiza las batallas caballerescas, donde los grandes héroes son los dos Eduardos, padre e hijo. No contiene prácticamente nada sobre otras cosas; sólo hace una breve mención de la peste negra, por ejemplo.

Sin embargo, pese al relato de Froissart, el heroísmo caballeresco no fue decisivo, particularmente contra

Carlos V y Du Guesclin. El esfuerzo del Príncipe Negro fracasó después de la matanza de Limoges, y Juan de Gante tampoco consiguió nada.

Carlos V rompió con la tradición al nombrar a Du Guesclin condestable de Francia, esto es, comandante en jefe de las fuerzas francesas, cargo habitualmente reservado a algún noble de alto rango pero incompetente. Bajo Du Guesclin, el ejército francés siguió una regla cardinal: no se librarían grandes batallas. Los franceses llevarían una guerra de guerrillas.

Por ello, cuando Juan de Gante avanzó, efectuando una deliberada

destrucción, para inducir a los franceses a presentar batalla, Du Guesclin se esfumó ante él, para reaparecer sólo en veloces incursiones contra sus flancos y contra grupos aislados de hombres. Con el tiempo, Juan perdió la mitad de su ejército y no conquistó gloria alguna. En 1373, Juan hizo un nuevo intento, con el mismo resultado.

Y mientras los ejércitos ingleses se pavoneaban y hacían alardes, Du Guesclin libró una serie de batallas que iban royendo los territorios dominados por los ingleses. Se especializó en ataques nocturnos, que los ingleses denunciaban indignadamente como «no

caballerescos», pero que lograban sus fines. Los territorios dominados por los ingleses se contrajeron constantemente, distrito por distrito, castillo por castillo.

La política de Du Guesclin en España mostró todo su valor cuando la flota castellana se unió a la de Francia para derrotar a los ingleses en el mar, a ciento setenta kilómetros al norte de Burdeos. La dominación inglesa del mar desapareció por un tiempo y esto separó a Aquitania de Inglaterra y ayudó enormemente a la política de Du Guesclin.

En 1376, la prolongada enfermedad del Príncipe Negro terminó con su

muerte, y medio año más tarde, en 1377, también murió Eduardo III. Subió al trono inglés el hijo del Príncipe Negro de diez años de edad, Ricardo II (que había nacido en Burdeos). En 1380 murió Du Guesclin, y también Carlos V. Le sucedió en el trono francés el Delfín de once años, que reinó con el nombre de Carlos VI.

Para entonces, prácticamente todas las conquistas inglesas en Francia, después de cuarenta años de lucha, habían desaparecido. Pacientemente, Carlos V y Du Guesclin, en una guerra de guerrillas en la que no hubo una sola batalla importante, invirtieron el

resultado de las batallas de Sluis, Crécy y Poitiers. El gran esfuerzo inglés había terminado en la nada.

Los asentamientos ingleses en el sudoeste y el noreste eran tan pequeños y precarios a la muerte de Eduardo III como lo eran cuando subió al trono, medio siglo antes. Y Francia era tan grande y estaba tan unida (en el mapa) como lo había estado al subir al trono Felipe IV. Con el Delfinado y Borgoña en manos capetas y con la alianza de Castilla, hasta podía parecer aún más grande y más unida.

Pero el mapa no dice toda la verdad. Una generación de guerra, insurrección y

peste había hecho disminuir su población, su riqueza y su fuerza. Pese a lo que mostrase el mapa, Francia había decaído enormemente desde la posición que tenía bajo Felipe IV.

Los tíos del Rey

Para Francia, la muerte de Carlos V y Du Guesclin fue un desastre, pues faltaron del gobierno su firmeza y su sabiduría. Peor aún, el nuevo rey, Carlos VI, sólo era un niño. Y peor aún, el nuevo rey tenía tíos interesados solamente en el aumento de su poder personal.

Para empezar, había tres tíos: Luis de Anjou, Juan de Berri y Felipe el Audaz de Borgoña.

El mayor de ellos era Luis de Anjou. Había sido antaño rehén por su padre, Juan II, y su huida de la prisión inglesa había sido la excusa de Juan para volver a su dorado cautiverio. Pero Luis de Anjou era el menos peligroso de los tíos, porque sus ambiciones estaban fuera de Francia. Era tataranieto (por su abuela) de Carlos de Anjou, que antaño había gobernado brevemente Nápoles y Sicilia. A causa de esto, Luis anhelaba nada menos que el título de rey. La reina de Nápoles, Juana, fue persuadida a que

adoptase a Luis de Anjou (su sobrino segundo) como su sucesor, y cuando Juana murió, en 1382, Luis se marchó a reclamar su reino. Pero en 1384 murió, con sólo el título de rey, sin haber logrado hacerlo efectivo.

En cuanto a Juan, duque de Berri, llevaba una vida lujosa. Financiaba hermosos edificios, compraba grandes obras de arte y protegía a artistas y literatos, todo a expensas de sus súbditos, a quienes ponía implacables impuestos. Hizo lo que pudo para expandir su ducado a expensas de los dominios reales, y también hizo todo lo que pudo para concertar la paz con

Inglaterra (pues sólo así podía continuar su vida lujosa con seguridad).

Felipe el Audaz de Borgoña, como Juan de Berri, estaba interesado principalmente en extender sus posesiones personales. En 1369 se había casado con Margarita de Flandes, hija de Luis de Male, por entonces conde de la región. Luis de Male sucedió a su padre, después de morir éste durante la matanza de la batalla de Crécy (él también había estado presente, cuando tenía dieciséis años, pero había escapado con vida), y no tenía hijos varones. Carlos V, con clara conciencia de la importancia de Flandes y de sus

permanentes sentimientos proingleses, estaba seguro de que, si no se hacía algo, Margarita se casaría con algún príncipe inglés, y entonces Flandes estaría unida a Inglaterra tanto política como económicamente. Para impedirlo, alentó vigorosamente el casamiento con Felipe de Borgoña.

Carlos no era ningún tonto, desde luego. Veía bien que una unión de Flandes y Borgoña estaría tan cargada de problemas casi como una unión de Flandes e Inglaterra. Su intención sólo era impedir ésta, no promover la primera. Por ello, obligó a Felipe el Audaz a jurar que no pretendería el

gobierno de Flandes fundándose en su matrimonio. Felipe pensó que Carlos era mayor que él y bastante enfermizo. Esperaba sobrevivir a su real hermano, y por ello juró sin poner peros.

Después de la muerte de Carlos V, la exorbitante política fiscal de Luis de Anjou provocó revueltas contra los impuestos en toda Francia, y particularmente en París. Aprovechando estos desórdenes, el pueblo de Flandes se rebeló bajo la conducción de Felipe Van Artevelde, hijo de aquel Jacobo que había hecho tanto para impulsar a Eduardo III a la guerra con Francia, medio siglo antes.

El joven Van Artevelde siguió la táctica de su padre y ofreció reconocer a Ricardo II como rey de Francia a cambio de ayuda militar. Pero el joven no era como Eduardo y no se movió, sobre todo porque ahora le tocó el turno a Inglaterra de pasar por una revuelta campesina.

Felipe el Audaz, yerno de Luis de Male, que había esperado por más de una década la muerte de su hermano y de su suegro, no tenía ninguna intención de dejar escapar su herencia. Llevó un gran ejército francés a Flandes, y en Roosebeke, a ciento diez kilómetros al este de Courtrai, la caballería francesa

se enfrentó nuevamente con los habitantes urbanos flamencos. La batalla se libró el 27 de noviembre de 1382. Esta vez, el ejército francés era mayor y su ataque fue más cuidadoso. Después de una dura lucha, Van Artevelde fue muerto y los flamencos fueron arrollados.

Los franceses no habían olvidado su vergonzosa derrota de Courtrai. Después de matar a los piqueros flamencos en el campo de batalla, buscaron la iglesia donde estaban colgadas las espuelas de oro que eran las reliquias de esa batalla. Quemaron la iglesia y mataron a los habitantes de la ciudad que no habían

tenido la previsión de huir. Felipe el Audaz desencadenó en Flandes una represión salvaje e implacable, e iba a pasar mucho tiempo antes de que los habitantes de las tierras bajas osasen hacer valer sus derechos.

Los últimos focos de resistencia flamenca fueron suprimidos en 1384, pero tan pronto como Luis de Male fue afirmado en su posición, murió. Ahora Felipe debía recordar su juramento de no reclamar el condado, pero fue una tarea fácil para él persuadir a su despreocupado sobrino de dieciséis años, Carlos VI, a que le concediese el favor de tomar Flandes.

Así, a sus ricos y fuertes dominios del este de Francia, Felipe añadió las opulentas ciudades de Flandes. Aunque sólo fueron duques, él y sus descendientes se convirtieron en los señores más ricos de Francia, más ricos que el rey. Y llegaría un tiempo en que Borgoña-Flandes sería la tierra más rica y más culta de toda Europa.

Después de esto, los desórdenes en París también fueron brutalmente reprimidos, y el Reino quedó en calma. Se hicieron preparativos para la reanudación de la guerra con Inglaterra en condiciones que parecían favorables, pues el gobierno de Ricardo II era débil

y la nobleza inglesa reñía por el poder tan ávidamente como la nobleza francesa. En 1386, Francia hasta pareció a punto de lanzar una invasión de Inglaterra. Barcos para tal fin fueron reunidos en los puertos del Canal de la Mancha, y luego todo quedó en nada. A último momento, presumiblemente, los reales tíos de Berri y Borgoña decidieron que no tenían nada que ganar de una guerra importante.

Obviamente, interesaba a los tíos mantener a Carlos VI como rey-títere e hicieron lo posible para inducirlo a llevar una vida de diversiones y de fútil agitación, para que se alegrase de

dejarles a ellos la tarea del gobierno. Su padre, Carlos V, conociendo su débil constitución y previendo que cuando él muriese su hijo todavía sería un niño, dispuso que los catorce años eran la edad a la cual un rey podía ser considerado suficientemente mayor como para gobernar por sí mismo. Fue un intento de abreviar la regencia todo lo posible. Pero Carlos VI llegó a su décimo cuarto cumpleaños y lo pasó sin hacer ningún intento de asumir el gobierno.

Sólo al final de su adolescencia Carlos VI empezó a enfadarse de ser tratado como un menor. El 2 de

noviembre de 1388, sólo un mes antes de cumplir los veinte años, declararía que se haría cargo del gobierno. Los tíos argumentaron suavemente contra esta actitud, pero Carlos se mantuvo firme, y era claro que la opinión pública estaba a su favor.

Naturalmente, todos los males del Reino fueron atribuidos a la política rapaz de los tíos, y se esperaba que el gobierno de Carlos VI señalase un cambio positivo. Hasta se firmó una nueva tregua con los ingleses por la cual éstos se veían obligados a evacuar otras posesiones.

Pero Carlos VI continuó interesado

solamente en las diversiones. Era irresponsable, fastuoso y despreocupado, pero al menos confió la conducción del gobierno a los consejeros de su sabio padre, por lo que existía la posibilidad de persuadir al alegre joven a que asumiese su tarea más seriamente.

Desgraciadamente, la vida de continuos placeres parecía haber debilitado la constitución del rey. En abril de 1392, mientras se mantenían discusiones sobre la posibilidad de firmar un tratado de paz completo entre Inglaterra y Francia, las negociaciones cayeron en el desorden a causa de una

enfermedad del rey. Carlos VI fue cogido por una fiebre suficientemente elevada como para provocarle convulsiones y, presumiblemente, causarle daños en el cerebro.

El rey aparentemente se recuperó, y más tarde, ese mismo año, insistió en conducir una expedición a Bretaña para castigar un intento de asesinato del condestable de Francia. Fue un verano extraordinariamente caluroso, y en el camino cayó nuevamente presa de la fiebre. Otra vez se recuperó y, contra el consejo de todos, empezó de nuevo.

El 5 de agosto de 1392 (se cuenta), un hombre vestido todo de blanco salió

repentinamente de un bosque. Se lanzó hacia la columna de hombres en marcha, cogió la brida del rey y gritó: «¡Detente, noble rey, no sigas adelante, has sido traicionado!»

El sorprendido rey siguió avanzando, pese a la advertencia, cuando el paje que llevaba la lanza del rey la dejó caer, accidentalmente, y golpeó sonoramente un escudo.

Eso fue el fin. El rey sacó su espada aterrizado y empezó a arremeter contra los que estaban a su alrededor. Fue reducido con dificultad, y era evidente que se había vuelto loco. Desde ese momento, nunca se recuperó

por largo tiempo. Había sido llamado «Carlos el Bien Amado» (¿quién no ama a un monarca niño?), pero ahora es conocido en la historia como «Carlos el Loco».

8. En el fondo

La Guerra Civil

Todo lo que Carlos V había ganado para Francia quedó ahora al borde del abismo, y nuevamente Francia fue golpeada por un desastre imprevisto.

Si Carlos VI se hubiese vuelto loco en forma clara y permanente, las cosas no habrían marchado tan mal, pues podía haberse establecido una regencia fuerte y duradera. Pero no ocurrió así. Por el resto de su largo reinado, que

continuaría treinta años más, el rey alternaría los períodos de locura con los de cordura, cada uno de los cuales duraba en promedio la mitad de un año, aproximadamente. Y cuando estaba cuerdo, trataba de gobernar.

El resultado fue que no hubo ninguna continuidad en el gobierno, ninguna seguridad en la adopción de decisiones. Hubo una anarquía casi total, y los nobles revoloteaban como buitres.

Felipe el Audaz se hizo cargo del gobierno inmediatamente, y lo retuvo a intervalos. Ahora que gobernaba

Flandes estaba más interesado que nunca en una paz total con Inglaterra,

para asegurarse la vacilante lealtad de sus nuevos súbditos. El rey inglés, Ricardo II, en lucha con su propia nobleza, estaba igualmente ansioso de lograr la paz. En 1396, se acordó un matrimonio entre Ricardo II (viudo por entonces) e Isabel, una hija menor de Carlos VI. Aunque no se pudo negociar una paz total, la tregua entonces existente fue extendida a veintiocho años adicionales.

Eso fue beneficioso. Felipe podía desear la paz por sus propios motivos egoístas, pero cualesquiera que fuesen los motivos, el resultado era una bendición para Francia. Pero Felipe

también usaba a su antojo el tesoro real, política que lo puso en contacto con el hermano menor del rey Carlos, Luis de Orleáns. Luis había sido un favorito del rey durante el breve período de gobierno personal de éste (y también un favorito de la reina Isabel de Batiera) y pensaba que tenía derechos prioritarios sobre el tesoro.

Ambos hombres eran enormemente ambiciosos, y entre el tío del rey y el hermano del rey se inició una rivalidad que se iba a convertir en una sangrienta enemistad y luego en una guerra civil que arruinaría a Francia.

Luis de Orleáns se había casado con

la hija del duque de Milán y soñaba con construirse un reino en Italia (el mismo sueño quimérico que había tenido primero Carlos de Anjou). Para esto, necesitaba dinero con el cual alquilar soldados, y le fastidiaba que Felipe de Borgoña metiera sus manos en el tesoro.

En cuanto a Felipe, también tenía mucha necesidad de dinero. En primer lugar, era un patrón de las artes, munificente con los poetas y los pintores, con proyectos de construir grandes edificios y apreciaba mucho las joyas finas. Su corte de Dijon era suntuosa... y terriblemente costosa. Además, tenía (para colmo) problemas

concernientes a cruzadas.

Los franceses habían perdido sus últimas posesiones en Tierra Santa un siglo antes, en 1291, y Occidente más o menos se había resignado a la pérdida permanente de Jerusalén. Pero ahora surgieron peligros nuevos y más cercanos.

No mucho después de que los últimos cruzados abandonasen Tierra Santa, un nuevo grupo de turcos, los turcos otomanos, iniciaron una constante expansión. Por la época de la batalla de Crécy, esos turcos, después de crear un pequeño reino en el noroeste de Asia Menor, cruzaron el Helesponto hacia la

parte europea, en respuesta al llamado de una de las dos facciones bizantinas enfrentadas. Por primera vez los turcos aparecieron en Europa (y nunca la abandonarían).

En el medio siglo siguiente, el poder de los turcos otomanos se expandió inexorablemente. En 1389, derrotaron a los serbios en la batalla de Kosovo y se adueñaron de casi toda la Península Balcánica, mientras en Asia se expandieron por casi toda Asia Menor. El Imperio Bizantino quedó reducido a poco más que la ciudad de Constantinopla y unos pocos distritos exteriores, por lo que envió al Oeste un

desesperado llamado de ayuda.

La frontera turca en Europa ahora lindaba con el Reino de Hungría, que estaba bajo el gobierno de Segismundo, cuya esposa, María, era descendiente de Carlos de Anjou. Segismundo también pidió ayuda y, en 1396, el papa predicó una cruzada, como en los viejos tiempos. (A la sazón, había dos papas, uno en Roma y otro en Aviñón —pues la continua debilidad de Francia había permitido que surgiese un movimiento de retorno a Roma que tuvo éxito—, pero ambos papas predicaron la cruzada.)

La frontera turca estaba ahora a 960

kilómetros de Borgoña. Había puestos avanzados turcos más cercanos de París que de Jerusalén. Los franceses respondieron al llamado.

Al frente de los caballeros occidentales estaba un francés de veinticinco años, Juan de Nevers, hijo de Felipe el Audaz. Reunió un suntuoso grupo de caballeros, para el cual su padre tuvo que hallar dinero necesario.

Los caballeros se reunieron con el ejército húngaro en Budapest, a orillas del Danubio, y con gran alborozo marcharon aguas abajo. Llegaron a un puesto avanzado turco, en Vidin, que tomaron por asalto. Toda la campaña

parecía una fiesta y avanzaron otros ciento sesenta kilómetros, hasta Nicópolis, en lo que es hoy la frontera central septentrional de Bulgaria.

Allí, el 28 de septiembre de 1396, la caballería francesa avistó a las tropas de vanguardia turcas. Segismundo de Hungría, que conocía un poco a los turcos, propuso hacerles frente con sus fuerzas mientras los caballeros occidentales se mantenían en reserva para cuando apareciese el ejército turco principal. Los caballeros abuchearon la propuesta. A fin de cuentas, no habían aprendido nada. Las reglas de la caballería exigían que avanzasen y

arrollasen todo a su paso. Avanzar en línea recta, eso era lo que querían, como en Courtrai, Crécy y Poitiers.

Avanzaron en línea recta, aplastando a las tropas turcas, dispersándolas... y dispersándose ellos mismos en su persecución. Luego, ya cansados y desorganizados, repentina e inesperadamente, se hallaron frente a la formidable hueste del sultán turco, Bayaceto. Había tenido que levantar el sitio de Constantinopla para marchar hacia el norte, y por consiguiente estaba de muy mal humor. La marea de la batalla cambió y rápidamente se convirtió en otra matanza de caballeros

franceses.

Muy pocos de los caballeros se salvaron, pero entre esos pocos estaba Juan de Nevers. Para que pudiera regresar, Felipe el Audaz tuvo que exprimir a sus súbditos y al tesoro francés hasta obtener 200.000 ducados de oro. Juan de Nevers, por su conducta en esta batalla, fue luego llamado «Jean Sans Peur», es decir, «Juan Sin Miedo», aunque una estimación más justa del valor de la bravura en las condiciones de la batalla de Nicópolis le habría otorgado el nombre de «Juan el Estúpido».

En 1404, Felipe el Audaz murió, y

Juan Sin Miedo le sucedió como duque de Borgoña. Pero en los últimos años de Felipe, Luis de Orleáns había obtenido un completo dominio sobre la reina Isabel (se difundió el rumor de que el bello Luis le proporcionó el amor que el rey loco no podía darle) y, mediante ella, sobre el periódicamente loco Carlos VI. Por lo tanto, dominaba en el gobierno.

Este hecho causó resentimiento en Juan Sin Miedo, pues creía que, habiendo heredado las tierras de su padre, debía heredar también el poder de su padre sobre el tesoro real.

Si hubiese habido una seria amenaza

externa, los príncipes en conflicto se habrían visto obligados a resolver sus diferencias de algún modo, pero ocurrió que Francia, en ese momento, tenía total libertad para suicidarse. Ricardo II de Inglaterra había sido depuesto y muerto por un primo, quien reinó como Enrique IV, y el nuevo rey inglés tuvo que enfrentarse con cierta cantidad de señores rebeldes. Inglaterra estaba fuera de juego, y Francia podía permitirse ir a la guerra civil, si lo deseaba. (A Carlos el Malo le habría encantado pescar en esas aguas revueltas, pero había muerto en 1387.)

La querrela entre Orleáns y Borgoña

se agudizó, y ambas partes empezaron a reunir arma y a maniobrar para buscar aliados y posiciones. Si Luis de Orleáns dominaba a la reina, Juan de Borgoña dominaba al Delfín Luis, que se había casado con la hija de Juan. Si Luis de Orleáns ahora dominaba el gobierno y el tesoro, su vida fastuosa provocaba protestas contra el despilfarro y el soborno, y Juan empezó a adoptar la pose de reformador fiscal y a respaldar a la clase media.

El único tío restante del rey, Juan de Berri, vio que la situación se acercaba a una guerra civil abierta y trató de impedirla. El 20 de noviembre de 1407,

logró que Juan de Borgoña y Luis de Orleáns se encontrasen en una especie de «reunión en la cumbre». Hizo que cenasen juntos y se prometiesen amistad.

Indudablemente, ninguno de ellos hablaba en serio, pero Juan Sin Miedo puso sus planes en práctica más rápidamente. El 23 de noviembre de 1407, Luis de Orleáns volvía del palacio del rey a su propia mansión con unos pocos adeptos suyos. Era bastante temprano, de modo que las tiendas debían estar abiertas y sus luces encendidas, iluminando las calles de forma que fuese más fácil ver a posibles atacantes y estar dispuestos a hacerles

frente. Pero las tiendas estaban cerradas y las calles oscuras. Luis debe de haberse sentido intranquilo al observar esto, pero, si fue así, era demasiado tarde. En determinado punto del camino, él y sus hombres fueron repentinamente atacados y Luis despedazado.

Juan Sin Miedo admitió osadamente que había alquilado a los asesinos y dijo que había hecho matar a Luis por su vida lujosa y su tiranía, y para salvar al pueblo de Francia de impuestos injustos. Los comerciantes de París se deleitaron al escucharlo y Juan se convirtió en su héroe. La nobleza, en cambio, se volvió contra Juan y adhirió a Carlos, el hijo de

trece años de Luis, quien ahora le sucedió como duque de Orleáns.

Entre los más enérgicos de los que se alinearon con Carlos de Orleáns contra Juan Sin Miedo figuraba Bernardo VII, conde de Armagnac, distrito de Francia meridional, situado a unos ochenta kilómetros al oeste de Tolosa. En 1410, Carlos de Orleáns se casó con la hija de Bernardo, y los miembros de su facción fueron llamados los «armañacs». Después de eso, hubo una guerra abierta entre armañacs y borgoñones. (En el curso de esta lucha, en 1414, hizo su aparición el arcabuz, el antepasado distante del rifle moderno y

la primera arma de fuego portátil que entró en uso.)

Los armañacs eran fuertes entre la nobleza, en el sur y el sudeste particularmente, y eran contrarios a Inglaterra. Los borgoñones tenían fuerza en la clase media y los intelectuales, particularmente en el norte y el noreste, y favorecían un acuerdo con Inglaterra.

Durante algunos años después del asesinato de Luis de Orleáns, Juan Sin Miedo conservó el control de París. Allí alentó a la clase media, conducida por un carnicero llamado Simón Caboche. En mayo de 1413, se establecieron las «Ordenanzas Cabochianas», por las

cuales el gobierno estaría a cargo de tres concejos regularmente constituidos y en las que se instituían otras reformas, destinadas a poner fin al gobierno arbitrario.

Nuevamente, se manifestó una aspiración al gobierno representativo y contra la autocracia, como en tiempo de Marcel, medio siglo antes.

Pero los seguidores de Caboche eran demasiado desenfrenados y estridentes. La gente de la ciudad más reposada se sintió atemorizada y hubo una reacción a favor de los armañacs. En agosto, Carlos de Orleáns llevó sus fuerzas a París, en la que entró en medio de los

vítores del pueblo. Juan Sin Miedo no llevó su falta de miedo hasta el punto de no marcharse apresuradamente a Flandes en busca de la seguridad.

Los armañacs eran el partido de la caballería medieval e inmediatamente hicieron trizas la reforma de Caboche y restauraron las viejas costumbres.

Un desastre contra todo lo previsible

Juan Sin Miedo no pudo resistir a la fatal debilidad de otros nobles franceses del período. Como Roberto de Artois y

Carlos el Malo, no vaciló en reaccionar ante su derrota apelando al enemigo nacional. Pidió ayuda a los ingleses, y recibió mucha más de la que esperaba.

El rey inglés, Enrique IV, no había podido actuar libremente en el curso de su agitado reinado. Tuvo que hacer frente a varias rebeliones y no pudo sacar ventaja de la guerra civil francesa más que enviando de vez en cuando algunos arqueros.

Pero en 1413, medio año antes de que Juan Sin Miedo fuese expulsado de París, Enrique IV murió. El llamado de Juan, pues, llegó al joven y vigoroso hijo del viejo rey que ahora gobernaba

con el nombre de Enrique V. Momentáneamente, Inglaterra estaba en calma; los rebeldes habían sido derrotados. El joven Enrique V quiso mantener esta situación, de modo que sintió la necesidad de alguna gloriosa aventura externa para sofocar las divisiones internas. Brindando a la nación victorias que celebrar, quizá podía hacer que los ingleses se olvidaran de que su padre había usurpado el trono. Puesto que Francia estaba sumida en su lamentable guerra civil y la facción borgoñona se mostró más bien dispuesta a luchar junto con los ingleses que contra ellos, parecía un

buen momento para iniciar una nueva invasión y volver a la situación de los días de Eduardo III.

Enrique V reclutó una fuerza de seis mil hombres con armadura y veinticuatro mil arqueros de arcos largos, y cruzó con ellos el Canal de la Mancha para desembarcar en Normandía, como Eduardo III había hecho setenta años antes.

Las fuerzas de Enrique V desembarcaron en Harfleur el 14 de agosto de 1415. Este desembarco en Harfleur, en vez de la base inglesa de Calais, fue un buen golpe estratégico. Harfleur, en la desembocadura del río

Sena era por entonces el puerto más importante del Canal que estaba en poder de Francia. Si Enrique podía tomarlo, completaría la dominación del Canal y en adelante podría invadir Francia y aprovisionar sus fuerzas a su antojo.

Puso a Harfleur bajo sitio y lo mantuvo por cinco semanas sin interferencia por parte de los franceses. En Harfleur usó cañones. Estos eran de limitada efectividad, pero presentaban un gran avance con respecto a las primitivas «bombardas» de Crécy.

La inacción de los franceses durante el asedio fue en parte resultado de su

adhesión a las tácticas de Du Guesclin de no ofrecer nunca a los ingleses una batalla campal importante. Por otro lado, los armañacs acababan de consolidar su dominación de París, y Juan Sin Miedo, lejos, en Flandes, seguramente retornaría si los armañacs se desplazaban aguas abajo del Sena.

Aunque la respuesta francesa tenía toda la apariencia de ser una cobardía, era militarmente correcta y era el modo apropiado de destruir a Enrique. El 22 de septiembre de 1415 Harfleur se rindió, pero a la sazón al menos la mitad del ejército de Enrique, por deserción o por muerte en batalla o por las

enfermedades, había desaparecido. No faltaron quienes le aconsejaron que se contentase con la ciudad que había capturado y retornase a Inglaterra. Pero Enrique no lo hizo. Volver con sólo los restos de su ejército, con un solo asedio y una sola ciudad tomada como fruto del esfuerzo, equivalía prácticamente a una derrota, sobre todo puesto que los franceses podían retomar la ciudad tan pronto como se marchase. Tenía que disponer de algo mejor para mostrar.

Con esta idea, aparentemente, decidió marcharse rápidamente a Calais, reequipar y restablecer su ejército, tal vez reforzarlo, y realizar alguna gran

hazaña antes de retornar. Contaba con que los franceses no impedirían su marcha, ya que se mostraban tan vacilantes en presentarle batalla.

Dejando parte de sus fuerzas para que cuidasen de Harfleur, se dirigió por la costa a Calais, el 8 de octubre de 1415. Su ejército, ahora constituido por sólo 15.000 hombres, realizó el viaje de 200 kilómetros siguiendo la ruta que había tomado Eduardo III, cuando setenta años antes marchó a Flandes en busca de seguridad. Eduardo no había pensado librar ninguna batalla durante la marcha, pero finalmente tuvo que combatir en Crécy. Tampoco Enrique

pensaba librar ninguna batalla en su marcha.

Enrique era plenamente consciente de la debilidad de su situación. Dio orden de que no se hiciesen saqueos, pues temía despertar la ira del populacho. Los campesinos y los habitantes urbanos de Francia no podían derrotar al veterano ejército inglés, pero hasta una escaramuza victoriosa significaba pérdidas y retrasos, y Enrique no podía permitirse ningún nuevo desgaste de su ejército.

Sin embargo, sufrió tal desgaste. El tiempo era desastroso, llovía constantemente y el frío y la humedad

aumentaban durante la noche. La disentería y la diarrea atacaron y debilitaron al ejército. Sin embargo, Enrique desplazó a su ejército tan rápidamente que en tres días recorrió ochenta kilómetros y había llegado a la vecindad de Dieppe. Estaba casi a mitad de camino de su objetivo. Dos días más tarde llegó a Abbeville, cerca de la desembocadura del río Somme. Cien kilómetros más allá, directamente hacia el norte, estaba Calais y la salvación. Pero los franceses seguían un plan racional, aunque poco glorioso. Se esfumaron ante los ingleses y dejaron que los rigores de la marcha

completasen lo que había empezado el sitio de Harfleur. Cuando los ingleses llegaron al Somme, hallaron los puentes rotos... Enrique esperaba eso, pero también abrigaba la esperanza de utilizar el vado que en circunstancias similares había usado Eduardo III.

Los franceses también se hallaban preparados para esto. Cuando los ingleses llegaron al río, los franceses estaban esperándolos del otro lado. Si los ingleses intentaban cruzarlo, tendrían que combatir contra franceses secos mientras ellos llegaban a la orilla opuesta mojados y tiritando de frío.

Era imposible. Enrique, cada vez

más angustiado, tenía que hallar otro sitio para cruzar, e inició una marcha aguas arriba para encontrarlo. Esta fue la peor parte de toda la campaña. Los alimentos se agotaron, pero el ejército inglés trató de ser lo más cauteloso posible al apoderarse de vituallas. Ya no tenía un objetivo determinado, pues no sabía dónde encontraría un vado y cada día de marcha lo alejaba cada vez más de Calais y lo debilitaba cada vez más.

Peor aún, los ingleses podían estar seguros de que los franceses, del otro lado del río, los vigilaban estrechamente. Los franceses también

marcharon aguas arriba, a la par de Enrique., pero sin hacer ningún intento de cruzar el río. Los franceses se contentaban (al menos hasta entonces) con dejar fluir el río entre los ejércitos y esperar a que los invasores ingleses enfermasen y muriesen.

El 18 de octubre los ingleses llegaron a Nesle, a más de ochenta kilómetros aguas arriba de Abbeville, y sólo entonces hallaron un campesino dispuesto a mostrarles un vado al que se podía llegar atravesando una ciénaga. No había tiempo para buscar nada mejor. El ejército desarmó algunas casas de la vecindad y usó la madera para

hacer un toско entarimado sobre el cual cruzar la ciénaga. Durante la noche, cruzaron silenciosamente el Somme.

El ejército francés fue cogido desprevenido. Aparentemente, no conocía el vado, o, si lo conocía, lo consideraba difícil de cruzar. Si los franceses hubiesen estado allí y hubieran esperado hasta que los ingleses cruzasen a medias el río, para entonces atacarlos, habría sido el fin de Enrique y su ejército.

Pero no ocurrió así. Los ingleses pasaron a la orilla derecha del río Somme y el ejército estaba intacto. Pero estaba ahora a más de ciento kilómetros

al sur de Calais, y a Enrique sólo le quedaban unos 10.000 hombres que estuviesen en condiciones de combatir. Entre él y Calais había un ejército francés fresco, descansado y al menos tres veces mayor. Ciertamente, cualquiera que en ese momento hubiese considerado la situación de Enrique no habría visto muchas probabilidades de que saliese vivo.

Y si los franceses hubieran conservado su sangre fría y mantenido su cauta política de evitar una batalla, continuando en cambio sus pequeñas acciones de acoso, a medida que el ejército en desintegración de Enrique

apresuraba su marcha hacia el norte, los ingleses habrían sido destruidos. De hecho, el jefe de las tropas francesas, Charles d'Albret, era un discípulo de Du Guesclin y trató de hacerlo.

Desgraciadamente para los franceses, la estrategia nacional seguía siendo poco gloriosa y los caballeros franceses estaban horrorizados por la táctica de D'Albret.

A medida que Enrique marchaba hacia el norte, le suplicaron insistentemente que obligase a los ingleses a presentar batalla. Los franceses, a fin de cuentas, eran caballeros medievales, con pesadas

armaduras, montaban caballos enormes y llevaban gruesas lanzas. Y se enfrentaban a una desgastada turba de soldados de infantería y arqueros a la que superaban en número con creces.

Las probabilidades parecían estar tan a favor de los franceses que para ellos evitar la batalla era seguramente una vergüenza intolerable.

D'Albret no pudo hallar argumentos contra ellos. Habían pasado sesenta años desde la gran batalla de Poitiers, más aún desde Courtrai y Crécy, y en esas batallas no habían estado los caballeros franceses de ese momento, sino sus abuelos y bisabuelos. En cuanto

a Nicópolis, había ocurrido en el otro extremo del mundo.

Así, las lecciones de cuatro grandes batallas fueron olvidadas por los despreocupados caballeros franceses, y el ejército francés nuevamente hizo preparativos para detener a un ejército inglés que sólo deseaba alcanzar la seguridad. Así habían detenido a Eduardo III en Crécy, y ahora, casi en las mismas circunstancias, detuvieron a Enrique V cerca de la ciudad de Azincourt. Esta se hallaba a cincuenta y cinco kilómetros al sur de Calais y a sólo treinta kilómetros al noreste del lugar del mal agüero de Crécy.

Los ingleses hallaron al gran ejército francés en su camino el 24 de octubre. La batalla era inevitable, y si los franceses hubiesen combatido racionalmente, no podían por menos de ganar. La única posibilidad de Enrique V era que los caballeros franceses luchasen en su habitual manera indisciplinada, al estilo de los torneos, algo que ya les había costado cuatro grandes derrotas en el siglo XIV. En la suposición de que así lo harían, Enrique aprovechó magistralmente las ventajas del terreno.

En primer lugar, dispuso su lamentablemente pequeño ejército a lo

largo de un frente de no más de novecientos metros, con ambos flancos bloqueados por densos bosques. Sólo tantos franceses como ingleses podían apretujarse en esos novecientos metros, de modo que los ingleses se enfrentaron con una línea que era poco más numerosa que la suya. Enrique puso a sus hombres de armas (apenas unos mil) en el centro, pero a ambos lados colocó a los formidables grupos de arqueros, ocho mil de ellos, dispuestos a atacar (pese al malestar por la difundida diarrea), y con duras y agudas estacas clavadas en el suelo delante de ellos, apuntando hacia arriba, para el caso de

que la carga de los caballeros lograra llegar hasta ellos. El ojo práctico de Enrique también observó que las lluvias continuas, que habían hecho de su marcha una pesadilla, habían convertido el suelo recientemente arado en un tremedal muy inapropiado para hombres tan pesadamente armados como los combatientes de infantería franceses, y peor aún para los hombres pesadamente armados que iban a caballo. La caballería francesa había reforzado constantemente su armadura con la esperanza de protegerse de las flechas, pero sólo consiguió hacerse aún menos móvil.

El ejército inglés esperó con inquietud, durante la noche, la inevitable batalla del día siguiente, pero Enrique parece haber esperado confiadamente que los franceses se derrotasen a sí mismos y, según la leyenda, negó orgullosamente la necesidad de refuerzos cuando uno de sus oficiales expresó el deseo de que el ejército tuviese diez mil hombres más.

En cambio, el ejército francés, confiando en la victoria, pasó una noche eufórica, mientras sus jefes (dice la leyenda) hacían apuestas sobre el número de prisioneros que tomarían.

Llegó la mañana del 25 de octubre

de 1415. Los caballeros franceses, algunos a caballo, otros a pie, se alinearon en el cieno frente al ejército inglés, que se mantenía a la espera.

No tenían nada que hacer, realmente. Los caballeros sólo necesitaban esperar, fuera del alcance de las flechas... y seguir esperando. Si lo hubiesen hecho, Enrique y su ejército habrían tenido que permanecer allí y caerse a pedazos o arremeter, en un ataques desesperado, y ser destrozados.

Pero los caballeros franceses no podían resignarse a esperar. Al recibir una señal, cargaron... o trataron de cargar. Atascados en el lodo, apenas

podían avanzar y la línea quedó rota inmediatamente, mientras los hombres se desplazaban penosamente hacia adelante en el mayor desorden.

Cuando llegaron al alcance de las flechas, había una confusa mezcla de hombres y caballos tan apiñados que apenas tenían espacio para moverse. Enrique dio la señal, a su vez, y ocho mil flechas de casi un metro de largo atravesaron silbando el aire y fueron a dar sobre las densas filas del enemigo. Era imposible fallar con esas flechas. Los caballos se encabritaron, los hombres gritaron de dolor y la confusión francesa se hizo aún peor.

Los caballeros franceses que, en el tumulto, cayeron del caballo al cieno no pudieron levantarse nuevamente. Casi asfixiados en el fango, quedaron inermes en el suelo impedidos por su pesada armadura. Y cuando los franceses estuvieron totalmente indefensos, Enrique ordenó a sus infantes y arqueros que avanzaran con hachas y espadas. Fue una carnicería, en la que los franceses dejaron de morir sólo cuando los brazos ingleses se fatigaron de subir y bajar.

De las cinco grandes batallas que la caballería medieval de Francia había perdido contra enemigos más

disciplinados desde 1300, la batalla de Azincourt fue con mucho la más desastrosa. El número de franceses muertos llegó a 10.000, cantidad igual a la de todo el ejército inglés, y al menos 1.000 caballeros fueron capturados y retenidos para pedir rescate por ellos. Los ingleses, por su lado, informaron que sus propias bajas habían sido un poco más de 100 (aunque quizá hayan sido diez veces más, en realidad).

Ha habido pocas batallas en la historia en que un pequeño ejército derrotase tan catastróficamente a un enemigo, que lo superaba con mucho, no sólo en hombres, sino también, al

parecer, en equipo.

El colapso

Algunos creen, retrospectivamente, que, terminada la batalla, Enrique podía haber explotado su victoria, persiguiendo a los restos del ejército francés y marchando triunfalmente sobre París. Mas para una visión más fríamente racional, Enrique no podía hacer tal cosa. Su ejército, pese a su gran victoria, estaba enfermo y exhausto, y no podía hacer más. Enrique tenía que ponerlo en seguro rápidamente, por lo que marchó a Calais, donde llegó el 29

de octubre, cuatro días después de Azincourt y tres semanas después del día en que dejó Harfleur.

En un sentido estrictamente material, la batalla de Azincourt no habría brindado ninguna ganancia a Enrique. Sus hombres aún eran pocos y estaban enfermos. Había perdido la mayor parte del ejército que había llevado a Francia, y a cambio sólo había conquistado una ciudad.

Sin embargo, pocas victorias tuvieron un efecto moral tan grande. La batalla y, más aún, las circunstancias en las que la habían librado dieron a los ingleses un sentimiento de ser seres

sobrehumanos que nunca perdieron totalmente desde ese día. Pensaron, más que nunca, que los soldados ingleses eran capaces de derrotar a ejércitos diez veces mayores, por alguna especie de superioridad racial. Esa creencia, basada en las batallas de Crécy y Azincourt, y mantenida frente a muchas pruebas posteriores de lo contrario, sería un importante factor moral en la conversión de la diminuta Inglaterra en el vasto Imperio Británico de principios del siglo XX.

Para Francia, los resultados fueron igualmente trascendentes, pero al revés. Crécy y Poitiers habían sido terribles

sucesos, pero Azincourt los asumió en un estado de total conmoción. Carlos de Orleáns, el Jefe titular del partido armañac, fue tomado prisionero; otros líderes importantes murieron; y Francia quedó en la mayor confusión y humillación. Era difícil comprender que las derrotas francesas obedecían a la falta de disciplina y a la incapacidad para percatarse de la importancia del arco largo. Durante un momento, también los franceses compartieron la creencia en el carácter sobrehumano de los ingleses, o quizá de su carácter supermonstruoso.

El ejército inglés permaneció en

Calais hasta el 17 de noviembre, descansando, y luego volvió a Inglaterra, donde fue recibido con históricas aclamaciones. Enrique V entró en Londres el 23 de noviembre, después de haber estado fuera de Inglaterra por tres meses y medio.

En cuanto a los franceses, pese al increíble desastre que habían sufrido, continuaron la guerra civil. Juan Sin Miedo no había tomado parte alguna en la acción que terminó en Azincourt, por lo que se ahorró toda deshonra (a menos que se considere una deshonra dejar que el propio país sea derrotado sin hacer nada para impedirlo). Si hubiese

actuado rápidamente, podía haberse adueñado de París y ganado el dominio completo del castigado país.

Pero Juan Sin Miedo no era tan sin miedo como proclamaba su nombre. Era vacilante, y fue Bernardo de Armagnac, el suegro del capturado Carlos de Orleáns, quien actuó primero. Bernardo ocupó París con sus tropas y asumió el control del rey loco.

Durante dos años, los armañacs dominaron París, mientras Juan Sin Miedo la asediaba intermitentemente. En el proceso, Juan logró apoderarse de la reina y la proclamó regente del país, gobernando en nombre de su marido

loco (pero, por supuesto, quien tenía el poder efectivo era el mismo Juan).

Mientras tanto, los dos hijos mayores de Carlos VI murieron, y el tercer hijo, tocayo de su padre, se convirtió en el nuevo Delfín. Cuando el joven Carlos fue Delfín, sólo tenía catorce años; era físicamente débil y temperamentalmente letárgico. Era el títere de quienes lo dominaban.

Así estaban las cosas: los borgoñones tenían a la reina y los armañacs tenían al nuevo Delfín, y las dos facciones siguieron dividiendo el país con su implacable hostilidad. Y mientras lo hacían, Enrique V planeaba

sus próximas acciones sin ser molestado. Reforzó su flota y la usó para despejar el Canal de la Mancha de franceses y sus aliados, los genoveses. Con el Canal firmemente bajo dominio inglés por primera vez desde la época de Eduardo III, podía montar acciones más prolongadas y más seguras en el Continente.

También selló una alianza con Segismundo, el emperador alemán. Esto sirvió para impedir a Francia recibir una posible ayuda externa y también aumentó mucho el prestigio de Enrique.

Finalmente, el 23 de Julio de 1417, casi dos años después de su primera

invasión, Enrique lanzó la segunda. Ahora iba a hacer algo más que conquistar una sola ciudad; Enrique empezó sistemáticamente a conquistar Normandía, el antiguo hogar de la familia real inglesa.

En Junio de 1418, puso sitio a Rúan, la ciudad que había sido antaño la capital de Guillermo el Conquistador. El asedio duraría meses, pero Enrique no tenía ninguna razón para temer la intervención francesa. Los franceses estaban todavía sumergidos en la desastrosa guerra civil.

Los parisienses estaban descontentos con el dominio de Bernardo y sus tropas

de Armagnac. Estaban totalmente de parte de Juan Sin Miedo, quien había apoyado constantemente a los habitantes de las ciudades contra la reacción feudal de los armañacs. Además, eran los armañacs quienes habían sido derrotados en Azincourt y habían llevado la deshonra a Francia. También esto era una propaganda eficaz entre el populacho.

Así, París se lanzó a la rebelión contra los jefes armañacs mientras Rúan era asediada. Durante todo mayo y junio las revueltas aumentaron y el 12 de julio de 1418 se llegó al punto culminante. Todo armañac que los parisinos

podieron encontrar recibió la muerte, incluido el mismo Bernardo.

El 14 de julio, Juan Sin Miedo entró en la capital entre las aclamaciones del populacho. La reina estaba con él, y en la capital el rey loco pasó ahora bajo su control. Si Juan hubiese tenido en su poder al Delfín, todo el aparato del gobierno habría estado en sus manos.

Pero ocurrió que unos pocos del bando armañac escaparon a la matanza y lograron salir de París en medio de los disturbios llevándose con ellos al Delfín Carlos. Se retiraron a Bourges, a 190 kilómetros al sur de París, donde el Delfín, por insignificante que fuese

como individuo, fue la única esperanza del partido armañac y de aquellos franceses que eran antiingleses y abrazaban la causa nacional.

Enrique V, ignorando los altibajos que se producían en París, mantuvo el asedio de Rúan. Juan Sin Miedo no podía hacer más de lo que habían hecho los armañacs, y en enero de 1419, los esperpénticos restos de la población de la ciudad tuvieron que ceder. Entonces, Enrique empezó a conducir su ejército aguas arriba, hacia la misma París.

Ahora, y sólo ahora, las dos facciones francesas llegaron a pensar que pronto no habría ninguna Francia

por la cual disputar. El 11 de julio de 1419, los armañacs y los burgundios firmaron con renuencia una tregua, presumiblemente para que sus fuerzas unidas pudieran hacer frente al formidable Enrique.

Mas para entonces los ingleses estaban a las puertas de la capital, pues habían tomado Pontoise, a sólo treinta kilómetros aguas abajo. Pese a la tregua, Juan Sin Miedo (no sin miedo, realmente) se acobardó ante el temido vencedor de Azincourt. Llevando a la reina y al rey loco consigo, abandonó París sin lucha y huyó a Troves, a unos ciento treinta kilómetros al sudeste de

París.

Los armañacs estaban seguros de que se trataba de una traición borgoñona; que Juan Sin Miedo simplemente había engañado a los armañacs con una tregua desleal y luego había abandonado la capital de acuerdo con los ingleses.

Los ultrajados armañacs pidieron otra reunión, que tuvo lugar en Montereau, a mitad de camino entre París y Troyes. En esa reunión, los armañacs predominaron. El abandono de París había desprestigiado a Juan Sin Miedo y una demostración de fuerza por parte de los armañacs podía haber unido

a los franceses tras el Delfín. Desafortunadamente para Francia, el partido armañac se extralimitó. El 10 de septiembre de 1419, Juan Sin Miedo fue atacado por uno de la facción armañac y asesinado. Así, tuvo el mismo fin que había tenido Luis de Orleáns una docena de años antes. Esto hizo imposible que continuase la tregua entre armañacs y borgoñones. La reacción ante el asesinato reforzó la causa borgoñona y debilitó la de los armañacs.

La sucesión en el Ducado de Borgoña cayó en el hijo de veintitrés años de Juan, Felipe, que fue llamado «Felipe el Bueno». El resentimiento por

la muerte de su padre lo llevó (con bastante renuencia) a arrojarse en manos de los ingleses. Hizo una alianza con Enrique V y convino en reconocer su pretensión al trono.

El paso siguiente fue preparar un tratado de paz entre Francia (representada por Felipe de Borgoña, quien tenía en su poder al rey y a la reina) e Inglaterra. Todas las regiones de Francia situadas al norte del Río Loira serían cedidas a Inglaterra, excepto, desde luego, las gobernadas por Felipe. Carlos VI seguiría siendo rey de Francia mientras viviese, como gesto de legitimidad, pero el único hijo varón

sobreviviente del rey, el Delfín Carlos, fue declarado ilegítimo. Para hacer esto plausible, Enrique obligó a la reina Isabel, la madre del Delfín, a Jurar que era ilegítimo. Y, en verdad, puesto que el muchacho había nacido diez años después del comienzo de la locura de su padre, no es en modo alguno imposible que haya sido ilegítimo, realmente. Pero fuese o no ilegítimo, la declaración de su madre brindó una razón legal para excluirlo del trono.

El paso siguiente fue sencillo. Carlos VI fue inducido a adoptar a Enrique V como hijo y a declararlo su heredero al trono. Además, por si esto

no fuese considerado suficiente, Enrique V se casaría con la hija de diecinueve años de Carlos VI, Catalina. (También ella había nacido después del comienzo de la locura de Carlos, pero nadie se atrevió a plantear ninguna cuestión con respecto a su legitimidad.) Con este matrimonio, si Enrique tenía un hijo, éste sería nieto de Carlos VI y era de esperar que los franceses lo aceptaran.

El Tratado de Troyes fue firmado el 20 de mayo de 1420, y el 2 de junio Enrique se casó con Catalina. El 6 de diciembre Enrique V entró triunfalmente en París, y el 6 de diciembre de 1421 Catalina (que estaba a la sazón en

Inglaterra) dio un hijo a Enrique. Este hijo, de quien Enrique, esperaba confiadamente en que algún día reinaría sobre los reinos unidos de Inglaterra y Francia, también fue llamado Enrique.

Al borde de la muerte

Parecía que Enrique V tenía el don de obtener siempre la victoria. Cuando nació su hijo, sólo tenía treinta y cuatro años, y en seis años de luchas en Francia había conquistado casi todo el país, sin perder nunca una batalla.

Y en verdad, Francia parecía al borde de la muerte. El comercio decayó,

los precios aumentaron, y la pobreza se agudizó. Francia, militarmente humillada y deshonrada, se estaba convirtiendo en un desierto económico. Hasta la Universidad de París declinó en esos duros tiempos, cuando los soldados ingleses tuvieron arrogantemente a París en un puño, y parecía que Francia hasta perdería su liderazgo intelectual.

Sin embargo, aunque la supremacía inglesa parecía completa e indiscutida, en realidad era bastante endeble. Los ingleses eran muy inferiores en número a los franceses e Inglaterra sólo podía imponer su voluntad sobre el país mayor que ella mientras subsistiesen dos

factores, sobre ninguno de los cuales los ingleses tenían control alguno.

Primero, la supremacía inglesa sólo se mantendría mientras los franceses siguiesen combatiendo a la manera medieval de los torneos. Pero, ¿ocurriría así? Azincourt fue el comienzo de la sabiduría para ellos. Necesitaron un siglo y cuarto, pero estaban empezando a aprender que una batalla no era un torneo, ya no más.

Segundo, la supremacía inglesa se mantendría sólo mientras la guerra civil francesa permitiese a los ingleses combatir solamente con la mitad de Francia, con la ocasional ayuda de la

otra mitad. Si la guerra civil cesase, entonces, en ese mismo momento, Inglaterra tendría serios problemas.

Y aunque, mientras Enrique V vivió, los franceses no aprendieron a luchar adecuadamente ni dieron fin a la guerra civil, de alguna manera aún resistieron.

El Delfín francés, en Bourges, aunque tachado de ilegítimo y aunque era débil, pasivo y una total nulidad, con todo, representaba a Francia, y esto significaba algo. Quedaban castillos que los ingleses debían someter y hombres que debían matar, pese al Tratado de Troyes, pese al casamiento de Enrique con Catalina y pese a la ocupación de la

capital.

Cuando Enrique no estaba allí en persona, hasta hubo derrotas inglesas. Después de su matrimonio, Enrique se llevó a su esposa de vuelta a Inglaterra y, mientras estaba fuera de Francia, el hermano de Enrique, Tomás de Clarence, pensó que podía tratar de ganar un poco de gloria para sí mismo. No parecía haber ninguna razón para temer a los franceses, ya que unos pocos ingleses podían derrotar a cualquier número de franceses; ¿no lo había demostrado Azincourt? El 23 de marzo de 1421, Tomás condujo una partida de tres mil ingleses a lo profundo de Anjou,

y allí, en Baugé, a 240 kilómetros de París, se dejó emboscar por una fuerza francesa superior. Fue derrotado y muerto.

No fue una gran derrota, pero Enrique sabía bien que era la mística de la victoria la que mantenía sometidos a los franceses, y tuvo que volver apresuradamente a Francia por tercera vez, dejando a su esposa embarazada en el castillo de Windsor, cerca de Londres.

En Francia tenía que presentar a ingleses y franceses otra victoria, y por lo tanto puso sitio a la ciudad de Meaux, a veinticinco kilómetros al este de París.

Fue un asedio duro, que continuó durante el invierno de 1421 (y que seguía aún cuando le llegó la noticia de que en Inglaterra había tenido un hijo). Después de siete meses, tomó la ciudad, sin duda, pero esta victoria no fue una verdadera victoria. Le costó su ejército y, peor aún, su salud.

Cogió la disentería durante el asedio y su estado empeoró constantemente. Pudo saludar a su mujer y ver a su hijo por primera vez cuando ambos llegaron a París, en la primavera de 1422, pero su vida se estaba consumiendo. El 31 de agosto de 1422, el héroe-rey inglés murió, con sólo treinta y cinco años de

edad. No vivió para subir al trono de Francia, que habría sido suyo a la muerte de Carlos pues el rey loco vivió siete semanas más.

Carlos VI murió el 21 de octubre de 1422, después de reinar cuarenta y dos años, gran parte de este tiempo en la locura, y durante uno de los períodos más desastrosos de la historia de Francia. El hijo de Enrique V, de sólo nueve meses en el momento de la muerte de su padre, había sido proclamado rey con el nombre de Enrique VI, y ahora, con la muerte de Carlos VI, fue proclamado rey de Francia y fue llamado Enrique II, según el cómputo

francés.

La abuela del niño, Isabel, esposa de Carlos VI, lo reconoció como rey de Francia. Lo mismo hizo Felipe el Bueno de Borgoña. Y también la Universidad de París, los representantes de las provincias septentrionales y de Guienne, la misma ciudad de París, etc.

Naturalmente, no podía gobernar por sí mismo, pero tenía tíos. El gobierno de los territorios ingleses en Francia lo tuvo Juan, duque de Bedford, un hermano menor de Enrique V. Otro tío, hermano menor de Bedford, Humphrey, duque de Gloucester, gobernó Inglaterra.

En Bourges, el Delfín Carlos fue

proclamado rey de Francia con el nombre de Carlos VII, y en noviembre de 1422 fue coronado en Poitiers. Esto no sirvió de mucho, pues era en Reims donde se efectuaba tradicionalmente la coronación de los reyes de Francia. Si no era coronado en Reims, nadie podía ser verdaderamente rey de Francia, y Reims estaba en manos de los ingleses.

Los ingleses, indiferentes ante la costumbre francesa, no se molestaron en coronar a su rey-niño en Reims, dejando esto confiadamente para cuando alcanzase la mayoría de edad (algo que resultó ser un error). Se rieron burlonamente de Carlos VII, a quien

llamaban «Rey de Bourges» y nunca le otorgaron un título superior al de Delfín.

Bedford era un general casi tan capaz como el mismo Enrique V, y mientras él vivió la causa inglesa siguió prosperando.

En Cravant, a ciento cuarenta kilómetros al sudeste de París y en los límites del territorio borgoñón, una pequeña fuerza de ingleses y borgoñeses batieron a una fuerza francesa un poco mayor el 21 de Julio de 1423.

De mayor significación fue una batalla librada en Verneuil, a cien kilómetros al oeste de París, un año más tarde. Librada el 17 de agosto de 1424,

ésta fue otra batalla a la manera de Crécy y Azincourt, y la última. Los arqueros ingleses, que protegían el equipaje del ejército, fueron atacados por una fuerza considerablemente mayor de caballeros franceses. Los arqueros ganaron nuevamente, y con facilidad, pero esta vez los franceses no intentaron llevar a cabo una carga de frente, sino que efectuaron una maniobra de flanqueo. Fueron derrotados, pero estaban aprendiendo.

Bedford también trató de unir el territorio francés conquistado a Inglaterra mediante una política ilustrada. Reformó los procedimientos

legales, trató de actuar a través de cuerpos administrativos franceses y mediante funcionarios franceses, fundó una universidad en Caen y trató, en todo aspecto, de mostrar que los reinos unidos de Francia e Inglaterra serían un caso de asociación, no de conquista.

Pero Bedford no podía de ninguna manera forzar a los soldados ingleses a que fuesen tan ilustrados como él. Cegados por Azincourt, los ingleses sólo sentían desprecio por los franceses, y sus depredaciones engendraban un odio latente que Bedford no podía calmar. En verdad, cuanto más abismales fueron las derrotas que

Francia sufrió, tanto más fuerte se hizo el sentimiento nacionalista. Todos los franceses pudieron hallar un vínculo en su temor y su odio comunes a los ingleses. Pero la mayor y más inmediata desgracia de Bedford fue la conducta de su alocado hermano Humphrey de Gloucester.

Al parecer, había una heredera flamenca, Jacqueline de Hainaut, cuyas propiedades interesaban a Felipe el Bueno de Borgoña para redondear sus propios dominios flamencos. Por ello, casó a la dama con un enfermizo pariente suyo, con el plan de controlar esa tierra de este modo.

A Jacqueline no le gustó el casamiento. Por ello, lo hizo anular por el papa Benedicto XIII (con sede en Aviñón y cuyo rango papal no era reconocido en gran parte de Occidente), luego escapó a Inglaterra y le propuso matrimonio a Humphrey. Nadie sino un inglés, y un inglés muy encumbrado, pensó ella con razón, podía protegerla a ella y a sus dominios de Felipe el Bueno.

Parecería que Humphrey de Gloucester debía comprender que, si se casaba con Jacqueline, esto sería una mortal afrenta a Felipe el Bueno. También parecería que Humphrey debía

saber que la alianza de Felipe con Inglaterra era absolutamente esencial para la política nacional y que solamente en esto se basaba la esperanza de éxito en Francia.

Sin embargo, Humphrey, ansioso de obtener ricas tierras en Flandes, se casó con Jacqueline, y el mundo presenció el espectáculo de un príncipe inglés iniciando una guerra privada contra el aliado esencial de Inglaterra. Sólo podemos suponer que Humphrey, que había estado en Azincourt pero no combatía contra los franceses en aquellos días, era víctima de lo que podríamos llamar la «Psicosis de

Azincourt». Realmente pensaba que los ingleses no necesitaban aliados ni ayuda; que podían ganar batallas sólo por una innata superioridad.

Pero Juan de Bedford, que combatía realmente contra los franceses, tenía mejor conocimiento de la situación. Tuvo que trabajar como un demonio para someter a Humphrey y aplacar los sentimientos de Felipe. Finalmente, lo consiguió. El matrimonio de Humphrey fue declarado nulo en 1428 y éste casó con otra (con su amante, en verdad). Felipe fue apaciguado, después de obtener sustanciales concesiones a expensas de las posesiones inglesas.

Pero el daño hecho fue enorme, aunque no fácilmente visible. Los duros esfuerzos de Bedford para mantener la alianza con Felipe de Borgoña puso de relieve para éste cuan importante era para los ingleses. Naturalmente, esto lo predispuso menos a prestar su ayuda sin un elevado precio. Además, había tenido la experiencia de lo que él sólo podría considerar como la perfidia inglesa. Su afecto por los ingleses, que nunca se basó en nada más poderoso que la conveniencia política, se enfrió aún más.

Felipe se percató de la fuerza creciente del nacionalismo francés y no estaba dispuesto a acompañar a los

ingleses en la derrota. Mientras los ingleses ganasen las batallas, estaría con ellos, pero ni un momento más. Una vez que los ingleses comenzasen a perder (si es que esto ocurría), se apartaría de ellos.

Y esto significaba que una sola derrota inglesa importante podía poner fin a la guerra civil francesa y, casi inevitablemente, el derrumbe de toda la conquista inglesa... y Bedford lo sabía.

Su única opción era seguir reforzando la aureola de victoria que había rodeado a los ingleses desde Azincourt. Con las regiones al norte del río Loira firmemente en sus manos, no

tenía más opción que extender la dominación inglesa hacia el sur. Ya mientras se esforzaba por poner fin a la querrela con Borgoña, inició el empuje hacia el sur.

9. La recuperación

¿Un milagro en Orleáns?

El blanco de Bedford era Orleáns, situada a ciento diez kilómetros al sur de París y en la curva más septentrional del río Loira. Orleáns era el bastión más septentrional de los nacionalistas franceses del sur y la mayor ciudad que aún prestaba fidelidad a Carlos VII. Si caía, era dudoso que Carlos VII pudiese retener el sur en lo sucesivo, y que hubiera sido posible toda resistencia

organizada a los ingleses.

Los ingleses iniciaron su campaña hacia el sur en 1427, poniendo sitio a la ciudad de Montargis, a sesenta y cinco kilómetros al este de Orleáns.

Carlos VII se dio cuenta del peligro y estaba suficientemente desesperado como para organizar un intento de romper el asedio. Los franceses no habían osado impedir un asedio inglés desde que Enrique V había desembarcado por primera vez en Francia, una docena de años antes. Ahora, una fuerza francesa avanzó cautamente para enfrentarse con los ingleses.

El ejército de socorro estaba bajo el mando de Juan, conde de Dunois. Era un hijo ilegítimo de aquel Luis de Orleáns que fue asesinado por Juan Sin Miedo, el acto que dio comienzo a la guerra civil. Por lo tanto, era medio hermano de Carlos de Orleáns, que había sido capturado en Azincourt, y primo carnal de Carlos VII. A veces es llamado el «Bastardo de Orleáns».

Sólo tenía veinticuatro años por entonces y fue el más grande de los jefes que estaban surgiendo en el bando nacionalista francés por entonces. Hubo otros, de modo que Carlos VII, tan pobre criatura en sí mismo, recibiría en el

futuro el nombre de «Carlos el Bien Servido».

Bajo el Bastardo de Orleáns, las columnas de socorro francesas fueron tan diestramente conducidas que los ingleses se vieron obligados a retroceder y los asediados habitantes de la ciudad, alentados, hicieron una salida para unirse a sus salvadores. Bajo el doble ataque, la retirada inglesa se convirtió en una derrota completa, y de mil a mil quinientos de ellos fueron muertos o capturados.

No fue una victoria decisiva para los franceses, en modo alguno, y sólo había luchado un pequeño contingente inglés.

No detuvo la ofensiva de Bedford. Pero cualquier victoria de los franceses sobre los ingleses, en cualquier circunstancia, era un estímulo muy necesitado para la moral francesa. El Bastardo fue el héroe del día.

En 1428, seis mil soldados de refuerzo ingleses conducidos por Thomas, Eari de Salísbury, desembarcaron en Calais y marcharon al sur para unirse a los cuatro mil veteranos que Bedford había elegido para la ofensiva. El 12 de octubre de 1428, esos hombres, al mando de Salisburi, empezaron a establecer líneas de asedio alrededor de Orleáns.

Con Salisbury estaba John Talbot, un fiero guerrero inglés a quien los ingleses, en años posteriores, idolatrarón por sus cualidades bélicas (ya que no por su inteligencia). Talbot combatió en Gales e Irlanda durante la primera expedición de Enrique V a Francia, y no estuvo en Azincourt (lo cual debe de haber lamentado

eternamente, sin duda). Marchó a Francia en 1419 y fue el pilar de las fuerzas inglesas allí después de la muerte de Enrique V. Venció en unas cuarenta escaramuzas y batallas, y, en verdad, era tan invariablemente victorioso que parecía invencible.

Pese al despliegue de lanzas y arcos ingleses alrededor de sus murallas y pese a la presencia de Talbot («el Aquiles inglés» era llamado), los habitantes de Orleáns se prepararon para el asedio, quemando los suburbios para que las fuerzas sitiadoras no pudieran protegerse en las casas. Había pocos soldados verdaderos en la ciudad, pero los mismos habitantes guarnecieron las murallas, y todos estaban bajo el mando del mismo hombre que antaño había defendido resueltamente Harfleur contra Enrique V (y había estado en prisión durante trece años por sus esfuerzos).

Los ingleses tenían artillería como parte de su arsenal. El diseño del cañón ya había mejorado hasta el punto de que podía formar una parte importante de las armas de ataque. Aún no eran suficientemente fuertes para abatir las murallas de una ciudad, pero hacían considerable daño entre los soldados.

Pero nunca hubo en Orleáns ingleses en número suficiente para cerrar totalmente el cerco alrededor de la ciudad. No podían extender sus fuerzas todo lo necesario, y siempre quedó la posibilidad de que se deslizaran en la ciudad refuerzos y suministros. Este fue el defecto esencial de la ofensiva

inglesa.

Se llevaron cañones a la ciudad, y el 27 de octubre de 1428, dos semanas después de comenzar el sitio, un cañón ubicado dentro de la ciudad disparó una bala que dio al Earl de Salisbury en el rostro, hiriéndolo espantosamente. Fue llevado aguas abajo y murió el 3 de noviembre. (Según la leyenda, el cañón fue disparado por el hijo del artillero, mientras éste se hallaba almorzando.)

Al día siguiente del disparo contra Salisbury, el Bastardo de Orleáns, a la cabeza de varios cientos de combatientes, logró abrirse camino hasta el interior de la ciudad. Otros soldados

franceses le siguieron, poco a poco.

La moral inglesa quedó afectada por la muerte de Salisbury, pero el mando fue tomado por William de la Pole, Earl de Suffolk, e inmediatamente puso a las tropas inglesas a construir una cadena de puestos fortificados alrededor de la ciudad.

Torvamente, los ingleses mantuvieron el sitio mes tras mes, y lentamente la situación en el interior de la ciudad comenzó a empeorar. Pero las fuerzas sitiadoras también sufrieron. Ambas partes tenían una aguda necesidad de suministros a medida que avanzaba el invierno, y los franceses

empezaron a hacer grandes esfuerzos para hacer llegar suministros a la ciudad y a impedir que llegasen para los ingleses.

El 12 de febrero de 1429, cuando el asedio estaba llegando al cuarto mes, una columna francesa trató de interceptar un tren de carretas enviado a los ingleses desde París. Entre otras cosas, había muchos barriles de arenque seco, pues era la época de la Cuaresma y había gran demanda de pescado. El tren de suministros estaba al mando de sir John Fastolfe, que había combatido bien en Azincourt y en Normandía.

Tan pronto como Fastolfe tuvo

noticia de que los franceses se acercaban, tomó vigorosas medidas para la defensa. Colocó sus carretas en una línea que servía como fortificación improvisada. Detrás de la protección de las carretas, colocó a sus arqueros ingleses de arcos largos en un flanco y ballesteros parisinos (éstos aún eran cálidamente proborgoñeses y antiarmañacs) en el otro.

Los franceses lucharon bien, pero poco era lo que podían hacer contra los arqueros protegidos por las carretas, y los ingleses ganaron nuevamente. Los barriles reventados esparcieron arenques por todo el campo, por lo que

esa acción es llamada la «Batalla de los Arenques». Las fuerzas de socorro francesas quedaron particularmente desalentadas por su fracaso, ya que ésta parecía una más de una interminable serie de victorias ganadas por los ingleses en el campo de batalla. Parecía inútil luchar, y lo que quedó de esas fuerzas se marchó apresuradamente. Ni se enviaron otras fuerzas con intención de presentar batalla. Orleáns fue abandonada a su destino, y cuando transcurrieron dos meses mas, pareció que Orleáns debía caer y que el Bastardo, pese a su resolución y su capacidad, sencillamente tendría que

rendirse.

Y entonces ocurrió una cosa muy extraña, una de las más extrañas de la historia, y de la que se habría hecho mofa por considerarla increíble si hubiese aparecido en una obra de ficción.

Una muchacha campesina apareció en la escena. Su nombre era Jeanne Darc y había nacido alrededor de 1412 en la aldea de Domrémy, en los bordes orientales de Francia, a 260 kilómetros al este de París. Después del Tratado de Troyes, Domrémy estaba en la parte de Francia que había sido cedida al señorío del rey inglés.

Jeanne Darc, o Juana Darc en español, nunca es llamada por este nombre. Su último nombre ha sido erróneamente escrito «D'Arc», como si ella fuera de la nobleza, por lo que en castellano es invariablemente conocida por Juana de Arco, aunque no hay ningún lugar llamado Arc del cual ella proviniese o sobre el cual tuviese algún derecho.

En su adolescencia, tenía visiones, oía voces y se imaginaba llamada a salvar a Francia. En 1429, esas visiones y voces la empujaron a la acción. Carlos VII aún no había sido coronado en Reims, aunque habían pasado seis años

desde la muerte de su padre. Peor aún, el sitio de Orleáns podía terminar en otra victoria inglesa que podía dejar definitivamente derrotado a Carlos. Juana pensó que su misión debía comenzar de inmediato, que debía ir en socorro del asedio y coronar a Carlos.

En enero de 1429, Juana abandonó Vaucouleurs, a veinte kilómetros al norte de Domrémy, donde había un puesto fortificado que aún era leal a Carlos VII. Su capitán quedó suficientemente impresionado por ella (o estaba suficientemente ansioso de librarse de ella) como para enviarla a Carlos VII con una escolta de seis hombres. Carlos

se hallaba por entonces en Chinon, a 140 kilómetros al sudoeste de Orleáns y a 430 kilómetros de Domrémy. Juana tuvo que atravesar territorio dominado por los ingleses para llegar a Chinon, por lo que se puso ropa de hombre para evitar el tipo de problemas que una muchacha podía tener si era encontrada por soldados. Llegó a Chinon el 24 de febrero de 1429, dos semanas después de la batalla de los Arenques que puso fin a los intentos de emprender alguna acción relacionada con el sitio de Orleáns.

Era una época supersticiosa. Cuando una muchacha se anunciaba como una

doncella milagrosa enviada por Dios, era posible que se la tomara por tal; o por una bruja peligrosa enviada por el Diablo para atrapar hombres. No era fácil saberlo. Carlos VII recibió a Juana, que luego fue interrogada por eruditos teólogos durante tres semanas para determinar si era de inspiración divina o diabólica.

Quizá algunos de los hombres mundanos que rodeaban a Carlos no se preocupaban mucho por lo que ella era realmente, y tal vez no creyesen que fuera una cosa ni otra. Quizá trataban de llegar a una decisión sobre si sería aceptada por los soldados como una

doncella milagrosa o no. Si podía hacerse que los franceses y (más aún) los ingleses creyeran que Dios luchaba de parte de los franceses, esto podía tener un importante efecto sobre la moral de ambas partes.

La decisión a la que se llegó fue (teológicamente) que Juana había sido enviada por Dios y (desde el punto de vista político práctico) que esta actitud inspiraría convicción. Por ello, fue enviada a Orleáns con una escolta de unos 3.000 soldados bajo el mando de Juan, duque de Alençon, quien había conducido las fuerzas francesas en la perdida batalla de Verneuil y, como

resultado de esto, había estado en cautividad por un tiempo. El 29 de abril de 1429 Juana y su escolta se deslizaron al interior de la ciudad. Es importante comprender ahora que las fuerzas defensoras de la ciudad eran muy importantes y, en verdad, que superaban en número a la delgada línea de asediados ingleses. Lo que impedía a los franceses salir a presentar batalla no era la falta de medios, sino la falta de voluntad. Los franceses, sencillamente, eran incapaces de creer que podían ganar. Más aún, los ingleses habían sufrido considerablemente en el curso de medio año de sitio, y todo lo que los

mantenía allá era, sencillamente, que no podían creer que pudiesen perder.

Era sólo una cuestión de moral lo que mantenía la situación tal como estaba, contra todo sentido militar. Cuando llegó la noticia de que una doncella milagrosa iba a acudir en ayuda de los franceses, la situación con respecto a la moral cambió súbita y espectacularmente, y lo que siguió fue casi inevitable. Aunque pocos sucesos de la historia han parecido tan milagrosos como el realizado por Juana de Arco, realmente no fue tan milagroso como parecía.

Muy probablemente, el Bastardo de

Orleáns contaba con el efecto que produciría Juana sobre la moral de ambas partes y, a la semana de la llegada de ella, lanzó un ataque, el 4 de mayo, contra los puestos fortificados establecidos por los ingleses en las cercanías del este de la ciudad. Ni siquiera se molestó en decírselo a ella. Pero al enterarse, Juana se lanzó a las murallas orientales. Los soldados franceses, estimulados por su aparición, lucharon salvajemente y los ingleses retrocedieron.

El primer signo de victoria francesa puso en movimiento un círculo vicioso para los ingleses. Si los franceses

avanzaban más de lo acostumbrado, era un signo de que Juana estaba enviada por el Cielo o por el Infierno, pero, en cualquier caso, sería una ayuda milagrosa para los franceses y no algo contra lo cual los hombres pudiesen luchar. Los ingleses estarían tanto más dispuestos a retirarse aún más, y a aceptar esta retirada como una nueva prueba.

Cuando Juana fue alcanzada por una flecha, los ingleses prorrumpieron en vítores, pero era una herida superficial y, cuando ella apareció nuevamente en las almenas, fue fácil creer que era invulnerable. Y los ingleses se retiraron

aún más prestamente.

Para el 8 de mayo, los ingleses habían abandonado el asedio, dejando sus puntos fortificados, su artillería, sus muertos y sus heridos. Se apresuraron a salir del alcance de la influencia de Juana.

Orleáns fue el Stalingrado de la Guerra de los Cien Años. El sitio de Orleáns fue el punto culminante del avance inglés en Francia. El mito de la invencibilidad inglesa estaba roto, el deslumbramiento de Azincourt se apagó; y de allí en adelante, las fuerzas inglesas no harían más que retroceder.

La Coronación de Carlos

Juana, después de haber ocasionado la salvación de Orleáns, quería efectuar inmediatamente la coronación de Carlos en Reims. Pero los generales franceses no estaban totalmente preparados para ello.

Hasta entonces, sólo se había conseguido levantar un sitio, y eso no era suficiente. También se había levantado el sitio en Montargis, dos años antes, pero eso no había detenido la ofensiva inglesa, solamente la había postergado. Quedaba más por hacer; los ingleses debían ser perseguidos y

derrotados. Los ingleses nunca habían sido derrotados en una batalla campal importante en todo el curso de la Guerra de los Cien Años (que ya duraba casi un siglo). Si los franceses podían obtener una victoria en el campo de batalla, entonces, y sólo entonces, podían arriesgarse a marchar sobre Reims.

Pero, ¿era aconsejable buscar esa victoria? Los generales franceses deben de haber comprendido que si el ejército francés era frenado, aun de un modo secundario, todo el encanto de Juana desaparecería inmediatamente y su influencia se esfumaría. Los ingleses podían, entonces, avanzar por segunda

vez, poner sitio nuevamente a Orleáns y, esta vez, desengañada de Juana, la ciudad seguramente caería enseguida.

Fue una dura decisión, pero, no antes de que transcurriera más de un mes desde el levantamiento del sitio, los franceses se lanzaron a la persecución de los ingleses. Sólo el 28 de junio de 1429 las dos fuerzas se encontraron en Patay, a veinticinco kilómetros al noroeste de Orleáns. (Tan cerca estaban los ingleses, aún ocho semanas después de levantar el sitio.)

El ejército inglés, al mando de Talbot y Fastolfe, fue cogido por sorpresa. Nunca se les había ocurrido

que un ejército francés podía estar en su búsqueda. No tuvieron tiempo de protegerse detrás de las habituales estacas con puntas.

Fastolfe, considerando la situación con calma, señaló que las tropas inglesas eran superadas en número. Esto, por sí solo, podía no ser decisivo, pero los ingleses estaban desalentados, y no podía contarse con que combatiesen en su mejor forma. Fastolfe, pues, recomendó una nueva retirada, evitando, así, la batalla. Luego, el ejército podía esperar la llegada de refuerzos y una mejor ocasión.

Pero Talbot no quería oír hablar de

retirada. Ahora fue el turno de los ingleses en dejarse llevar por sueños, y no ver la realidad, pues Talbot pensaba que unos pocos ingleses siempre podían derrotar a cualquier número de franceses, al estilo de Azincourt.

Mientras Fastolfe y Talbot discutían, los franceses, alentados por la presencia de Juana, atacaron y, aunque Talbot luchó con temerario heroísmo, todo resultó como Fastolfe sabía que iba a resultar. Los franceses ganaron y, al terminar el día, 2.000 muertos yacían en el campo de batalla. Fastolfe logró retirar al resto sobreviviente de los ingleses, pero Talbot fue tomado

prisionero.

En la posterior mitología concerniente a la Guerra de los Cien Años, la reputación de Talbot fue salvada haciendo de Fastolfe un cobarde cuya defección ocasionó la pérdida de la batalla. Pero esto ha sido pura difamación, y la reputación de un general valiente y sensato fue sacrificada para proteger la de un tonto irreflexivo. Esta difamación ha adquirido eternidad por su figuración en la obra de Shakespeare *Enrique VI, Parte Primera*. Además, Shakespeare usó una forma del nombre de Fastolfe, «Sir John Falstaff», para designar al

inmortal gordo de sus obras *Enrique IV, Parte Primera* y *Enrique IV, Parte Segunda*.

La batalla de Patay fue una oportuna culminación del levantamiento del sitio de Orleáns. Esta primera victoria de los franceses sobre los ingleses en el campo de batalla en un siglo de lucha cambió todo.

Los franceses pudieron ahora aprovechar su ventaja desplazándose hacia el norte. Seguramente, el pueblo francés, alentado y orgulloso por la victoria, se levantaría contra los ingleses en todos lados.

Pero, ¿adónde debían los franceses

marchar ahora? Desde el punto de vista estrictamente militar, el objetivo natural habría parecido que era París, pero Juana de Arco insistió en que debía ser Reims, e indudablemente tenía razón. Hacer coronar a Carlos VII con todo el boato religioso que, en la tradición, había formado parte de la coronación en Reims durante mil años presentaba una abrumadora ventaja psicológica.

Se optó por Reims. Se reunió un considerable ejército francés en Gien, ciudad de orillas del Loira, situada a sesenta y cinco kilómetros aguas arriba de Orleáns. El 29 de junio de 1429 inició el viaje de unos trescientos

cincuenta kilómetros hacia Reims, a través de regiones que, en teoría, estaban bajo la dominación de ingleses y borgoñones.

Los jefes franceses tenían razón. En todas partes, franceses delirantes aclamaban al primer ejército francés victorioso y confiado que habían visto nunca. Con Juana de Arco marchando a la cabeza, Francia pasó por una especie de conmoción religiosa. Muchos se unieron al ejército como si fuesen a una peregrinación o una cruzada. Más aún, las guarniciones de las ciudades que encontraban a su paso no tenían ánimo para luchar. Los ingleses, vapuleados y

desalentados, no se movieron.

El 10 de julio, el ejército francés llegó a Troyes, a ciento diez kilómetros al sur de Reims y donde se había firmado el vergonzoso tratado con Enrique V nueve años antes. Se pensó que la ciudad estaba de corazón con Felipe de Borgoña, pero cuando el ejército francés exigió su rendición, amenazando atacarla en caso contrario, cedió de inmediato. Pocos días más tarde, Châlons, a cuarenta kilómetros al sudeste de Reims, se entregó con igual facilidad. Y con cada una de estas fáciles victorias, aumentaba la aureola de lo milagroso y hacía tanto más segura

y más fácil la victoria siguiente.

El 16 de julio de 1429, Carlos VII y Juana de Arco entraron cabalgando en Reims a la cabeza del ejército. No hubo lucha. Y el 17 de julio de 1429 Carlos VII fue coronado en Reims, según todo el estilo tradicional, en presencia de Juana. Cuando la coronación terminó, Juana se arrodilló ante él. Hasta entonces, ella se dirigía a Carlos llamándolo «Delfín», pero en ese momento lo llamó, con el más profundo respeto, su rey.

Cualquiera que sea el modo como racionalicemos los sorprendentes sucesos de los dos meses y medio

precedentes (¡nada más!), el levantamiento del sitio de Orleáns, la derrota de los ingleses en Patay y la coronación en Reims, para todos los franceses la única explicación era que se trataba de algo milagroso. Carlos VII era un verdadero rey, aunque su madre hubiese jurado diez veces que era un bastardo. Los ingleses debían perder. Dios luchaba del lado de Francia. ¿Quién podía dudarlo?

Peor que el entusiasmo francés, desde el punto de vista de los ingleses, era la frialdad que ahora cayó sobre sus relaciones con Borgoña. Felipe el Bueno no era ningún tonto y comprendió

que se había producido un viraje, máxime cuando era tan explosivamente espectacular como ése. Ahora sólo esperó el momento oportuno para cambiar de bando con el máximo beneficio para él.

Y lo peor de todo, desde el punto de vista inglés, era que los mismos ingleses estaban empezando a desesperar de obtener la victoria. Y aun mientras las nubes se ennegrecían en Francia, los señores ingleses se dividían en Inglaterra en varias facciones que disputaban por el poder sobre el rey niño.

El lento cambio de los platillos de la

balanza parecía estar causando el término de la desunión en Francia y, simultáneamente, el desgarramiento de la guerra civil en Inglaterra. La sabiduría de la visión retrospectiva nos dice que los ingleses ahora debían haber hecho la paz, sin pedir más que su ancestral Normandía y algunos puntos clave a lo largo de la costa del Canal de la Mancha. Si hubiesen bajado sus miras, podía haber una buena posibilidad de que obtuvieran un asiento permanente en el Continente.

Desgraciadamente para ellos, los ingleses no podían romper el hechizo de Azincourt. Siguieron combatiendo con el

sueño de obtener una victoria total, sueño que se hizo cada vez más remoto. Y puesto que no aceptaban nada menos que la victoria total, finalmente tuvieron que aceptar la derrota total.

Juana es quemada

Por supuesto, la coronación en Reims no acarreó la inmediata derrota de los ingleses. En verdad, mientras el duque de Bedford permaneció con vida, los ingleses siguieron combatiendo con habilidad y determinación. Después de Patay, los ingleses se retiraron de algunas de sus posiciones avanzadas,

pero, al tener menos territorio que defender, pudieron concentrar sus fuerzas más eficazmente.

Desde el punto de vista francés, la coronación debía ser seguida por alguna gran acción para mantener encendido el fuego del entusiasmo. Era el momento, sin duda, de ocupar París.

Juana estuvo a favor de una marcha inmediata sobre París, pero algunos de los consejeros más conservadores del rey no se mostraron de acuerdo. Mucho se había ganado con la osadía, pero ésta puede convertirse poco a poco en irreflexión. La irreflexión puede hacer perder todo lo ganado con la osadía, sin

duda, de modo que la cautela adquirió popularidad y Juana se halló cada vez más aislada.

Durante más de un mes, el ejército francés marchó por el territorio situado entre Reims y París, librando algunas escaramuzas, tomando algunas plazas, pero sólo a fines de agosto Juana pudo forzar un ataque contra París. Mas para entonces los ingleses habían recibido refuerzos y organizado sus defensas. Los parisinos, aún antiarmañacs y proborgoñones, guarnecían las murallas.

El ataque francés fue llevado a cabo a desgana el 8 de septiembre por jefes no dispuestos a arriesgarse a una derrota

importante, y cuando los primeros ataques fueron rechazados, se ordenó la retirada, el 9 de septiembre.

No fue una derrota importante, pero causó bastante daño. Juana había conducido el ataque, y sin embargo los franceses no habían ganado. Por el contrario, habían tenido que retirarse, como en los viejos días. Peor aún, Juana había recibido una herida en el muslo. Esto sacudió la fe en su misión divina y dio origen a la idea de que su inspiración sólo llegó a la coronación del rey, y nada más. Los jefes franceses del gobierno y del ejército estaban cada vez menos dispuestos a perseguir

«milagros» más allá del punto de descenso de los beneficios. Se cansaron cada vez más de Juana y de su fatigosa exigencia de acción y más acción.

Los franceses se retiraron nuevamente del otro lado del Loira, y Juana forzosamente tuvo que ir con ellos, de modo que el invierno fue relativamente tranquilo para ella.

Mientras tanto, era tiempo de que Felipe de Borgoña actuase. El dominio de los ingleses sobre los territorios situados al este de París había sido quebrantado, pero el de los franceses aún era débil. Esos territorios, que limitaban con sus dominios, eran

prácticamente una tierra de nadie. ¿Por qué no habría de apoderarse de ellos? Serían de gran valor para él, pues le permitirían unir sus posesiones en la Francia central oriental con sus tierras de Flandes y los Países Bajos. Con tal unión, obtendría un ámbito compacto y haría de Borgoña una potencia importante. Horizontes ilimitados se abrían ante sus ojos deslumbrados.

Inició una cautelosa ocupación de los territorios y en marzo de 1430 avanzó tan lejos que pudo amenazar con poner sitio a la ciudad clave de Compiégne, a ochenta kilómetros al noreste de París. En abril, Juana decidió

salvar la región y se lanzó hacia Compiégne con una pequeña escolta. Tuvo un éxito variable, animando a algunas ciudades a resistirse contra las tropas borgoñonas, mientras que otras le cerraron sus puertas.

Cuando un ejército borgoñón finalmente empezó a rodear a Compiégne, Juana se apresuró a entrar en la ciudad, para poder repetir su milagrosa liberación de Orleáns de un año antes. El 23 de mayo de 1430, condujo dos salidas contra los borgoñones y entonces los milagros se acabaron. Fue arrojada del caballo y capturada, con lo que terminó su notable

carrera militar de trece meses.

Durante más de medio años permaneció en manos de los borgoñones, para frustración de los ingleses. Para ellos, la prisión no era suficiente; podía escapar, y si ocurría tal cosa, ello podía ser aducido como nueva prueba de la divinidad de su misión. Y si ella debía estar en prisión, no era en manos de los borgoñones donde los ingleses la querían. Inglaterra ya no confiaba mucho en Felipe de Borgoña, y los ingleses no estaban seguros de que no usaría a Juana contra ellos, si creía que podía conseguir algo de este modo.

Los ingleses querían tener a Juana en

sus manos. Querían hacerla examinar y que fuese declarada una bruja por las más elevadas autoridades eclesiásticas posibles. Luego, querían que se la castigase como se castigaba a las brujas: con la muerte. Abrigaban la esperanza de que tal juicio eclesiástico, seguido por la pena capital, fuese aceptado como prueba de que Juana estaba inspirada por el Diablo; que las victorias obtenidas por los franceses el año anterior no fuesen consideradas como victorias sobre los ingleses, por así decir; y que la moral inglesa se elevara y la francesa decayera a las alturas en que estaban antes de la aparición de

Juana.

La presión inglesa sobre los borgoñones aumentó constantemente, pues, y el 3 de enero de 1431 Felipe finalmente la vendió a los ingleses por 10.000 francos. Se le puso bajo la custodia de Ricardo, Earl de Warwick, y su juicio comenzó casi inmediatamente en la ciudad de Rúan, capital de Normandía y corazón de los dominios ingleses en Francia.

Durante casi cinco meses, Juana fue interrogada una y otra vez, en un laberinto de cuestiones teológicas. Se mantuvo notablemente bien, pero las únicas opciones que realmente tenía

eran la de ser encarcelada de por vida como herética arrepentida o ser quemada como herética no arrepentida. En otras palabras, debía admitir que era una bruja o sería declarada bruja por sus jueces. Puesto que en modo alguno admitía ella que era una bruja, finalmente se la condenó a la hoguera, cosa que los ingleses habían estado esperando más o menos impacientemente.

El 30 de mayo de 1431, Justo un año después de su captura y dos años después de la salvación de Orleáns, fue quemada viva en la plaza pública de Rúan; afirmó hasta el fin la naturaleza

divina de su misión.

Pero aunque los ingleses proclamaron que era una bruja y aunque murió en la hoguera, quienes la quemaron no ganaron nada con ello. En verdad, perdieron. Las llamas no convencieron a los franceses; por el contrario, encendieron más aún el fuego del patriotismo en sus corazones. ¿Era razonable suponer que los franceses creyesen (como claramente los ingleses pensaron que debían creer) que sólo con la ayuda del Diablo podía un ejército francés derrotar a otro inglés?

Los franceses se convencieron más que nunca de que la misión de Juana

había sido sagrada y de que ella era una santa. Que hubiese muerto condenada no significaba nada. Muchos santos habían muerto condenados. Jesús mismo murió condenado. En verdad, la quema de Juana hizo decaer la moral de los ingleses, no la de los franceses. Muchos ingleses se sintieron apesadumbrados por la desagradable sensación de haber quemado a una santa.

Y, sin duda, llegaría el tiempo en que Juana fuese rehabilitada y santificada oficialmente. Ella vive en la historia como la salvadora de Francia y su nombre se ha convertido en símbolo de cualquiera que combate por la salvación

nacional. Se desconoce la fecha exacta de su nacimiento, pero en el día de su muerte ciertamente no había cumplido los veintiún años, y quizá ni siquiera los veinte.

Ninguna persona, de cualquier sexo, que murió siendo adolescente, o poco más, ejerció una influencia tan decisiva en la historia o impresionó tanto a tiempos contemporáneos o posteriores.

Pero su santificación pertenecía al futuro. ¿Qué ocurrió en el año transcurrido entre su captura y su muerte, cuando era sólo una muchacha que se enfrentaba con la tortura y la muerte? Para su eterna vergüenza,

Carlos VII y quienes lo rodeaban no hicieron ningún intento de salvarla, de ofrecer un rescate por ella o siquiera de apelar a la piedad de sus captores. Considerando lo que ella había hecho por Carlos y por Francia, parece increíble que esto pudiera ocurrir, pero así fue.

Quizá a Carlos y sus consejeros les preocupaba que pudiese ser una bruja o, en todo caso, que no fuese más que una muchacha de humilde cuna. Es probable que, en verdad, se alegrasen de quitársela de encima. Era imposible de manejar y no se dejaba guiar. Sin ella las cosas eran mucho más fáciles.

Es muy justo decir que los jefes franceses fueron tan culpables de que Juana fuese quemada como los ingleses, y con más deshonra para ellos.

Felipe se convence

Los ingleses trataron desesperadamente de invertir la batalla psicológica coronando a su rey, Enrique VI, como rey de Francia. La ceremonia se realizó el 17 de diciembre de 1431 y fue un fracaso en varios aspectos.

Enrique VI sólo tenía entonces diez años; era un muchacho temeroso, de escasa inteligencia, que había sido

golpeado por sus tutores, desde luego, en la creencia de que así entraría la comprensión en su cabeza. Sólo consiguieron hacer de él un tonto, y por el resto de su largo reinado sería un débil títere en manos de quienquiera que pudiese dominarlo. (Más tarde pasaría por períodos de manifiesta locura, como su abuelo francés Carlos VI.) El muchacho, pues, no era ningún símbolo de la fuerza francesa y no impresionaba a nadie.

En segundo término, los ingleses habían perdido una oportunidad. No habían coronado a Enrique en Reims cuando podían haberlo hecho, y ahora

era demasiado tarde, pues Reims ya no estaba bajo dominio inglés. La coronación se efectuó en París, y para los franceses, en general, tal ceremonia no significaba nada. Había sido a Carlos a quien se había coronado en Reims, y por ende sólo él podía ser considerado rey a los ojos de Dios.

Finalmente, los ingleses cometieron el error de convertir la coronación en un asunto puramente inglés, limitando al mínimo la participación francesa y omitiendo tales superfluidades como una ostentosa reducción de los impuestos, la liberación de prisioneros o la distribución de dinero. Como resultado

de todo esto, la coronación provocó una espectacular declinación de la lealtad parisina a la causa inglesa.

El fracaso del intento inglés de invertir los efectos de la meteórica carrera de Juana de Arco tuvo influencia sobre la astuta mente de Felipe el Bueno de Borgoña. Sin duda, observó atentamente para ver el efecto del juicio y la ejecución de Juana y de la coronación del rey niño inglés. Comprendió claramente que la revolución provocada por Juana no iba a invertirse.

Comprendió que, si bien Carlos VII, en ausencia de Juana, había vuelto a la

pasividad del otro lado del Loira, los ejércitos franceses mantenían y ampliaban su nueva actitud agresiva. El Bastardo de Orleans, por ejemplo, en modo alguno perdió su capacidad de combate porque Juana ya no estuviese con él. En 1432, estaba mordisqueando las afueras de París y tomó Lagny, a sólo veinticinco kilómetros al este. También estuvo cerca de Normandía y tomó Chartres, a ochenta kilómetros al sudoeste de París. Y si los franceses habían despertado y ya no se hallaban paralizados por el temor a los ingleses, estaba además el hecho de que la población francesa era siete veces la de

los ingleses.

Felipe examinó todo esto y concluyó que la derrota inglesa en una guerra prolongada era segura. Sugirió a los ingleses que tratasen de llegar a un acuerdo con los franceses y salvarsen lo que pudieran. Cuando los ingleses, aún cegados por Azincourt, se negaron, Felipe se convenció finalmente de que no tenía más opción que seguir su propio camino e inició negociaciones independientes con Carlos VII.

Estas negociaciones se arrastraron durante años, pues el precio de Borgoña por la paz era elevado. Durante esos años, los ingleses podían haber hecho

que Felipe volviese a su anterior alianza bastante fácilmente mediante alguna victoria importante o con una inequívoca demostración de fuerza. Pero no pudieron ofrecer nada de esto, más bien lo contrario. La situación en Inglaterra estaba degenerando rápidamente en una guerra civil, y la moral inglesa en Francia cayó peligrosamente. El mismo Bedford, aún muy atareado en Francia, tuvo que apresurarse a volver a Inglaterra para imponer una paz de compromiso a las facciones en lucha.

Luego, en Normandía, el corazón mismo del poder inglés en el Continente, estalló una seria rebelión en 1434. Esto

mostró claramente que en todas partes el corazón de los franceses se estaba volcando hacia la causa nacional. El hecho de que los ingleses sofocasen la rebelión fue menos importante que el hecho de que la rebelión se produjese.

Las negociaciones entre Felipe y Carlos entraron en su fase final en Arras, ciudad de territorio borgoñón situada a ciento sesenta kilómetros al norte de París. Llegaron representantes ingleses, pero no pudieron aceptar los términos claramente establecidos por ambas facciones francesas. Se marcharon frustrados.

El duque de Bedford no vivió para

ver el fin de la alianza anglo-borgoñona. El 15 de septiembre de 1435 murió a la edad de cuarenta y seis años. Fue el único jefe inglés que puso la causa de la guerra con Francia por encima de las ambiciones personales. Con su muerte, los ejércitos ingleses en Francia se convirtieron en juguetes de los políticos ambiciosos de Inglaterra.

Cinco días después de su muerte, el 20 de septiembre, Borgoña y Francia hicieron la paz por el Tratado de Arras; la guerra civil iniciada con el asesinato de Luis de Orleáns, un cuarto de siglo antes, llegó a su fin. Había sido esta guerra civil lo que había brindado a

Enrique V y a los ingleses su gran oportunidad, y el fin de la guerra civil significó el fin de toda posibilidad de continuar con su proyecto de conquistas en Francia.

Por el Tratado de Arras, Carlos VII debía hacer grandes concesiones a Felipe el Bueno. Primero, debía reconocer a Felipe como un soberano independiente, de modo que ningún rey francés posterior podía reclamar el derecho de despojarlo a él o a sus descendientes del título y sus tierras; el duque de Borgoña no sería vasallo de nadie. Segundo, se aumentó mucho la extensión de los territorios borgoñones.

Sus fronteras se extendieron hasta incluir las tierras que había conquistado recientemente. Borgoña se expandió hasta incluir algunas ciudades fortificadas situadas a orillas del río Somme que llevaron su frontera a ciento treinta kilómetros de París. Sin duda, las fortalezas del Somme podían ser compradas por Francia por una gran suma de dinero, pero esto era sólo en teoría. Felipe no tenía ninguna intención de venderlas, a menos que Francia dispusiera de una fuerza superior además de dinero. Finalmente, Carlos VII tenía que presentar excusas por el asesinato del padre de Felipe, Juan Sin

Miedo, y prometer que castigaría a los asesinos.

A cambio de todo esto, Felipe no brindaba nada positivo. Solamente convenía en reconocer a Carlos VII como rey de Francia y en no hacerle más la guerra. El Tratado de Arras era unilateral, en verdad, pero aun así era algo que Carlos y Francia necesitaban desesperadamente, y su valor se demostró casi inmediatamente.

París, que había sido ocupada por fuerzas sumadas de Inglaterra y Borgoña, no podía ser retenida por los ingleses solamente. Los ingleses se encerraron en puestos fortificados, y

luego, viendo claramente que morirían de hambre, abandonaron la ciudad y se marcharon río abajo, a Rúan. El 13 de abril de 1436, después de dieciséis años de ocupación inglesa y medio año después del Tratado de Arras, París se declaró a favor de Carlos VII.

En noviembre de 1437, Carlos VII hizo la entrada formal en la ciudad, y París fue nuevamente francesa. (Pero todavía no era la capital. Carlos VII nunca confió en la ciudad de la que había sido expulsado en su infancia y residió en diversos palacios del Loira. Pasaría casi un siglo antes de que París se convirtiese en la residencia de la

corte francesa nuevamente.)

Los ingleses aún conservaron Normandía y Guienne, y allí al menos eran inatacables o al menos estaban protegidos de las exhaustas fuerzas de Francia. Por otro lado, no eran en modo alguno capaces de lanzar una ofensiva a gran escala.

Ambas partes, reducidas a librar solamente escaramuzas sin importancia, entraron en un período de inacción, que Francia usó constructivamente en una laboriosa reforma y reorganización, mientras Inglaterra se deslizaba cada vez más al caos de la guerra civil.

10. La victoria

Cambio de panorama

Para empezar, Carlos VII tenía que reorganizar las finanzas del Reino. No se trataba sólo de que los estragos de la prolongada guerra habían provocado un caos financiero. También habían deshecho la obra de Felipe IV con respecto al papado y había surgido nuevamente el peligro de que el dinero francés afluyera a Italia en cantidades incontrolables.

Mientras los papas permanecieron en Aviñón, estuvieron bajo el control de Francia. Seguros en el sudeste, los papas siguieron siendo títeres franceses pese a todos los desastres ocurridos bajo Felipe IV y Juan II, en el noroeste y el sudoeste. Durante esos reinados, los papas siguieron nombrando una mayoría de cardenales franceses, y éstos siguieron eligiendo papas franceses.

Pero luego, en 1378, hacia finales del reinado de Carlos V, el séptimo papa de Aviñón, Gregorio IX, estaba visitando Roma. Tenía intención de volver a Aviñón, pero murió antes de poder hacerlo. La muchedumbre romana

forzó a los cardenales que estaban en Roma en ese momento a elegir a un papa italiano que prometiese permanecer en Roma. El nuevo papa gobernó en Roma con el nombre de Urbano VI. Pero en Aviñón otros cardenales denunciaron como ilegal la elección romana y eligieron a un papa suyo que convino en permanecer en Aviñón y asumió la tiara con el nombre de Clemente VII.

Así empezó el «Gran Cisma», que duró cuatro décadas y durante el cual el papado se convirtió en un balón de fútbol político. Hubo dos papas durante todo ese período, y cada uno fulminaba al otro con la condena de la Iglesia sin

que (para desconcierto de los fieles) se causase mucho daño en ninguna de las partes.

Las diversas naciones se alinearon según consideraciones estrictamente políticas. Francia respaldó a Aviñón, claro está, y lo mismo sus aliados, Escocia y los reinos españoles. Puesto que Inglaterra y Borgoña estaban en guerra con Francia, apoyaron a Roma, y así sucesivamente.

En el curso del Gran Cisma, el papado de Aviñón se debilitó cada vez más, paralelamente al creciente caos de Francia durante el catastrófico reinado de Carlos VI.

El prestigio del papado sufrió enormemente durante el Gran Cisma. Hasta surgió un movimiento tendiente a hacer del papado una monarquía limitada, otorgando un poder superior al concilio de los eclesiásticos. Por un tiempo, este «movimiento conciliar» fue poderoso; uno de esos concilios, el Concilio de Constanza (en lo que es hoy la frontera septentrional de Suiza) puso fin al cisma.

En 1417, con Francia postrada por la sacudida de la batalla de Azincourt, el papado de Aviñón era muy débil realmente, y no se debía dejar pasar la oportunidad. Los eclesiásticos del

Concilio de Constanza declararon que los concilios eran superiores en poder de decisión al papa, y luego eligieron a un nuevo papa, Martín V, que residiría en Roma y a quien todos debían aceptar. Europa, cansada del cisma, lo aceptó, y aunque el último papa de Aviñón, Benedicto XIII, se siguió llamando papa hasta su muerte, en 1423, ningún otro lo hizo. Con su muerte, quedaron borrados todos los restos del papado de Aviñón de un siglo y cuarto.

Martín V trató de poner fin al movimiento conciliar, aunque se había beneficiado con el, pero durante otra generación la Iglesia fue acosada por

sentimientos antipapales.

En 1431, se reunió un Concilio en Basilea, Suiza, que trató de establecer de una vez por todas la supremacía de los concilios sobre los papas. El concilio exigió reformas que involucrasen la descentralización de la organización de la Iglesia asignando menos poder al papa y más a las secciones nacionales de la Iglesia.

Este movimiento fue derrotado a causa de la obstinada resistencia del papa Eugenio IV, quien había sucedido a Martín V en 1431. Pero mientras la lucha continuaba, Carlos VII aprovechó la oportunidad.

El 7 de Julio de 1438, Carlos promulgó la «Pragmática Sanción» de Bourges (expresión usada para designar una ley básica que rige algún sector importante de la estructura gubernamental), la cual adoptaba los edictos del Concilio de Basilea. Por esos edictos, él y los señores que tuviesen en sus territorios obispos y abades podían nombrar a los titulares de esos cargos sin tener que consultar con el papa.

Esto significaba que la parte francesa de la Iglesia Católica sería, en éste y en otros aspectos, independiente del poder papal en considerable medida.

Este punto de vista (llamado «galicanismo») había surgido con Felipe IV y ahora, después del largo y penoso intervalo de la guerra con Inglaterra, fue reafirmado.

El galicanismo significó una intensificación aún mayor del sentimiento nacionalista francés en constante crecimiento, ya que hasta la Iglesia, en Francia, debía una práctica fidelidad al rey y al orden secular.

Además, allí donde estaba el poder estaba también el dinero. Mientras el papado retuviera las anatas, el dinero afluiría a Roma; cuando fuese el Estado el que las retuviera, el dinero afluiría al

rey. Además, con una jerarquía eclesiástica autónoma en Francia, era más fácil para Carlos aprobar normas que limitasen los pagos de toda clase a Roma y conservar el dinero, que era escaso, para la reconstrucción y reorganización de la nación.

Para administrar el dinero, Carlos VII apeló a un comerciante de Bourges llamado Jacques Coeur. Fue el primero de los financistas de la tradición moderna, que aplicó una organización sistemática a los recursos monetarios del Reino, centralizando su control en manos del rey. Se había hecho rico mediante el comercio con el Este, y

ahora estimuló, mediante este comercio oriental, una constante expansión comercial de Francia.

Carlos, además, emprendió la reforma del ejército. Francia, como en los tempranos días de Carlos V, estaba infestada de bandas independientes de soldados mercenarios. Estos eran llamados «écorcheur», que significa «desolladores», porque despojaban de todo a quienes atrapaban, y les arrancaban la piel cuando no tenían otra cosa. Carlos ahora les obligó a entrar en un ejército controlado por él, prohibiendo todos los ejércitos privados. Hizo que el nuevo ejército

permanente fuese pagado regularmente con fondos del gobierno, desalentando así el hábito de los soldados impagados de sustentarse a expensas de los campesinos.

Un aspecto de las mejoras militares fue decisivo. Carlos dio su apoyo a dos hermanos, Jean y Gaspard Bureau, que reorganizaron la artillería. Mejoraron el diseño de los cañones y la calidad de la pólvora. Habiendo aumentado de este modo la eficiencia de las armas, supervisaron la producción de mayor número de ellas, y las pusieron bajo el control de especialistas. Más aún, se obligó a los comandantes de los

ejércitos a que tratasen a los cañones y a los artilleros con adecuado respeto, independientemente del hecho de que los artilleros fuesen generalmente plebeyos.

Los ejércitos de Carlos VII fueron los primeros en hacer un uso eficiente y sistemático de la artillería, lo cual señaló el fin de la manera medieval de hacer la guerra. El pesado blindaje del caballero perdió hasta el último vestigio de utilidad.

Las murallas de las ciudades, que, a diferencia de la armadura personal, eran impenetrables para los arcos largos, también empezaron a caer ante la nueva artillería. Los hermanos Bureau tuvieron

la primera oportunidad de demostrarlo en 1439, cuando los franceses pusieron sitio a Meaux. Esta ciudad había sido el escenario de la última operación victoriosa de Enrique V, diecisiete años antes. Las murallas, que habían resistido contra Enrique V durante prolongados y amargos meses, no pudieron resistir ahora el colosal embate de los cañones, y Meaux cayó rápidamente. En verdad, los asedios de la década final de la Guerra de los Cien Años fueron todos breves, comparados con los largos sitios de la época de la supremacía inglesa.

Carlos VII hizo otra cosa que iba a ser característica de sus sucesores. Tuvo

una amante. Esto no quiere decir que los reyes anteriores no tuviesen amores extramaritales; era un hábito bastante común de todos los hombres. Pero Carlos lo hizo abiertamente. Fue fiel a la amante que eligió (una bella muchacha llamada Agnès Sorel) durante toda la breve vida de ella y le dio una posición semioficial en la corte. Durante los seis años transcurridos entre 1444 y 1450, fecha en que murió, cuando sólo tenía un poco más de veinte años, fue la reina sin corona de Francia.

Las reformas de Carlos no fueron llevadas a cabo sin oposición. Todo lo que hizo tendió a concentrar el poder en

las manos del rey. Muchos de los grandes nobles, habituados a seguir su propia ley durante las décadas de infortunio de Francia, se resintieron de esa tendencia que parecía reducirlos a meros sirvientes de la corona.

Buscaron un líder alrededor del cual unirse, y hallaron uno en el Delfín adolescente, Luis.

Luis había nacido en 1423, no mucho después de la muerte de Enrique V, y había pasado sus años de formación cuando la historia francesa llegó a su punto más bajo. Era feo e introvertido. Su padre no le tenía afecto, en lo que era cordialmente correspondido. Cuando los

nobles abordaron al Joven, en 1440, y presentaron la perspectiva de asignarle un papel más importante en el gobierno, convino en ponerse a su frente, al menos nominalmente.

La insurrección fue llamada la «Praguería». Era una referencia a la ciudad de Praga, en Bohemia, que por entonces era un notorio centro de rebelión. Allí, los seguidores de Juan Hus, un reformador religioso que había sido quemado en la hoguera en 1415, aún luchaban desesperadamente contra el Imperio Alemán.

Los nobles trataron de ganarse a la población pidiendo la paz con Inglaterra

y menos impuestos. Pero los habitantes de las ciudades y los campesinos recordaban muy bien las desdichas de ser gobernados por una aristocracia pendenciera y, en general, incompetente, y adhirieron al rey y a un gobierno fuertemente centralizado como la única posibilidad de eficiencia y prosperidad. Arturo de Richemont, quien conducía el ejército de Carlos VII como condestable, redujo metódicamente los puntos fuertes de los insurrectos y, antes de un año, la Pragería fue aplastada.

Carlos VII hizo un uso moderado de su victoria. Estaba decidido a no exacerbar una guerra civil en beneficio

de los ingleses. Haber castigado duramente a los nobles recalcitrantes los habría lanzado en los brazos de los ingleses. Prefirió perdonarles y puso en claro que prefería su cooperación a su enemistad. Los nobles respondieron apropiadamente, y la guerra civil llegó a su fin.

En cuanto al Delfín, Luis, fue perdonado también y puesto al frente de su provincia titular, el Delfinado, situado al este del curso medio del río Ródano. Esto tenía la ventaja de mantenerlo lejos de la corte y de nuevas tentaciones. Ocurrió que el joven Delfín demostró ser un administrador capaz y

honesto, y bajo su gobierno el Delfinado prosperó.

Con todo, la Praguería redujo el ritmo de las reformas de Carlos. Tenía que avanzar un poco más pausadamente, para mantener a la nobleza con buen humor. Y mientras la atención del rey estaba dirigida a sus propios súbditos, los ingleses reforzaron su dominio de Normandía y hasta reiniciaron la ofensiva, avanzando poco a poco en dirección a París.

Parecía que iba a reanudarse la guerra, pero Carlos aún la postergó unos pocos años... hasta que estuvo preparado.

Las últimas batallas

El período más o menos tranquilo por el que pasó Francia después de la recuperación de París en 1437 fue un lapso traumático dentro de Inglaterra. El espíritu de facción seguía predominando, y en medio de las interminables luchas por el dominio sobre el débil Enrique VI hubo querellas entre los halcones y las palomas, entre quienes aún perseguían el espejismo de la victoria militar en Francia y quienes se contentaban con conservar Normandía y Guienne y aceptaban la

paz.

El principal de los halcones era el tío del rey inglés, Humphrey de Gloucester, quien no podía olvidar que había luchado en la batalla de Azincourt. Había contribuido mucho a dañar la causa inglesa con su insensata guerra con Felipe de Borgoña, pero protegía el saber y cultivaba su popularidad. (Era llamado «el Buen Duque Humphrey».)

Pero era un mal político y su influencia declinó. En relación con la guerra, sufrió una importante derrota en lo concerniente a Carlos de Orleáns.

Carlos de Orleáns, como Humphrey de Gloucester, era un símbolo viviente

de la batalla de Azincourt. Carlos figuraba entre los jefes franceses, había sido tomado prisionero en el campo de batalla y desde entonces había vivido en Inglaterra como cautivo. Las condiciones de su prisión en Inglaterra fueron tan suaves como las que se habían impuesto a su bisabuelo Juan II y, durante el cuarto de siglo que duró, se dedicó a escribir poesía amorosa de mucho mérito, parte de ella en inglés. En verdad, es considerado por muchos como el último de los trovadores medievales, y su brillo en la historia de la literatura compensa con creces su fracaso como jefe militar.

Los ingleses que se oponían a Gloucester empezaron a presionar para la liberación del hombre derrotado en Azincourt, como un razonable gesto de conciliación con Francia. Felipe de Borgoña, un poco incómodo por haber cambiado de bando y por ende deseoso de lograr la paz, negoció la liberación. El rey Carlos, por su parte, convino en pagar el enorme rescate que pedían los ingleses como contribución a la desescalada de la guerra.

En noviembre de 1440, Carlos de Orleáns retornó a Francia. No tenía ninguna posibilidad de recuperar su preeminencia política de antaño, pues la

deshonra de Azincourt era demasiado reciente. Es muy probable que eso no le importase; había abandonado la política hacía tiempo. Se retiró a una vida pacífica, cómoda y de patronazgo literario. Siguió escribiendo poesía, y a su corte de Blois afluyeron los más grandes poetas franceses. Se casó nuevamente, vivió feliz con su esposa y tuvo de ella un hijo cuando tenía más de setenta años, un hijo, además, que algún día se convertiría en rey de Francia. El perdedor de la batalla de Azincourt tenía muchas más razones para congratularse de su vida que su vencedor.

El valor de la liberación de Carlos de Orleáns como gesto de paz fue neutralizado por la Praguería, que dio a los halcones ingleses nuevo estímulo. Por un momento, el prestigio de Humphrey de Gloucester subió, pero luego la insurrección de la nobleza francesa se esfumó, y la lucha de halcones y palomas empezó de nuevo.

La nueva lucha se centró alrededor de Enrique VI de Inglaterra, todavía joven. Tenía ahora poco más de veinte años, y era claro que nunca gobernaría realmente, sino que sería siempre el débil títere de algún ministro fuerte. Pero estaba en edad de casarse, y el

matrimonio podía influir en el curso futuro de las relaciones con Francia.

Humphrey de Gloucester quería que el rey Enrique se casase con la hija de Juan IV de Armagnac, el noble más fuerte del sur de Francia. Juan de Armagnac había tomado parte en la Pragería y, aunque había capitulado, se le podía persuadir fácilmente a que se levantase nuevamente contra el rey. Una vez que su hija se convirtiese en reina de Inglaterra, tal vez aceptase desempeñar el papel de una nueva Borgoña y dar a Inglaterra otra posibilidad de victoria total.

Carlos VII no estaba ciego ante esa

posibilidad. El ejército real (con el joven Delfín entre sus Jefes) recorrió el sur y, en 1443, liquidó eficazmente la fuerza de Armagnac. Humphrey de Gloucester nunca se recuperó de este golpe, y en lo sucesivo su influencia sobre los sucesos fue nula.

Al frente del partido de las palomas, en Inglaterra, estaba ahora Guillermo, Earl de Suffolk. Había conducido a las fuerzas inglesas que se vieron forzadas a retirarse de Orleáns después de la llegada de Juana de Arco, pero luchó valientemente antes y después, y pensaba que ya era suficiente.

En 1443 llegó a Francia para

concertar una tregua, cosa que, pensaba, Inglaterra necesitaba vitalmente para poder afrontar sus problemas internos. Podía contribuir a hacer digerible esa tregua para los ingleses el que Suffolk pudiese llevar de vuelta consigo a alguna Joven y bella princesa de gran alcurnia para que fuese la reina de los ingleses. Y parecía haber una posibilidad a mano.

Renato de Anjou era un miembro de la Casa de Valois. Era bisnieto del rey Juan II de Francia y primo segundo del rey Carlos VII. Su abuelo, su padre y su hermano mayor (todos llamados Luis) habían reclamado la corona de Nápoles

y luchado por ella, pero ninguno, en realidad, logró hacerse proclamar rey de hecho. Cuando el hermano mayor de Renato, Luis III, murió en 1434, Renato heredó el título y se hizo llamar rey de Nápoles. Nunca ocupó el trono, de hecho, y no tenía poder ni

ingresos. Pero podía llamarse rey y era de «sangre real». Esto le daba un elevado *status* social.

Renato tenía una joven hija, Margarita de Anjou, de sólo trece años de edad cuando Suffolk llegó a Francia. Seguramente, era una persona adecuada para el caso. También los franceses parecían considerarlo así.

Se firmó una tregua el 28 de mayo de 1444, por dos años, con opción a ser renovada, por supuesto, y el matrimonio se llevó a cabo el siguiente mes de abril en la ciudad de Tours, a orillas del Loira, a unos ciento diez kilómetros aguas abajo de Orleáns. Margarita de Anjou, que ahora tenía quince años, se convirtió en reina de Inglaterra.

Como sucede habitualmente en acuerdos de compromiso, ninguna de las partes quedó realmente satisfecha. La posesión por Inglaterra de Guienne, Normandía, Calais y otros pocos lugares fue confirmada, lo cual no podía agradar mucho a los franceses. Por otro lado,

Inglaterra devolvió a la dominación francesa el Condado de Maine, que se hallaba inmediatamente al sur de Normandía, puesto que formaba parte de los dominios hereditarios de Renato de Anjou, el nuevo suegro del rey Enrique. El partido de los halcones en Inglaterra hizo todo lo posible por presentar esto como una vergonzosa rendición, pero, en 1447, Humphrey de Gloucester fue asesinado, y al menos su voz fue acallada.

Aun así, ningún gobierno inglés, por muy partidario de las palomas que fuesen sus sentimientos, se atrevía realmente a ceder Maine. La cesión se

había hecho en el papel, pero los ingleses hallaron una excusa tras otra para evitar abandonar realmente la provincia. Carlos tampoco los presionó demasiado. Mientras los ingleses siguiesen en posesión del condado, la tregua podía ser declarada rota cuando a los franceses les conviniera hacerlo.

En 1448, Francia estaba dispuesta. Su ejército estaba reorganizado, sus baterías de artillería estaban listas. Puesto que Inglaterra no había entregado el Condado de Maine, Carlos declaró rota la tregua y envió a su ejército al oeste para ocupar Maine e invadir Normandía.

Por entonces, los ingleses de Normandía estaban bajo la conducción del incompetente Edmundo, duque de Somerset. Los franceses barrieron con todo delante de ellos y, en 1449, tomaron Rúan y Harfleur, ciudades que a Enrique V le había costado mucho capturar treinta años antes. (Talbot fue capturado nuevamente en este momento, y fue mantenido en prisión durante un año antes de ser rescatado.)

Somerset retrocedió a Caen, a noventa y cinco kilómetros al oeste de Rúan, y allí fue sitiado.

Los ingleses hicieron un último esfuerzo en el norte. En marzo de 1450,

un nuevo ejército inglés desembarcó en la costa normanda, un ejército mayor que el que Eduardo III o Enrique habían conducido a Francia. Los franceses reaccionaron rápidamente, y el 15 de abril de 1450 los ejércitos inglés y francés se encontraron en la aldea de Formigny, en la costa normanda, a cuarenta kilómetros al oeste de Caen.

Desgraciadamente para Inglaterra, los días de Azincourt habían pasado. Los ingleses no se enfrentaron con una muchedumbre enorme y desordenada, sino con un ejército no mayor que el suyo y mejor organizado. Los ingleses aún tenían a sus arqueros como columna

vertebral de sus fuerzas y aún luchaban a la defensiva, esperando que los franceses cargasen y se pusiesen al alcance de las flechas.

Pero los franceses no lo hicieron. En cambio, instalaron los eficientes cañones de los hermanos Bureau. El cañón tenía un alcance mayor que el arco largo, y ahora fueron los ingleses los dañados por proyectiles de larga distancia a los que no podían responder, y proyectiles mucho peores que las flechas.

Durante un tiempo la batalla se mantuvo pareja, pese a eso, pero cuando llegaron refuerzos franceses al lugar, los

ingleses rompieron sus líneas. Trataron de retirarse, pero la retirada se convirtió en una desbandada, y dos tercios del ejército inglés quedaron muertos en el campo de batalla. Así, la política de Suffolk fue deshecha y terminó en la derrota y la vergüenza para Inglaterra. Suffolk no sobrevivió mucho tiempo a estos sucesos. Primero fue desterrado, y luego, el 1° de mayo de 1450, cuando trataba de abandonar el país, fue muerto por asesinos. Pero esto no puso fin a las derrotas británicas. Caen cayó en poder de los franceses el 6 de julio, y el puerto de Cherburgo el 12 de agosto. Este era la última posesión inglesa en la región, y

los ingleses perdieron toda Normandía para siempre.

Carlos VII entró en Rúan triunfalmente, en 1450, no mucho después de la batalla de Formigny, y en esta ciudad, en el lugar donde Juana de Arco había sido quemada diecinueve años antes, ordenó una reinvestigación del caso. (A fin de cuentas, no podía permitir que se dijera que había sido coronado con la ayuda de una bruja convicta, quemada por sus hechicerías.)

Era muy claro que Carlos esperaba la revocación de la sentencia contra Juana, como en la ocasión anterior los ingleses esperaban que se la condenase.

Y, por supuesto, el tribunal reunido para realizar el Juicio satisfizo las necesidades políticas del momento, como en la ocasión anterior.

La condena de Juana fue anulada y se declaró que no era una bruja, aunque no había ninguna manera de anular la quema, claro está.

Tomado el norte, los ejércitos franceses, confiados con su artillería, se dirigieron al sudoeste. Allí se enfrentaron con Guienne y su capital, Burdeos, región que había sido inglesa, no desde sólo treinta años atrás, sino desde hacía trescientos años, y que se había habituado tanto a estar bajo los

reyes de Inglaterra que apenas se sentía francesa.

Pero también allí los franceses hicieron un constante progreso, y también allí los ingleses hicieron un último esfuerzo. Aún tenían a Talbot, el último de los capitanes de los días, una generación antes, en que los ingleses parecían invencibles y podían arrasar a su antojo a incontables cantidades de franceses. Talbot tenía cerca de setenta años ahora, pero seguía siendo el mismo tonto valentón de siempre: todo bravura y poco discernimiento.

Cuando, el 5 de Junio de 1451, Burdeos abrió sus puertas a los

franceses, Talbot fue enviado con un ejército a Guienne. La población inmediatamente se unió a sus gobernantes habituales y, en octubre, Talbot pudo retomar Burdeos y recuperar una parte considerable de Guienne. Esto significó que luego tuvo que hacer frente a un ejército francés reforzado que fue enviado a la provincia.

El ejército francés llegó al puesto avanzado inglés de Castillon, a cincuenta kilómetros al este de Burdeos, y Talbot se apresuró a acudir en su ayuda. Pero Talbot era Talbot; fue el turno de los ingleses de comportarse

como tontos precipitados. Talbot se lanzó a una furiosa batalla el 17 de julio de 1453, sin esperar el apoyo de la artillería. Los franceses, en cambio, colocaron su artillería detrás de una fuerte línea defensiva, como habían hecho en Formigny.

Ya no eran los franceses quienes eran atraídos a ponerse al alcance de las flechas; fueron los ingleses quienes se vieron arrastrados a ponerse al alcance de los cañones. Una fuerte columna inglesa fue conducida por Talbot en una carga alocada contra las líneas francesas, y fueron barridos por la artillería. Talbot fue muerto, el ejército

inglés quedó destruido y el reinado del arco largo llegó a su fin. Había sido el amo de los campos de batalla durante un siglo.

Toda Guienne fue retomada rápidamente, y Burdeos cayó por segunda vez en poder de Francia el 19 de octubre de 1453. La batalla de Castillon fue la última batalla de alguna importancia de la Guerra de los Cien Años. En efecto, la larga lucha con Inglaterra que había comenzado en la época de Luis VII de Francia y Enrique II de Inglaterra llegó a su fin, y la victoria fue de Francia.

La única posesión en territorio

francés que retuvieron los ingleses fue Calais y la región circundante. Pero también, indudablemente, habría caído en manos de los franceses de no haber sido por el hecho de que estaba en el umbral de los dominios de Felipe de Borgoña, y éste prefería que estuviesen allí los ingleses, por las dudas.

En realidad, la Guerra de los Cien Años no finalizó legalmente. Nunca se firmó un tratado de paz. Pese a todo lo sucedido, ningún gobierno inglés pudo aceptar la idea de hacer la paz con Francia y admitir que Crécy y Poitier, y hasta Azincourt, habían terminado en la nada; que Eduardo III, el Príncipe Negro

y Enrique V habían combatido inútilmente. Todo lo que los ingleses firmarían sería una tregua, y esto fue todo lo que los franceses obtuvieron. Y con los ingleses aún en Calais y aún dominando el Canal de la Mancha, Francia tuvo que vivir algunas décadas más en la incertidumbre de si los ingleses volverían a invadirla.

Pero nunca volvió a producirse una invasión importante, y si echamos una mirada retrospectiva desde nuestro ventajoso punto de mira, podemos señalar la batalla de Castillon como el fin de la Guerra de los Cien Años, de hecho, si no de derecho.

El fin de una época

La batalla de Castillon y la terminación de la Guerra de los Cien Años marcó también el fin de una época para Inglaterra y Francia, y formó parte de un complejo mayor de sucesos que señaló el fin de una época para Europa y todo el mundo.

La Guerra de los Cien Años puso fin para siempre a la era de la guerra medieval e inició la moderna época de la pólvora, en la que la artillería tuvo la supremacía, situación que se mantendría hasta mediados del siglo XX.

También elevó el sentimiento nacional, tanto en Francia como en Inglaterra, a una altura que destruiría para siempre, en Europa, los últimos vestigios de la comunidad internacional de la «cristiandad». El nuevo nacionalismo también se haría sentir en otras partes de Europa Occidental, particularmente en España, Portugal, Escocia y los países escandinavos. Sólo en Alemania y en Italia se mantendrían las fuerzas de la fragmentación medieval, con malas consecuencias, que iban a hacerse sentir a mediados del siglo XIX.

Como para subrayar la caducidad de

lo antiguo, el 30 de mayo de 1453, justamente seis semanas antes de la batalla de Castillon, se produjo la caída definitiva y permanente de la ciudad de Constantinopla en manos de los turcos otomanos. Así terminó la larga historia del Imperio Bizantino, junto con el último vestigio de una cultura independiente que se remontaba de manera continua hasta Augusto, el primer emperador romano, quince siglos atrás, y hasta a la Guerra de Troya, veintiséis siglos antes.

Militarmente, la caída de Constantinopla fue un suceso sin importancia. Hacía mucho tiempo que

estaba rodeada por los turcos y se hallaba inerme bajo su férula. Pero el efecto psicológico del suceso fue enorme. Parecía hacer visible la desaparición del pasado y simbolizar el vasto cambio que se había producido.

Tampoco fue una cuestión de cambio militar y político solamente. La Guerra de los Cien Años y la peste negra, en particular, habían barrido las bases económicas del feudalismo y, por lo tanto, toda la estructura del modo medieval de vida. El caballero con armadura era ahora una pieza de museo, mientras el piquero de humilde cuna, a corta distancia, y el artillero de modesto

origen, a larga distancia, eran los reyes del campo de batalla. Los castillos se habían convertido en inútiles reliquias del pasado, y sólo el rey podía permitirse disponer del tren de artillería, enormemente costoso, que hacía posible una guerra efectiva. Esto significó que estaba cerca el momento de la monarquía absoluta centralizada y las aristocracia se iba a transformar gradualmente, de un grupo de rebeldes y combatientes pendencieros, en una colección de parásitos sociales.

El descenso de la población hizo tan valiosa la mano de obra que los siervos pudieron obtener nuevos privilegios. La

servidumbre terminó y empezó la era del campesino libre (que no vivía mucho mejor en algunos aspectos).

Aparte de los aspectos políticos, militares y económicos de la sociedad, se estaban produciendo grandes cambios en la vida intelectual del hombre. Aun durante la Guerra de los Cien Años, había habido un fermento cultural en Italia. A medida que declinó el poder del papado, se produjo una nueva explosión del arte y la literatura que ya no tomaba su inspiración de la Biblia y los Padres de la Iglesia y ya no versaba principalmente sobre la relación del hombre con Dios. La nueva cultura, en

cambio, surgió de los clásicos redescubiertos del antiguo mundo pagano y abordaba la relación del hombre con el hombre.

Este resurgimiento del interés por el hombre en sí mismo («humanismo») fue llamado el «Renacimiento». Fueron los hombres del Renacimiento quienes, conscientes del hecho de que el espíritu del mundo antiguo (pagano, osado y libre) parecía haber renacido, llamaron al largo interludio entre la caída de la cultura antigua y su redescubrimiento la «Edad Media»,

Durante más de un siglo, este nuevo paso cultural estuvo confinado

principalmente a Italia. Europa, más allá de los Alpes, permanecía atrasada a este respecto. Las universidades medievales, particularmente la Universidad de París, siguieron siendo bastiones del conservadurismo y se resistieron activamente contra la influencia renacentista.

Pero una vez que terminó la Guerra de los Cien Años y que Francia recobró su fuerza (lo cual llevó otra generación), ésta inició un intento de expansión militar. Los ejércitos franceses invadieron Italia en 1494, y llevaron de vuelta el Renacimiento con ellos; a través de Francia, el Renacimiento se

expandió rápidamente por otras partes.

Este mayor aliento de la experiencia humana y mayor osadía en el campo cultural marchó a la par de una expansión más literal, en el sentido geográfico. En el curso de la Guerra de los Cien Años, la pequeña nación de Portugal, sin costa mediterránea y sólo con costa atlántica, emprendió un constante programa de exploración del Atlántico y a lo largo de la costa africana. Por la época de la batalla de Castillon, navegantes portugueses habían pasado la saliente más occidental de África y se dirigían hacia el sur. A fines de 1487, llegaron a la punta más

meridional de África.

En 1479, la Península Ibérica (excepto Portugal) se unió para formar la nación de España, y, en 1492, la España unida destruyó al último reino musulmán del sur. En ese mismo año los gobernantes españoles patrocinaron el viaje de Cristóbal Colón que terminó con el descubrimiento de los continentes americanos, y en 1497 Vasco de Gama dio la vuelta a África y llegó a la India.

Europa, de este modo, salió de su aislamiento medieval. Ya no estaba encerrada por la fuerza superior de árabes, turcos y mongoles. Sin duda, los turcos amenazaron a Europa durante otra

generación, más o menos, pero Europa los superó, descubrió todo el planeta y puso los cimientos para la europeización del mundo.

También en otro aspecto estaba surgiendo una nueva época. En 1454, el año posterior al fin de la Guerra de los Cien Años y de la caída de Constantinopla, el inventor alemán Juan Gutenberg inventó un sistema de impresión con tipos metálicos móviles.

La invención se difundió con una velocidad impresionante, para la época. El número de libros aumentó enormemente, gracias al uso de la imprenta, la elaboración de nuevas tintas

y, quizá lo más importante de todo, la existencia del papel.

El papel fue una invención china, como probablemente lo fueron muchas otras innovaciones medievales, tales como la brújula para la navegación, la pólvora y los molinos de viento. Pudo fabricarse papel con trapos viejos y hasta con la madera. Entró en Europa a través del mundo musulmán y España ya en el siglo XII; era superior al papiro de los antiguos, que se fabricaba con un junco relativamente raro.

Era también enormemente más barato que el pergamino, casi prohibitivamente caro, que se hacía con

pieles de animales y fue casi la única superficie apta para la escritura en la temprana Edad Media.

Al disponerse de muchos libros, fue grande el avance de la alfabetización, y la capacidad de leer y escribir se expandió cada vez más fuera del ámbito de los sacerdotes y los comerciantes. Gracias a la imprenta, también, la información recientemente obtenida podía ser transmitida más rápidamente de una persona a otra, de modo que surgió una comunidad intelectual más eficaz y en interacción que trascendía de las localidades y hasta de las naciones.

Puesto que las nuevas ideas viajaron

más rápida y extensamente, fue cada vez más difícil para los defensores de las viejas costumbres suprimir el cambio. Las herejías y las innovaciones radicales habían sido mantenidas bajo control durante toda la Edad Media, pero con la imprenta la idea hostil escapó y no pudo ser atrapada. Fue mediante el uso de la imprenta como Martín Lutero estableció la «Reforma» a principios del siglo XVI y escindió en forma permanente a la cristiandad occidental.

Sólo con la imprenta podemos hablar de una creciente comunidad científica, a diferencia de los científicos

individuales. La imprenta, pues, puso los fundamentos para el nacimiento de la ciencia moderna» a mediados del siglo XVI.

Todos estos cambios juntos originaron uno de los grandes momentos decisivos de la historia humana: el paso de la era medieval a la era moderna. A veces se intenta poner de relieve la transformación con un solo suceso, siendo la caída de Constantinopla o el descubrimiento de América los dos citados más a menudo. Pero no es así como opera la historia.

La edad moderna empezó tempranamente en algunos aspectos; lo

medieval perduró largo tiempo en otros. El rey francés Felipe IV era moderno en cierto modo, en el siglo XIII. El emperador austriaco Francisco José I era medieval en algunos planos en el siglo XIX. Sin embargo, gran parte del cambio, quizá la mayoría de él, puede asignarse a un período de medio siglo, de 1450 a 1500. En 1450, Europa Occidental era en gran medida medieval. En 1500, era en gran medida moderna.

Por ello, es conveniente terminar este libro cuando se inicia el cambio decisivo, al final de la Guerra de los Cien Años, en 1453. El libro, que trata

de la historia francesa desde Hugo Capeto hasta Carlos VII, abarca los cinco siglos de la Francia medieval y describe cómo en este período se formó la Francia que conocemos hoy.

Pronóstico

La historia de Francia no terminó, ciertamente, con el fin de la Guerra de los Cien Años. En verdad, la mayor parte de ella aún estaba por ocurrir.

El fin de la guerra tampoco fue el fin de todo peligro para la nación. Borgoña aún era independiente y constituía una amenaza mayor que nunca para la

Francia exhausta. Fue necesario otro cuarto de siglo y la astuta guía del hijo de Carlos VII, el Delfín Luis (que reinaría como Luis XI), para poner fin a esa amenaza.

Una vez Francia realmente unificada, pudo lanzarse a aventuras extranjeras y luchar durante generaciones contra un nuevo enemigo, contra un ámbito unido que incluía al Imperio Alemán y a España.

Mas tarde, cuando surgió triunfante de esa lucha, Francia sería la mayor potencia militar del mundo y, por un momento, durante la primera década del siglo XIX, hasta pareció que iba a

eclipsar y absorber a toda Europa. Sólo su vieja enemiga, Inglaterra (ahora ampliada y convertida en la nación de Gran Bretaña), se alzaba intransigentemente en su camino, y la decisión llegó después de una nueva Guerra de los Cien Años entre las dos naciones.

Pero esta dramática historia será abordada en otros libros de esta serie.

Cronología

987 Muerte de Luis V, el último rey carolingio de Francia. Elección de Hugo Capeto.

992 Muerte de Carlos de Lorena; fin del linaje carolingio.

996 Muerte de Hugo Capeto; le sucede su hijo Roberto II.

1031 Muerte de Roberto II; le sucede su hijo Enrique I.

1035 Muerte de Roberto de Normandía; le sucede su hijo pequeño ilegítimo Guillermo.

1060 Muerte de Enrique I; le sucede su hijo pequeño Felipe I.

1066 Guillermo de Normandía conquista Inglaterra; se convierte en Guillermo I (el Conquistador) de Inglaterra.

1071 Los turcos derrotan a los bizantinos en la batalla de Manzikert.

1087 Muerte de Guillermo I de Inglaterra. Su hijo mayor, Roberto Curthose le sucede en Normandía, y su hijo menor, Guillermo II, en Inglaterra.

1096 El papa Urbano II inicia la Primera Cruzada en Clermont.

1099 Los cruzados toman Jerusalén.

1100 Muerte de Guillermo II de Inglaterra. Le sucede su hijo Enrique I,

quien más tarde se apodera también de Normandía.

1108 Muerte de Felipe I; le sucede su hijo Luis VI.

1119 Enrique I de Inglaterra derrota a Luis VI y a Guillermo Clito (hijo de Roberto Curthose) en la batalla de Les Andelys.

1124 El emperador Enrique V fracasa en la invasión de Francia.

Matilde de Inglaterra

1128 se casa con Godofredo de Anjou. Fundación del linaje angevino. Muerte de Guillermo Clito.

1134 Muerte de Roberto Curthose.

1135 Muerte de Enrique I de Inglaterra. Se disputan la sucesión su hija Matilde y su primo Esteban de Blois.

1137 Muerte de Luis VI; le sucede su hijo, Luis VII, quien se acaba de casar con Leonor de Aquitania.

1141 Matilde de Inglaterra es expulsada de este país y marcha a Normandía.

1144 Los musulmanes retoman Edesa, en Tierra Santa.

1146 Bernardo de Claraval predica una nueva cruzada.

1147 Luis VII parte a la Segunda Cruzada.

1149 Luis VII retorna a Francia después del fracaso de la cruzada.

Muerte de Godofredo

1151 de Anjou; le sucede su hijo, Enrique, en Anjou y Normandía. Muerte de Suger.

1152 Leonor de Aquitania se divorcia de Luis VII y se casa con Enrique de Normandía.

1154 Muerte de Esteban de Blois. Enrique de Normandía le sucede con el nombre de Enrique II de Inglaterra y funda el Imperio Angevino.

1160 Fundación de la Universidad de París.

Asesinato de Thomas Becket. Pedro Valdo funda el movimiento valdense en el sur de Francia.

1170

Muerte de Luis VII; le sucede su hijo Felipe II.

1180

Saladino arrebató Jerusalén a los cruzados.

1187

Muerte de Enrique II de Inglaterra; le sucede su hijo Ricardo I.

1189

Felipe II y Ricardo I de Inglaterra parten para

1190

la Tercera Cruzada.

1191 Los cruzados toman San Juan de Acre. Felipe retorna a Francia.

1192 Ricardo I de Inglaterra abandona Tierra Santa. Es capturado y puesto en prisión en Alemania.

1194 Ricardo I de Inglaterra es rescatado y retorna a Occidente.

1198 Ricardo I construye Chateau Gaillard. Inocencio III es elegido

papa.

1199 Muerte de Ricardo I de Inglaterra; le sucede su hermano Juan.

1203 Juan de Inglaterra captura y hace desaparecer a su sobrino Arturo de Bretaña.

1204 Felipe II toma Château Gaillard. Muerte de Leonor de Aquitania. La Cuarta Cruzada se apodera de Constantinopla.

Felipe II toma Rúan.

1205 Fin del Imperio
Angevino.

1208 Comienzo de la
Cruzada Albigense
(Valdense).

1209 Simón de Montford
toma Beziers.

1212 Cruzada de los
Niños.

1213 Simón de Montford
derrota a los albigenses
en la batalla de Muret.

1214 Felipe II derrota a
Inglaterra y al Imperio
Alemán en la batalla de

Bouvines.

1215 Juan de Inglaterra
firma la Carta Magna.

1216 Luis, hijo de Felipe
II, invade Inglaterra y
ocupa Londres. Juan de
Inglaterra muere; le
sucede su hijo Enrique
III.

1217 Luis, derrotado,
abandona Inglaterra.

1218 Quinta Cruzada.

1223 Muerte de Felipe II;
le sucede su hijo Luís
VIII.

1226 Muerte de Luis VIII; le sucede su hijo pequeño Luis IX, con Blanca de Castilla como regente.

1227 Muerte de Gengis Kan, el jefe de los mongoles, después de conquistar la mayor parte de Asia. Le sucede su hijo Ogadai Kan.

1228 Sexta Cruzada, conducida por el emperador Federico II.

1229 Jerusalén es devuelta a los cruzados mediante

negociaciones.

1233 Creación de la
Inquisición.

1234 Luis IX comienza a
gobernar en persona.

1240 Los mongoles
invaden Europa y llegan
a Alemania.

1241 Los mongoles,
derrotados, abandonan
Europa Occidental para
siempre al recibir la
noticia de la muerte de
Ogadai Kan.

1244 Los musulmanes
retoman Jerusalén por
segunda vez.

1248 Luis IX parte para la
Séptima Cruzada.

1249 Luis IX toma
Damiette, sobre la
desembocadura del Nilo.

1250 Los musulmanes
derrotan a Luis IX en la
batalla de Mansura;
luego lo hacen
prisionero. Muerte del
emperador Federico II.

Muerte de Blanca de

1252 Castilla.

1254 Luis IX vuelve a Francia.

1258 Luis IX firma un tratado de paz con Enrique III de Inglaterra.

1260 Baybars de Egipto derrota a los mongoles.

1261 Los bizantinos, conducidos por Miguel VIII, retoman Constantinopla.

1265 Carlos de Anjou, hermano menor de Luis

IX, parte para crear un reino en el sur de Italia.

1266 Carlos de Anjou derrota a Manfredo, hijo del emperador Federico II, en la batalla de Benevento.

1268 Carlos de Anjou derrota a Conradino, nieto del emperador Federico II, en la batalla de Tagliacozzo.

Luis IX parte para iniciar la Octava Cruzada. Muere en Túnez

1270 y le sucede su hijo Felipe III. 1272 Muerte de Enrique III de Inglaterra; le sucede su hijo Eduardo I.

1282 Las Visperas Sicilianas.

1285 Muerte de Felipe III; le sucede su hijo Felipe IV. Muerte de Carlos de Anjou.

1291 Los musulmanes toman San Juan de Acre, última posesión de los cruzados en Tierra Santa.

1294 Bonifacio VIII es
elegido papa.

1296 Bonifacio VIII hace
pública la bula Clericis
laicos.

1300 Bonifacio VIII
proclama el Año del
Jubileo.

18 de mayo: matanza
flamenca de franceses en
Brujas. 11 de julio: los
piqueros flamencos
derrotan a los caballeros
franceses en la batalla de
Courtrai. Noviembre:
Bonifacio VIII promulga

la bula *Unam sanctam*.

1303 Bonifacio VIII es maltratado por hombres que actúan por orden de Felipe IV; muere poco después.

1305 Clemente V es elegido papa y establece su sede en Aviñón. Comienzo del «Cautiverio Babilónico del Papado».

Felipe IV arresta a los templarios. Eduardo I

1307 de Inglaterra muere; le sucede su hijo Eduardo II.

El 19 de marzo, Jacques de Molay, último jefe de los templarios, es quemado en la hoguera.

1314 El 20 de abril muere el papa Clemente V. El 29 de octubre muere Felipe IV; le sucede su hijo Luis X.

Muerte de Luis X. Le sucede póstumamente su hijo recién nacido Juan I, quien pronto muere y es

1316

sucedido por su tío
Felipe V.

1322 Muerte de Felipe V;
le sucede su hermano
Carlos IV.

1324 Primer uso del cañón
en la guerra, en Gante.

1327 Deposición de
Eduardo II de Inglaterra;
le sucede su hijo menor
de edad Eduardo III.

1328 Muerte de Carlos IV.
Fin del linaje capeto
directo. Le sucede su
primo, Felipe VI de

Valois. Felipe VI derrota a los piqueros flamencos en la batalla de Cassel.

1330 Eduardo III de Inglaterra empieza a gobernar en persona.

1334 Roberto de Artois va a Inglaterra para incitarla a la guerra.

1337 En mayo, Felipe VI declara confiscadas las posesiones inglesas en Guienne. En octubre, Eduardo III de Inglaterra se proclama rey de Francia. Comienzo de la

Guerra de los Cien Años.

1340 Eduardo III destruye a la flota francesa en la batalla naval de Sluis.

1346 El 12 de julio Eduardo III desembarca en Normandía. El 26 de agosto Eduardo III derrota a los franceses en la batalla de Crécy.

1347 Eduardo III se apodera de Calais. La peste negra entra en Europa Occidental desde Crimea.

1349 Felipe VI compra el Delfinado; su hijo se convierte en el primer Delfín.

1350 Muerte de Felipe VI; le sucede su hijo Juan II.

1351 La peste negra se atenúa.

1353 Pedro el Cruel de Castilla se casa con Blanca de Borbón.

1355 Los Estados Generales se reúnen en París. Etienne Marcel se convierte en líder de la

clase media.

1356 Eduardo, el Príncipe Negro, derrota a los franceses en la batalla de Poitiers; toma prisionero a Juan II.

1358 Levantamiento de campesinos (Jacquerie) en Francia. Marcel es asesinado.

1359 Eduardo III de Inglaterra desembarca en Calais; pone sitio a Rúan sin éxito.

Eduardo III pone sitio

1360

a París. Su ejército queda maltrecho el «Lunes Negro», el 14 de abril. Se firma el Tratado de Bretigny, que entrega Aquitania a Inglaterra.

1361

Felipe el Audaz, hijo de Juan II, se convierte en duque de Borgoña.

1364

Muerte de Juan II; le sucede su hijo Carlos V. Bertrand Du Guesclin destruye el poder del rebelde francés Carlos el Malo de Navarra.

Eduardo, el Príncipe

1367 Negro, derrota a los franceses en la batalla de Nájera.

1369 Du Guesclin derrota a Pedro de Castilla en la batalla de Montiel.

1370 Eduardo, el Príncipe Negro, toma Limoges.

1376 Muerte de Eduardo, el Príncipe Negro.

1377 Muerte de Eduardo III de Inglaterra, le sucede su nieto Ricardo II.

Muerte del papa

1378 Gregorio XI en Roma.
Comienzo del Gran
Cisma.

Muerte de Du
Guesclin. Muerte de
Carlos V; le sucede su
1380 hijo menor de edad
Carlos VI, pero
gobiernan los tíos del
nuevo rey.

Felipe el Audaz de
1382 Borgoña derrota a los
piqueros flamencos en la
batalla de Roosebeke.

Felipe el Audaz de

- 1384 Borgoña hereda el Condado de Flandes. Borgoña y Flandes unidos forman un rico dominio.
- 1387 Muerte de Carlos el Malo de Navarra.
- 1388 Carlos VI inicia su gobierno personal.
- 1389 Los turcos otomanos derrotan a los serbios en la batalla de Kosovo. Se apoderan de los Balcanes.
- 1392 Carlos VI enloquece.

1396

Los turcos derrotan a los caballeros franceses conducidos por Juan de Nevera (hijo de Felipe el Audaz de Borgoña) en la batalla de Nicópolis.

1399

Deposición de Ricardo II de Inglaterra; le sucede su primo Enrique IV.

1404

Muerte de Felipe el Audaz de Borgoña; le sucede su hijo Juan de Nevers (Juan Sin Miedo).

Asesinato de Luis de

1407

Orleáns a instigación de Juan Sin Miedo. Comienza la guerra civil entre armañacs y borgoñones.

1413

Carlos de Orleáns, hijo de Luis de Orleáns, arrebató el dominio de París a Juan Sin Miedo. Muerte de Enrique IV de Inglaterra; le sucede su hijo Enrique V.

El 14 de agosto Enrique V de Inglaterra invade Francia por

1415

Harfleur. El 22 de septiembre Enrique V toma Harfleur. El 25 de octubre Enrique V derrota a los franceses en la batalla de Azincourt. El 23 de noviembre retorna triunfalmente a Londres.

1417

Enrique V lanza la segunda invasión de Francia. El Concilio de Constanza pone fin al Gran Cisma.

Los parisinos hacen una matanza con los

1418 armañacs y Juan Sin Miedo toma París.

1419 Enrique V de Inglaterra toma Rúan. Asesinato de Juan Sin Miedo de Borgoña; le sucede su hijo Felipe el Bueno.

1420 El 20 de mayo se firma el Tratado de Troyes. Inglaterra recibe toda la Francia al norte del río Loira. El 2 de junio Enrique V de Inglaterra se casa con

Catalina, hija de Carlos VI. El 6 de diciembre Enrique V entra en París.

1421 Derrota francesa y muerte de Tomás de Clarence, hermano menor de Enrique V, en la batalla de Baugé.

1422 El 31 de agosto muere Enrique V de Inglaterra; le sucede su hijo pequeño Enrique VI. El 21 de octubre muere Carlos VI; le sucede su hijo Carlos VII.

Juan, duque de

1423

Bedford, tío de Enrique VI de Inglaterra, derrota a los franceses en la batalla de Cravant. Muerte de Benedicto XIII, último pretendiente aviñonés al papado.

1424

Juan de Bedford derrota a los franceses en la batalla de Verneuil.

1427

El Bastardo de Orleáns obliga a los ingleses a levantar el sitio de Montargis.

Los ingleses inician

En enero, Juana de Arco abandona Domrémy para cumplir con su misión. El 12 de febrero los ingleses derrotan a los franceses en la batalla de los Arenques. El 24 de febrero Juana llega a la corte de Carlos VII. El 28 de abril Juana y su escolta entran en Orleáns. El 8 de mayo los ingleses se ven obligados a levantar el

sitio de Orleáns. El 28 de junio los franceses, con Juana, derrotan a los ingleses en la batalla de Patay. Talbot es tomado prisionero. El 29 de junio Carlos VII parte hacia Reims. El 17 de julio Carlos VII, con Juana a su lado, es coronado en Reims. El 9 de septiembre los franceses atacan París, con Juana, pero fracasan.

1430 Juana es capturada en Compiégne por los

borgoñones.

El 3 de enero los ingleses compran a Juana a los borgoñones. El 30 de mayo Juana es quemada viva en Rúan. El 17 de diciembre Enrique VI de Inglaterra es coronado rey de Francia en París.

El 15 de septiembre muere Juan, duque de Bedford. El 20 de septiembre se firma el Tratado de Arras entre Carlos VII y Felipe el

Bueno de Borgoña. Fin de la guerra civil francesa.

1437 Los franceses toman París.

1438 Pragmática sanción de Bourges.

1439 Los franceses toman Meaux, usando por primera vez una nueva artillería.

1440 Estalla la Praguería contra Carlos VII, pero fracasa.

Tregua de Tours.

1444 Inglaterra conserva
Normandía. Enrique VI
de Inglaterra se casa con
Margarita de Anjou.

1449 Los franceses
retoman Rúan. Carlos VII
hace anular la condena
de Juana.

1450 El 15 de abril los
franceses derrotan a los
ingleses en la batalla de
Formigny. El 6 de julio
los franceses toman
Caen. El 12 de agosto los
franceses toman

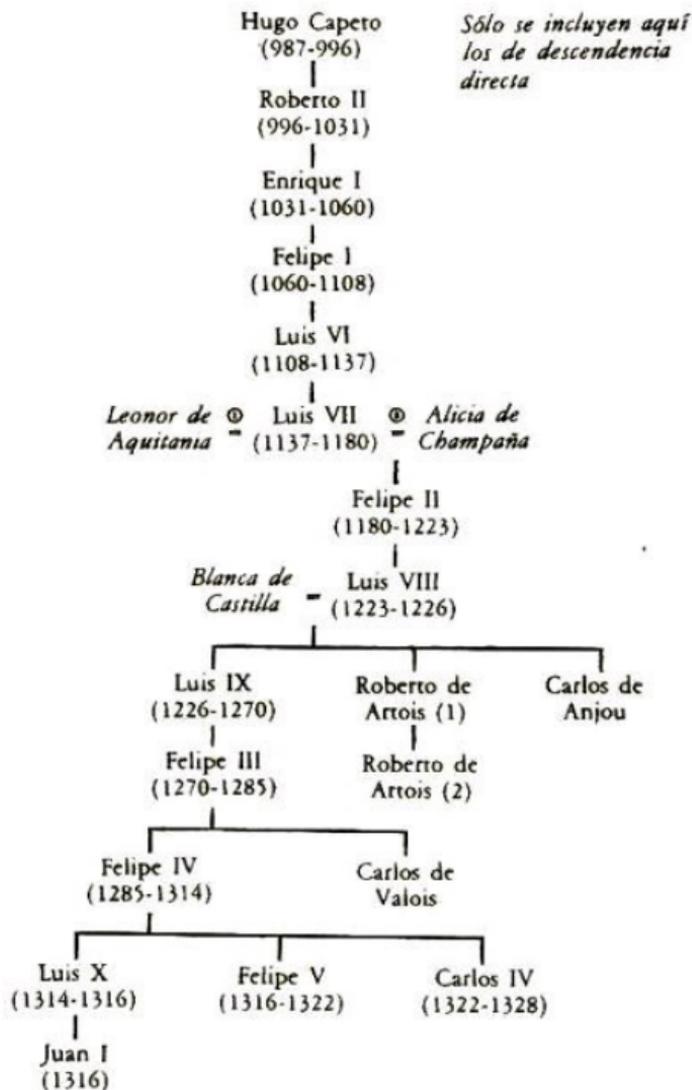
Cherburgo. Los ingleses pierden toda Normandía.

El 30 de mayo los turcos toman Constantinopla. Fin del Imperio Bizantino. El 17 de julio los franceses derrotan a los ingleses en la batalla de Castillon. Fin de la Guerra de los Cien Años.

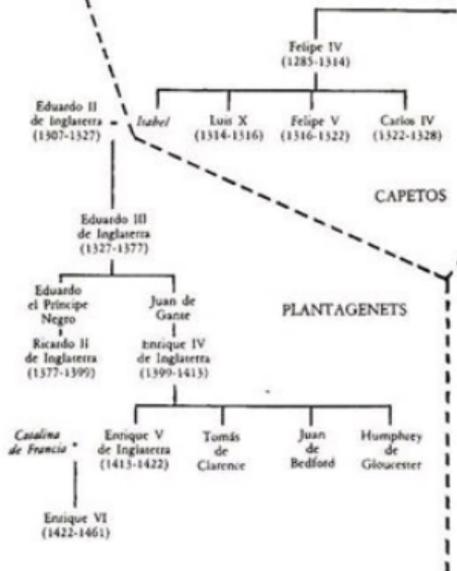
1454 Juan Gutenberg inventa la imprenta.

Genealogía

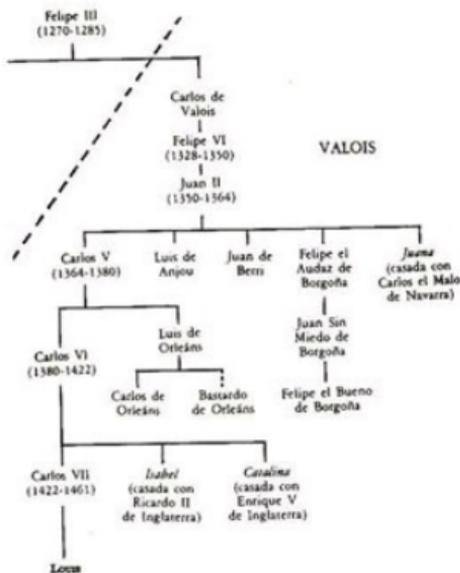
Los reyes Capetos de descendencia directa



Sólo se incluyen los que reciben una mención importante en el texto



Los Valois y los Plantagenets





ISAAC ASIMOV (2 de enero de 1920 - 6 de abril de 1992) fue un escritor y bioquímico estadounidense nacido en Rusia, aunque su familia se trasladó a Estados Unidos cuando el tenía tres años. Es uno de los autores más famosos de obras de ciencia ficción y divulgación científica.

Fue un escritor muy prolífico (llegó a firmar más de 500 volúmenes y unas 9.000 cartas o postales) y multitemático: obras de ciencia ficción, de divulgación científica, de historia, de misterio... Baste decir que sus trabajos han sido publicados en nueve de las diez categorías del Sistema Dewey de clasificación de bibliotecas.

El libro que aquí nos ocupa pertenece a los de divulgación histórica, serie de obras que ha sido común e informalmente llamada *Historia Universal Asimov* y está compuesta por un total de catorce volúmenes, con mapas y cronología incluidas en cada

uno de ellos, comprendiendo las más importantes civilizaciones y periodos históricos. *La formación de Francia* es el décimo de los volúmenes de dicha serie.

Notas

[1] Se hallará el relato de la historia de Carlomagno, de sus predecesores y sus sucesores, en mi libro *La Alta Edad Media*. <<

[2] Una historia más detallada de Normandía se hallará en mi libro *La Formación de Inglaterra*. <<

[3] Sobre la larga y agitada historia del Imperio Bizantino, véase mi libro *Constantinopla. El Imperio Olvidado.*

<<

[4] Esa costumbre se mantuvo en Europa durante siglos. En *Romeo y Julieta*, escrita por Shakespeare a fines del siglo XVI se describe a Julieta como no habiendo cumplido aún los catorce años. Y cuando su padre se lamenta de que quizá sea demasiado joven para el matrimonio, se le dice: «Otras más jóvenes que ella son ya madres felices».

<<

[5] La hermana de Enrique de Champaña fue la tercera esposa de Luis y al año siguiente dio a luz a Felipe, heredero al trono, de modo que la madrastra de María era también su cuñada, y Felipe era al mismo tiempo su hermanastro y su sobrino. Los matrimonios reales daban origen a relaciones complicadas, y en caso necesario siempre podía considerarse que hacían inválido un matrimonio. <<

[6] El amor de Lanzarote por Ginebra, la esposa del Rey Arturo, es la situación típica que se encuentra en los cuentos de los trovadores, por lo que la moderna comedia musical *Camelot* es la descendiente directa de los romances que Leonor de Aquitania llevó al norte consigo. <<

[7] Situación que se muestra de interesante manera en la película *El León de Invierno*. <<

[8] Por supuesto, no debemos juzgar la prosperidad según patrones modernos. La economía era aún primitiva, y durante el reinado de Felipe se registraron once ocasiones en las que se pasó hambre. Asimismo, puesto que las ciudades se construían principalmente con madera y las técnicas para la extinción del fuego prácticamente no existían, la vida era precaria a este respecto. La ciudad de Rúan se incendió seis veces en veinticinco años.. <<

[9] Las bulas pontificias eran así llamadas porque eran selladas con una pequeña bola de plomo o «bulla»; es la misma fuente de la que proviene la palabra inglesa que significa «bala», o sea «*bullet*» (una pequeña *bull*a). Las bulas pontificias, siempre en latín, son llamadas según sus dos primeras palabras.. <<

[¹⁰] Sluis hoy está situada tierra adentro, pero en 1340 estaba en una cala del mar (actualmente enarenada) y tenía capacidad para albergar gran cantidad de barcos. <<

[11] En siglos posteriores, se le llamó el «Príncipe Negro», porque se suponía que usaba una armadura negra. En realidad, durante su vida nunca se le llamó así y no hay ninguna prueba de que llevase una armadura negra. El primer uso registrado de este apodo apareció dos siglos después de su muerte. Sin embargo, hoy se conoce universalmente como el Príncipe Negro.

<<